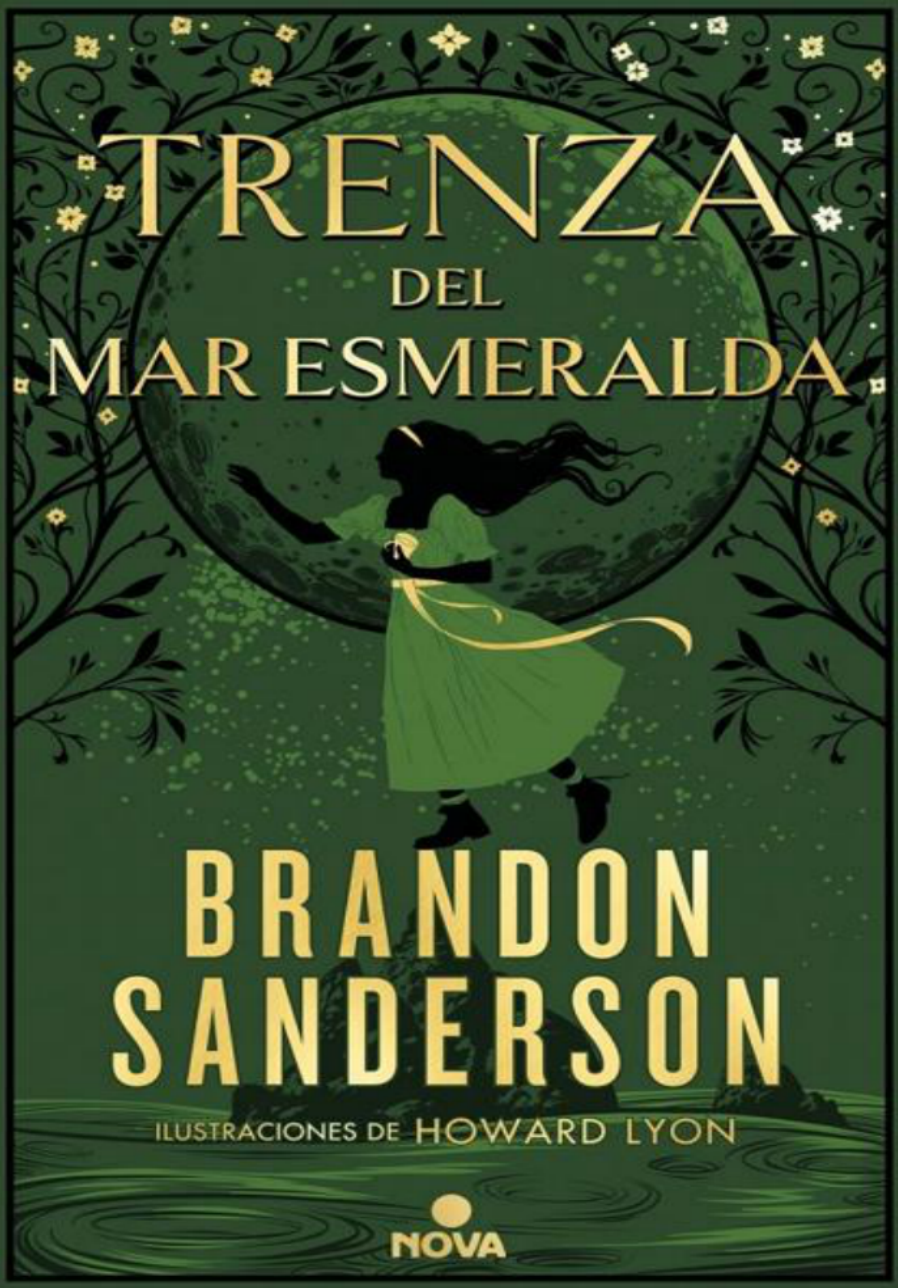
TRENZA DEL MAR ESMERALDA



BRANDON SANDERSON

ILUSTRACIONES DE HOWARD LYON

NOVA

TRENZA DEL MAR ESMERALDA

BRANDON SANDERSON

ILUSTRACIONES DE HOWARD LYON

TRENZA
DEL
MAR ESMERALDA

BRANDON SANDERSON

ILUSTRACIONES DE HOWARD LYON

Traducción de Manu Viciano
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

NOVA

Para Emily,
que tiene todo mi amor

ILUSTRACIONES

Por Howard Lyon, © Dragonsteel Entertainment, LLC

(Aparecen en el capítulo indicado)

Tomando infusión salada. Capítulo 2
En la valla del jardín. Capítulo 6
Un compañero inesperado. Capítulo 11
La muerte del Sueño. Capítulo 15
Trenza al timón. Capítulo 22
Cuervo revelada. Capítulo 30
El paso al mar Carmesí. Capítulo 37
Un trato mejor. Capítulo 54
La esencia de medianoche. Capítulo 57
La torre de la hechicera. Capítulo 61
La batalla de sagaces. Capítulo 64
Una titilante mota de luz. Capítulo 64

AGRADECIMIENTOS

Menuda montaña rusa.

Cuando me senté a escribir este libro por capricho, no tenía ni idea de hasta dónde acabaría llegando todo el proyecto. (No dejéis de leer el posfacio al final del libro, donde comento las cosas que lo inspiraron de maneras que a lo mejor destriparían demasiado la trama si las dijera al principio).

Ya visualizaba algo especial para las cuatro novelas de la campaña de Kickstarter de los Proyectos Secretos de 2022, pero mi equipo se ha superado a sí mismo con creces. Este ha resultado ser un volumen absolutamente precioso. Sé que muchos de vosotros estaréis escuchando el audiolibro, que por supuesto también tiene sus propios encantos especiales, pero si tenéis ocasión echad un vistazo a la versión física. Porque… ¡guau!

Es adecuado, por tanto, empezar estos agradecimientos con Howard Lyon. Desde el principio, mi concepto para estos libros era que fuesen una especie de expositor artístico: escoger a un ilustrador y dejar que se desmelenara un poquito con lo que se le ocurriese para la creación del volumen. Y Howard ha hecho muchísimo para esta novela. La cubierta, las guardas, las ilustraciones interiores… Pero lo cierto es que el diseño entero del libro se debe en buena parte a él. Gracias, Howard, por estar dispuesto a ocuparte de este proyecto tan enorme. Has hecho un trabajo asombroso.

Isaac Stewart es nuestro director artístico en Dragonsteel, y ha sido un factor crucial en que todo esto llegue a buen puerto. Rachael Lynn Buchanan ha sido nuestra ayudante artística. Bill Wearne, de American Print and Bindery, ha hecho un esfuerzo titánico para que podamos imprimir toda la tirada, teniendo en cuenta la escasez. Muchas gracias, Bill. Y también querría reconocer el trabajo de toda la gente en la cadena de suministro, desde las plantas papeleras hasta los

proveedores de material para la cubierta y las láminas, la imprenta, el taller de encuadernación y los repartidores.

En Dragonsteel, nuestra directora ejecutiva es Emily Sanderson. Nuestro departamento editorial está compuesto por Peter Ahlstrom, Karen Ahlstrom, Kristy S. Gilbert y Betsey Ahlstrom. Kristy Kugler ha sido la revisora de este libro. Nuestro equipo de operaciones está formado por Matt «¿Vas a hacer esto en cada libro, Brandon?» Hatch, Emma Tan-Stoker, Jane Horne, Kathleen Dorsey Sanderson, Makena Saluone y Hazel Cummings. Los miembros de nuestro departamento de publicidad y marketing son Adam Horne, Jeremy Palmer y Taylor Hatch.

Son personas que no reciben el suficiente reconocimiento por todas las cosas maravillosas que hacen para que mis proyectos vean la luz. En concreto, esta campaña de Kickstarter no habría salido igual de bien sin su entusiasmo y sus geniales ideas. (Por ejemplo, la suscripción a cajas de *merchandising* se le ocurrió a Matt hace unos años). Todos ellos han sudado la gota gorda para organizar y llevar a la práctica todo esto, así que, si tenéis ocasión, dadles las gracias en persona.

Y, por supuesto, hay que enviar un agradecimiento muy especial a mi equipo de realización y acontecimientos. Liderado por Kara Stewart, ha trabajado muchas horas para que os lleguen estos libros a todos. Un fuerte aplauso para Christi Jacobsen, Lex Willhite, Kellyn Neumann, Mem Grange, Michael Bateman, Joy Allen, Katy Ives, Richard Rubert, Sean VanBuskirk, Isabel Chrisman, Tori Trenzam, Ally Reep, Jacob Chrisman, Alex Lyon y Owen Knowlton.

También quiero dar las gracias a Margot Atwell, Oriana Leckert y el resto del equipo de Kickstarter, así como a Anna Gallagher, Palmer Johnson, Antonio Rosales y los demás miembros de BackerKit.

Para este libro hemos contado con la ayuda especial de una lectora de sensibilidad, Jenna Beacom, que ha estado increíble. Si alguna vez necesitáis a alguien que os eche una mano en una novela con la representación de las personas sordas y con cómo escribir a un personaje sordo, acudid a Jenna sin dudarlo. Os ayudará a acertar con ello.

El equipo de lectura alfa para este proyecto estaba compuesto por Adam Horne, Rachael Lynn Buchanan, Kellyn Neumann, Lex Wilhite, Christi Jacobsen, Jennifer Neal y Joy Allen.

Nuestros lectores beta han sido Mi'chelle Walker, Matt Wiens, Ted Herman, Robert West, Evgeni «Argento» Kirilov, Jessie Lake, Kalyani Poluri, Bao Pham, Linnea Lindstrom, Jory Phillips, Darci Cole, Craig Hanks, Sean VanBuskirk, Frankie Jerome, Giulia Costantini, Eliyahu Berelowitz Levin, Trae Cooper y Lauren McCaffrey.

Entre nuestros correctores gamma también estaban Joy Allen, Jayden King, Chris McGrath, Jennifer Neal, Joshua Harkey, Eric Lake, Ross Newberry, Bob Kluttz, Brian T. Hill, Shannon Nelson, Suzanne Musin, Glen Vogelaar, Ian McNatt, Gary Singer, Erika Kuta Marler, Drew McCaffrey, David Behrens, Rosemary Williams, Tim Challener, Jessica Ashcraft, Anthony Acker, Alexis Horizon, Liliana Klein, Christopher Cottingham, Aaron Biggs y William Juan.

Por último, pero no menos importante, debo daros las gracias a quienes apoyasteis el proyecto en Kickstarter. Mi intención no era llegar al número uno, así que no digamos ya duplicarlo. Solo quería hacer algo distinto, algo interesante, algo fenomenal. Vuestro apoyo sigue significando mucho para mí. Gracias.

BRANDON SANDERSON

PRIMERA PARTE

1

En pleno océano había una chica que vivía sobre una roca.

El océano no era como el que te has imaginado.

La roca tampoco era como la que te has imaginado. La chica, en cambio, quizá fuera como la que te has imaginado, siempre que la hayas imaginado reflexiva, de hablar suave y demasiado aficionada a coleccionar tazas y vasos.

Los hombres solían describirla diciendo que tenía el cabello del color del trigo. Otros afirmaban que era del color del caramelo, o a veces de la miel. Ella se preguntaba por qué los hombres empleaban tantos símiles con la comida para describir los rasgos femeninos. En esos hombres parecía haber un apetito que convenía evitar.

A juicio de ella, «castaño claro» era suficiente descripción, aunque la característica más interesante de su pelo no era la tonalidad, sino su rebeldía. Cada mañana lo domaba heroicamente con cepillo y peine antes de amordazarlo con una cinta y una apretada trenza. Y sin embargo, algunos mechones siempre se las ingeniaban para escapar y ondeaban libres al viento, saludando emocionados a la gente con

quien se cruzaba.

La chica había recibido al nacer el desafortunado nombre de Glorf —antes de que digas nada, era un nombre tradicional en su familia—, pero aquel pelo tan salvaje le había valido el nombre por el que todo el mundo la conocía: Trenza. Y en opinión de Trenza, ese mote era su rasgo más interesante.

A Trenza la habían criado para inculcarle un cierto pragmatismo irrenunciable. Se trata de un defecto muy común entre quienes viven en islas ariscas y yermas de las que nunca pueden marcharse. Que siempre te dé los buenos días el mismo paisaje de piedra negra influye en tu perspectiva vital.

La forma de la isla tenía cierto parecido al dedo encorvado de un viejo, asomando del océano para señalar hacia el horizonte. Era en su totalidad de estéril y negra piedrasal, lo bastante grande para albergar un pueblo de buen tamaño y la mansión de un duque. Aunque los lugareños llamaban «la Roca» a su isla, en los mapas figuraba como Punta de Diggen. Ya nadie recordaba quién había sido Diggen, pero seguro que espabilado debía de ser, pues había abandonado la Roca al poco tiempo de ponerle nombre y no había regresado jamás.

Muchas tardes Trenza se sentaba en el porche de casa de su familia y tomaba una infusión salada en alguna de sus tazas favoritas, mientras contemplaba el verde océano. Y sí, acabo de afirmar que el océano era verde. Además, no mojaba. Ahora llegaremos a eso.

Cuando se ponía el sol, Trenza pensaba en la gente que visitaba la Roca en barco. Tampoco era que nadie en su sano juicio pudiera considerar la Roca como un destino turístico. La piedrasal negra se deshacía y se metía por todas partes. También imposibilitaba casi todo tipo de agricultura y terminaba echando a perder la tierra de cultivo que traían de fuera. La única comida que producía la isla procedía de las cubas de compostaje.

Aunque en la Roca había varios pozos de buen tamaño que extraían agua de un profundo acuífero (con la que se abastecía a los barcos que la visitaban), la maquinaria que operaba las salinas eructaba un flujo constante de humo negro al aire.

Resumiendo, la atmósfera era lúgubre, el terreno miserable y las

vistas deprimentes. Ah, y creo que no he mencionado aún las esporas mortíferas, ¿verdad?

Punta de Diggen estaba situada cerca del lunacuerdo Glauco. Los lunacuerdos, por cierto, eran los lugares donde las doce lunas del planeta de Trenza permanecían en unas órbitas geosíncronas opresivamente bajas. Eran tan grandes que ocupaban una tercera parte del cielo, y una de las doce siempre era visible, estuvieses donde estuvieses. Dominaban la visión, como si te hubiera salido una verruga en el globo ocular.

Los habitantes del planeta rezaban a las doce lunas como a dioses, lo cual no pongo en duda que es mucho más ridículo que lo que sea que veneres tú. Sin embargo, no es difícil suponer cómo debió de empezar esa superstición, teniendo en cuenta las esporas que dejaban caer las lunas sobre el planeta en forma de arena de colores.

Las esporas llegaban desde los lunacuerdos, y el Glauco era visible desde la isla a unos noventa o cien kilómetros. No era nada recomendable acercarse más que eso a los lunacuerdos, las enormes y resplandecientes lluvias de coloridas motas, brillantes y peligrosísimas. Las esporas llenaban los océanos del mundo, creando extensos mares que no eran de agua, sino de polvo alienígena. Los barcos navegaban surcando ese polvo igual que lo hacen aquí en el agua, hecho que no debería resultarte tan extraordinario. Al fin y al cabo, ¿cuántos otros planetas has visitado? A lo mejor en todos ellos se navega sobre océanos de polen y el raro es el tuyo.

Las esporas solo eran peligrosas si se mojaban. Lo cual suponía un problema bastante grave, considerando la cantidad de cosas mojadas que salen del cuerpo humano incluso estando sano. La más ínfima cantidad de agua provocaba que las esporas brotaran de golpe, y el resultado variaba entre lo incómodo y lo letal. Si inhalabas una bocanada de esporas glaucas, por ejemplo, la saliva hacía que te crecieran enredaderas desde la boca y, en los casos más interesantes, que se te metieran por los senos paranasales y te salieran rodeando los ojos.

Había dos cosas que dejaban inertes las esporas: la sal y la plata. Por eso a los habitantes de Punta de Diggen no les importaba demasiado

que el agua o la comida siempre estuvieran muy saladas. Enseñaban a los niños la importante norma de que «sal y plata paran lo que mata». Una pequeña rima bastante aceptable, si eres de esos salvajes a quienes les trae sin cuidado la métrica.

En todo caso, entre las esporas, el humo y la sal, quizá resulte más fácil de entender que el rey a quien servía el duque hubiera promulgado una ley que prohibía a los habitantes de la Roca salir de ella. Sí, había puesto excusas usando categóricas expresiones militares como «personal esencial», «reabastecimiento estratégico» y «fondeadero amistoso», pero todo el mundo sabía la verdad. Era un lugar tan inhóspito que hasta la capa gris de humo lo encontraba deprimente. Los barcos visitaban la isla de vez en cuando para hacer reparaciones, dejar restos para las cubas de compostaje y recargar agua. Pero todos ellos obedecían sin excepción el decreto real: no se podía sacar de Punta de Diggen a ningún lugareño. Nunca.

Y así, Trenza se sentaba en los peldaños del porche por las tardes, viendo los barcos marcharse mientras del lunacuerdo caía una columna de esporas y el sol asomaba desde detrás de la luna en su lento descenso hacia el horizonte. Daba sorbitos a su infusión salada en una taza con caballos pintados y se decía: «Esto es hermoso, en realidad. Me gusta estar aquí. Creo que estaré bien si me quedo toda la vida».

2

Quizá te haya extrañado oír esas últimas palabras. ¿Trenza quería quedarse en la Roca? ¿Le gustaba vivir allí?

¿Dónde estaba su ansia de aventura? ¿Su deseo de ver mundo, su espíritu viajero?

Bueno, esta no es la parte de la historia en la que se hacen preguntas, así que hazme el favor de reservártelas. Dicho eso, debería aclarar que este es un relato sobre personas que son tanto lo que parecen como lo que *no* parecen. Al mismo tiempo. Es una historia de contradicciones. O en otras palabras, es una historia sobre seres humanos.

En el caso que nos ocupa, Trenza no era la típica heroína, en el sentido de que en realidad era una chica muy típica. De hecho, se consideraba aburrida sin paliativos. Le gustaba tomar la infusión tibia. Se iba a la cama a su hora. Quería a sus padres, reñía de vez en cuando con su hermano pequeño y no ensuciaba. Se le daba bien tejer y tenía talento para la panadería, pero ninguna otra habilidad notable.

No aprendía esgrima en secreto. No sabía hablar con los animales.

No tenía a reyes ni deidades como antepasados, aunque al parecer su bisabuela Glorf una vez había saludado al rey de lejos. Había sido desde lo más alto de la Roca mientras él pasaba en barco a millas de distancia, así que en opinión de Trenza no contaba.

Resumiendo, Trenza era una adolescente normal. Lo sabía porque las otras chicas estaban siempre hablando de que ellas no eran como «las demás», y al cabo de un tiempo Trenza dedujo que el grupo de «las demás» debía de estar compuesto solo por ella. Era evidente que las otras chicas tenían razón, ya que todas sabían cómo ser únicas. Se les daba tan bien, de hecho, que lo hacían juntas.

Trenza solía ser más reflexiva que casi todo el mundo, y no le gustaba imponerse pidiendo lo que quería. Se quedaba callada cuando las otras chicas se reían de ella o hacían chistes a su costa. Con lo bien que parecían pasarlo, ¿para qué? Sería de mala educación estropeárselo, y presuntuoso por su parte pedirles que pararan.

A veces los jóvenes más bulliciosos hablaban de perseguir aventuras en distantes océanos. A Trenza le daba miedo la idea. ¿Cómo iba a dejar a sus padres y a su hermano? Además, tenía su colección de tazas.

Trenza adoraba sus tazas. Tenía finas tazas de porcelana esmaltada, vasos de arcilla con el tacto áspero a los dedos y hasta jarras de madera que parecían desgastadas por el uso.

Algunos marineros de los que solían atracar en Punta de Diggen sabían de su afición y a veces le llevaban tazas procedentes de los doce océanos, de tierras lejanas donde se decía que las esporas eran carmesíes, azul celeste o incluso doradas. A cambio de los regalos, Trenza llevaba pasteles a los marineros, horneados a partir de ingredientes que compraba con la miseria que ganaba limpiando ventanas.

Las tazas que le traían estaban a menudo maltrechas y usadas, pero a Trenza le daba igual. Las tazas con muescas o abolladuras tenían su *historia*. A Trenza le encantaban porque le llevaban el mundo a casa. Siempre que daba un sorbo de una taza, imaginaba estar degustando las comidas y las bebidas de tierras lejanas, y que quizá comprendía un poco el pueblo que la había creado.

Y cada vez que Trenza recibía una pieza nueva, se la llevaba a Charlie para enseñársela.

Charlie afirmaba ser el jardinero de la mansión del duque, allá en lo alto de la Roca, pero Trenza sabía que en realidad era su hijo. Charlie tenía las manos suaves como un niño, sin un solo callo, y comía mejor que nadie en el pueblo. Siempre llevaba el pelo bien cortado y, aunque se quitaba el anillo con el sello cuando la veía acercarse, le quedaba en la piel una marca un poco más clara que delataba que solía llevarlo, y justamente en el dedo que indicaba que alguien era miembro de la nobleza.

Además, Trenza no tenía muy claro de qué «jardín» creía Charlie que debía ocuparse. A fin de cuentas, la mansión estaba en la Roca. Antes el terreno tenía un árbol, pero el pobre había optado por la opción más razonable y se había muerto unos años antes. Sí que había unas pocas plantas en macetas, sin embargo, que permitían a Charlie fingir.

El viento arremolinó unas motas grises alrededor de los pies de Trenza mientras subía por el camino hacia la mansión. Las esporas grises estaban muertas, porque hasta el aire de la Roca era lo bastante salado como para matarlas, pero aun así Trenza contuvo el aliento y apretó el paso. Giró a la izquierda en la encrucijada —por la derecha se iba a las salinas— y subió en zigzag hasta el saliente.

Allí estaba la mansión, achaparrada como una corpulenta rana en su lirio. Trenza no sabía por qué el duque prefería vivir allí arriba. Estaba más cerca de la capa de humo gris, así que tal vez les gustara tener una compañía con su mismo talante. Llegar hasta la cumbre costaba esfuerzo, pero, teniendo en cuenta cómo le sentaba la ropa a la familia ducal, tal vez habían pensado que les vendría bien el ejercicio.

Había cinco soldados encargados de vigilar la finca, aunque en ese momento solo estaban de servicio Snagu y Plomo, a quienes se les daba de maravilla su trabajo. Al fin y al cabo, hacía siglos y siglos que no moría nadie de la familia ducal por los numerosos peligros que acosaban a la nobleza en la Roca, entre ellos el aburrimiento, las patadas involuntarias que hacen daño en los dedos de los pies y atragantarse devorando tarta.

Trenza había llevado pastelitos a los soldados, por supuesto. Mientras se los comían, se planteó si enseñar a los dos hombres su copa nueva. Estaba hecha toda de estaño y tenía letras grabadas en un idioma que se escribía de arriba abajo, no de izquierda a derecha. Pero mejor no; tampoco quería molestarlos.

La dejaron pasar, aunque no era el día que le tocaba limpiar las ventanas de la mansión. Encontró a Charlie en la parte de atrás, entrenando con su espada de prácticas. Cuando el chico vio a Trenza, la dejó en el suelo y se quitó a toda prisa el anillo.

—¡Trenza! —exclamó—. Pensaba que no ibas a venir hoy.

Con sus diecisiete años recién cumplidos, Charlie era dos meses mayor que ella. Tenía una gran variedad de sonrisas, y Trenza había aprendido a identificarlas todas. Por ejemplo, la dentuda que estaba dedicándole en esos momentos significaba que de verdad se alegraba de tener una excusa para dejar la práctica de esgrima. No le gustaba tanto como su padre opinaba que debería.

—¿Esgrima, Charlie? —preguntó—. ¿A eso se dedica un jardinero?

Charlie recogió el fino florete.

—¿Lo dices por esto? Qué va, es una herramienta de jardinería.

Dio un tajo desganado a una planta de las jardineras del patio. La planta aún no estaba muerta del todo, pero la hoja que le arrancó Charlie desde luego no iba a mejorarle la perspectiva.

—Jardinería —dijo Trenza—. Con espada.

—Es como lo hacen en la isla real —respondió Charlie. Descargó otro tajo—. Allí siempre hay guerra, ¿sabes? Así que, si lo piensas un poco, es normal que los jardineros aprendan a podar a espada. No querrán que los ataquen por sorpresa estando indefensos.

Charlie no era muy buen mentiroso, lo cual era una de las cosas que a Trenza le gustaban de él. Charlie era *auténtico*. Hasta cuando mentía, sonaba genuino. Y teniendo en cuenta lo mal que lo hacía, tampoco era que se le pudieran tener en cuenta los embustes. Eran tan ostensibles que valían más que las verdades de muchos.

Dio otro tajo en la dirección aproximada de la planta y luego miró a Trenza, arqueando una ceja. Ella negó con la cabeza, así que él le puso su sonrisa de «Me has pillado, pero no puedo reconocerlo» y clavó la

espada en la tierra de la jardinera antes de dejarse caer contra la valla baja del jardín.

No era nada propio del hijo de un duque dejarse caer así. Podría inferirse de ello que Charlie quizá fuese un joven de extraordinarios talentos.

Trenza se sentó a su lado, con la cesta en el regazo.

—¿Qué me has traído? —preguntó él.

Trenza sacó una pequeña empanada de carne.

—Es de palomo y zanahoria —dijo—, con salsa de tomillo.

—Noble combinación —respondió él.

—Creo que el hijo del duque, si estuviera aquí, te lo rebatiría.

—Al hijo del duque solo le dejan comer platos que tengan algún simbolito extranjero raro encima de las letras —dijo Charlie—. Y tampoco puede dejar de entrenar para comer. Así que menos mal que no soy él.

Charlie dio un mordisco. Trenza esperó a que sonriera. Y ahí estaba, la sonrisa de deleite. Trenza había estado rumiando un día entero qué podría preparar con los ingredientes que había encontrado de oferta en el mercado del puerto, esperando obtener esa sonrisa concreta.

—¿Y qué más has traído? —preguntó él.

—Charlie el jardinero —dijo ella—, ¿acabas de recibir una empanada completamente gratis y aún tienes el morro de suponer que habrá algo más?

—¿Suponer? —farfulló Charlie con la boca llena. Dio una palmada a la cesta de Trenza con la mano libre—. Sé que hay más. Venga, sácalo.

Trenza sonrió. Si estuviera con casi cualquier otra persona, se resistiría a enseñársela por no molestar, pero Charlie era distinto. Sacó la copa de estaño.

—Aaah —dijo Charlie, y entonces dejó la empanada a un lado y tomó la copa entre las dos manos con gesto reverente—. Esto sí que es especial.

—¿Sabes alguna cosa sobre esa escritura? —preguntó ella impaciente.

—Es iriali antiguo —explicó él—. Los iriali desaparecieron, ¿sabes? Un pueblo entero: ¡puf! Un buen día ya no estaban y su isla se quedó

deshabitada. Eso fue hace trescientos años, así que no queda nadie vivo que los conociera en persona, pero dicen que tenían el pelo dorado. Como el tuyo, del color de la luz del sol.

—Mi pelo no tiene el color de la luz del sol, Charlie.

—Tiene el color de la luz del sol, si la luz del sol fuese castaña clara —replicó Charlie. Podría decirse que tenía mano con las palabras. En el sentido de que las soltaba a manos llenas—. Seguro que esa copa tiene toda una historia. La fraguaron para un noble iriali el día antes de que a él y a su pueblo se los llevaran los dioses. La copa se quedó en una mesa hasta que la recogió la pobre pescadora que fue la primera en llegar a la isla y descubrir el horror de todo un pueblo desaparecido. Dejó la copa en herencia a su nieto, que luego se hizo pirata. Más tarde él enterró su tesoro de turbio origen bajo las esporas y ahora ha reaparecido, tras pasar eones en la oscuridad, y ha llegado a tus manos.

Sostuvo la copa en alto para que reflejara la luz.

Trenza no había dejado de sonreír mientras él hablaba. Limpiando las ventanas de la mansión, a veces oía a los padres de Charlie regañarlo por hablar demasiado, cosa que consideraban una idiotez nada propia de alguien de su posición. Rara vez le dejaban terminar lo que estuviera diciendo. A Trenza le parecía una lástima. Porque de acuerdo, era cierto que a veces divagaba, pero ella había llegado a comprender que era porque a Charlie le gustaban las historias igual que a ella las tazas y las copas.

—Gracias, Charlie —susurró.

—¿Por qué?

—Por concederme lo que quiero.

Él ya sabía a qué se refería. No eran tazas ni historias.

—Siempre —dijo él, poniéndole la mano sobre la suya—. Siempre tendrás lo que quieras, Trenza. Y siempre puedes decirme lo que es. Sé que no sueles hacerlo con los demás.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Charlie? —preguntó ella.

—No lo sé —reconoció Charlie—. Aparte de una cosa, quiero decir. Una cosa que no debería querer, pero quiero. Y en vez de eso, se

supone que debo desear la aventura. Como en las historias. ¿Sabes qué historias digo?

—Esas que tienen hermosas doncellas —dijo Trenza—, a las que siempre capturan y no hacen mucha cosa aparte de quedarse ahí paradas, ¿verdad? Bueno, igual piden ayuda de vez en cuando.

—Imagino que a veces sí que pasa.

—¿Por qué siempre son hermosas doncellas? —preguntó Trenza—. ¿No capturan nunca a chicas del montón? O a lo mejor en realidad son *afanosas* doncellas. Supongo que, como limpio ventanas, podrían tomarme por una de esas. —Hizo una mueca—. Me alegro de no estar en una historia, Charlie. A mí me capturarían seguro.

—Y lo más probable es que yo muriera rápido —dijo él—. Soy un cobarde, Trenza. Es la verdad.

—Bobadas. Solo eres una persona normal.

—¿No has… visto cómo me comporto con el duque?

Trenza se quedó callada. Porque lo había visto.

—Si no fuese un cobarde —añadió él—, sería capaz de decirte cosas que no puedo. Pero Trenza, si te capturaran, ayudaría de todas formas. Me pondría armadura y todo. Una brillante armadura. O puede que sin bruñir. Creo que si se llevaran a alguien que conozco, no perdería el tiempo bruñendo la armadura. ¿Crees que esos héroes de las historias se paran a sacarle brillo, habiendo gente en peligro? No parece muy útil.

—Charlie —dijo Trenza—, ¿tienes armadura siquiera?

—Conseguiría una —prometió él—. Ya se me ocurriría algo, seguro. Hasta un cobarde encontraría el valor llevando la armadura adecuada, ¿no? En esa clase de historias siempre hay muchos muertos. Podría quitársela a uno de…

Lo interrumpió un grito procedente del interior de la mansión. Era

el padre de Charlie, quejándose de algo. Que Trenza supiera, dar voces era el único trabajo que tenía el duque en la isla, y se lo tomaba muy en serio.

Charlie lanzó una mirada hacia el origen del ruido y se tensó mientras su sonrisa se desvanecía. Pero al ver que los gritos no se aproximaban, miró de nuevo la copa. El momento había pasado, pero otro ocupó su lugar, como suele suceder. No era tan íntimo, pero sí valioso de todos modos, porque era tiempo que Trenza pasaba con él.

—Lo siento —dijo Charlie con suavidad—. Por hablar de tonterías como doncellas del servicio y robar armaduras a los muertos. Pero me gusta que me escuches de todas formas. Gracias, Trenza.

—Y a mí me gustan tus historias —repuso ella, cogiendo la copa y dándole la vuelta—. ¿Crees que algo de lo que has dicho sobre esta copa es verdad?

—Podría ser —dijo Charlie—. Es lo bueno que tienen las historias. Pero ¿ves esto, lo que pone aquí? Dice que una vez perteneció a un rey. Su nombre está escrito y todo.

—Y este idioma lo aprendiste en…

—… en la escuela de jardinería —dijo él—. Por si teníamos que leer las advertencias en el envoltorio de ciertas plantas peligrosas.

—Y claro, llevas jubón y calzas de señor…

—… porque así soy un señuelo excelente si vienen asesinos a matar al hijo del duque.

—Como ya me habías contado. Pero entonces, ¿por qué te quitas el anillo?

—Eh… —Charlie bajó la mirada a la mano y luego la devolvió a los ojos de Trenza—. Bueno, porque no quiero que *tú* me confundas con otra persona. Con alguien que no quiero tener que ser.

Sonrió entonces: su sonrisa tímida. Su sonrisa de «Por favor, sígueme la corriente, Trenza». Porque el hijo de un duque no podía confraternizar a la vista de todos con la chica que limpiaba las ventanas. En cambio, ¿un noble haciéndose pasar por plebeyo? ¿Fingiendo ser de clase baja para averiguar cómo vivía la gente de su reino? Eso sí que era lo esperado. Sucedía en tantos relatos que ya estaba casi instituido.

—Tiene todo el sentido del mundo —dijo ella.

—Y ahora, cuéntame qué tal el día. —Charlie volvió a coger la empanada—. Quiero saberlo todo.

—He ido al mercado a buscar ingredientes —le explicó Trenza, metiéndose un bucle perdido de pelo detrás de la oreja—. Me he llevado medio kilo de pescado. Salmón importado de la isla Erik, donde hay muchos lagos. Poloni lo tenía de oferta porque creía que estaba poniéndose malo, pero en realidad era el pescado del otro tonel. Así que ha sido una ganga.

—Fascinante —dijo él—. ¿Y a nadie le da un ataque cuando te ve llegar? ¿No llaman a sus hijos para que les des la mano? Cuéntame más. Por favor, quiero saber cómo has sabido que el pescado no estaba malo.

Animada por sus preguntas, Trenza siguió relatando los prosaicos detalles de su vida. Charlie la obligaba a hacerlo siempre que iba de visita, y él, a cambio, le prestaba atención. Ahí estaba la prueba de que su gusto por hablar no era un defecto. Charlie era igual de bueno escuchando. Por lo menos a ella. Porque Charlie, por alguna razón inescrutable, encontraba *interesante* la vida de Trenza.

Mientras hablaba, Trenza sintió una calidez. Le pasaba a menudo cuando iba a la mansión, porque había tenido que subir mucho y estaba más cerca del sol, así que allí arriba hacía más calor. Por supuesto.

Solo que en ese momento era sombraluna, cuando el sol se ocultaba tras el satélite y todo refrescaba unos pocos grados. Y ese día Trenza estaba hartándose de ciertas mentiras que se contaba a sí misma. Tal vez hubiera otro motivo para aquella calidez. Estaba allí mismo, en la sonrisa de Charlie, y Trenza sabía que también debía de estar en la suya propia.

Charlie no la escuchaba *solo* porque la vida de los plebeyos lo tuviera fascinado.

Ella no iba a verlo *solo* porque quisiera oír las historias que contaba.

De hecho, en el fondo del fondo, aquello no tenía nada que ver con las tazas ni con las historias. Tenía que ver con los guantes.

3

Trenza se había fijado en que un buen par de guantes le facilitaba mucho el trabajo cotidiano. Se refería a guantes de buena calidad, ojo, los que estaban hechos de un cuero blando que se iba amoldando a las manos a medida que se usaban. Los guantes que, si se engrasaban bien y no se dejaban al sol, nunca se ponían rígidos. Los guantes tan cómodos que, al ir a lavarte las manos, te extrañabas de llevarlos puestos aún.

El par perfecto de guantes no tenía precio. Y Charlie era como un buen par de guantes. Cuanto más estaba Trenza con él, mejor sensación le daba el tiempo que pasaban juntos. Hasta las sombralunas le parecían más luminosas, y sus cargas más livianas. A Trenza le gustaban de verdad las tazas interesantes, pero en parte se debía a que le daban una excusa para subir a hacerle una visita.

Lo que estaba creciendo entre ellos le parecía tan ideal, tan maravilloso, que Trenza tenía miedo de llamarlo amor. Por lo que decían los otros jóvenes, el «amor» era peligroso. Ese amor que tenían los demás parecía basarse en los celos y la inseguridad. En

apasionadas competiciones de gritos y en unas reconciliaciones más apasionadas si cabe. No recordaba tanto a un buen par de guantes como a un ascua ardiente que te quemaba las manos.

El amor siempre había asustado a Trenza. Pero cuando Charlie volvió a poner la mano sobre la de ella, notó ese calor. Ese fuego que temía desde siempre. Resultó que el ascua sí que estaba ahí, solo que contenida, como en una buena estufa.

Trenza quiso saltar a su calor, renunciando a toda lógica.

Charlie se quedó muy quieto. Se habían tocado muchas veces antes, claro, pero aquello era distinto. Aquel momento. Aquel sueño. Charlie se sonrojó, pero dejó la mano allí un momento más. Luego la retiró y se la pasó por el pelo, sonriendo con timidez. Por supuesto, al tratarse de él, el gesto no estropeó el momento, sino que lo volvió incluso más dulce.

Trenza buscó la frase perfecta que decir. Había varias que sacarían jugo al momento. Podría haberle dicho: «Charlie, ¿me sujetas esto mientras doy un paseo por la finca?» y volver a ofrecerle la mano.

Podría haberle dicho: «Socorro, no puedo respirar. Mirarte me ha dejado sin aliento».

Hasta podría haberle dicho algo totalmente demencial, como «Me gustas».

Pero lo que dijo fue:

—Uuuf. Qué calientes son las manos.

Y lo remató con una carcajada a mitad de la cual se atragantó, imitando a la perfección, por puro azar, el bramido de un elefante marino.

Podría decirse que Trenza tenía mano con las palabras. En el sentido de que era una manazas con ellas.

Charlie respondió con una sonrisa. Una sonrisa maravillosa, más y más confiada a medida que proseguía. Era una que Trenza no había visto nunca. Y decía: «Creo que te quiero, Trenza, pese a lo del elefante marino».

Ella también le sonrió. Entonces, por detrás de Charlie, vio al duque en la ventana. Alto y envarado, vestía con ropa de estilo militar que parecía llevar clavada al cuerpo por las muchas medallas que lucía en

el pecho.

Y el duque, desde luego, no sonreía.

De hecho, ella solamente lo había visto sonreír una vez, durante el castigo al viejo Lotari, que había intentado escabullirse de la isla como polizón en un barco mercante. Al parecer esa era la única sonrisa del duque; quizá Charlie se había quedado con toda la asignación familiar. Sin embargo, aunque el duque tuviera solo una sonrisa, de algún modo lo compensaba enseñando demasiados dientes.

El duque se retiró a las sombras del interior de la casa, pero a Trenza le dio la sensación de que seguía presente, amenazador, mientras se despedía de Charlie. Bajó los escalones esperando oír gritos. Pero en vez de eso, la siguió un silencio de mal agüero. El silencio tenso que llegaba después de ver el relámpago.

Un silencio que siguió dándole caza camino abajo y hasta que llegó a su casa, donde farfulló algo a sus padres sobre estar cansada. Fue a su habitación y allí esperó a que el silencio terminara. A que los soldados llamaran a la puerta exigiendo saber por qué la chica que limpiaba las ventanas había osado tocar al hijo del duque.

Cuando no pasó nada por el estilo, Trenza se atrevió a tener esperanzas de haber malinterpretado la expresión del padre de Charlie. Entonces recordó aquella sonrisa tan particular que tenía el duque. Después de eso, ya no se quitó de encima la preocupación en toda la noche.

Se levantó temprano por la mañana, bregó con su pelo para hacerse una coleta y fue con paso trabajoso al mercado para rebuscar algo que pudiera permitirse comprar entre el género del día anterior y los ingredientes a punto de estropearse. Pese a lo temprano que era, el mercado bullía de actividad. Los hombres barrían esporas muertas del camino y la gente se apiñaba en grupitos para parlotear.

Trenza hizo acopio de valor para enterarse de la noticia, pensando que nada podría ser peor que la horrorosa inquietud expectante que la había acosado toda la noche.

Se equivocaba.

El duque había hecho pública una proclama: su familia y él iban a marcharse de la isla ese mismo día.

4

Marcharse.

¿Marcharse de la isla?

La gente *no* se marchaba de la isla. Trenza sabía que, en términos lógicos, aquello no era cierto al pie de la letra. Los altos cargos del reino podían salir. El duque navegaba de vez en cuando para informar al rey. Además, todas aquellas medallas las había ganado matando a la gente de algún lugar lejano que era un poco distinta. Al parecer había sido todo un héroe en esas guerras; se sabía porque gran parte de sus tropas había muerto y él aún estaba vivo.

Pero las veces anteriores el duque nunca se había llevado a su familia. «El heredero ducal ya es mayor de edad —anunciaba la proclama—, por lo que lo ofreceremos en compromiso a las distintas princesas de los mares civilizados».

Trenza era una joven pragmática. Ese es el motivo de que solo *pensara* en hacer trizas la cesta de la compra por la frustración. De que solo se *planteara* si sería apropiado maldecir hasta desgañitarse. De que apenas se le *ocurriera* subir hasta la mansión del duque para

exigirle que desistiera de sus planes.

Así que en lugar de eso, siguió haciendo la compra en una neblina embotada, para que los actos repetitivos confiriesen a su vida, que de pronto se desmoronaba, una semblanza de normalidad. Encontró unos ajos que estaba segura de poder aprovechar, unas patatas que no se habían puesto demasiado pochas y hasta un poco de grano con los gorgojos lo bastante crecidos para poder apartarlos.

Cualquier otro día, estaría satisfecha con ese botín. Esa mañana no podía pensar en otra cosa que no fuera Charlie.

Le parecía increíblemente injusto. Apenas acababa de admitir para sus adentros lo que sentía por él, ¿y ya estaba poniéndose todo patas arriba? Sí, le habían advertido que podía esperar esa clase de dolor. El amor implicaba sufrimiento. Pero si esa era la sal de la infusión, ¿acaso no debería llevar también una cucharadita de miel? ¿Acaso no debería haber, aunque fuese un atrevimiento desearlo, un poco de pasión?

Trenza iba a ganarse todos los inconvenientes de los amoríos sin ninguna de sus ventajas.

Por desgracia, su sentido práctico comenzó a imponerse. Mientras los dos habían sido capaces de fingir, el mundo real no había podido acabar con ellos. Pero los días de fingimiento habían terminado. ¿Qué había creído Trenza que iba a pasar? ¿Que el duque le permitiría casarse con su hijo? ¿Qué tenía ella que ofrecer a alguien como Charlie? Trenza no era nada comparada con una princesa. ¡La de tazas que podrían permitirse ellas!

En el mundo fingido, el matrimonio era un acto de amor. En el mundo real, era pura política. La palabra «política» traía consigo una gran cantidad de significados, pero la mayoría se reducían a: «Esto es un asunto que concierne a los nobles, y, mal que le pese a la nobleza, también a los muy ricos. No a la plebe».

Trenza terminó de comprar y empezó a subir por el camino hacia casa, donde al menos podría compadecerse con sus padres. Pero por desgracia, parecía que el duque llevaba prisa, porque Trenza vio una procesión que descendía serpenteando hacia el puerto.

Dio media vuelta, regresó por otra calle y llegó poco después que el

desfile, cuando ya se disponían a cargar el equipaje de la familia en la bodega de un barco mercante. Nadie tenía permitido salir de la isla. A menos que, en vez de nadie, uno fuese alguien. Trenza temió no tener ocasión de hablar con Charlie. Entonces temió tenerla, pero que él no quisiera.

Para su alivio, lo vio al borde de la muchedumbre, buscando entre las caras de la gente que se congregaba. En el instante en que distinguió a Trenza, corrió hacia ella.

—¡Trenza! Oh, por las lunas. Ya estaba preocupándome por si no te encontraba a tiempo.

—Eh…

¿Qué iba a decirle?

—Afanosa doncella —proclamó él con una reverencia—, debo despedirme de vos.

—Charlie —dijo ella en voz baja—, no intentes ser quien no eres. Te conozco.

Él hizo una mueca. Llevaba capa de viaje y hasta sombrero. El duque consideraba que los sombreros eran indignos excepto para viajar.

—Trenza —dijo él con más suavidad—, me temo que te he mentido. Verás… no soy el jardinero. Soy, hum… el hijo del duque.

—Asombroso. ¿Quién habría pensado que Charlie el jardinero y Charles el heredero del duque eran la misma persona, habida cuenta de que tienen la misma edad, el mismo aspecto y la misma ropa?

—Hum, sí. ¿Te has enfadado?

—El enfado está haciendo cola —respondió Trenza—. Va el séptimo, entre la confusión y la fatiga.

Por detrás de Charlie, su padre y su madre embarcaron con paso firme. Sus sirvientes los siguieron con el último equipaje que faltaba por cargar. Charlie bajó la mirada a los pies.

—Parece que van a casarme. Con la princesa de alguna nación. ¿Qué opinas de eso?

—Eh… —¿Qué debería decir?—. ¿Te deseo lo mejor?

Charlie alzó los ojos hacia los de ella.

—Siempre, Trenza, ¿recuerdas?

Le costó mucho, pero rebuscando un poco Trenza encontró las palabras escondidas en un rincón, intentando evitarla.

—Ojalá no lo hicieras —dijo aferrando esas palabras—. Casarte. Con otra persona.

—¿Sí? —Charlie parpadeó—. ¿De verdad?

—O sea, seguro que son simpáticas. Las princesas.

—Creo que se lo exige su trabajo —dijo Charlie—. En fin, ¿no has oído las cosas que hacen en los cuentos? ¿Resucitar anfibios? ¿Fijarse en que los hijos de la gente han mojado la cama? Supongo que hay que ser bastante amable para prestar esos servicios.

—Sí —repuso Trenza—. Aun así… —Respiró hondo—. Aun así, preferiría que no te casaras con ninguna.

—Entonces, no lo haré —dijo Charlie.

—No creo que tengas elección, Charlie. Tu padre quiere casarte. Es política.

—Ah, pero verás, tengo un arma secreta.

Le cogió las manos y se acercó. Por detrás, su padre fue a la proa del barco y miró hacia abajo, ceñudo. Charlie, en cambio, puso media sonrisa. Su sonrisa de «Mira lo astuto que soy». La usaba cuando no estaba siendo demasiado astuto.

—¿Qué… clase de arma secreta, Charlie? —preguntó Trenza.

—Puedo ser *increíblemente* aburrido.

—Eso no es un arma.

—Tal vez no en una guerra, Trenza —dijo él—. Pero ¿en el cortejo? Es mejor arma que el estoque más afilado. Ya sabes que hablo por los codos. Largo y tendido.

—Me gusta que hables por los codos, Charlie. Y la verdad es que no me molesta el largo. A veces hasta me divierte el tendido.

—Tú eres un caso especial —replicó Charlie—. Eres… bueno, igual suena un poco tonto, pero… eres como un par de guantes, Trenza.

—¿Ah, sí? —dijo ella con un nudo en la garganta.

—Sí. Espera, no te ofendas. Lo digo porque, cuando estoy haciendo esgrima, llevo unos guantes que…

—Lo he entendido —susurró ella.

Desde el barco, el padre de Charlie le gritó que se diera prisa.

Trenza cayó en la cuenta de que, al igual que Charlie tenía distintos tipos de sonrisa, su padre tenía distintos tipos de ceño. No le hizo mucha gracia lo que insinuaba sobre ella el que estaba viendo justo entonces.

Charlie apretó las manos de Trenza.

—Escucha, Trenza. Te lo prometo. No voy a casarme. Iré a esos reinos y seré tan insufriblemente aburrido que ninguna chica me querrá.

»Hay muchas cosas en las que no soy bueno. Nunca le he dado ni un solo toque a mi padre practicando con la espada. Derramo la sopa en las cenas formales. Hablo tanto que hasta a mi lacayo, que cobra por escuchar, se le ocurren razones creativas para interrumpirme. El otro día estaba contándole la historia del pez y la gaviota y fingió que tropezaba con…

El duque gritó de nuevo.

—Puedo hacerlo, Trenza —insistió Charlie—. *Voy* a hacerlo. En cada parada te buscaré una taza, ¿de acuerdo? Cuando haya aburrido a la princesa de turno hasta la muerte y mi padre decida que tenemos que marcharnos, te la enviaré. Como prueba. —Le apretó las manos otra vez—. Lo haré, y no solo porque me escuchas, sino porque me conoces, Trenza. Siempre has sabido ver en mí lo que otros no.

Empezó a volverse para responder por fin a las voces que daba su padre. Trenza no quiso soltarle las manos. No estaba dispuesta a dejar que terminara.

Charlie le dedicó una última sonrisa. Y aunque era evidente que intentaba mostrarse confiado, Trenza conocía sus sonrisas. Aquella era la dubitativa: esperanzada pero preocupada.

—Tú también eres mis guantes, Charlie —le dijo Trenza.

Después de eso, tuvo que soltarlo y dejar que subiera al trote por la pasarela. Ya se había impuesto demasiado.

El duque obligó a su hijo a ir bajo cubierta mientras el barco zarpaba, deslizándose desde las esporas muertas y grises más cercanas a la Roca hacia el verdadero océano glauco. Las velas del barco cazaron viento y lo impulsaron hacia el horizonte, dejando atrás una estela de polvo esmeralda removido. Trenza subió hasta casa y lo

observó desde el acantilado hasta que el barco tuvo el tamaño de una taza. Luego el de una mota. Luego desapareció.

Y después de eso, empezó la espera.

Dicen que esperar es el suplicio más atroz que imparte la vida. En este caso, quienes lo dicen son los escritores, que no tienen nada útil que hacer, así que ocupan el tiempo pensando en cosas que decir. Cualquier trabajador honrado te dirá, en cambio, que tener tiempo para esperar es todo un lujo.

Trenza tenía ventanas que limpiar. Comidas que preparar. Un hermano pequeño al que cuidar. Su padre, Lem, nunca se había recuperado del todo de su accidente en la salina y, aunque intentaba echar una mano, apenas podía caminar. Ayudaba a la madre de Trenza, Ulba, a tejer calcetines todo el día, que luego vendían a los marineros, pero con lo cara que estaba la lana, apenas les sacaban beneficio.

Así que Trenza no esperó. Trabajó.

Aun así, fue un alivio inmenso cuando llegó la primera taza. Se la entregó Hoid el grumete. (Sí, ese soy yo. ¿Cómo te has dado cuenta? ¿Ha sido por el nombre, quizá?). Era una hermosa taza de porcelana, sin una sola muesca.

Ese día el mundo se iluminó. Trenza casi podía imaginar a Charlie hablando mientras leía la carta que acompañaba a la taza y detallaba los afectos de la primera princesa. Con heroica monotonía, Charlie le había recitado una lista de los sonidos que hacía su estómago según la postura que adoptase al tumbarse en la cama. Y por si no bastara con eso, luego había explicado a la pobre chica que se guardaba las uñas de los pies al cortárselas y les ponía nombre. Con eso había logrado repelerla.

«Sigue luchando, mi locuaz amor —pensó Trenza al día siguiente mientras frotaba las ventanas de la mansión—. Valor, mi levemente asqueroso guerrero».

Lo segundo que llegó fue una copa de puro cristal rojo, alta y fina, que parecía capaz de contener más líquido del que en realidad podía. Tal vez procediera del establecimiento de un tabernero muy agarrado. Charlie había disuadido a la segunda princesa describiéndole lo que

había desayunado hasta el más mínimo detalle, incluso enumerando los pedacitos de huevo revuelto y clasificándolos por tamaño.

El tercer regalo fue una enorme jarra de cerveza hecha de peltre, sólida y recia. Quizá viniera de uno de esos lugares que Charlie se inventaba, donde la gente siempre tenía que ir armada. Trenza estaba bastante convencida de poder derribar a un atacante con un golpetazo de aquella jarra. La princesa correspondiente no había soportado una prolongada conversación sobre los pros y los contras de los distintos signos de puntuación, incluidos unos pocos nuevos que se le ocurrieron a Charlie en el momento.

El cuarto paquete no traía carta, solo un pequeño dibujo: dos manos con guantes agarradas una a la otra. La taza tenía una mariposa pintada con un océano rojo debajo, y Trenza se extrañó de que la mariposa no les tuviera miedo a las esporas. Pero tal vez fuese una mariposa prisionera, obligada a volar por el océano hacia su perdición.

No llegó un quinto envío.

Trenza intentó restarle importancia, diciéndose que lo habría interceptado algo por el camino. Al fin y al cabo, a un barco que surcaba las esporas podían pasarle muchas cosas peligrosas. Piratas o… bueno… o esporas.

Pero los meses fueron pasando, cada uno más tedioso que el anterior. Siempre que un barco echaba amarras en el puerto, Trenza estaba allí preguntando si tenía correo.

Y nada.

Siguió así durante unos meses más. Hasta que hubo transcurrido un año entero desde la partida de Charlie.

Y entonces, por fin, una nota. No estaba escrita por Charlie, sino por su padre, e iba dirigida al pueblo entero. El duque regresaba a Punta de Diggen tras su larga travesía, acompañado por su esposa, su heredero… y su flamante nuera.

Trenza estaba sentada en el porche, apoyada de lado en su madre, contemplando el horizonte. Tenía en las manos la última taza que Charlie le había enviado, la de la mariposa suicida.

La infusión tibia le sabía a lágrimas.

—No tenía mucho sentido —susurró a su madre.

—El amor no suele tenerlo —respondió ella.

Era una mujer fornida, de alegre cintura. Cinco años antes estaba flaca como un palo. Luego Trenza había descubierto que su madre estaba dando parte de su propia comida a sus hijos y, desde entonces, había decidido ocuparse ella de la compra y estirar un poco más el dinero.

Apareció un barco en el horizonte.

—Por fin sé lo que debería haberle dicho. —Trenza se apartó el pelo de los ojos—. Cuando se marchó. Le dije que era un guante. No es tan malo como suena, y él acababa de llamarme a mí lo mismo, ¿sabes? Pero he tenido un año para pensarlo y me he dado cuenta de que podría haberle dicho algo más.

Su madre le apretó el hombro mientras el barco se aproximaba en su inexorable rumbo.

—Debería haberle dicho —susurró Trenza— que le quería.

Su madre fue con ella cuando Trenza emprendió la marcha, como un soldado en el frente afrontando cañonazos, hacia el muelle para dar la bienvenida al barco. Su padre, que tenía mal la pierna, se quedó en casa, y menos mal. Trenza temía que montara una escena, por lo mucho que había estado refunfuñando sobre el duque y su hijo los últimos meses.

Pero Trenza no se veía capaz de reprocharle nada a Charlie. No era culpa suya ser hijo del duque. Le podía haber pasado a cualquiera, en realidad.

Había todo un gentío. El duque había dicho en su carta que quería una celebración y que traía comida y vino. Y pensase lo que pensase la gente de tener una nueva futura duquesa, no iban a desaprovechar la ocasión de beber gratis. (No es ninguna novedad que los regalos sean el secreto de la popularidad. Eso y estar en condiciones de decapitar a cualquiera a quien le caigas antipático).

Trenza y su madre llegaron al borde de la multitud, pero Holmes el panadero les indicó por señas que subieran a su portal para ver mejor. Era un hombre amable, que siempre reservaba las puntas de las hogazas al rebanarlas y se las vendía a Trenza casi regaladas.

De ese modo Trenza pudo ver bien a la princesa cuando descendió al embarcadero. Era hermosa. Mejillas sonrosadas, pelo resplandeciente, rasgos delicados. Era tan perfecta que ni el mejor pintor de todos los mares podría haberla mejorado en un retrato.

Charlie por fin había pasado a formar parte de una historia. Con cierto esfuerzo, Trenza se alegró por él.

A continuación desembarcó el duque, saludando con la mano para que la gente supiera que debía aclamarlo.

—¡Os presento… a mi heredero! —vociferó.

Un joven descendió al muelle junto a la princesa. Y sin la menor duda, *no* era Charlie.

El joven tendría más o menos la misma edad que Charlie, pero medía dos metros y tenía la mandíbula tan marcada que hacía a otros

hombres preguntarse si su gusto por las mujeres lo era tanto. Rebosaba de músculos hasta el punto de que, cuando levantó el brazo para saludar, Trenza habría jurado que oyó las costuras de la camisa suplicando clemencia.

Por las doce lunas, ¿qué pasaba allí?

—Tras un desafortunado accidente —proclamó el duque a la silenciosa muchedumbre—, me he visto obligado a adoptar a mi sobrino Dirk y nombrarlo mi nuevo heredero. —Dejó un momento a la gente para que lo asimilara. Luego añadió—: Es un espadachín excelente y responde a las preguntas con una sola frase. ¡A veces con una sola palabra! Además, es un héroe de guerra. Perdió a diez mil hombres en la batalla de Lagoletrina.

—¿A diez mil? —se sorprendió la madre de Trenza—. Vaya, son muchos.

—¡Celebremos el matrimonio de Dirk con la princesa de Letargo! —bramó el duque con los dos brazos en alto.

La multitud siguió en silencio, todavía perpleja.

—¡Traigo treinta barriles! —gritó el duque.

Eso lo vitorearon. Y así, se celebró una fiesta. Los lugareños abrieron el paso hasta la sala común. Comentaron la hermosura de la princesa y se maravillaron de que Dirk mantuviera tan bien el equilibrio al andar, teniendo en cuenta que su centro de gravedad debía de estar situado alrededor del esternón.

La madre de Trenza le prometió conseguir respuestas y fue tras la gente. Pero cuando Trenza salió de su estupor, encontró a Flik, un siervo del duque, llamándola por gestos desde el final de la pasarela. Era un hombre simpático, con unas orejas de soplillo que parecían estar esperando el momento propicio para salir disparadas y huir volando.

—¿Flik? —susurró Trenza—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué accidente? ¿Dónde está Charlie?

Flik lanzó una mirada hacia la procesión que subía hacia el salón de banquetes. El duque y su familia iban con ellos, y ya estaban lo bastante lejos para que todo fruncimiento de ceño perdiera potencia por la fricción del aire y la gravedad.

—Quería que te diera esto —dijo Flik, y le entregó un saquito.

Tintineó al llegar a manos de Trenza. Dentro había pedazos de cerámica rota.

La quinta taza.

—Lo intentó con todas sus fuerzas, señorita Trenza —susurró Flik—. Tendrías que haber visto al joven amo. Hizo todo lo posible para ahuyentar a esas mujeres. Memorizó ochenta y siete tipos distintos de contrachapado y sus usos. Habló a todas las princesas que conocía, largo y tendido, sobre las mascotas de su infancia. Hasta les habló de religión, nada menos. En el quinto reino me temí que iban a pillarlo, porque esa princesa era sorda, pero el joven amo fue y le vomitó encima durante la cena.

—¿Le *vomitó*?

—En todo el regazo, señorita. —Flik miró a ambos lados antes de indicar a Trenza que lo acompañara mientras sacaba un baúl del muelle, para hablar en un lugar más disimulado—. Pero su padre se olió el pastel, señorita Trenza. Comprendió lo que estaba haciendo el joven amo. Se puso hecho una furia. Hecho una verdadera furia.

Flik señaló la taza rota que Trenza llevaba en el saquito.

—Sí, pero ¿qué le ha pasado a Charlie? —preguntó ella.

Flik apartó la mirada.

—Por favor —pidió Trenza—, dime dónde está.

—Navegó por el mar de Medianoche, señorita Trenza —respondió él —. Bajo la luna de la mismísima Thanasmia. La hechicera se apoderó de él.

Esos nombres dieron escalofríos a Trenza. ¿El mar de Medianoche? ¿Los dominios de la hechicera?

—¿Por qué querría hacer algo así?

—Bueno, supongo que será porque lo obligó su padre —dijo Flik—. La hechicera no está casada. Y el rey llevaba mucho tiempo queriendo que fuera menos peligrosa, así que…

—¿El rey envió a *Charlie* a intentar *casarse* con la *hechicera*?

Flik no respondió.

—No —dijo Trenza, comprendiéndolo—. Envió a Charlie a morir.

—Yo no he dicho nada ni parecido. —Flik empezó a marcharse a

toda prisa—. Si alguien pregunta, yo no he dicho nada ni parecido.

Embotada, Trenza se sentó en un pilar del muelle. Escuchó el movimiento de las esporas, que sonaba como a arena cayendo de la mano. Incluso en una isla tan remota como la suya habían oído hablar de la hechicera. Enviaba barcos cada cierto tiempo a saquear las fronteras del mar Glauco, y era dificilísimo enfrentarse a ella. Tenía su fortaleza en algún lugar oculto del remoto mar de Medianoche, el más peligroso de todos. Y para llegar allí había que cruzar el mar Carmesí, una zona desierta que solo era un poco menos mortífera.

Averiguar que la hechicera tenía prisionero a Charlie venía a ser como averiguar que se lo habían llevado a una luna. Pero Trenza no podía confiar en la palabra de un solo hombre, tratándose de un asunto tan importante. No se atrevía a molestar a nadie más con preguntas, pero sí que escuchó mientras los sirvientes hablaban en bisbiseos con los estibadores más curiosos, ansiosos por acabar de descargar el barco para ir a la fiesta. Todos los sirvientes daban respuestas parecidas. Sí, habían enviado a Charlie al mar de Medianoche. El duque y él habían tomado juntos la decisión, así que debía de ser buena idea. Al fin y al cabo, alguien tenía que tratar de impedir las incursiones de la hechicera. Y Charlie, más que nadie, era… estooo… la opción más evidente… por… motivos.

Lo que sugería aquello horrorizó a Trenza. El duque y el rey se habían dado cuenta de que Charlie estaba poniéndolo todo difícil y su manera de resolver el problema había consistido en librarse de él sin más. Habían nombrado heredero a Dirk a las pocas horas de que se supiera que el barco de Charlie había desaparecido.

A ojos de la nobleza, era una solución elegante. El duque recibía un heredero del que por fin podría estar orgulloso. El rey obtenía una alianza ventajosa por el matrimonio de Dirk con una princesa de otro reino. Y todo el mundo culparía de una muerte más a la hechicera, decantando la opinión pública a favor de una nueva guerra.

Al cabo de tres días, Trenza por fin se atrevió a imponerse a Brunswick, el mayordomo del duque, rogándole que le diera más información. Como al hombre le gustaban sus pasteles, reconoció que habían recibido carta de la hechicera pidiendo un rescate por Charlie.

Pero el duque, en su infinita sabiduría, lo había considerado un truco para que enviaran más barcos al mar de Medianoche. El rey había declarado a Charlie oficialmente muerto.

Pasaron más días. Trenza vivía aturdida, consciente de que a todo el mundo le daba igual. Decían que era «política» y seguían a lo suyo. Aunque el nuevo heredero tenía el intelecto de un pedazo de pan mojado, era popular, guapo y muy bueno haciendo que mataran a otra gente. En cambio, Charlie había sido… bueno, Charlie.

Trenza pasó semanas haciendo acopio de valor para ir a suplicar al duque que por favor pagara el rescate. Una decisión tan audaz como aquella le resultó difícil. No era que Trenza fuese ninguna cobarde, pero imponerse así a la gente… bueno, ella no lo hacía y punto. Sin embargo, animada por sus padres, emprendió el largo camino e hizo su petición en voz baja.

El duque respondió llamándola «meretriz con pelo de caramelo» y le prohibió limpiar ventanas en ninguna casa del pueblo. Trenza se vio obligada a tejer calcetines con sus padres, lo que les suponía mucho menos dinero.

Con el paso de las semanas, Trenza cayó en una especie de letargo. Se sentía menos un mero ser humano que una humana que meramente intentaba ser.

La vida en la Roca volvió a la normalidad para todos los demás, como si no hubiera pasado nada. A nadie le importaba. Nadie iba a hacer nada.

Hasta que, dos meses tras el regreso del duque, Trenza tomó la decisión. Sí que había alguien a quien le importaba. Y en consecuencia, correspondía a esa persona hacer algo al respecto. Trenza no iba a imponerse a nadie más para ello.

Tendría que rescatar a Charlie ella misma.

SEGUNDA PARTE

6

Cuando Trenza tomó la decisión, se deshizo un nudo dentro de ella, como si por fin hubiera logrado desenredar un mechón de pelo rebelde.

Iba a hacerlo. No tenía ni idea de cómo, pero hallaría la forma de salir de la isla, cruzar el temible mar Carmesí, adentrarse en el mar de Medianoche y rescatar a Charlie. Sí, cada uno de esos problemas parecía tan imposible como los demás. Pero, de algún modo, menos imposible que imaginarse el resto de su vida sin él. Pero antes Trenza fue a hablar con sus padres, cosa que debería hacer más gente en las historias como esta. Los hizo sentarse a los dos y les explicó el amor que sentía por Charlie, la certeza de que nadie iba a ayudarla y su determinación por ir a buscarlo, aunque también les transmitió la inquietud que sentía por las dificultades que podría causarles a ellos su ausencia.

Los dos escucharon en silencio mientras Trenza hablaba. Se debió en parte a que les había preparado pasteles de huevo de codorniz. Es más difícil poner objeciones a la locura transitoria de tu hija teniendo

la boca llena.

Cuando Trenza terminó de hablar, Lem pidió repetir. Aquel era un dilema de dos pasteles. Ulba solo se había comido la mitad antes de echar atrás la espalda y no volver a probar bocado. Aquel era también un dilema de medio pastel.

El padre de Trenza se comió el segundo pastel con deliberada meticulosidad, excavando desde arriba y avanzando hacia fuera, reservándose la corteza para el final. Por último la hizo crujir entre los dientes. Luego se quedó mirando el plato un momento largo e incómodo.

¿Aquel sería… tal vez… un dilema de tres pasteles?

—Creo —dijo por fin, volviéndose hacia Ulba— que vamos a tener que dejar que lo haga.

—¡Es de locos! —exclamó la madre de Trenza—. ¿Salir de la isla? ¿Viajar al mar de Medianoche? ¿Rescatar a un prisionero de la hechicera?

Lem se palpó el bigote de unos días con la servilleta para quitarse los restos de comida.

—Ulba, ¿dirías que nuestra hija es más pragmática que nosotros?

—Sí, normalmente sí que lo diría —respondió Ulba.

—¿Y dirías también que es más reflexiva que nosotros?

—Se pasa el día pensando —convino la madre de Trenza.

—¿Cuántas veces se impone a la gente o pide lo que quiere?

—Casi nunca.

—Teniendo todo eso en cuenta —dijo el padre de Trenza—, por fuerza la decisión correcta es que se marche. Nuestra hija ya se habrá planteado todas las alternativas. Dejar la isla para rescatar al hombre que ama puede sonar a locura, pero, si todas las demás opciones están descartadas por imposibles, entonces en este caso la locura podría ser lo pragmático.

Trenza sintió una punzada de emoción. ¿Su padre estaba de acuerdo?

—Trenza —dijo Lem inclinándose hacia delante y apoyando los brazos, antaño poderosos, en la mesa—, podemos cuidar de tu

hermano y de nosotros mismos si te vas. Por favor, no te preocupes por eso. Eres demasiado servicial con estas cosas. Pero ninguno de nosotros podremos acompañarte. ¿Lo comprendes?

—Sí, padre —respondió ella.

—Siempre me había preguntado si esta isla resultaría ser demasiado pequeña para alguien como tú.

Eso hizo que Trenza frunciera el ceño.

—¿Por qué pones esa cara? —le preguntó él.

—No quiero ser maleducada.

—Entonces te exijo que me lo cuentes, así que callarte sería de peor educación todavía.

Trenza torció aún más el gesto.

—Bueno, ¿cómo se te ocurre decir que la isla es demasiado pequeña para mí, padre? Yo no tengo nada de extraordinario. Si acaso, yo soy la que es demasiado pequeña para ella.

—Tú lo tienes todo extraordinario, Trenza —dijo su madre—. Por eso no hay nada en particular que destaque.

Bueno, los padres tienen que decir esas cosas. Están obligados a ver lo mejor en sus hijos, o vivir con esos pequeños sociópatas los volvería majaras.

—¿Tengo vuestra bendición, entonces? —les preguntó Trenza.

—Sigo pensando que es una idea espantosa —señaló Ulba.

Lem asintió.

—Lo es. Pero una idea espantosa ejecutada de forma brillante tiene que ser mejor que una idea brillante ejecutada de forma espantosa. Si no, mira los pelícanos.

—Es verdad —aceptó la madre de Trenza—. Pero ¿somos capaces de que brille alguna de las dos cosas?

—No —dijo Trenza—. Pero a lo mejor podemos dar un montón de pasos pequeñitos que, vistos todos juntos, a lo mejor parezcan brillantes a quien no nos conozca.

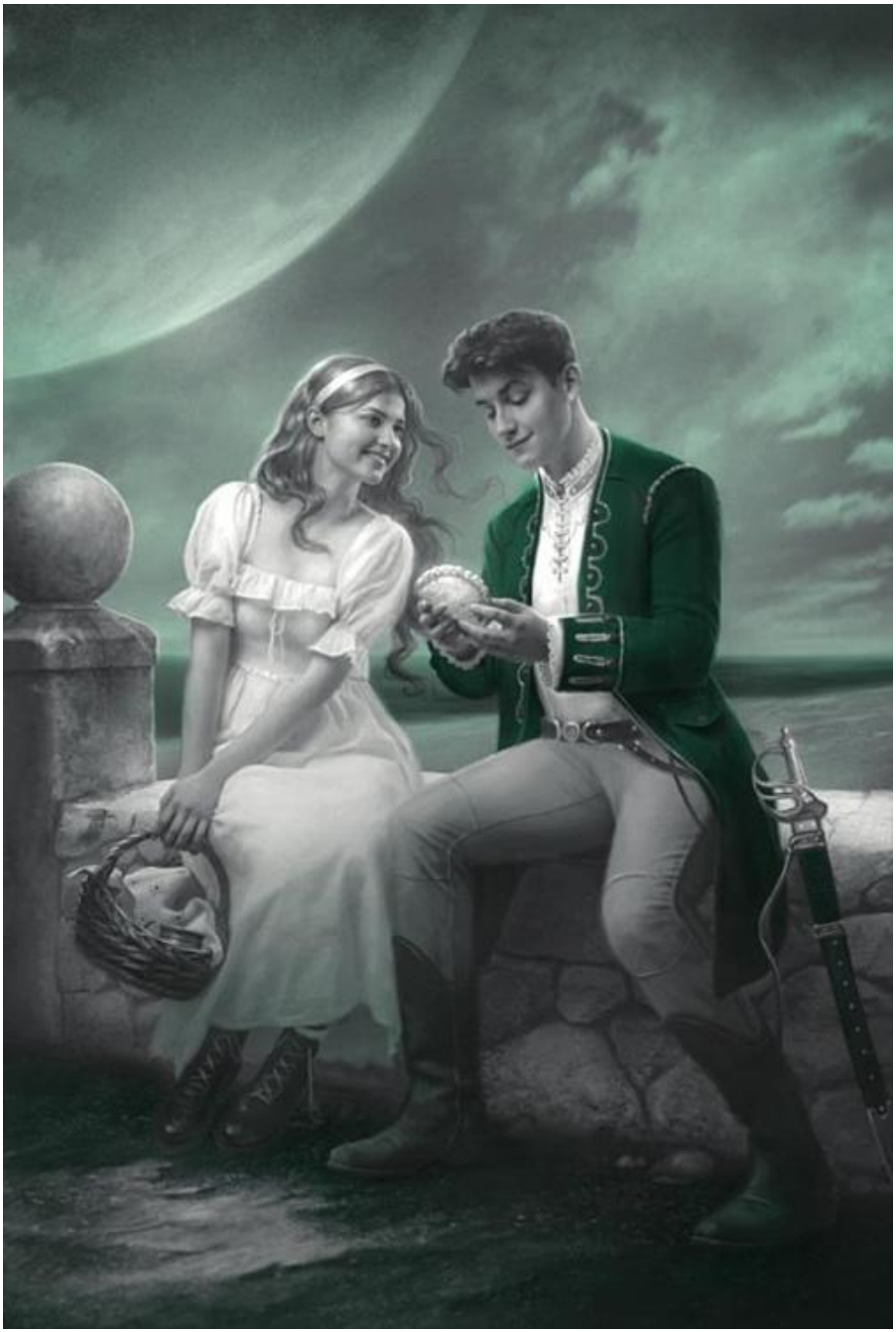
De modo que se pusieron a trabajar. Trenza era más que consciente de que quizá Charlie estuviera sufriendo, pero estaba decidida a dedicarle el tiempo necesario. Si de verdad iba a hacer una estupidez tan enorme como abandonar la isla, supuso que debía ser minuciosa al

respecto. Con un poco de suerte eso iría diluyendo la estupidez, igual que la harina buena diluía la rancia y mejoraba el horneado.

Empezó a irse al acantilado a tejer los calcetines, para ver los barcos que llegaban y zarpaban. Su madre empezó a hacer medias en una mesa cerca del puerto, para poder tomar notas. Cada noche ponían en común sus averiguaciones mientras el padre de Trenza escuchaba y aportaba ideas.

Aunque a Trenza siempre le había despertado curiosidad la mecánica del transporte marítimo, ahora tenía motivos para averiguar todos los detalles. Había dos tipos de personas que solían irse de la isla. El primero era, por supuesto, la tripulación de los distintos barcos. Cuando amarraban, bajaban a tierra para hacer compras o visitar las tabernas. La Roca no tenía grandes atractivos, pero la cerveza de Ladrillo se consideraba de las mejores de la región. Y además, con la cantidad suficiente dentro, todo lo demás que ofrecía la isla tenía mucho mejor aspecto.

El segundo tipo de personas que salía de la Roca eran los cargos



gubernamentales. No solo el duque y su familia, sino también funcionarios de la corona, como los recaudadores de impuestos, los mensajeros reales o los inspectores de cargamento. Esa gente podía zarpar cuando le diera la gana. Los nobles que venían de visita también podían marcharse, y en general tardaban poco en hacerlo después de comprender el error que habían cometido.

El mayor obstáculo para Trenza sería la actual inspectora de cargamento. Era una mujer adusta que refrendaba las cédulas de los mercaderes forasteros y luego registraba las bodegas en busca de polizones. Para ser un lugar donde nadie quería vivir, desde luego la Roca tenía un montón de cosas que la gente sí quería. Sal de las salinas, la cerveza de Ladrillo y hasta pluma y plumón de gaviota.

Los habitantes de Punta de Diggen solo podían vender esas mercancías a los barcos que tuvieran una cédula de adquisición emitida por el rey. Y la inspectora de cargamento era quien lo supervisaba todo. Cuando llegó la que tenían, a principios de año, se había negado a revelar su nombre a nadie e insistía en que la llamaran solo «inspectora». Afirmaba que no se quedaría en la Roca el tiempo suficiente como para que los nombres sirvieran de algo.

Trenza no recordaba a ningún otro inspector que hubiera sido tan estricto. Aquella mujer siempre estaba al acecho, haciendo rodar la porra que llevaba, buscando cualquier excusa para infligir un castigo. Parecía demasiado severa para ser humana del todo. Como si en vez de nacer se hubiera materializado y en vez de crecer hubiera metastatizado.

Trenza y su madre dedicaron horas a estudiar con disimulo cómo hacía la mujer sus registros de los cargamentos antes de que zarparan de la isla. Pesaba los sacos de plumas y apuñalaba los toneles de sal en busca de posibles polizones. Pero algunas mercancías, como los enormes barriles de cerveza, no podían abrirse sin estropear su contenido. ¿Y si alguien se escondía en uno de ellos? ¿Podrían rellenarlo con sal, por ejemplo, para ajustarle el peso y el equilibrio?

Por desgracia, la inspectora también tenía una solución para esos planes de huida. Examinaba los barriles mediante un aparato auditivo

especial, como los que usaban los médicos para oír cómo sonaba el pecho de sus pacientes. La inspectora se quedaba un rato junto a cada barril, escuchando para descartar que hubiera alguien dentro moviéndose o respirando. Según las malas lenguas, tenía el oído tan aguzado que era capaz de detectar hasta el pulso de un polizón.

¿Existiría alguna forma de superar ese obstáculo? ¿Alguna manera de sacar partido a eso?

Una noche, dos semanas después de que decidiera marcharse, Trenza estaba sentada ante su cuaderno lleno de ideas. La luna esmeralda alumbraba brillante como siempre, estoica e inmóvil en el cielo. Las esporas caían en la distancia, como luz de luna cristalina.

Su padre llegó cojeando, se sentó con ella y le hizo un gesto para que Trenza le enseñara sus planes. Los leyó con atención y luego asintió.

—Podría funcionar.

—Podría —dijo Trenza, y bostezó—. Pero no creo que lo haga. Tal vez cuele con unos cuantos marineros, pero no engañaré a Ladrillo, ni a Gremmy, ni a Sor. Sabrán que algo anda mal.

Se frotó los ojos. Llevaba tiempo durmiendo poco, de lo tensa que estaba. (Podría decirse que la preocupación es la carroñera de las emociones. Se ve atraída por otras emociones mejores como los cuervos por un campo de batalla).

—Igual no tienes que engañarlos —dijo su padre—. A lo mejor están dispuestos a ayudarte.

—No puedo pedírselo —repuso Trenza—. ¿Y si la inspectora me pilla? Se meterían en demasiados problemas.

Su padre asintió de nuevo. ¿Cómo no iba a decir algo así su hija? Así que le sugirió que se fuera a la cama. Trenza parecía a punto de quedarse dormida en plena conversación, y ya es decir, teniendo en cuenta la cantidad de historias de Charlie a las que había sobrevivido sin dar ni un solo bostezo.

Cuando Trenza hubo subido la escalera, Lem cogió su bastón, se puso el abrigo y salió un rato a ejercer sus habilidades parentales avanzadas.

Lem no era un hombre pobre.

Ahora es cuando podrías decirme: «Hoid, hasta ahora la historia nos está demostrando lo contrario. La familia de Lem las pasa canutas para llegar a fin de mes». Y yo te contestaría: «Por favor, deja de interrumpirme».

Lem no era pobre: lo único que pasaba era que no tenía mucho dinero.

Esa noche, mientras Trenza dormía, Lem bajó renqueando por el camino largo hasta la taberna de Ladrillo. Sabía a ciencia cierta que Gremmy y Sor estarían allí. A fin de cuentas, la taberna no cerraba hasta las dos.

Lem entró cojeando. Aún era lo bastante temprano para que el local estuviera feliz y bullicioso. Las veladas en una taberna, como bien sabes, se parecen a las llamas de un hogar. Tienen dos vidas.

Está la parte en que son rugientes, festivas, alegres. Luego la noche empieza a decaer. La taberna se vuelve más fría, más oscura, más callada. Quienes pueblan el local durante esa segunda vida no buscan

compañerismo. Solo compañía.

Para eso aún faltaban unas horas, así que Lem se cruzó con joviales salineros que pedían rondas y charlaban de sus aburridos quehaceres. Vio a Gremmy y a Sor juntos, como solían estar. El estibador y el supervisor del puerto parecían los extremos opuestos de una tachuela. Gremmy, achaparrado y de cabeza plana, llevaba un corte de pelo que gritaba: «¿Cuál es el más barato?». En teoría Sor era el jefe de Gremmy, pero rara vez sacaba el tema por si daba la involuntaria impresión de que estaba ofreciéndose a pagar la cuenta. Era alto y estaba sentado con la espalda muy recta, dando sorbitos a una cerveza porque no quería dejarse ver bebiendo el vino que podía permitirse.

Ladrillo, por supuesto, estaba detrás de la barra, subido a su banqueta para ponerse al nivel de sus parroquianos. Trenza necesitaba la ayuda de los tres hombres, pero Lem no fue a hablar con ninguno de ellos. Tomó posición cerca de la diana de los dardos. Jule estaba jugando y ofreció a Lem la siguiente partida, que él aceptó encantado.

Lem lanzó el primer dardo varios palmos por debajo de la diana y dio a la madera, en uno de los dos nudos que ya tenían los agujeros de una gran cantidad de dardos anteriores.

Jule lo miró con gesto aprobador y lanzó él también. Clavó su dardo cerca del de Lem.

—Me han contado —dijo Lem mientras hacía su segundo lanzamiento— que volviste a ayudar a Gremmy a pagar lo que debía aquí. Fue muy amable por tu parte.

Jule le agradeció el comentario con un asentimiento.

La siguiente partida fue contra el viejo Rod, el posadero. Por desgracia, Lem falló los dos primeros dardos. Uno se le desvió tanto que se clavó en la diana. Pero el tercero sí que acertó muy por debajo de ella.

—Buen tiro —dijo Rod—. ¿Ese bastón te mejora el equilibrio, Lem? Juraría que se te dan mejor los dardos desde el accidente.

—Usar bastón no ayuda con los dardos, Rod —respondió Lem—. En cambio, no tener nada que hacer…

Rod dio un gruñido.

—¿Todavía echas una mano a Ladrillo fermentando la cerveza los

fines de semana? —le preguntó Lem.

—Casi siempre —dijo Rod, y lanzó sus dardos.

Después de eso Rod se apartó para que Lem jugara otra partida, y otra. Los hombres que iban llegando para jugar contra él interpretaban el tácito guion de sus preguntas. Rod recordó la vez en que, yendo borracho, Lem lo había llevado a casa. Jule recordó cuando el vendaval se había llevado el techo de su casa y Lem lo ayudó a poner uno nuevo. Había docenas de historias parecidas. Lem era el equivalente humano de un pozo profundo y puro, siempre lleno de agua cuando alguien la necesitaba. Te ofrecía lo que necesitabas sin pedir nunca nada a cambio. De hecho, jamás volvía a sacar el tema.

A menos que fuera urgente.

A menos que fuera importante.

En esos casos… bueno, tal vez Lem fuese pobre en el tipo de moneda que estaba gravada por impuestos. Pero era millonario en la clase de moneda que importaba.

Esa noche corrió la voz. Lem necesitaba algo, en particular de Gremmy, Sor y Ladrillo. A Lem, el hombre sin deudas, le hacía tanta falta ese favor que casi estaba *pidiéndolo*. En el idioma de unos hombres como esos, era el equivalente a implorar de rodillas.

Lem siguió jugando a los dardos, y haciendo unas puntuaciones bastante buenas. Si te ha sorprendido el lugar al que apuntaban, debería señalar que un par de años antes alguien había reparado en que un grupo de nudos en la parte alta de la pared se parecían mucho a una cara. En concreto a la cara del duque, si uno se imaginaba el grano de esa madera como su pelo y la diana de dardos como el escudo de armas en su pecho.

Y bueno, por debajo de la diana había otros dos nudos muy prominentes en la madera de la pared. Justo por encima de donde estarían las piernas.

Lem lanzó y los hombres que había cerca se encogieron.

—Buen tiro —comentó uno.

Mientras avanzaba la noche se fueron ajustando unos libros de cuentas silenciosas e invisibles. Se llegó a decisiones que no se mencionaron. Ni falta que hizo, porque a la mañana siguiente,

demasiado temprano para lo que acostumbraban todos ellos, Trenza encontró al tabernero, al supervisor del puerto y al estibador llamando a su puerta. Le exigieron ayudarla en lo que fuese que estuviera haciendo.

Y así fue como, poco más de una semana después, se depositó un gran barril en el muelle para pasar la inspección. Gremmy lo colocó junto a otros cinco.

Había llegado a puerto la embarcación perfecta para ejecutar el plan de Trenza, el *Sueño de Oot*. Tenía que ser un barco cuya tripulación no visitara Punta de Diggen muy a menudo, y debía tener una cédula real que la autorizara a adquirir la cerveza de Ladrillo.

Los marineros del *Sueño de Oot* casi cargaron los toneles a bordo sin pasar la inspección, pero el capitán había leído las condiciones que especificaba la cédula.

—Tiene que haber inspección, ¿no? —preguntó—. No podemos zarpar sin que esté hecha.

De modo que fueron a buscar a la inspectora. La mujer llegó luciendo un ceño capaz de matar esporas, con la porra lista para impartir justicia. Examinó el primer tonel y le aplicó su aparato de escuchar.

Cerca de ella, Sor miró su reloj de bolsillo, contando los segundos, con el corazón atronando. Gremmy se frotó la coronilla plana con la mano mientras la inspectora recorría la hilera de barriles. Ladrillo le dio un codazo para que dejase de parecer tan sospechoso.

La inspectora llegó al último barril y se puso a auscultar su interior. El barril era lo bastante grande para que cupiera dentro una chica acurrucada, desde luego que sí. La inspectora escuchó atenta y… no encontró nada.

Hizo una seña para que cargaran los barriles. Los tres conspiradores cruzaron miradas furtivas. Hasta que la inspectora se detuvo y dio media vuelta. Entonces, de pronto, derribó el último barril de una patada.

Hizo «plom».

Luego hizo «au».

—¡Ya me parecía a mí! —exclamó la inspectora.

Asió una palanca que había en el muelle y destapó el barril para revelar la verdad: que dentro estaba escondida una joven de pelo negro, intentando escabullirse de la isla.

—¡Plumas para aislarla! —gritó la inspectora—. ¿Creíais que amortiguaría el sonido lo suficiente para engañar a este oído que tengo?

Y después de eso, todo empezó a irse a pique.

—¡Esto era imposible hacerlo sin ayuda! —espetó la inspectora al supervisor del puerto—. ¡Solo puede ser fruto de una conspiración!

El pobre Gremmy no fue capaz de soportarlo y se echó a llorar a voz en grito allí mismo. Ladrillo intentó tranquilizarlo mientras Sor se preguntaba en voz alta si podría ordenar a Gremmy que recibiera el castigo en su lugar.

—El rey ya estaba preocupado por vuestra deslealtad —dijo la inspectora con desdén—. Ya me advirtió sobre la gente de este pueblo. Me ocuparé en persona de que sepa que *todos* habéis colaborado para saltaros sus leyes. Pagad solo el precio de cinco barriles, capitán.

Cargaron los otros cinco barriles en el barco, que enseguida zarpó hacia el archipiélago Central del mar Esmeralda para entregar la cerveza. La inspectora había subido también al barco, dejando atrás a su asistente para vigilar los muelles, declarando que informaría ella misma al rey de la traición de Punta de Diggen.

Quizá hayas reparado en que la joven del barril no era Trenza, y es posible que creas que en realidad estaba en otro tonel. No es así.

Trenza no iba escondida entre la mercancía.

Trenza no iba escondida en absoluto.

Trenza era la inspectora.

8

A Trenza le pareció ver que la verdadera inspectora llegaba a los muelles, allá lejos. Una diminuta e iracunda figura que gesticulaba furiosa hacia el barco que huía. En esos momentos estarían diciéndole que el capitán había insistido en zarpar sin pasar la inspección. Gret, la hija del supervisor del puerto, ya habría salido del tonel vacío y estaría lejos de allí. No había ningún otro testigo en la Roca aparte de Ladrillo, Gremmy y Sor, cuyas deudas quedarían saldadas con eso.

Y así, sin más, Trenza era libre. En esa ocasión fue Punta de Diggen lo que se hizo más y más pequeño en la distancia. Prácticamente todas las cosas y las personas que había conocido Trenza jamás vivían en esa isla. Y muy pronto ni siquiera alcanzaría a verla ya.

Marcharse no le parecía emocionante. Le parecía un peso encima de los hombros. Todo niño anhelaba el día en que pudiera escoger un camino distinto al que recorrían sus padres. Trenza habría querido con todas sus fuerzas que el que había elegido ella no la llevara a arrojarse por un acantilado.

Pero en todo caso, era libre. Había escapado sin contratiempos. Se

preguntó si los otros desafíos que tenía por delante le resultarían tan fáciles. Estaba en condiciones de preguntárselo porque, al carecer de aprendizaje formal en las artes, Trenza no tenía la menor noción de lo que es la ironía dramática.

Volvió la mirada hacia el cielo. ¡Qué azul era allí fuera, lejos del humo gris de las salinas! Le dio una cierta sensación de indecencia, como si estuviera viendo al cielo sin ropa. El aire olía… ya no a sal, sino puro y limpio. Y peligroso. La ausencia de sal daba rienda libre a las esporas.

Por suerte, la regala del barco estaba cubierta de plata. Y seguro que la gente no navegaría por el mar Esmeralda si no fuese al menos razonablemente seguro. Las velas se inflaron y se sacudieron mientras el barco viraba y los marineros se afanaban dándose voces entre ellos. No habían tenido más remedio que aceptarla a bordo, porque las cédulas de adquisición del rey obligaban a los capitanes a dar pasaje a todo funcionario que deseara abandonar la Roca.

Así que la tripulación dejaba en paz a Trenza, que se quedó en la parte trasera del barco, en el alcázar, cerca de donde el capitán charlaba con el timonel. Trenza llevaba uniforme de inspectora, con una casaca de brillante rojo y dorado que le caía por debajo de las rodillas. Robada la noche anterior, era la ropa de repuesto que la inspectora guardaba en su armario. La madre de Trenza la había ajustado a la perfección para que diese la impresión de estar hecha a medida para ella. Y, por supuesto, en el registro de amarres que había en la habitación de la inspectora figuraba por «error» una cifra incorrecta para la hora en que el *Sueño de Oot* abandonaría la Roca, que había provocado que la mujer llegara tarde.

Lo único que Trenza llevaba consigo era un pequeño hatillo de ropa y una bolsa con tazas y jarras. Su preferida era la cuarta taza que le había enviado Charlie, la de la mariposa. Había algo en ese diseño tan sencillo que la impresionaba.

Se alegró de que los tripulantes no le hicieran caso, porque era difícil disimular lo muy boquiabierta que la tenía aquel océano de esporas verdes. Trenza no estaba al tanto de los hechos científicos que permitían flotar al barco, pero la verdad es que son bastante

interesantes. En el lecho oceánico había fumarolas que liberaban ráfagas de aire hacia arriba. Agitadas de ese modo, las esporas se comportaban como un líquido. Es un fenómeno que puede darse en cualquier mundo, incluido el tuyo. Se llama fluidización. Si bombeas aire hacia arriba bajo una caja de arena, verás algo parecido a lo que estaba observando Trenza.

Por todas partes salían burbujas entre las esporas, revolviendo y ondulando el océano. Las esporas lamían el casco del barco y fluían alejándose, salpicando, creando olas. No era del todo igual que el agua: el mar era demasiado espeso y las crestas de las olas se deshacían en volutas de esporas verdes. De hecho, aquel océano era erróneo de un modo que solo puede serlo algo que casi acierta. Familiar, y aun así ajeno. Como si fuese el primo maleducado de la materia líquida, ese que hace bromas inadecuadas en el funeral de la abuelita.

El barco navegaba como lo haría cualquier otro sobre el agua, pero solo podía avanzar mientras el aire burbujeara desde abajo. En el planeta de Trenza a ese fenómeno lo llamaban «el bullir». Iba y venía al azar, fluidizando océanos enteros durante días seguidos. Cesaba de vez en cuando, y al hacerlo dejaba encallados a todos los barcos que estuvieran surcándolos. Las interrupciones solían ser breves, pero muy de vez en cuando duraban horas o incluso días.

Una ola se estrelló contra el lado del barco y arrojó una erupción de esporas al aire. Trenza no pudo evitar que se le escapara un grito y alejarse de la borda, pero las esporas enseguida se volvieron grises al morir.

—No hemos navegado mucho, ¿eh? —preguntó el capitán desde el timón.

Tenía un aliento espantoso, una tez tan morena que parecía tostada y el pelo ralo y apelmazado. Imagínatelo como la respuesta a la pregunta: «¿Qué pasaría si la porquería que se acumula en el desagüe de la ducha cobrara vida?».

Pero era la mejor opción que Trenza había encontrado después de pasar semanas estudiando las idas y venidas de los barcos, así que no podía quejarse. Aunque el capitán volviera a reírse de ella la siguiente

vez que se alzaran las esporas.

—Tenemos plata de sobra —dijo el hombre, señalando el recubrimiento de la regala y las incrustaciones en la madera de cubierta. También había sendas líneas plateadas que ascendían por los mástiles—. Mata a cualquier espora que se acerque demasiado, inspectora. Estáis a salvo.

Trenza asintió, intentando fingir que no estaba preocupada. Pero llevaba la casaca abrochada hasta arriba y se descubrió respirando en bocanadas escasas y deseando tener una máscara impregnada en sal.

Para distraerse, sacó el cuaderno y repasó su plan. Ya había salido de la isla. Lo siguiente era esperar. El barco la llevaría a la isla del rey en el archipiélago Central. Una vez allí, Trenza tendría que buscar la forma de entrar en palacio y conseguir una copia de la petición de rescate por Charlie.

Esa sería la forma más sencilla de liberarlo. De acuerdo, pagar el rescate por sus propios medios resultaría casi imposible, pero aun así parecía más fácil que internarse en el mar de Medianoche y enfrentarse a la hechicera. Con un poco de suerte, si se las ingeniaba para pagar el rescate, o si convencía al rey de que lo pagara, le entregarían a Charlie sano y salvo.

La madera crujió al acercarse el capitán.

—Tenéis un pelo precioso, inspectora —le dijo—. ¡Del color de una buena jarra de hidromiel!

Trenza cerró el cuaderno de golpe.

—Creo que voy a retirarme a mi camarote.

El capitán sonrió. Era justo la clase de hombre que creía que todas las mujeres presentes estaban pensando en él. Lo cual era cierto, en la medida en que todas deseaban con desespero que el capitán se marchara en dirección contraria. Hizo un gesto a Trenza para que lo acompañara descendiendo del alcázar hacia los camarotes.

Por fortuna, el capitán la dejó en la puerta sin tener que obligarlo. La habitación era pequeña pero privada, y la puerta tenía cerrojo. Trenza se sintió mucho más a gusto cuando estuvo a salvo en su interior. Se sirvió agua en su taza de mariposa y se sentó en el camastro para pensar.

Todo le transmitía una sensación mucho más real que antes. ¿De verdad estaba haciéndolo? ¿De verdad había dejado atrás su hogar? ¿Qué eran esas palomas tan raras y coloridas, y por qué estaban hablándole?

Lo último era un efecto secundario del veneno que el capitán había ordenado poner en el agua de Trenza. Por desgracia, en esta historia no hay palomas parlantes. Solo ratas parlantes.

9

Trenza despertó. Eso era bueno.

Aprobaba sin ambages no morir el primer día de su aventura. Sin embargo, tenía un dolor de cabeza espantoso y lo único que veía era una negrura. ¿La negrura era algo visible o un indicador de que en realidad no veía? ¿Se podía oír el silencio? ¿Saborear la nada?

Bueno, a juzgar por cómo crujía la madera, Trenza estaba en la bodega del barco. Gimió, se incorporó y tanteó a su alrededor. Sus dedos encontraron unos barrotes. Estaba enjaulada.

—No encontrarás ninguna salida —dijo una voz queda. Sonaba masculina, pero daba una impresión contraída, como si alguien hubiera aferrado las palabras y estuviera estrujándolas para sacarles el jugo.

—¿Quién eres? —preguntó Trenza en voz baja.

—Otro prisionero. He oído cómo hablaban de ti. ¿Eres inspectora?

—Sí —mintió Trenza—. Trabajo para el rey. No puedo creer que se hayan atrevido a atacarme.

Trenza, en su interior, estaba entrando en pánico. El capitán debía

de haber descubierto su engaño. El barco ya estaría regresando a Punta de Diggen para buscar a la verdadera inspectora, y entonces todo se vendría abajo.

No. Ya se había venido abajo.

Trenza se quedó sentada con la espalda contra los barrotes.

—Menuda decisión más alocada has tomado, inspectora —dijo la voz—. ¿Abordar el barco tú sola? ¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Creías que los detendrías a todos tú sola?

—¿Detenerlos? —preguntó Trenza—. ¿A qué te refieres?

—¿Estás diciéndome que… no lo sabes?

Por si no eres muy de escuchar historias, una pregunta como esa nunca augura nada bueno.

—Este es un barco de contrabandistas —explicó la voz—. Falsifican las cédulas mercantiles del rey. Así pueden comprar y vender mercancías sin pagar las tasas.

Trenza gimió y dio un cabezazo contra los barrotes.

—Y han pensado que sospechaba de ellos. Han pensado que por eso he subido a bordo.

—¿No es así? —dijo la voz, y se echó a reír. O al menos a Trenza le pareció que era una risa. Salió como una sucesión aguda de chillidos, como un asno hiperventilando—. ¿Ha sido por pura casualidad? Ay, pobrecita.

Trenza se cruzó de brazos en la oscuridad, soportando las burlas. Por lo menos no la llevarían de vuelta a Punta de Diggen para entregarla al duque. En vez de eso, sin duda los contrabandistas la asesinarían y se desharían del cadáver. Decidió no llorar. Llorar no sería práctico, así que asunto zanjado. Nada de llorar.

Sus ojos vetaron la resolución.

—Eh, eh —dijo la voz—. Eh, tranquila. Por lo menos has salido de la Roca, ¿verdad?

—¿Conoces la Roca? —preguntó Trenza, frotándose los ojos. Estúpidos ojos. Seguro que solo buscaban algo que hacer, ya que no podían ver y tal.

—Iba hacia allí para visitarla —respondió la voz—, antes de que los marineros me encontraran y me encerraran aquí.

—¿Por qué querrías visitar Punta de Diggen? —se sorprendió Trenza.

—Tengo mis motivos —dijo la voz—. Los de mi especie somos así de misteriosos.

—¿Tu especie? —preguntó Trenza.

—Espera, que te lo enseño. Mejor cúbrete un poco los ojos.

Un momento después entró un chorro de luz por un pequeño agujero en el casco. Trenza parpadeó y se apartó el pelo lacio de los ojos para estudiar su entorno. Estaba en una celda empotrada en la bodega del barco, que tendría como metro y cuarto de lado y no era mucho más alta.

Enfrente de ella, atada encima de unas cajas, había una jaula mucho más pequeña. Contenía una rata negra común. El animal había sacado un corcho del agujero con sus minúsculas zarpas.

—Lo tengo siempre tapado —dijo—, para que no se enteren de que está ahí. No quiero que muevan la jaula, ¿entiendes? Es por…

La rata se interrumpió al volverse y ver a Trenza por primera vez. Ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Trenza.

El animal se quedó callado. Los únicos sonidos eran los del barco meciéndose en las esporas y las botas pisando la cubierta de arriba. Trenza se echó hacia atrás. No le hacía mucha gracia cómo estaba mirándola la rata con aquellos ojitos brillantes.

—¿Qué pasa? —exigió saber.

—No he podido verte bien cuando te bajaban. No me había dado cuenta… No esperaba que fueras tan joven. Tú no eres una inspectora del rey.

—Tengo aspecto juvenil.

—No lo dudo —respondió la rata.

Avanzó hasta el borde de su jaula, se levantó sobre las patas traseras y se inclinó hacia delante juntando las minúsculas zarpas. Era una pose muy de rata, lo cual Trenza supuso que tenía sentido.

—Estás escabulléndote de la isla —dijo—. Por las lunas, ¿por qué querrías hacer algo así?

—Ya te lo he dicho —espetó Trenza—. Nadie quiere estar en Punta

de Diggen. Y de todas formas, los marineros se lo han creído, así que no hace falta que sigas mirándome así. Mi plan de huida ha funcionado.

—Menos por lo de asustar sin querer a un puñado de contrabandistas, dirás.

Trenza volvió a frotarse los ojos.

—¿Podemos volver un poco atrás en la conversación? Me parece que nos hemos saltado un desvío importante. No es por ser maleducada, pero eres una *rata*.

—Me parece bastante evidente.

—Pero hablas.

—De nuevo, evidente.

—Ya, pero… ¿cómo?

—Con la boca —dijo el roedor—. Véase mi anterior respuesta.

Trenza se mordió el labio. Decía mucho de su estado mental que estuviera interrogando así a su interlocutor. ¿Preguntar a una rata parlante cómo es que podía hablar era de mala educación? Trenza pensó que ella quizá se ofendería si alguien le preguntara por qué podía hablar.

La rata fue a recoger el tapón de corcho.

—El hecho de que pueda hablar tiene su historia, supongo. Pero no es una que esté interesado en contar.

—Qué cosas —dijo Trenza.

—¿Cómo dices?

—Es que… no estoy acostumbrada a que la gente diga eso.

La rata mordisqueó un poco el corcho y luego lo llevó hacia el agujero.

—¿Podrías dejarlo abierto? —le pidió Trenza—. ¿Un ratito más?

La rata suspiró, porque ya casi tenía el tapón en su sitio. Pero volvió a bajarlo al suelo de la jaula. Las botas de arriba estaban dando pisotones más rápidos. ¿El barco estaría virando, tal vez?

—Contrabandistas, decíamos —recordó Trenza.

—Contrabandistas —asintió el animal, olisqueando el aire—. Me pillaron zampándome sus raciones, así que o bien les revelaba mi secreto y hablaba, o bien me tiraban por la borda como a una

alimaña. Resulta que opinan que sacarán un buen precio por una rata parlante. Me planteé avisarlos de que no tengo nada interesante que decir, pero entonces se me ocurrió que no sería buena idea darles motivos para dudar de mi valor. —La rata mordisqueó un poco más el corcho—. Con eso de la guerra inminente, un capitán de cada dos se ha hecho contrabandista. Así que no te fustigues mucho por haberte metido en el barco de unos sin querer.

—¿La guerra? —preguntó Trenza.

—Contra la hechicera —dijo la rata—. Está enviando más barcos a hacer incursiones, así que el rey se dedica a reforzar su flota, reclutando por la fuerza a barcos mercantes igual que un crío se llena las manos de golosinas. Viendo lo fácil que es que te llamen a filas últimamente, no me extraña que a tantos marineros esté dándoles un ataque de torsión de moral, por así decirlo.

—¿Crees que podría hablar con ellos? —preguntó Trenza—. ¿Explicarles que en realidad no soy inspectora?

—Ah, ¿de pronto no lo eres?

—Soy lo que sea que me saque de esta jaula. Un amigo mío tiene problemas y debo rescatarlo.

—¿«Amigo»? —dijo la rata—. ¿Te has ido de casa por un hombre?

Trenza se quedó callada.

—Cielo, ningún hombre merece que hagas que te maten —dijo la rata—. Si consigues escapar, deberías volverte a esa roca tuya.

—No es cualquier hombre —dijo Trenza—. Y además…

Calló al oír un estruendoso estallido en algún lugar de fuera. Trenza ladeó la cabeza. Qué ruido más raro, estando en el océano. ¿Qué podría ser?

El destino respondió a su pregunta enviando una bala de cañón con entrega urgente a través del casco de la nave.

10

La bala de cañón irrumpió a través de la pared del fondo y voló por el centro de la bodega. Al impactar contra la pared opuesta, estalló en esquirlas de cerámica mojada y lo que parecían cuentas de metal, que se esparcieron por el suelo entre las astillas de madera rota. Desde arriba llegó el clamor de pasos a la carrera y hombres chillando en cubierta.

—¿Qué está pasando? —gritó Trenza a la rata.

El animal había reculado al rincón más alejado de su jaula y estaba encogido, temblando.

—¡Que nos atacan!

—Me refiero a qué ves ahí fuera —explicó Trenza—. ¡Ve a mirar por el agujero!

Aunque la bala de cañón había creado un segundo agujero bastante más grande, no estaba cerca de Trenza y no le permitía ver mucho del mundo exterior. Trenza se puso nerviosa al darse cuenta de que cada vez que el barco cruzaba una ola, el nuevo agujero descendía lo suficiente para dejar entrar esporas. Eso sí que lo veía con toda

nitidez.

—Distingo otro barco —informó la rata—. Creo que no lleva bandera.

—¿Piratas? —aventuró Trenza.

—Unos piratas no estarían disparando, o al menos sin antes exigir la rendición del barco —dijo la rata—. ¿Para qué hundir todo el posible botín bajo un océano de esporas? Debe de ser que un barco de la armada real ha descubierto que esta gente son contrabandistas y se ha propuesto ocuparse de ellos a la manera civilizada.

—¿Civilizada?

Trenza chilló al oír otro cañonazo fuera. Pareció fallar, por suerte.

—No hay cañones sin civilización. ¿Qué? ¿Crees que hay algún bosque por ahí donde crecen por sí mismos?

Cada estallido del cañón hacía que Trenza se encogiera, pero el peligro más inmediato eran aquellas esporas. Con el cabeceo del barco estaban entrando cada vez más en la bodega, cubriendo el suelo, extendiéndose hacia ella en un charco verde. Algunas esporas morían y se volvían de un color gris apagado, pero la plata que había en cubierta estaba lo bastante lejos para que muchas sobrevivieran. Estaban acercándose poco a poco a su jaula, cada vez que el barco remontaba una ola e inclinaba el suelo en su dirección.

Aunque en ocasiones se las describe como polvo, las esporas de éter son más gruesas, más similares a una arena fina. Por eso no flotan en el aire como haría el polvo, a menos que haga mucho viento. Trenza se subió el cuello de la camisa para cubrirse la boca de todos modos, sin dejar de mirar aterrorizada.

Más que nada porque las esporas estaban rodando hacia los fragmentos de la bala de cañón destrozada… y hacia el agua con que dicha bala había salpicado toda la pared. En ese instante, Trenza recibió un cursillo acelerado sobre guerra naval en los mares de esporas. Sí, el barco enemigo podría haber utilizado balas de cañón sólidas y aburridas. Pero las que disparaban estaban pensadas para abrirse al poco de impactar y soltar el agua que llevaban dentro, lo cual las volvía mucho más interesantes. (Suponiendo que, como a mí, te interesen las muertes creativas).

Algunas esporas vivas por fin entraron en contacto con el agua.

Crecieron de sopetón. Imagínate un relámpago, solo que hecho de enredaderas. Brotaron al instante, entrelazándose entre ellas, formando una pinchuda construcción de unos tres metros de altura. Al cabo de escasos momentos había crecido en la bodega una maraña de enredaderas cuya forma recordaba un poco a la de un árbol, con sus «raíces» agrietando la madera de debajo y las «ramas» empujando hacia arriba y combando el techo.

Trenza no pudo contenerse e imaginó lo que pasaría si unas esporas de aquellas crecieran en su boca o su nariz. Se equivocó en algunas cosas, pero tenía bien comprendidos los conceptos básicos.

Por si tu imaginación es un poco más limitada, el proceso empieza con la sensación como de que unas manos te separan las mandíbulas. Luego las enredaderas te llenan la garganta, crecen allá donde encuentran espacio, se internan en tus pulmones. Hacen saltar los dientes y excavan hacia arriba a través del blando paladar para meterse en tus senos paranasales. Pero no suelen llegar al cerebro, así que te conceden el placer de asfixiarte hasta la muerte mientras sientes cómo las enredaderas te sacan los ojos de las cuencas.

De nada.

Por suerte para Trenza, al poco tiempo llegó un marinero tambaleándose escalera abajo, con la cara cubierta por una máscara de tela, cargado con una lámpara y varios aparatos extraños. Entre ellos destacaba un raro dispositivo llamado cajaférula. (Un aparato que —y esto lo sé por pura casualidad— tiene el tamaño perfecto para transportar una cabeza humana).

El marinero alzó la cajaférula hacia el agujero del casco y luego, con mucho cuidado, vertió unas gotas de agua en la parte de arriba. Del frontal de la caja emergió una lámina de piedra entre roja y rosácea. Traslúcida, como cristal turbio, la piedra se fusionó con la madera de alrededor y taponó el agujero.

El marinero separó la lámina de la parte delantera de la caja con un cuchillo de plata. En el mundo de Trenza, todos los barcos llevaban al menos un marinero entrenado para manipular y utilizar esporas, al que se conocía como germinador.

Trenza lo miró fascinada. Ya había oído hablar de esa sustancia, llamada rosaíta. Crecía a partir de las esporas de color rosado oscuro del mar Rosa, limítrofe con su propio mar Esmeralda. Al contrario que el mar Carmesí y el mar de Medianoche, el mar Rosa estaba habitado, lo cual significaba que sus esporas no eran del todo tan mortíferas como las de otros. A ella seguía pareciéndole muy peligroso. Que te crecieran enredaderas en la boca ya era bastante horrible, pero los cristales sonaban incluso peor.

Y sin embargo, el marinero acababa de utilizar aquellas esporas como si nada para reparar el barco, dejando la rosaíta sobre el agujero a modo de vendaje.

¿Las esporas podían utilizarse? ¿Con un objetivo práctico?

La lección de Trenza sobre guerra naval acababa de verse desplazada por otra sobre economía utilitaria.

Con el agujero parcheado, el germinador se descolgó del hombro otro aparato, que parecía una pértiga con una placa en el extremo de abajo. Cuando movió esa placa sobre el suelo, las esporas verdes que quedaban se volvieron grises. Trenza comprendió que debía de ser de plata.

El hombre echó un vistazo rápido a las enredaderas que habían crecido, pero al parecer decidió que no iban a hacer más daño de momento y, dejándolas estar, regresó hacia la escalera que llevaba a cubierta.

—¡Espera! —lo llamó Trenza, asiendo los barrotes frontales de su jaula—. Eso de ahí fuera tiene que ser un barco del rey, ¿verdad? Si no, ¿por qué dispara en vez de exigir un rescate o la rendición? Han venido a exterminar a unos contrabandistas.

—¡Más te vale que no lo hagan! —exclamó el marinero—. Porque te hundirás con nosotros, por muy inspectora que seas.

Le hizo un gesto grosero, que en su planeta consistía en un movimiento brusco de los dedos hacia ella, como si le tirara agua encima.

—¡Justo por eso lo digo! —insistió Trenza—. Si supieran que lleváis a una inspectora real a bordo, ¿crees que estarían disparándonos con tantas ganas?

El germinador se quedó mirándola un momento largo y luego corrió a buscar la llave de su celda.

11

La visión que esperaba a Trenza cuando salió de la bodega podría haber alarmado hasta a un dragón. El barco que les disparaba estaba mucho más cerca de lo que había esperado, tanto que Trenza hasta distinguía a sus tripulantes en cubierta.

La nave enemiga tenía dos cañones, uno en el castillo de proa y otro en el alcázar. Seguro que habrás escuchado historias sobre enormes navíos con más de una docena de cañones por banda, ¿verdad? Pues en el mundo de Trenza aún no habían llegado a tanto. La mayoría de las embarcaciones tenía un solo cañón, montado sobre una plataforma giratoria. Era frecuente que entre la tripulación hubiera un cañonero encargado de apuntar con él.

El *Sueño de Oot* era de esos y tenía solo un cañón pequeño a proa. En esos momentos la embarcación contrabandista estaba en plena escora para encararse, no disparando.

Trenza no sabía mucho de maniobras náuticas, así que solo vio que el barco enemigo se avecinaba y contempló boquiabierta cómo su cañón frontal disparaba hacia el *Sueño de Oot*. La bala dio en el mar de

esporas a estribor, entre las dos embarcaciones, y al contrario que la bala que había atravesado el casco en la bodega, esa estalló al primer impacto, liberando su cargamento de agua en las esporas.

Un enorme brote de enredaderas con forma de árbol cobró repentina existencia a centímetros de distancia de Trenza. Más enrevesado que la vida amorosa de un bibliotecario —creedme, son una gente muy rara—, sus zarcillos se retorcieron superponiéndose entre ellos. A Trenza le recordó a su pelo casi todas las mañanas, antes de empuñar el cepillo.

Las nudosas enredaderas aferraron el barco, adheridas a la regala. Las partes que se acercaban a la plata se volvían grises y morían, igual que las esporas, pero se quedaban agarradas de todos modos. Parecía que ese método de bombardeo podía destrozar un navío, por mucha plata que llevase. O eso o las enredaderas lograrían inmovilizarlo y dejarlo varado, convirtiéndolo en un objetivo fácil.

Los marineros apartaron a Trenza a un lado mientras corrían con hachas para atacar las enredaderas, intentando liberar el barco.

—¡Nos ha ido de un pelo! —gritó el capitán al timonel—. ¡Tú sigue virando, Gustal!

El hombre estaba bastante cerca, así que por desgracia Trenza le olió el aliento cuando se volvió hacia el marinero que la había sacado de la bodega.

—Por las lunas, ¿se puede saber qué haces con esa mujer aquí arriba, Dorp?

—Es inspectora real, capitán —dijo Dorp, señalando a Trenza—. He pensado que, si la ven, igual se les quitan las ganas de enviarnos a pique. ¡Capitán, señor!

La expresión del capitán pasó de furiosa a emocionada.

—Dorp, es la primera buena idea que tienes. Llévala al alcázar. ¡Súbela en alto si hace falta, y recemos a las lunas para que esos hijos de yald se lo piensen antes de volver a disparar!

Trenza soportó el trato con tanta dignidad como pudo. Al poco tiempo la tenían de pie en la punta de la toldilla, gesticulando con todas sus fuerzas, esperando que la casaca roja disuadiera al otro barco de seguir disparando.

Por desgracia, o la nave atacante no la vio o le trajo sin cuidado, porque la siguiente bala de cañón impactó contra el mamparo del alcázar, lo atravesó y dejó hecho un desastre el camarote del capitán.

El germinador soltó una maldición.

—Menuda idiotez de idea —espetó.

Tiró de Trenza por el cuello de la casaca, la bajó de la toldilla y la llevó de vuelta a la bodega para comprobar que no hubiera más agujeros y meterla otra vez en su jaula. Pero de pronto, un segundo después de que entraran en la bodega, el barco dio un bandazo.

Fue un movimiento tan brusco que Trenza tropezó y cayó de bruces en las esporas muertas que cubrían el suelo de la bodega. Se apresuró a ponerse a gatas y se sacudió de encima las esporas con manos frenéticas, temerosas. ¿Y si quedaba alguna viva?

El germinador la había soltado.

—No —dijo, volviéndose para mirar escalera arriba—. No, no, *no*.

El barco chirrió a su alrededor, deteniéndose. Entonces quedó en silencio. Hasta los pasos se detuvieron, y a Trenza le costó un momento comprender lo que había sucedido. El bullir, el burbujeo que fluidizaba las esporas, se había detenido.

En esencia, el barco había encallado en el mismo océano. Hasta que el bullir empezara de nuevo, estaban atrapados. Atascados sin poder moverse.

—¡Nononono! —gritó el germinador, olvidándose de Trenza, y echó a correr por la escalera.

Trenza apenas tardó nada en comprender qué le daba tanto miedo. El cañón enemigo ya estaba apuntando hacia ellos. Y su barco no se movía.

Un segundo más tarde, una bala de cañón entró a través del casco de popa, abriendo un agujero enorme. Trenza chilló y se cubrió la cabeza mientras la bala surcaba el aire sobre ella y atravesaba la proa del barco, sin estallar como habría debido.

Trenza se encogió en el suelo, esperando el próximo e inevitable disparo. Pero entonces su pragmatismo se impuso al terror. Dio media vuelta, dejando caer pedazos de madera de su espalda, y miró por el enorme agujero nuevo que había en el casco. Vio el barco enemigo a

algo más de cien metros de distancia, también encallado en el océano.

El mar se había vuelto más o menos sólido. O al menos, tan sólido como una duna de arena. Estaba hecho de esporas mortíferas, pero se podía andar sobre él. Y aunque la gente del barco enemigo quizá quisiera hacerle daño, la tripulación del *Sueño de Oot* sin duda pretendía hacérselo.

No le costó mucho tomar la decisión. Se puso en pie y dejó a un lado la enredadera que había crecido en la bodega, dirigiéndose al agujero.

—¡Cuidado! —exclamó la rata desde atrás mientras algo caía sobre ella.

El germinador, al ver que se movía, se había arrojado desde los escalones rotos para derribarla.

—Vaya, vaya —dijo—. Eso sí que es buena idea. Vas a darme esa casaca y seré yo quien vaya a suplicar que me perdone la vida esa gente.

Empezó a tirarle de la ropa y Trenza tanteó a su alrededor, desesperada por encontrar un arma. Sus dedos se cerraron en torno a algo metálico y lo alzaron con fuerza para golpear al marinero en la cabeza. El germinador cayó como los pantalones de un exhibicionista.

Trenza jadeó en el suelo y echó un vistazo a lo que había agarrado. Era una jarra de peltre.

Un momento, era *su* jarra de peltre.

«Caramba —pensó—, no esperaba tener razón en esto».

Buscó a su alrededor y vio que sus cosas estaban cerca, junto con otros objetos que la explosión había tirado al suelo. Dio un grito cuando otra bala de cañón impactó contra el barco más arriba e hizo chillar a los marineros.

Recogió su saco y fue trastabillando hacia la jaula de la rata.

—Casi me olvido de ti —dijo—. Perdona.

—Es un defecto humano muy frecuente —respondió él—. Y más vale que no te cuente cómo habláis siempre de los míos.

—Agárrate a algo —dijo Trenza—. No tengo nada para cortar las cuerdas de la jaula, así que…

Alzó la pesada jarra metálica, la descargó contra el pequeño

candado y lo rompió. La rata abrió la portezuela con el hocico, saltó al brazo de Trenza y correteó hasta su hombro. Teniendo en cuenta que el suelo estaba lleno de esporas, Trenza supuso que no podía reprocharle que quisiera ganar altura.

—Me llamo… —La rata carraspeó—. Me llamo… Huck. Tendrá que bastar con eso, porque no creo que mi verdadero nombre vaya a servir.

—¿Está en idioma rata y es imposible de pronunciar para un humano?

—Poco más o menos —confirmó él mientras Trenza daba media vuelta y caminaba hacia el agujero del casco—. ¿Y tú?

—Trenza —respondió ella.

—Muy bien, Trenza —dijo Huck—. ¿Preparada para hacer algo absolutamente demencial?

—Por desgracia, parece que ahora mi vida consiste en eso —dijo Trenza, y salió a las esporas.

12

Las esporas crujieron bajo sus pies.

Trenza trató de hacer inhalaciones lentas y poco profundas. Hasta con la camisa cubriéndole de nuevo la boca y la nariz, se sentía expuesta. No hacía falta más que una sola espora para acabar con ella.

Otra bala de cañón pasó zumbando por encima y atravesó el casco del barco. Aun así, Trenza siguió caminando con cuidado, despacio, para no levantar esporas al aire. Mantener el paso constante y prudente, eso era lo que debía hacer, aunque tuviera todo el cuerpo tenso por la ansiedad, aun sabiendo que en cualquier momento podía empezar otra vez el bullir y sumergirla a su muerte.

—Eso sí que no se ve todos los días —dijo Huck en voz baja desde su hombro.

Trenza se arriesgó a mirar atrás. Por algún motivo estaba congregándose una bandada de gaviotas en torno al *Sueño de Oot*. Había varios marineros heridos por el disparo más reciente y un hombre había caído por la borda del barco.

Sangraba.

El pobre hombre se revolvió y chilló, salpicando de sangre las esporas, que crecieron en oleadas, ondulándose y enganchándose al navío como los enormes tentáculos de algún leviatán oculto. El marinero desapareció en la retorcida explosión de enredaderas, pero Trenza aún oía sus aullidos en algún lugar de su interior mientras lo aplastaban y fluía más y más sangre para alimentar al hambriento océano. Las gaviotas se lanzaron en picado sobre las enredaderas y las atacaron con aparente fruición. ¿Qué estaba pasando?

Trenza se volvió de nuevo y siguió adelante, un paso tras otro, en dirección al barco enemigo. Aunque desde la bodega había parecido estar bastante cerca, allí fuera daba la impresión de que aún le quedaban kilómetros por recorrer.

—Esto no lo había hecho nunca —dijo Huck desde su hombro—. Ya sabes, caminar sobre ellas.

—Yo tampoco —respondió Trenza, tratando de contenerse y no hiperventilar.

No. Pares. De. Andar.

—No lo digo por asustarte —añadió Huck—, pero es probable que el bullir empiece otra vez en cualquier momento.

Trenza asintió. Conocía el concepto básico. Había alguna quietud larga de vez en cuando, cada día o dos, en la que el bullir cesaba durante varias horas. En alguna ocasión podía detenerse un día o incluso más tiempo, aunque no era nada habitual.

La mayoría de las quietudes duraban solo unos minutos. Como si el bullir fuese un cantante al fondo del océano que hacía una breve pausa para llenarse los pulmones de aire.

Trenza intentó apretar el paso, pero caminar sobre las esporas era mucho más difícil de lo que parecía. Le resbalaban los pies y, por las lunas del firmamento, no llevaba las botas lo bastante apretadas. Notaba que le estaban entrando esporas, que algunas se colaban entre las fibras de los calcetines y le frotaban la piel.

¿Cuánto sudor haría falta para dispararlas?

«No pares de andar».

Un. Paso. Tras. Otro.

Oyó el crujir de unas pisadas acercándose y miró atrás. Un

contrabandista había visto lo que estaba haciendo y había echado a correr hacia el barco enemigo. Estaba levantando muchísimas esporas. Trenza se tensó, preparándose, temiendo que…

Zas. Un revoltijo de enredaderas le salió por los ojos y el hombre cayó, revolviéndose, haciendo que crecieran más a su alrededor. Trenza siguió adelante, pero otro marinero la adelantó, caminando con paso confiado. Más rápido de lo que ella osaba.

Estaban solo a medio camino del otro barco.

«Por favor, luna esmeralda —rezó—. Por favor, solo un poco más de tiempo».

Vio que los marineros se amontonaban en el castillo de proa del otro barco. Habían dejado de disparar. Ya no les hacían falta las armas. El barco contrabandista chasqueó y crujió en la distancia mientras crecía una cantidad abrumadora de enredaderas en el lado por donde había caído el marinero que sangraba.

Trenza sintió la mirada de los tripulantes enemigos. Había una figura en particular, de pie en la misma proa del barco y con un sombrero que lucía una gran pluma negra, que resultaba de lo más amenazadora. Alzó un largo mosquete y lo apuntó directo hacia Trenza.

Entonces el arma giró un poco. El mosquete se sacudió y el estallido sonó una fracción de segundo después. El marinero que había estado dando zancadas hacia el barco delante de Trenza cayó y su sangre hizo brotar otra espeluznante columna de enredaderas entrecruzadas.

Trenza se detuvo y se preparó para un segundo disparo. Como no llegaba, echó a andar de nuevo. Ya era demasiado tarde para dar media vuelta, y en todo caso en esa dirección la esperaba una muerte segura.

Así que siguió adelante, sintiendo una horrorosa tensión, como la de una cuerda de arco al estirarse, y estirarse más, y más incluso. No dejaba de esperar ese estallido, o que el suelo empezara a temblar bajo sus pies. O que se le metiese una espora en la nariz o le tocara un ojo.

Cuando por fin llegó a la sombra del barco enemigo varado, fue como si llevara una eternidad caminando con un cuchillo apretado

contra el cuello.

Los marineros se congregaron contra la regala del barco y la miraron desde arriba. Trenza no distinguió ningún uniforme, salvo quizá el de aquella figura del centro. Estaba silueteada por el sol que brillaba desde atrás, cerca del horizonte, y el tocado con la pluma negra le ensombrecía el rostro.

Nadie dijo nada. Los marineros no ofrecieron a Trenza un lugar en su barco, pero tampoco le dispararon. De modo que, a falta de otras opciones, Trenza se ató la bolsa de tazas al cinturón y buscó alguna manera de subir a bordo. Por desgracia, la quilla y el casco del barco eran de madera marrón lisa y, tras unos pocos intentos, Trenza llegó a la conclusión de que escalar sería imposible.

—Lo siento —dijo Huck—. Parece que me equivocaba. No parece que esa gente de arriba trabaje para el rey, Trenza. Ojalá… Ojalá no…

Trenza se detuvo un momento a pensar en la situación en que se hallaban. Luego se frotó el dedo contra la ropa para quitarle cualquier espora que pudiese haber antes de llevárselo a la boca. Puso un poco de saliva en la uña, respiró hondo y la arrojó hacia las esporas a poco más de un metro de distancia.

Un «árbol» de enredaderas de tamaño medio creció de las esporas, enroscándose sobre sí mismo y extendiéndose hacia el cielo. Trenza se agarró a él y sintió bajo sus dedos los rugosos bucles, como cuerdas.

Empezó a trepar.

—¡Eso es! —exclamó Huck, correteando desde su hombro y subiendo más arriba por la enredadera—. ¡Vamos, Trenza, date prisa!

Puso todo su empeño en izarse hasta una altura de unos tres metros, desde donde casi llegaba a un ojo de buey que había en el costado del barco. Huck saltó de nuevo a su hombro mientras Trenza se agarraba y se quedaba pegada al casco. Desde allí vio el nombre del barco, pintado en letras doradas: el *Canto del cuervo*.

Más arriba, algunos marineros estaban riendo y comentando sus apuros con jovial despreocupación. Cayeron esporas de sus botas mientras Trenza seguía colgada allí, intentando apoyar los pies en un pequeño saliente horizontal que había en el casco bajo los ojos de buey.

—Ahí viene —dijo Huck—. Escucha.

Empezó como un grave zumbido que hizo vibrar el barco. Al momento las esporas empezaron a revolverse y escapó aire entre ellas. El barco se sacudió y Trenza estuvo a punto de soltarse. Se oyeron órdenes que llevaron a que los tripulantes izaran las velas.

La escalerilla de enredaderas que había creado Trenza se alejó y se hundió en el océano, de nuevo fluido. Trenza echó una mirada hacia el *Sueño de Oot* y lo vio escorado, retenido por las numerosas enredaderas que lo envolvían. La embarcación oscilo y cabeceó antes de hundirse por fin del todo.

Brotaron más enredaderas en torno al naufragio mientras los hombres chillaban y entregaban su sangre al océano, y entonces la bandada de gaviotas se dispersó. El barco al que estaba aferrada Trenza pasó al lado del *Sueño de Oot*, pero para entonces el barco ya había desaparecido por completo. Solo quedaban tres tripulantes solitarios, dos sobre maderos rotos y el tercero en un pequeño bote salvavidas. Los tres llevaban pañuelos en la cara y tenían los ojos cerrados con fuerza.

Sonaron dos tiros desde cubierta, que mataron a los dos hombres de los maderos. Por algún motivo, el *Canto del cuervo* dejó vivo al del bote salvavidas. Era el único superviviente de la tripulación de contrabandistas. Un final… innoble para la primera travesía por mar de Trenza.

Siguió agarrada al casco del *Canto del cuervo*. Empezaron a arderle los dedos, a dolerle los brazos. Pero no había ningún otro asidero más arriba, y además las cuadernas y la regala se extendían hacia fuera. Trenza dudaba mucho que tuviera la fuerza o la habilidad necesarias para llegar a lo alto, aunque pudiera seguir ascendiendo.

Así que se concentró en no soltarse. Se aferró con todas sus fuerzas mientras el barco se mecía y cabeceaba. Cada cierto tiempo aparecían cabezas por la borda, mirando hacia abajo para comprobar si aún estaba allí. Al retirarse informaban a gritos a sus compañeros.

Sigue ahí.

«Sigo aquí».

—Vete —susurró a Huck—. Eres una rata. Puedes subir por ahí.

—Me extrañaría —dijo él.

—Podrías intentarlo.

—Eso es indudable. Podría.

Se quedaron contra el casco los dos juntos. Durante lo que parecieron siglos y siglos. Al final empezó a resbalar. Sus músculos doloridos palpitaban en agonía, y…

Una cuerda dio contra la madera a su lado. Trenza la miró, entumecida, preguntándose si tendría la fuerza suficiente para subir por ella. La agarró, se quedó colgando de ella y apoyó la cabeza en el brazo.

Por suerte la cuerda comenzó a moverse, izada por varios marineros desde arriba. Cuando Trenza alcanzó cierta altura, un hombre gigantesco con el pelo negro en rastas se inclinó sobre la regala, la agarró por las axilas y la dejó caer en cubierta. Las últimas esporas que llevaba en la ropa murieron asesinadas por la plata del barco.

—La capitana Cuervo ha dicho que podíamos subirte si durabas quince minutos —dijo otra marinera, más bajita que el primero—. Es increíble que lo hayas hecho. Sí que eres fuerte.

Trenza tosió, tendida en el suelo, con los brazos exhaustos apretados contra el cuerpo. ¿Quince minutos? ¿Eso habían sido solo *quince minutos*? Le habían parecido horas.

—Fuerte no —dijo Trenza con la voz áspera—. Solo tozuda.

—Mejor todavía —repuso la marinera.

Huck tuvo el buen juicio de quedarse callado, aunque chascó los dientes a un marinero que intentaba agarrarlo.

—¿Qué sois? —preguntó Trenza a los tripulantes—. ¿Tropas del rey? ¿Bucaneros?

—Ni una cosa ni la otra —respondió otro marinero—. Enarbolaremos pronto la bandera real, pero es mentira. Es la cara bonita que ponemos. Doug está cosiéndonos una bandera como debe ser, para la próxima vez. Negro sobre rojo.

¿Negro sobre rojo? Al final sí que eran piratas. ¿Era mejor o peor que estar entre contrabandistas? ¿Y por qué habían enviado a pique el otro barco sin pararse a pensar en saquearlo?

Una figura robusta se abrió paso entre los tripulantes. La capitana

Cuervo, a juzgar por la pluma del sombrero, tenía duras líneas en vez de cara, la piel morena y un ceño tan profundo como el océano. Cuervo era… Bueno, he conocido a más gente como ella. Parecía demasiado dura. Demasiado llena de furia. Era como el primer boceto de un ser humano, antes de aplicarle efectos suavizantes como el humor o la clemencia.

—Arrojadla por la borda —ordenó la capitana.

—¡Pero si has dicho que la subiéramos! —protestó la marinera bajita.

—Eso he hecho, y eso habéis hecho. Y ahora, al mar con ella.

Nadie se movió para obedecer.

—Pero ¿habéis visto lo flaca que está? —restalló la capitana—. ¿Y encima, inspectora? Conozco a los de su calaña y escogen el puesto por lo fácil que es. Seguro que no ha trabajado ni un solo día en su vida, y en el *Canto* no hay sitio para inútiles.

Los piratas seguían pareciendo reacios. ¿Por qué les importaba lo que le ocurriera a Trenza? Pero su titubeo era una oportunidad. Así que Trenza, todavía mareada de puro agotamiento, se arrastró por la cubierta y se esforzó en alzarse de rodillas ante el cubo y el cepillo que había visto allí. Sin perder tiempo, a toda la velocidad que le permitieron sus doloridos brazos, cogió el cepillo y empezó a frotar la cubierta.

La capitana Cuervo la observó. Los únicos sonidos eran las bulliciosas esporas y el cepillo raspando adelante y atrás.

Al cabo de un tiempo, la capitana sacó la petaca que llevaba en el cinturón y le dio un largo sorbo. Parecía una petaca muy buena. Tenía una funda de cuero con un grabado en forma de plumas. Incluso exhausta, Trenza sabía apreciar un buen recipiente para beber.

Cuervo se marchó sin dar más órdenes de que se ocuparan de Trenza. Los piratas regresaron a sus puestos y nadie la arrojó por la borda.

Trenza siguió trabajando de todos modos. Fregando la cubierta mientras Huck le susurraba ánimos al oído. Trabajó hasta bien entrada la noche, cuando, entumecida por la fatiga, por fin se hizo un ovillo en un rincón de la cubierta y se quedó dormida.

TERCERA PARTE

13

Trenza despertó al día siguiente con la cara llena de pelo. Se notaba tiesa, como un paño que ha dejado pasar ya varios turnos de lavandería. Se despegó de la cubierta, intentó recogerse el pelo y tuvo el vago recuerdo de que le habían dado una patada por la noche y le habían dicho que se quitara de en medio. Lo había hecho, pero luego habían vuelto a patearla por lo mismo en otras dos ocasiones. No parecía haber ningún lugar en cubierta donde *no* estuviera en medio.

Su siguiente pensamiento no fue sobre comida. No fue sobre buscar algo de beber, ni sobre ninguna otra necesidad biológica.

Fue sobre Charlie.

Trenza jamás se había sentido tan ingenua. ¿De verdad había pensado que podía marcharse de casa sin más y rescatar a alguien? ¿Aunque no hubiera pisado un barco en la vida? Se sintió tonta. Y lo peor fue que se sintió fatal por Charlie, que debía de estar asustado, atrapado y solo en algún lugar. El suplicio de Charlie era el de Trenza.

Puede parecer que una persona capaz de ponerse en la piel de otra está condenada en esta vida. ¿Acaso no es suficiente ya con el dolor de

una sola persona? ¿Por qué alguien como Trenza debería sentir el de dos, tres o más? Y sin embargo, en mi opinión, la gente más feliz es la que mejor aprende a *sentir*. Requiere práctica, ¿sabes? Esfuerzo. Y quienes, hacia el final de su vida, se han puesto en la piel de dos, de tres, de mil personas distintas… bueno, resulta que jugaban con ventaja sobre todos los demás desde el principio.

La empatía es la venta a pérdidas de las emociones. Termina compensando con el tiempo.

Tampoco es que eso reconfortara mucho a Trenza en esos momentos, abatida en la cubierta del barco, muy consciente de que, antes de poder pensar siquiera en ayudar a Charlie, iba a tener que hallar un modo de salvarse a sí misma. Se agazapó contra la regala y oyó que alguien bajo cubierta gritaba que el «primer turno» podía pasar a por el rancho.

Huck le susurró algo al oído y se marchó correteando para investigar. El estómago de Trenza rugió, recordándole que lo último que se había echado al gaznate era el agua que le había hecho ver palomas. Así que, dolorida, se levantó del suelo. En los barcos, «rancho» significaba comida, ¿verdad? A lo mejor no se daban cuenta si…

Un hombre desgarbado con una guerrera desabrochada se plantó delante de ella. Calvo y con barba de unos días, llevaba una espada al costado y tenía dos pistolas metidas en el cinturón. Laggart, el cañonero, era el segundo de a bordo de la nave. Tenía los músculos nervudos, y el largo cuello que sostenía su cabeza calva sugería que quizá tuviera algún buitre en su árbol genealógico.

Miró a Trenza de arriba abajo.

—El primer turno puede comer —dijo—. Eso son los hombres y las mujeres que se preparan para ocuparse del barco durante el día. ¿Tú vas a trabajar hoy en las velas o en los aparejos, pelo de miel?

—No —susurró Trenza.

—Luego comerá el segundo turno —prosiguió Laggart—. Son quienes llevan toda la noche en pie, y comerán nada más lleguen sus sustitutos.

—¿Y… en qué turno estoy yo? —preguntó Trenza con un hilo de

voz.

—La capitana dice que estás en el tercer turno —respondió Laggart, y sonrió mientras se marchaba.

Al cabo de un rato llamaron al segundo turno y hubo un reemplazo de marineros. Trenza esperó, mareada y agarrotada. Y esperó. Y esperó. Podría decirse que estuvo muy esperanzada esa mañana.

No llamaron al tercer turno. Trenza sospechó que era la única persona que lo ocupaba. Se esforzó en hacer caso omiso al estómago y se dedicó a observar cómo trabajaban los piratas. Quizá, si averiguaba en qué consistían sus tareas, podría anticiparse a ellas y no estar en medio cuando pasaran.

Hizo eso durante toda la mañana, y por suerte no pareció molestar a la mayoría de ellos. No eran una tripulación muy risueña, pero por lo visto sí bastante entregada. Trenza descubrió varias veces a la capitana Cuervo mirándola desde un lado mientras bebía de su petaca. La cara que ponía hacía que Trenza se sintiera como una mancha rebelde en una ventana.

Mejor sería ponerse a trabajar. Hurgó en su bolsa, comprobó que tenía todas las tazas y jarras y sacó el cepillo para el pelo. Después de someter a sus mechones y aprisionarlos en una trenza, cogió el cubo y el cepillo y entonces reparó en que ya no le quedaba agua ni jabón.

Se quedó allí de pie con cara de tonta hasta que llegó alguien con un cubo lleno para ella. Trenza dio las gracias al hombre y se sobresaltó al darse cuenta de que ya lo había visto antes. Era Hoid, el grumete del *Delator*. Su larguirucha figura y su mata de pelo de un blanco puro eran inconfundibles. Aunque todo el mundo lo llamaba «chico», parecía tener treinta y tantos años y estar en plena posesión de sus facultades mentales… hasta que abrió la boca.

—¡A mis encías les chifla que las lama! —dijo a Trenza, y se fue con un paso patiestevado que lo hacía balancearse como un pingüino borracho.

Sí, ese soy yo.

No, no quiero hablar de ello.

Mientras me marchaba a meterme cordones de zapato en la nariz, Trenza subió al alcázar, por donde pasaba menos gente. Allí se puso a

trabajar de nuevo. Resultó que a Trenza se le daba muy bien fregar cubiertas. De hecho, le parecía demasiado fácil, casi un desperdicio de sus talentos en la limpieza. Era como contratar a un cirujano de talla mundial para que te quitara la corteza del pan de molde.

En los descansos que hacía, observaba a la tripulación. Distinguió otras caras conocidas, como la de Hoid, aunque solo le sonaran. Los barcos que pasaban por la Roca muchas veces dejaban allí a algún tripulante. Esos marineros obtenían un pase del inspector que permitía que se enrolaran en otra embarcación visitante.

No parecían ser un grupo demasiado hostil. Eran una tripulación mixta, de diversas etnias y con casi tantas mujeres como hombres. No era nada infrecuente en los mares de esporas. Los capitanes aceptaban a quienes aceptaran embarcarse. El machismo interfería con los beneficios.

¿Cómo era posible que una tripulación tan normal hubiera terminado haciéndose pirata? ¿Y no unos piratas cualesquiera, sino unos tan sanguinarios que estaban dispuestos a hundir un barco en vez de saquearlo?

«Ni siquiera llevan tapado el nombre del barco —pensó Trenza—. Y han dejado con vida a un marinero». Allí estaba pasando algo raro.

—¡Qué ganas tengo de hacer gárgaras con mis camisas! —exclamé mientras pasaba por allí—. Pero me las comí la semana pasada.

Trenza ladeó la cabeza, viendo cómo me alejaba. Entretanto, Huck llegó correteando por la cubierta y se le subió al hombro.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —preguntó la rata en voz baja.

—No estoy muy segura —susurró Trenza—. Pero ya lo conocía de antes. Es majo. Aunque… raro.

—Rara es la gente que colecciona sellos, Trenza. A ese hombre le faltan unos cuantos tornillos y no se ha dado cuenta de que los que tiene en realidad son chinchetas.

En fin.

De acuerdo, te lo explico. Unos años antes había tenido un encuentro —o más bien una colisión— con la hechicera. Dejémoslo en que ella tenía algo que necesitaba, pero despojarla de ello resultó más difícil de lo que había previsto. ¿Y qué pasó? Que la hechicera me

lanzó una de sus famosas maldiciones. Hasta el bailarín más grácil tropieza alguna que otra vez, ¿vale?

La maldición me dejó sin el sentido del gusto y… bueno, también sin los otros cuatro.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Trenza a la rata.

—He robado un poco de comida —dijo Huck—, pero solo he podido llevarme raciones de tamaño rata. Lo siento. Y es verdad que están cosiendo una bandera pirata. Me da la sensación de que son nuevos en esto. Quizá por eso han hundido el otro barco, sin querer.

—No —susurró Trenza mientras se ponía a fregar otra vez—. Han dejado vivo a un marinero a propósito, y no llevan tapado el nombre del barco. No han enviado a pique a los contrabandistas por inexperiencia, sino…

—… sino para hacerse notar —convino Huck—. La versión pirata de enviar a un pregonero para anunciar unas rebajas en la zapatería. Por las sombras de las lunas. Han matado a casi treinta personas.

Trenza volvió a mirar a los tripulantes que bregaban en sus puestos. Antes había interpretado ese brío como ánimo y concentración. En esos momentos vio otra cosa. Una especie de agudo deseo de perderse en la tarea. Tal vez para no pensar en lo que había sucedido el día anterior.

«En este barco hay algo que anda muy mal», pensó de nuevo.

Por desgracia, antes de poder darle más vueltas, otros asuntos de naturaleza escatológica se apoderaron de su atención.

El *Canto del cuervo* era un barco mucho más grande que el anterior en el que había navegado Trenza. El *Sueño de Oot* había sido una embarcación de dos palos, parecida a lo que llamarías un bergantín. El *Canto del cuervo*, en cambio, tenía cuatro mástiles y estaba diseñado pensando en la velocidad, pero también disponía de una amplia bodega de carga y varias cubiertas. Era el equivalente a un pequeño galeón, y tenía una tripulación de sesenta personas, muy numerosa para lo que era habitual en el mundo de Trenza.

No voy a pedirte que recuerdes los nombres de todos los tripulantes. Sobre todo porque ni yo mismo los recuerdo.

Así que, tanto en aras de facilitar la narrativa como de conservar la cordura colectiva, llamaré por su nombre solo a los miembros más importantes de la tripulación del *Canto del cuervo*. Todos los demás, sin importar su género, recibirán el nombre de «Doug».

Te sorprendería lo común que es ese nombre en los distintos mundos. Puede que en algunos se escriba «Dug» o «Duhg», pero siempre lo encuentras. Sea como sea la lingüística de la zona, al final

los padres empiezan a llamar Doug a su descendencia. Una vez estuve diez años en un planeta cuya única vida inteligente era un grupo de seres parecidos a tortitas que se expresaban mediante flatulencias. Y de verdad te lo digo: uno se llamaba Doug. Aunque reconozco que la palabra llevaba asociado un olor muy característico al «pronunciarse».

«Doug» es el homólogo nominativo de la evolución convergente. Y una vez llega, se queda. Es un Gran Filtro lingüístico, un toque de atención. Cuando una sociedad alcanza su punto Doug álgido, es el momento de que vaya a sentarse a un rincón y piense en lo que ha hecho.

En todo caso, había por lo menos una mujer que de verdad se llamaba Doug en el *Canto del cuervo*, pero no me acuerdo de quién era, así que, de ahora en adelante, en lo relativo a esta historia, todos se llaman Doug.

Trenza se acercó a uno de ellos y le preguntó con timidez dónde estaba el excusado. El Doug señaló hacia la escalera descendente y le explicó que la «garita de la cubierta media» era la de los tripulantes rasos.

Con Huck al hombro, Trenza empezó a explorar. El barco tenía cuatro niveles. Los Dougs llamaban al de arriba, el que estaba abierto al cielo, la «cubierta alta». La «cubierta media» era donde estaban el comedor, la armería y las pequeñas estancias donde trabajaban los oficiales. La «cubierta baja» era el espacio atestado donde dormía la mayor parte de la tripulación.

Debajo de ella estaba la bodega, un espacio cavernoso donde almacenar los copiosos botines que sin duda adquirirían los piratas cuando descubrieran cómo dejar de hundirlo todo hasta el fondo del océano.

Había varios cuartos de baño, y con fontanería funcional, gracias a las lunas. Trenza echó un vistazo a uno desocupado y vio que tenía retrete pero no baño. ¿Cómo se limpiaba la tripulación? Ella estaba ansiosa por hacerlo, ya que no dejaba de encontrar esporas muertas en los pliegues de la ropa. Le daba escalofríos pensar cuántas debía de haber tenido encima.

Hizo lo que necesitaba en la angosta cámara, iluminada solo por un

minúsculo ojo de buey en la pared. Huck tuvo la gentileza de esperar fuera sin tener que pedírselo, demostrándose bastante caballeroso para ser una rata. Sintiéndose un poco mejor, Trenza salió y dejó que Huck se le volviera a subir al hombro. ¿Qué hacían con las aguas residuales, allí fuera en el océano? ¿Guardarlas para el compostaje en las islas? Pero ¿qué pasaba en las travesías largas? Tirar aquello por la borda parecía peligroso, además de una guarrada. ¿Peliguarroso?

Emprendió el regreso a la cubierta alta, pero entonces oyó una voz procedente de un compartimento que había cerca de la garita. Asomó la cabeza y vio a un hombre detrás de un mostrador, el grandullón de las rastas que la había izado sobre la regala. Cuando digo «grandullón», es posible que lo imagines como alguien entrado en carnes, o quizá fornido. Y era ambas cosas, sí, pero ninguna de esas palabras hacía justicia a Fortín, el pañolero del barco.

Fortín no era grandullón en plan: «Anda, cómete una ensalada», ni siquiera grandullón en plan: «Tú haces deporte, ¿verdad?». Era grandullón en plan: «Pero ¿cómo has podido pasar por la puerta?». No era que estuviese gordo, aunque sí que tenía unos kilos de más. Era más bien que parecía una persona construida a una escala distinta del resto de la humanidad. Casi podías imaginarte que las Esquirlas, después de crearlo, hubieran dicho: «A lo mejor nos hemos pasado un poco» y hubieran decidido quitar un diez por ciento al resto de los humanos para economizar recursos.

Fortín sostenía una bala de cañón hecha de cerámica que se veía pequeña en sus manos. Tenía los dedos de ambas manos deformados, ya fuese por alguna lesión antigua o por una enfermedad congénita. Era una dolencia que por fuerza tenía que afectar a su destreza.

Estaba con una mujer alta, vestida con chaleco y pantalones, que llevaba el pelo muy corto. Ann, la carpintera del barco, tenía la nariz como un dardo y sujetas a distintos lugares de su persona había no una ni dos, sino tres pistolas.

Fortín pasó la bala de cañón a Ann y, aunque no había parecido que pesara mucho cuando la sostenía él, la manera en que la agarró la carpintera decía otra cosa muy distinta. Entonces el hombretón cogió del mostrador lo que parecía un letrero de madera con la parte de

delante negra. Tendría unos sesenta centímetros de ancho y algo menos de alto.

—¿Has comprobado todas las de la armería? —preguntó Ann.

Fortín desvió un momento la mirada al dorso de su tabla de madera y asintió.

—¿Y no había ninguna otra defectuosa? —dijo ella.

Fortín dio unos golpecitos en la parte trasera de la madera y aparecieron palabras por delante.

Ni una sola, decía el letrero. **Todas las que he inspeccionado tienen bien el detonador, calibrado para que explote antes de que puedan enviar a pique un barco, y así capturarlo y saquearlo.**

Ann dejó la bala en el mostrador con un golpetazo.

—Bueno, pues si no hay ninguna otra defectuosa, no deberíamos preocuparnos de hundir a nadie más sin querer.

Fortín de nuevo hizo unas pulsaciones en la parte trasera de la tabla usando el nudillo del dedo índice. Al hacerlo, las palabras cambiaron.

Esto no me gusta nada, Ann. Se suponía que disparábamos balas de cañón que solo incapacitaban el otro barco, no lo hundían. Me repugna que hayamos acabado matando a esa gente, y no me hace ninguna gracia cómo se ha comportado la capitana después. No tiene sentido.

—¿Qué estás diciéndome? —preguntó Ann.

Estoy diciéndote que esto no me gusta nada de nada. No es la clase de piratería a la que nos apuntamos.

—A mí tampoco me gusta —respondió Ann—. Pero ya es demasiado tarde para cambiar de opinión. Por lo menos, sigue siendo mejor que dejarnos reclutar.

¿Lo es? ¿De verdad? No quería cargar con esas muertes en mi conciencia, Ann.

Ann no respondió. Al cabo de un momento se levantó y fue hacia la puerta. Trenza tuvo una punzada de pánico por si la descubrían escuchando a hurtadillas y corrió de vuelta a la garita. Desde allí dentro oyó que Ann subía la escalera hacia el exterior.

—¿Qué sacas en claro de eso, Huck? —susurró.

—No sé —dijo él—. Parece que no pretendían hundir el *Sueño de Oot*, lo cual tiene sentido. Pero después de que la primera bala de cañón atravesara el casco y empezara a enviar el barco al fondo del mar, los piratas decidirían terminar el trabajo.

Trenza asintió, aunque no sabía qué pensar de todo aquello.

—Siguen siendo culpables —añadió Huck—. ¿Qué creían que iba a pasar si se hacían piratas y atacaban a otro barco? No basta con que estén tristes por haber matado a alguien después de intentar robarles. Ahora estos piratas son forajidos, Trenza.

—No me parece justo —dijo ella—. ¿El rey ahorcaría al pañolero aunque no disparase él el cañón?

—La ley es muy clara. La norma del homicidio culposo, para ser exactos. ¿Estás cometiendo un delito y alguien muere? Se considera asesinato. Aunque no lo pretendieras. La armada real estará buscando a esta gente, y más nos vale no estar a bordo cuando los capturen. Por si acaso no se creen que eres su prisionera.

Era una sugerencia sabia. Aquel barco era una trampa mortal: o bien la capitana terminaría hartándose de ella, o bien Trenza acabaría muerta en la inevitable pelea. Tenía un trabajo que hacer salvando a Charlie y no podía perder tiempo.

Pero ¿cómo escapar? No es que pudiera saltar por la borda. Además, su garganta seca le advirtió de que tenía otras preocupaciones más acuciantes. Si la capitana no le permitía comer, no viviría el tiempo suficiente para escapar.

Regresó con sigilo al compartimento del pañolero y, al echar un vistazo dentro, vio que el grandullón estaba de espaldas a la puerta. Estaba ordenando cosas en los muchos baúles y cajas que tenía tras el mostrador. ¿Podría robar alguna cosa comestible? ¿O quizá podría hacerlo Huck por ella? Miró a la rata.

—¿Qué pasa? —preguntó él en voz alta.

Trenza lo fulminó con la mirada y le indicó por señas que bajara la voz.

—Me parece que es sordo —dijo Huck—. Antes, cuando estaba merodeando por ahí, he oído a alguien mencionar que el pañolero no podía oír.

Y en efecto, Fortín siguió trabajando, todavía dándoles la espalda. No había reparado en su conversación.

—Una vez conocí a una humana sorda —dijo Huck—. Era bailarina, y de las mejores que hay bajo las lunas. O la mejor que yo había visto, al menos. Estaba disfrutando del tiempo que pasaba con ella, pero al

final nos interrumpieron con cierta brusquedad. Fue una pena, pero esas cosas pasan. Tampoco podía permitirme hablar con ella, por… ya sabes, por cosas relacionadas con quién y qué soy. No quería revelarme.

—Quizá este sería otro buen momento para no hablar —sugirió Trenza—. A menos que quieras que algún pirata se dé cuenta de que tiene a bordo una rata locuaz por la que podría cobrar un buen precio.

—Sí, bien pensado —dijo él—. Es que pasé muchas semanas escondido en el barco de los contrabandistas, antes de que me atraparan. Era una vida un poco solitaria. Da gusto tener a alguien con quien charlar…

Trenza le lanzó una mirada.

—… cosa que dejaré de hacer ahora mismo.

Movió un pie para marcharse, pero al hacerlo un tablón crujió bajo su bota. Fortín se volvió de inmediato en su dirección y entornó los ojos al verla. Tal vez no pudiera oír, pero todos los pañoleros que he conocido en la vida tienen una especie de cierto sentido que les advierte cuando hay alguien fisgando cerca de sus vituallas.

Bajo la mirada de aquel hombre gigantesco, Trenza tuvo ganas de salir corriendo. Pero había sido él quien la había izado a cubierta. Así que se quedó allí hasta que él alzó su extraña tabla del mostrador.

Ven aquí, chica, decían las letras que se formaron.

No serviría de nada huir. Así que, sintiéndose como si se internara en la guarida del dragón, Trenza entró en el compartimento.

15

Fortín la miró de arriba abajo, frotándose la barbilla con sus gruesos dedos. Entonces dio unos golpecitos al dorso de la tabla que hicieron aparecer palabras para ella.

¿Tienes nombre?

—Trenza, señor.

¿Y de verdad eres inspectora real?

—Esto… —Trenza tragó saliva—. No. La casaca no es mía. La robé.

Ahora eres pirata, escribió Fortín. **Lo que robas ES lo que es tuyo.**

—No soy pirata —dijo ella.

Lo eres mientras quieras seguir respirando, escribió él. **No le menciones a nadie que no pretendes unirte a nosotros. Decir cosas como esa es lo que hace que te echen por la borda.**

Trenza asintió.

—Gracias, señor.

No me llames señor. Dejé atrás ese título hace mucho tiempo. Me llamo Fortín. ¿Te han dado de comer ya?

En respuesta, el estómago de Trenza rugió. Ella negó con la cabeza.

Fortín se agachó tras su mostrador y sacó un plato, sosteniendo el

fino borde de cerámica entre el dedo índice y el corazón. Trenza había pensado que le faltaría destreza por el estado de sus dedos, todos los cuales parecía que le hubieran roto por varios sitios y luego hubieran dejado sanar sin entablillarlos, pero en realidad se las apañaba bastante bien. Algunos actos requerían más esfuerzo, y a veces le temblaban las manos, pero era evidente que se defendía sin muchos problemas, aunque tuviera que hacer las cosas de forma distinta a los demás.

Tras dejar el plato delante de Trenza, sacó una cacerola, raspó el fondo y dejó caer en él unas patatas requemadas, seguidas de unos huevos casi crudos.

«Sobras del desayuno —pensó Trenza—. Los restos que no se han comido los demás».

Le costó horrores, pero esperó sin comer. Fortín la miró un momento y luego dejó caer un tenedor en el plato. Trenza consideró que estaba dándole permiso y atacó las sobras.

Estaban espantosas.

Las patatas requemadas tenían la consistencia de caparazones de escarabajo, a juego con los huevos, que recordaban a lo que podría encontrarse dentro de esos caparazones. No había que ser una maestra cocinera para saber que aquella comida era horrible, pero para alguien como Trenza era aún peor. Darle a ella sobras frías y pasadas, las partes a las que no había llegado ninguna especia, era como encerrar a un prodigio del piano en una habitación y ponerte a tocarle con una turuta versiones desafinadas de grandes obras maestras.

Trenza no se quejó. Necesitaba comer y no iba a rechazar lo único que le habían ofrecido. Ni aunque no supiera tanto a comida como a lo que pasaba a ser después la comida.

Para dejar de pensar en aquellos «manjares», Trenza señaló con la barbilla la tabla que Fortín utilizaba para comunicarse.

—Vaya aparato más raro.

El pañolero le dio un vaso de agua (bonito y de bronce, sin adornos, pero que resplandecía cuando le daba la luz). Al menos el agua sabía pura y limpia. Trenza se la bebió con ganas.

Sí, ¿verdad?, escribió Fortín. **Tus palabras aparecen por detrás cuando**

hablas. Hasta sabe diferenciar voces y pone una marca delante para indicarme que quien habla es una persona nueva.

—Caray —dijo Trenza.

Quizá estés preguntándote por qué Fortín no leía los labios. También yo, como muchas personas oyentes, daba por sentado que esa era la solución mágica para que pudieran moverse en el mundo de la comunicación por sonidos. Pero por si no había llegado a tus oídos —dicho así a propósito—, leer los labios no funciona como en las historias. Es un asunto lioso, lleno de conjeturas y muy agotador. Hasta para quienes tienen mucha experiencia.

Antes Fortín dependía de ello de todos modos, y tenía que soportar lo inexacto que era. Hasta que logró hacerse con ese dispositivo. Tenía multitud de funciones, entre ellas algunas que aún no conocía. Por ejemplo, las palabras aparecían a mayor tamaño si escribía pocas, ocupando todo el espacio de la tabla. Pero si creaba mensajes más largos, las palabras se encogían para que cupieran más.

Es maravilloso, afirmó Fortín. **Lo obtuve de un mago hace unos años.**

—¿Un mago? —preguntó Trenza.

De más allá de las estrellas, dijo Fortín. **Un tipo muy raro. Lo utilizaba para traducir las palabras a nuestro idioma. Tuve que negociar fuerte para conseguirlo. Pareció sorprenderse cuando se dio cuenta de lo mucho que me ayudaría. Escribir en papel para la gente oyente me cuesta mucho, porque algunas letras no puedo hacerlas.**

El «mago» de las estrellas no era yo, por cierto. Siempre me he preguntado quién vendería el aparato a Fortín. Es tecnología nalthiana, con circuitos de Conexión predictivos despertados.

Fortín dio la vuelta a la tabla y le enseñó la parte de atrás, donde podía teclear letras y desplegar listas de vocablos comunes. El aparato predecía sus necesidades y le proporcionaba las opciones más probables. Funcionaba a una velocidad sobrenatural y parecía anticiparse a sus mismos pensamientos.

Tengo que dejarlo al sol una vez por semana o deja de funcionar, escribió Fortín. **Y su magia no responde a nadie más que a mí, así que no te servirá de nada robármelo.**

—Ni se me ocurriría —dijo Trenza sorprendida—. Has sido… muy amable conmigo.

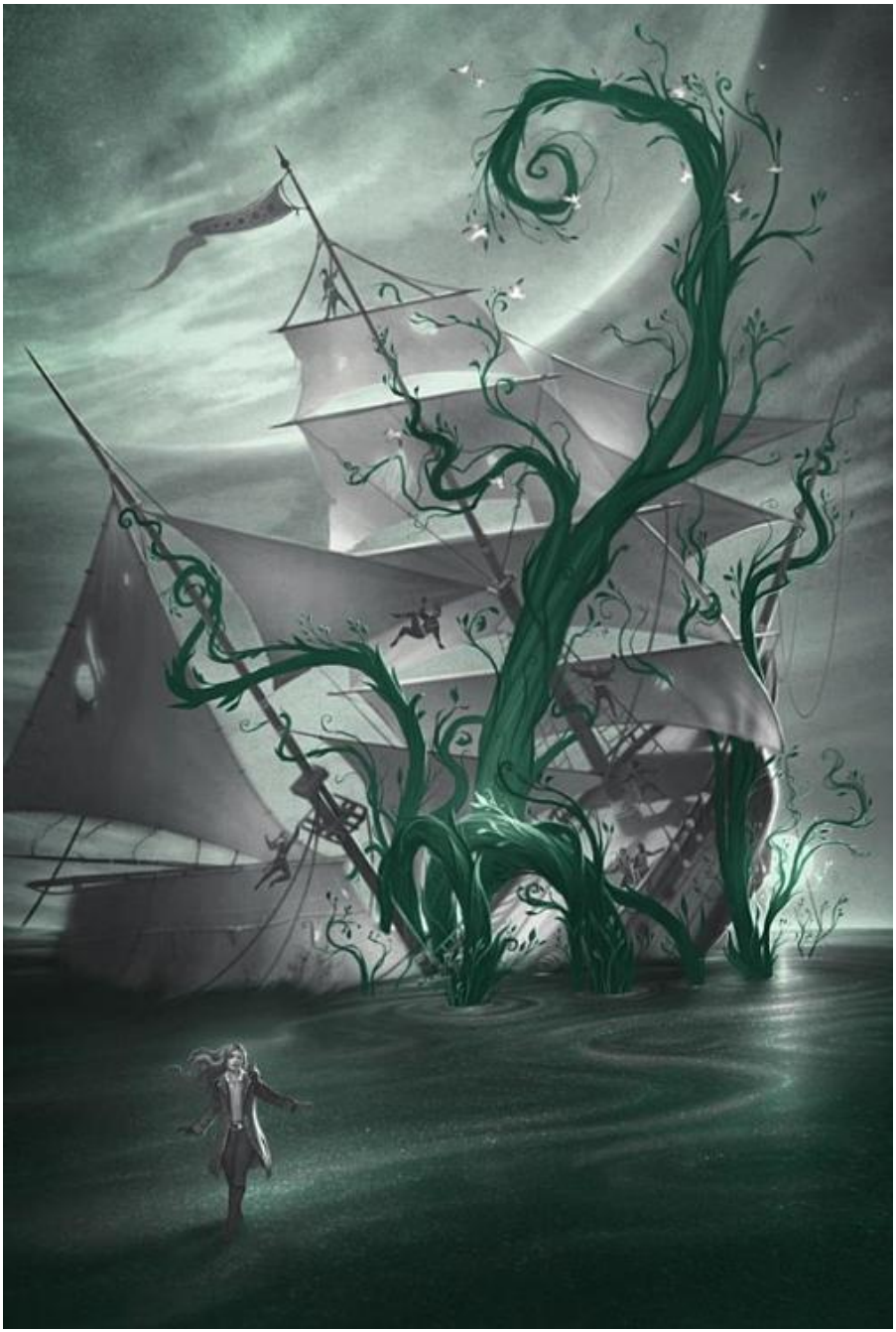
Esto no es amabilidad, replicó Fortín. **Es un intercambio.**

—¿Qué tengo que darte yo?

Aún no lo he decidido, dijo Fortín. **Sigue comiendo, chica.**

Trenza obedeció. Por desgracia.

Mientras se enfrentaba con valentía al plato, entró otra marinera. Era la mujer bajita que había plantado cara a la capitana el día anterior. Tenía el pelo negro y muy rizado. Llegó dando zancadas y dejó algo en el mostrador de una palmada, sin apenas reparar en la presencia de Trenza.



¿Cómo describir a Salay, la timonel? Era de la misma etnia que Fortín, también procedente de las islas de Lobu en el mar Zafiro, donde las esporas céfiro liberaban una ráfaga de aire al mojarse. Tenía los rasgos delicados, pero no era frágil en absoluto.

—Muy bien, Fortín —dijo—, te ofrezco tres.

Había depositado tres pequeños pendientes en el mostrador.

Ya te lo dije, Salay, escribió Fortín. **Los pendientes no me interesan. Me dan picor en las orejas.**

—Que sean cuatro —dijo Salay, colocando otro en el mostrador—. Se los gané a un Doug jugando a las cartas y ya no tengo más. Son de oro sólido. No harás mejor negocio en ninguna parte.

Al leer la palabra «negocio», Fortín se animó a ojos vistas. Examinó los pendientes.

—Venga, Fortín —insistió Salay—. Tengo que volver al trabajo.

Fortín se frotó la barbilla y luego se rascó la cabeza entre las rastas. Sacó algo de debajo del mostrador y lo dejó encima para ella: un reloj de bolsillo.

—Por fin —dijo Salay.

Lo cogió del mostrador y se marchó a toda prisa.

Fortín inspeccionó los pendientes uno por uno, sonriendo. Es cierto que no le interesaban los pendientes, pero… también que era un buen negocio. Y los buenos negocios, para Fortín, eran su propia recompensa.

Trenza consiguió echarse entre pecho y espalda lo que quedaba en el plato. Le dio la impresión de que se merecía una medalla por haberlo conseguido. Pero Fortín le dio solo otro vaso de agua y le indicó que se marchara, no sin antes escribir: **Vuelve cuando todo el resto haya cenado. A lo mejor tengo algo que darte.**

Trenza asintió en agradecimiento. Al salir del compartimento, se cruzó conmigo, dando un pequeño resbalón al entrar para sentarme en un taburete ante el mostrador de Fortín. El pañolero sacó un poco más de aquella «comida» y me la puso delante.

—¡Mi preferido! —exclamé.

Esta vez no intentes comerte el plato, por favor, escribió Fortín.

Empecé a comer con apetito, canturreando un poco por lo mucho que disfrutaba del sabor.

¿Qué? Sí, claro que podía degustarlo. ¿Por qué no iba a…?

Ah, ¿lo de los cinco sentidos? Sí, te he dicho que perdí el sentido del gusto por la maldición de la hechicera. ¿Creías… que me refería a ese sentido del gusto? Ay, qué inocente eres.

Me quitó el *otro* sentido del gusto. El importante.

Y con él perdí el sentido del humor, el sentido del decoro, el sentido del propósito y mi sentido del yo. Ese fue el que más dolía, porque al parecer mi sentido del yo va ligado directamente a lo sagaz que era. Hasta el nombre lo dice.

Como resultado, te presento a Hoid el grumete.

En todo caso, con esto tenemos ya a toda la gente a la que necesitas recordar de momento. La capitana Cuervo. El segundo de a bordo (y cañonero) Laggart. Fortín el pañolero, Ann la carpintera y Salay la timonel. Todos los demás eran Dougs, me parece.

Ah, no. Casi me olvido de Ulaam. Pero como estaba muerto, tampoco cuenta.

Con el estómago lleno de «comida», Trenza pudo volver a la cubierta alta y ponerse a fregar de nuevo con renovado vigor. No sabía cuánto tiempo hacía desde que alguien hubiera lavado aquella cubierta como debía hacerse, pero estaba recubierta por una capa de esporas muertas que se habían puesto negras de tanta mugre. Había que frotar y frotar para llegar a la madera, así que avanzaba despacio.

—¡Vaya! —exclamó Huck desde su hombro, comparando la madera sucia y oscura que había por delante con los brillantes tablones marrones que Trenza ya había limpiado, dejando a la vista las centelleantes líneas plateadas que había entre muchos de ellos—. Sí que hay diferencia.

—La roña de las esporas se pega a todo lo que encuentra —dijo ella, frotando con fuerza—. Nunca he encontrado un remedio mejor que jabón y esfuerzo. Pero esta madera necesitará una capa de brea cuando haya terminado.

Trenza sabía un montón sobre marineros para ser alguien que apenas tenía nociones de náutica. Había escuchado a muchos hombres

y mujeres quejarse del oficio, que, por lo que contaban, era una vida muy trabajosa. Muchos marineros que estaban de permiso en la taberna habían tenido que ocuparse de fregar en algún momento, así que Trenza sabía que la brea sellaba los tablones y rellenaba los huecos, además de hacerlos mucho menos resbaladizos. Eso y que siempre había que frotar a lo ancho de los tablones, no a lo largo, para no hacerles surcos por el centro.

Su cabeza estaba llena de sabiduría como esa: la sabiduría de las quejas. También había aprendido gracias a ellas cuál era la jerarquía en un barco. La mayoría de la tripulación compartía una misma categoría, a excepción de los oficiales. Trenza ya había conocido a todos los cargos del barco excepto a dos: el cirujano y el germinador. La última palabra no la había entendido nunca hasta que vio a aquel hombre usar las esporas en el anterior barco.

Pasó el mediodía y Trenza intentó no pensar en cómo le empezaba a rugir el estómago otra vez. Debería ser más listo, después de lo que Trenza le había hecho con el desayuno. Por suerte, descubrió de dónde sacar más agua —de unos barriles que había en la bodega—y le permitían beberse un vaso cada vez que iba a rellenar el cubo.

Aparte de eso, fregaba. Lo más trágico de todo era que ese trabajo, igual que el de limpiar ventanas, era estupendo para pensar. Y la mente de Trenza, como creo que ya hemos establecido, solía estar llena de pensamientos.

Un gran error que comete la gente es dar por hecho que a quienes hacen trabajos manuales no especializados no les gusta pensar. La labor física es algo maravilloso para la mente, porque deja tiempo a espuertas para meditar sobre el mundo. Otros empleos, como el de contable o el de escriba, exigen poco del cuerpo, pero drenan la energía de la mente.

Si quieres hacerte narrador de historias, mi consejo es que vendas tu esfuerzo pero no tu mente. Si me asignaran diez horas al día fregando una cubierta, la de historias que podría imaginar. Pero si me asignaran diez horas al día haciendo cálculos, lo único que imaginaría es una tarde libre de pensamientos al terminar y luego una cama calentita.

La mente de Trenza dio vueltas y vueltas a lo que había dicho el

pañolero sobre las balas de cañón. ¿Qué sería lo que había fallado? Estaba tan intrigada que, cuando tuvo que decidir qué parte fregaba a continuación, se situó cerca del cañón de proa.

Al poco tiempo un Doug la llamó.

—¡Eh, tú! —exclamó—. ¡La chica nueva! Sí, tú. ¡Ven para acá, que necesito tu ayuda!

Preocupada pero demasiado cortés para objetar, Trenza guardó el cubo y el cepillo. Se sacudió las rodillas y siguió al Doug escalera abajo hasta la bodega. Vio cómo el marinero sacaba unas balas de cañón de un arcón.

—Tú lleva eso —dijo a Trenza, señalando un barrilete que había cerca de la pared.

Trenza lo levantó vacilante, pero lo encontró mucho más ligero de lo que esperaba.

—¿Qué es? —preguntó.

—Esporas céfiro —dijo el hombre—. Del mar Zafiro.

Trenza casi soltó el barrilete por la conmoción. ¿Esporas? ¿Un barril lleno de ellas? Ahora entendía por qué el Doug le había ordenado ayudarlo. Pues claro que él prefería llevar las balas de cañón, mucho más pesadas, y dejarle a ella la tarea de cargar con las esporas.

—¿Por qué tenemos a bordo un barrilete de esporas? —preguntó.

—Para disparar los cañones —explicó el Doug—. No basta con meter una bala y punto. Necesitas algo que haga «puf» y la envíe volando.

¿Esporas? ¿Usaban *esporas* para disparar los cañones? Sostuvo el barrilete incluso con más cuidado mientras empezaban a subir la escalera.

—Esto normalmente lo haría el viejo Gorgo —dijo el Doug—, por eso de que tiene que ver con esporas y tal.

—¿Gorgo? ¿Es el germinador del barco?

—Era. —La expresión del Doug se entristeció—. Buen tipo. Me gustaba tenerlo por aquí. Se le daba fatal marcarse faroles, ¿sabes?, así que siempre le ganaba a las cartas.

—¿Qué pasó?

—No quería hacerse pirata.

—¿Y desembarcó en un puerto?

—Desembarcar, desembarcó —dijo el Doug—. Pero no había puerto.

Lanzó una mirada hacia la capitana Cuervo, que estaba en el alcázar dando sorbitos de su petaca mientras el viento hacía ondear la pluma negra de su sombrero.

—¿La capitana lo mató? —susurró Trenza.

—Fue el único que se negó —dijo el Doug— cuando ella propuso este cambio de ocupación. Bueno, pues ahora Gorgo ocupa el fondo del océano. Los germinadores están todos majaras, por pasar más tiempo del que es sano cerca de las esporas. Pero Gorgo no se merecía lo que le pasó. Solo estaba haciendo las preguntas que pensábamos todos.

Se quedó callado. Por lo menos Trenza ya sabía por qué no había conocido todavía al germinador del barco. Y tú ya sabes por qué no te había dicho su nombre para que lo recordaras. Ah, por cierto, él no es el cadáver. Bueno, sí que es *un* cadáver. Pero no es *el* cadáver del barco. Hay otro. Haz el favor de prestar atención.

El Doug llevó a Trenza al puesto del cañonero. Laggart no estaba allí en ese momento y el cañón de proa estaba sujeto en posición de reposo mediante correas, junto con sus accesorios. El Doug empezó a descargar balas de cañón en un arcón que había al lado.

—Muy bien —dijo a Trenza—. Yo voy a traer unas cuantas balas más para rellenar el arcón de munición. ¿Ves ese tonel tan grande de ahí? Está forrado de una cosa que protege las esporas de nuestra plata, igual que el barrilete que has traído. Necesitamos que las esporas estén vivas para disparar con el cañón a otra gente.

»Pero el cañonero necesita tener esas esporas en saquitos que pueda meter rápido en el cañón durante el combate. En el tonel hay saquitos vacíos. Lo que tienes que hacer es verter las esporas en los saquitos, sin que se te caiga ninguna, y cerrarlos con cordel. Pero hay que hacerlo dentro del tonel, por el recubrimiento que protege las esporas.

El Doug se removió inquieto, con las manos en los bolsillos, mirándola.

—Muy bien —dijo Trenza.

—¿No hay quejas? —preguntó él.

Trenza negó con la cabeza. Preferiría no tener que hacerlo, porque las esporas le daban mucho miedo. Pero tampoco iba a permitir que ese miedo causara molestias a los demás. Al fin y al cabo, era la más nueva en el barco. Tenía sentido que le tocara el trabajo peligroso que nadie más quería.

Fue al tonel y lo destapó. Al fondo había algunos saquitos llenos, y vio que los vacíos estaban dentro de una redecilla sujeta a la parte de fuera.

—¿De verdad… no vas a protestar? —preguntó el Doug—. Yo me quejé cuando me obligaron a hacerlo.

—Será que eres más listo que yo —dijo Trenza—. ¿Algún consejo?

—Hay un embudo, anteojos de protección y una máscara. Aparte de eso… intenta no preocuparte. Estas esporas no son de las más peligrosas. No debería pasarte nada.

Entre las letras de la palabra «debería» hay espacio para muchos peligros, pero Trenza estaba viva porque la tripulación se había resistido a arrojarla por la borda cuando la capitana se lo había ordenado. Parecía que lo mejor sería mantenerse a buenas con ellos. Así que Trenza se limitó a asentir y empezó a trabajar.

17

Trenza estaba fascinada por las esporas azules. Eran las primeras esporas de otra luna, de otro mar, que veía de cerca. Eran bonitas, casi cristalinas. El hecho de que posiblemente pudieran matarla con facilidad solo las hacía más cautivadoras. Eran como una espada forjada con cariño, dedicación y sudor por un herrero experto para que un día pudieras hacer con ella las cosas más horrorosas imaginables del modo más hermoso posible.

Con disimulo, dijo a Huck que se marchara para no ponerlo en peligro. Luego susurró una plegaria a las lunas y pensó en Charlie. Conseguir que la tripulación confiara en ella era el mejor modo de avanzar hacia su objetivo de llegar a él. Seguro que hacer el trabajo que nadie más quería le abriría alguna oportunidad. Hasta limpiar ventanas le había abierto oportunidades, la más importante de todas la de haber conocido a Charlie en un principio.

Con todo eso en mente, y con la máscara y los anteojos protegiéndole la cara, solo se notó un poquito aterrorizada mientras metía el barrilete dentro del tonel más grande. Había unos ganchos a

un lado donde podía colgarlo, y la espita que había en la parte de abajo del barrilete, como en los de cerveza, dejaba salir las esporas en un flujo controlado. Aun así, le tembló la mano mientras sostenía el embudo y llenaba el primer saquito de radiantes esporas azules.

Lo ató y lo dejó con cuidado al fondo del tonel, con los otros sacos. Encontró su ritmo y fue llenando saquitos, preocupándose de que no se le escapase ni una sola espora. Era un trabajo tenso, mucho peor para pensar que fregar la cubierta. Pero Trenza, siendo como era, no pudo evitar del todo los pensamientos.

Se preguntó qué harían aquellas esporas para que el cañón disparase. Se preguntó si en la armería del barco tendrían esporas de algún otro tipo, y también quién se ocupaba de ellas, si el germinador de la tripulación estaba muerto.

También se preguntó por qué el tonel tenía un doble fondo.

Se había percatado de que estaba ahí casi al instante. A fin de cuentas, había pasado varias semanas haciéndose toda una experta en las peculiaridades de los barriles y en cómo ocultar cosas en ellos. En uno de los aparatos que había preparado para escapar de la Roca, habían instalado un pestillo secreto escondiéndolo más o menos… ahí.

Lo encontró un poco por debajo del barrigal. Era una pieza pequeña de metal que podía moverse. Cuando lo hizo, apareció un agujero poco más grande que un puño al fondo del tonel. Cayeron unos saquitos de esferas y Trenza contuvo el aliento. Cuando metió la mano para sacarlos, sus dedos rozaron otra cosa.

Una bala de cañón. Oculta en la cavidad secreta bajo el doble fondo del tonel. Allí dentro había espacio para dos o tres más.

Trenza se apresuró a sacar las bolsitas y cerrar el doble fondo. Mientras volvía al trabajo, las manos le temblaron incluso más. El cerebro le iba a tanta velocidad que tendría que cambiarle los neumáticos en cualquier momento.

Por fin lo entendía. Sabía lo que había ocurrido.

El cañonero era el encargado de cargar, apuntar y disparar el arma. Tenía un arcón lleno de balas, pero ¿quién iba a fijarse si sacaba una de su compartimento secreto en vez de usar las que le proporcionaban? Seguro que nadie.

Trenza estaba convencida de que esas balas de cañón escondidas no superarían la inspección de Fortín, porque no estarían ajustadas para incapacitar al objetivo con enredaderas. Laggart, el cañonero, había hundido el otro barco a propósito.

Pero ¿por qué? La situación general carecía de sentido por muchísimos motivos. No era solo que así se quedaban sin botín. ¿Por qué molestarse en ocultar el hecho de que iban a enviar a pique al otro barco? ¿A qué venía el subterfugio?

Solo tendría alguna lógica si…

—Conque te han tocado las esporas céfiro, ¿eh? —dijo una voz detrás de Trenza—. Estaba preguntándome a quién le endosarían el trabajo los Dougs, ahora que Gorgo está muerto.

Trenza se volvió y encontró a la mujer alta de nariz puntiaguda y pelo corto a la que había visto hablando con Fortín. Ann, la carpintera del barco.

Todo barco necesita un buen oficial de carpintería. Sí, un germinador puede parchear el casco con una capa rápida de esporas, pero la plata erosiona con el tiempo hasta la rosaíta endurecida del todo. No hace falta haber pasado mucho tiempo en el mar para empezar a meditar sobre lo fina que es la barrera que te separa de una muerte segura. Si alguna vez te apetece enfrentarte cara a cara con tu propia mortalidad, no tienes más que subir a la cubierta de un barco por la noche y contemplar la interminable oscuridad que se extiende más allá, y entonces darte cuenta de que la oscuridad que hay abajo es de algún modo incluso más densa, más vasta y más aterradora.

Entonces es cuando comprendes que llevar a un buen carpintero a bordo bien merece el gasto de pagarle el doble que a los demás. De hecho, es toda una ganga.

—No me molesta el trabajo —dijo Trenza, llenando otro saquito—. Volvería a aceptarlo si me lo pidieran.

Pero para sus adentros, la incomodaba que Ann estuviera paseándose junto al cañón, pasando la yema del dedo por el metal. Antes había hablado con Fortín sobre balas de cañón. ¿De qué lado estaba? ¿Cuántos lados había? ¿En qué se había metido Trenza?

Por desgracia, aún no sabía ni la mitad.

—No digas esas cosas, Trenza —dijo Ann—. Los marineros nunca se presentan voluntarios para hacer nada. Va contra todas las tradiciones.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —preguntó Trenza.

—En los barcos la gente habla —repuso ella—. Yo me llamo Ann. Soy la carpintera del barco y cañonera asistente.

¿La asistente de Laggart? Trenza empezó a lamerse los labios y se detuvo en seco. Lamer cosas no era nada buena idea mientras se manipulaban esporas. Llenó otro saquito.

¿Ann la habría visto mientras descubría el escondrijo secreto?

—¿Qué te parece esto? —dijo Ann, sentándose en una caja que había cerca y apoyando una mano en una de sus pistolas, como si la tranquilizara—. Ahora eres pirata, Trenza. Un inesperado giro lateral en la vida, ¿no?

—Mejor que un inesperado giro descendente —respondió Trenza.

—Eso sí —dijo Ann—, desde luego.

Trenza quería hacerle más preguntas, pero le daba la sensación de que sería imponerse demasiado. Aquella gente le había perdonado la vida. ¿Quién era ella para exigirles nada? Así que solo dijo:

—Parece que os estáis ajustando todos bastante bien a ser piratas.

—¿Ajustarnos bien? ¿Se puede saber de qué hablas? —Ann se inclinó hacia delante—. Quieres saber por qué, ¿verdad? Cómo es que hemos terminado así.

—Eh… sí, señorita Ann. La verdad es que sí.

—¿Y por qué no preguntas?

—No quiero ser maleducada.

—¿Maleducada? ¿Con unos piratas?

Trenza se sonrojó.

—Yo no tengo problemas en hablar de ello —dijo Ann, dejando que se le perdiera la mirada en el mar. Ante ellas, la proa del barco surcaba las esporas—. La capitana supo convencernos. Nuestras opciones eran acabar luchando en la guerra que va a librar el rey o marcharnos por nuestra cuenta, olvidándonos de todas las leyes sobre cédulas y tarifas. Además, la capitana nos dijo que estaríamos

cumpliendo con un deber noble e importante.

—¿Importante? —preguntó Trenza.

—Una parte crucial de la economía.

—Eh… Comprendo.

—¿Lo dices en serio?

—En realidad no —reconoció Trenza.

—¿Y por qué no lo dices y ya está, chica? —preguntó Ann, negando con la cabeza—. El caso es que nuestro trabajo es importante. Ya sabes cómo es la gente rica, la que gana un montón de dinero gracias a que la gente navega de un lado a otro, comprando y vendiendo en su nombre. Y luego, ¿qué hacen con todo ese dinero? Lo guardan encerrado. ¿De qué sirve el dinero encerrado? No va a disfrutarlo nadie si está preso en una cámara acorazada con la alianza de la abuelita.

»Por eso hace falta que nos llevemos una parte. Que volvamos a inyectarlo en la economía, para estimularla. Así ayudamos a los pequeños mercaderes, a la gente sencilla que solo intenta subsistir. Hacemos un servicio importante.

—¿A base de… robar?

—Exacto. —Ann se reclinó y cambió de postura la mano sobre la pistola—. O al menos, es lo que creímos que haríamos. En teoría no íbamos a ser corremuertos. Pero supongo que todos conocíamos los riesgos. Eso sí, no esperaba un fracaso tan garrafal en nuestro primer acto de piratería.

Trenza ladeó la cabeza, resistiendo a duras penas el impulso de rascarse por debajo de los anteojos. A pesar de la plata que había en cubierta, las esporas que tuviera en los dedos podían sobrevivir el tiempo suficiente para hacer daño.

—No lo… entiendo —dijo Trenza—. ¿Corremuertos?

—¿No sabes lo que es? —preguntó Ann—. ¿Qué clase de marinera eres?

—La clase que… no sabe lo que es un corremuertos.

La irritó mucho que Ann le hubiera echado la bronca por guardarse las preguntas y luego se burlara de ella cuando dejaba de hacerlo.

—Hay dos tipos de pirata, Trenza —explicó Ann—. Está la variedad

normal y están los corremuertos. Los piratas normales roban, pero no matan a menos que les disparen. Si navegas lo bastante bien para atrapar al barco que persigues, se rinde y paga el rescate. Así ellos salen de ahí con sus vidas y tú sales de ahí más rica.

»Es como se supone que funciona. Viene a ser como una competición, ¿entiendes? Una carrera, pero con un poco de extorsión para hacerla interesante. Los mariscales del rey llevan sus registros. Si dejas que la gente escape, si no matas a la tripulación del otro barco… bueno, si te pillan, te encierran y ya está. No te ahorcan.

—Me sorprende lo civilizado que suena —comentó Trenza.

Ann se encogió de hombros.

—La civilización existe porque todo el mundo quiere desentrañarse de que lo desentrañen. Cuando te presentan a alguien no le atizas un puñetazo, porque no quieres recibirlo cada vez que conoces a otra persona. Y eso el rey lo sabe. Sabe que, si les da a los piratas un motivo para no llegar hasta el final, se comportarán.

»Además, ¿quién no prefiere una persecución a una batalla? Los pobres capullos que tripulan los barcos mercantes no quieren perder la vida por el dinero de su patrono. Los patronos no quieren que les hundan o les roben sus barcos. Y no duras mucho como pirata si tienes que derramar sangre en cubierta a cada ataque. El problema, claro, es si matas a alguien sin querer.

—O a toda la gente de un barco entero —dijo Trenza.

Ann asintió.

—Entonces te conviertes en corremuertos. No hay clemencia si te atrapan. Hasta los otros piratas te odian. Nadie acepta a tripulantes de un barco corremuertos. No te queda más remedio que ir a la tuya, más sola que la única habichuela en la sopa de un pobre.

Por las lunas, sí que tenía sentido. Trenza revisó su opinión sobre Ann. Esa expresión afligida, ese remordimiento… significaban que, si había existido una conspiración para hundir el barco contrabandista, Ann no formaba parte de ella.

Pero Laggart sin duda sí. Y era probable que la capitana también. Ellos dos habían *querido* hacerse corremuertos. De ahí las balas de cañón ocultas, de ahí que hubieran hundido el *Sueño de Oot*. ¿Por qué

si no la capitana habría dejado con vida a un marinero, para que hiciera correr la voz?

Trenza estaba tan absorta en esos pensamientos que se distrajo y se rascó donde le picaba por los anteojos. Al darse cuenta se quedó paralizada. Por la sombra de las lunas.

Bueno, al menos…

Entonces fue cuando la cara de Trenza explotó.

18

Trenza se descubrió tendida en cubierta, los anteojos arrancados de la cara por la explosión. ¿Estaba oyendo algo? ¿Eran chillidos de dolor?

No. Eran risas.

Ann estaba carcajeándose a pleno pulmón. De inmediato Trenza se llevó la mano a la mejilla. Estaba irritada, pero por suerte todavía sujeta a su cara. Se le había metido una espora céfiro o dos bajo el borde de los anteojos, donde habían entrado en contacto con una gota de sudor. Menos mal que tan pocas esporas no tenían la suficiente pegada para matarla.

—No es gracioso —dijo Trenza, incorporándose.

(Y tenía razón. Era hilarante).

—Vamos, chica de las esporas —dijo Ann, tirando del brazo de Trenza para ayudarla a levantarse—. Que el cirujano te eche un vistazo.

Llamó con un grito al Doug que había ordenado a Trenza hacer aquel trabajo y le dijo que recogiera. Luego llevó a una desorientada

Trenza por la escalera hasta la cubierta media.

—¿De verdad trabajas con ese material? —preguntó Trenza a Ann —. ¿Como cañonera asistente?

—Bueno, cuando me dejan.

—¿Por qué no explotan los cañones?

—Sí que explotan. Es lo que hace que las balas salgan disparadas.

Trenza apartó el pensamiento para volver a él más tarde, ya que en ese momento no le veía sentido. Cabe resaltar aquí que limpiar ventanas no es una ocupación que ofrezca un aprendizaje exhaustivo sobre balística.

Al otro lado del comedor, más hacia la proa, había una puerta que Trenza había encontrado cerrada en su exploración anterior. Ann la abrió y ayudó a Trenza a entrar. Allí encontraron a un hombre vestido con un estiloso traje de un corte que Trenza no había visto nunca. De algún modo, era menos ostentoso pero más elegante que los uniformes que llevaban el duque y Charlie. Era de un negro puro, con líneas marcadas y sin botones en la parte delantera.

El hombre tenía el pelo negro como el carbón y unos rasgos que parecían demasiado afilados para ser reales. Recordaba más bien a un cuadro o a un dibujo. Su piel era de un gris ceniciento y sus ojos, rojos como la sangre. Si el inframundo tuviera abogado, sería ese hombre.

Trenza debería haberse asustado al verlo, pero en realidad se quedó impresionada. ¿Qué hacía una criatura como aquella en un barco pirata? Sin duda tenía que tratarse de un ser divino procedente de más allá del espacio, el tiempo y la realidad.

En cierto modo, Trenza estaba en lo cierto.

Y no, ese hombre aún no me ha devuelto el traje.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Ulaam con una voz refinada pero propensa a emocionarse—. ¿Qué es lo que me traes, Ann? ¿Carne fresca?

—La pobre estaba cargando los saquitos de céfiro —explicó Ann mientras llevaba a Trenza a un asiento que había a un lado de la pequeña cámara—, y se le han metido unas pocas bajo los anteojos.

—Pobre niña —dijo Ulaam—. Eres nueva en el barco, ¿hummm? Tienes unos ojos muy bonitos.

—Si se ofrece a comprártelos —susurró Ann—, regatea. Lo normal es que puedas duplicar su primera oferta.

—¿Mis ojos? —dijo Trenza, alzando la voz—. ¿Este hombre quiere quedarse con mis ojos?

—Después de que hayas muerto, naturalmente —respondió Ulaam. Abrió un cajón de los numerosos armarios que había en el compartimento y sacó un frasquito de ungüento antes de volverse de nuevo hacia ella—. A no ser que prefieras hacerlo ahora. Tengo varios reemplazos muy buenos que ofrecerte. ¿No? ¿Y qué tal solo un ojo?

—¿Qué… qué eres? —preguntó Trenza.

—Es nuestro zombi —dijo Ann.

—Qué término tan grosero —replicó Ulaam—. Y no demasiado preciso, como ya te he explicado.

—No tienes pulso —dijo Ann—, y tu piel está fría como un pez mojado.

—Ambas adaptaciones reducen la ingesta calórica requerida —respondió Ulaam—. Mi método es eficiente. Creo que todo el mundo preferirá andar por ahí sin corazón, cuando haya resuelto el problema de que su ausencia mata a los humanos. —Ofreció el ungüento a Trenza—. Ponte esto en la piel, niña, y te aliviará el dolor.

Trenza lo aceptó y, con timidez, se puso un poco en el dedo.

—Sí que se lo ha tomado bien —dijo Ulaam—. ¿Es valiente o estúpida?

—Aún no lo tenemos decidido —respondió Ann.

—Es solo que… supongo que esto debe de ser algún tipo de novatada —dijo Trenza—, por cómo sonríe Ann todo el rato. Así que más vale que pase ya por ello. De todas formas, si alguno de vosotros me quisiera muerta, ya estaría volando por encima de la borda.

—Uuuh —dijo Ulaam—. Me cae bien. Va a haber que tenerte un ojo echado, chica. Ten, aguanta esto.

Dejó caer algo en la otra mano de Trenza.

Era un ojo humano.

Trenza dio un chillido y lo soltó, pero Ulaam lo atrapó con destreza en el aire.

—¡Ten cuidado! Este es de mis favoritos. Fíjate en la profunda

coloración azul del iris. Te quedaría de fábula intercambiado por tu ojo izquierdo. Serías heterocromática azul y verde. De lo más impresionante.

—Eh… ¿No, gracias?

—Qué le vamos a hacer —dijo Ulaam, guardando el ojo—. Quizá en otro momento. Ponte el ungüento; no forma parte de ninguna broma. Lo más probable es que yo sea lo menos peligroso que hay en este barco.

—Comes personas, Ulaam —replicó Ann.

—Muertas. ¡Caramba, qué peligroso! Como la poderosa lombriz de la tierra o las bacterias de la descomposición, mis compañeras de trabajo.

Titubeante, Trenza se aplicó ungüento en la mejilla. El dolor desapareció al instante. Sorprendida por la eficacia, se untó la mejilla entera. Cuando Ulaam le acercó un espejo de mano, su piel no estaba ni roja y no había señales de heridas.

—Por eso lo tenemos aún en el barco —dijo Ann—. Aunque sea más raro que una serpiente de dos cabezas.

—Como la única fuente verdadera de medicina moderna que puebla la faz de esta tierra atrasada —repuso él—, encuentro inexacto tu gráfico símil sobre la base de que la bifurcación axial incompleta es mucho más probable en reptiles que en otros animales, de modo que, si tu deseo es llamarme raro, compararme con un ave o un mamífero de dos cabezas incrementará significativamente el efecto.

Las dos mujeres se quedaron mirándolo mientras intentaban asimilar esa frase.

—Me he comido varias serpientes de dos cabezas —señaló Ulaam—, y he imitado su forma. Así que, más que raro como una de ellas, literalmente *he sido* una de ellas. Por desgracia, no logré dividir mi conciencia y pensar el doble de rápido. ¿Verdad que habría sido divertido? —Recuperó el frasco de ungüento de manos de Trenza—. Bueno, tú procura no volver a hacerte explotar a ti misma de ahora en adelante, ¿hummm? Echa a perder el cadáver y le da un regusto metálico.

Por si te lo estás preguntando, sé de buena tinta que Ulaam se lo

estaba pasando de maravilla durante mi lamentable periodo de indisposición. No movió ni un dedo para romper la maldición que había recibido, sino que se dedicó a escribir unas descripciones harto vergonzosas de mis actos y enviárselas a varios buenos amigos nuestros.

Es verdad que las normas de la maldición me impedían dar ninguna explicación directa de cómo deshacerla. Pero lo cierto es que esperaba más de él. Y no lo que hizo después de venir a buscarme y descubrir mi… dolencia, que fue instalarse en el barco. Siempre le había apetecido hacerse explorador. «Por el espíritu aventurero, ¿hummm?», solía decir.

Al principio la tripulación no supo qué pensar de él. La capitana Cuervo le disparó unas cuantas veces, experiencia que según Ulaam fue «vigorizante». Los miembros de su especie son virtualmente imposibles de matar. Y al margen de lo de comer cadáveres, son una gente a la que conviene mucho tener cerca, como los marineros no tardaron en descubrir.

Desde entonces, lo aceptaron sin más, como se acepta un sarpullido que de vez en cuando salva a alguien de unas heridas mortales. Ulaam no pidió ningún salario aparte de algún cadáver, inútil por lo demás, de vez en cuando. Es asqueroso, sí, pero al final uno descubre que es capaz de soportar bastantes excentricidades en una persona que puede obrar verdaderos milagros en su beneficio.

Trenza, comprensiblemente aturdida tras su primera interacción con el cirujano del barco, se dejó subir a cubierta y llevar cerca del cubo y el cepillo. Ann se marchó a trabajar en alguna cosa, así que Trenza se palpó la mejilla, sanada por completo, y decidió seguir fregando.

No había avanzado mucho cuando Huck regresó correteando.

—Pasa algo.

—¿Qué? —preguntó Trenza—. ¿Un ataque?

—No, no. Verás, como me has dicho que me vaya, se me ha ocurrido ir a afanar comida. Ya había comido, pero nunca es suficiente, ¿verdad? Así que estaba en la bodega, donde debo decir que no hay nada que sea accesible sin mordisquear los sacos. Y la gente se sube por las paredes cuando mordisqueamos sacos. Si tan

horrible les parece, ¿por qué no nos los dejan abiertos? Así los sacos seguirían intactos, ¿no?, y…

—¿Qué querías decirme, Huck? —lo interrumpió Trenza—. ¿Qué está pasando?

—Sí, a eso iba. Laggart estaba ahí abajo hurgando en las provisiones. Y Trenza, ha sacado un par de balas de cañón. He visto cómo se las guardaba a escondidas en el macuto.

Interesante. Había llegado el momento de comprobar su hipótesis.

Se situó para fregar cerca del puesto cañonero de proa. No muy pegada a él, pero sí lo suficiente para observar. Luego se volvió de nuevo una mujer esperanzada durante un rato, vigilando por si aparecía Laggart.

No tardó mucho.

19

Laggart descendió aleteando sobre el cañón y estiró su largo cuello para mirar dentro del tonel y examinar los saquitos de esporas. Cuando sacó la cabeza, declaró que el trabajo estaba bien hecho y felicitó a los Dougs.

Quienes en ese momento descubrieron los beneficios de una buena subcontrata, el lujo que suponía llevarse todo el mérito sin hacer nada del trabajo y, aun así, disponer de un chivo expiatorio por si acaso. A Trenza no le importaba. Prefería que Laggart no le prestara ninguna atención.

Los Dougs volvieron a sus quehaceres y Laggart se preocupó de dejarse ver limpiando en persona el cañón, que nunca dejaba al cuidado de nadie más.

Trenza siguió frotando la cubierta cerca, invisible a plena vista. Siempre que Laggart se volvía hacia ella, su cabeza estaba gacha y centrada en el trabajo. Sin embargo, Trenza no dejaba de observarlo, y se dio cuenta cuando Laggart sacó del macuto una bala de cañón del tamaño de un puño y la escondió con disimulo en el doble fondo del

tonel.

Había acertado. Laggart guardaba las balas de cañón trucadas en el compartimento oculto. Unas balas de cañón pensadas para hundir barcos. Pero ¿por qué? Ser corremuertos era mucho más peligroso y los dejaba sin botín. ¿Acaso no era eso lo más esencial que definía a los piratas? Bueno, aparte de los barcos y tal, ya sabes.

Ese hombre *quería* que los tripulantes se hicieran corremuertos. Contra sus deseos y sin su conocimiento.

Laggart terminó de trabajar, regañó a unos cuantos Dougs que había cerca por perezosos y se echó el macuto al hombro. Fue con paso rápido hacia el camarote de la capitana, donde Cuervo le abrió la puerta y sin duda apostó a un marinero fuera antes de cerrarla. Aquel Doug fornido no tenía mucho aspecto de guardia, pero la forma en que se quedó por allí cerca recordaba a Trenza a cuando el primo de Ladrillo esperaba junto a la puerta de la taberna las noches en que se anticipaba gresca.

—Necesito saber de qué están hablando ahí dentro —dijo Trenza.

—Sí que estaría bien, ¿verdad? —repuso Huck desde su hombro—. Seguro que son cosas muy secretas.

—Necesito que alguien se cuele y me lo cuente —dijo Trenza.

—¿Y si se lo pedimos a algún Doug? —propuso Huck.

—Alguien —dijo Trenza— que sea pequeño, rápido y que pase desapercibido mientras escucha.

—Pues vaya —dijo Huck—. No sé si los Dougs serán lo bastante sigilosos. ¿Tú has oído el escándalo que montan caminando por la cubierta? Anoche estaba intentando dormir y te juro que llevan plomo en las botas. Era como… —Dejó la frase en el aire al ver que Trenza lo miraba iracunda—. Aaaaaah. Una rata. Claro, claro. Eso está hecho.

Saltó de su hombro, subió a la borda del barco y corrió por ella a la sombra de la tapa de regala hasta el camarote de la capitana. El Doug que vigilaba no vio cómo Huck recorría un pequeño saliente en el casco del barco y entraba por el ojo de buey del camarote.

Quizá te sorprenda que Huck estuviera tan dispuesto a ayudar a Trenza. Bueno, aquí hay muchas cosas que podría contarte, pero bastará con que sepas que, en el poco tiempo de vida que tenía Huck

la rata, todo ser humano que había conocido se había propuesto matarlo, capturarlo o venderlo. Todo ser humano excepto Trenza. Huck no sabía mucho sobre la gente, al haber pasado casi toda su existencia aislado, pero sabía que Trenza le caía bien. Prefería que no muriese. Así que a espiar se ha dicho.

Trenza empezó a fregar con ímpetu para liberar la ansiedad. Los minutos pasaron con el peso de horas mientras ella se arrepentía de haber enviado a Huck a correr peligro por satisfacer su curiosidad. No era nada propio de ella. La vida de pirata ya estaba afectándola.

Pero Charlie estaba en alguna parte, asustado, sufriendo. Trenza tenía que encontrar la forma de escapar y seguir con su misión. Así que a lo mejor aprender a imponerse un poquito a la gente tampoco estaba tan mal.

—Oye —dijo Huck, llegando por la regala hasta ella—, ¿tienes algo de comer? Esto de espiar da mucha hambre.

Trenza lo fulminó con la mirada mientras le gruñía el estómago.

—Solo preguntaba —dijo Huck—. Por las lunas, chica, tampoco hace falta mirarme como si me hubiera comido el centro de la rebanada y te hubiera dejado los bordes.

—¿Has oído algo? —preguntó ella.

Huck meneó el hocico de una manera que parecía creer que Trenza comprendería, y luego saltó al suelo y correteó a una parte más resguardada de la cubierta. Ella lo siguió y se quedó a gatas de espaldas a los Dougs. Si alguno miraba, Trenza solo estaba haciendo lo suyo, fregar y fregar. No verían a Huck.

—Muy bien —dijo la rata desde la cubierta, delante de ella—. Voy a contarte lo que han dicho. Deja que me meta en el personaje.

—¿Personaje? —preguntó Trenza.

Huck se irguió sobre las patas traseras y extendió sus minúsculas zarpas por delante con el hocico apuntando al cielo.

—Soy la capitana Cuervo —dijo con una aproximación sorprendentemente buena a su acento aristocrático—. Venga, que es para hoy, obedecedme. Caray, qué buena está el agua de esta petaca. Laggart, ¿qué nuevas traes del cañón? ¿Está todo preparado?

Trenza esperó con la cabeza ladeada.

—Tú eres Laggart —susurró Huck.

—¡Pero si yo no estaba! ¡No sé lo que ha dicho!

—Lo harás bien. —Huck le hizo un gesto con la garra—. Adelante, tú sé Laggart.

—Esto… Los cañones están… ¿preparados?

—Tienes que poner la voz más cascada —susurró Huck—. Y estirar el cuello así. Te ayudará a meterte en el personaje.

—Pero…

—Excelente, Laggart —dijo Huck con su voz de capitana—. Pero mi contacto en Puerto Real nos envía noticias desafortunadas por cuervo. Los restos del barco que enviamos a pique han sido hallados, pero no había supervivientes y sí un único cadáver. Al parecer, el hombre al que dejamos con vida rechazó mi dadivosa generosidad y optó por insultarme al morir por unas heridas que no éramos conscientes de haberle infligido.

—¿Ha dicho eso? —siseó Trenza—. ¿Con esas palabras exactas?

—Es una recreación dramática —susurró Huck—. ¿Qué pasa, te crees que he tomado notas? ¿Con esto de aquí? —Movió las zarpas hacia ella—. Es lo más que recuerdo. Te toca hacer la parte de Laggart.

—Eh… ¿Qué pena? —aventuró ella.

—Trenza, no ha dicho eso. Ha dicho: «¿Y todo este trabajo, para nada? ¡Tendremos que hundir otro, pues!».

Le hizo un gesto con una patita para que continuara. Trenza suspiró.

—Todo este trabajo para nada. Tendremos que hundir otro pues.

—Por la sombra de las lunas, ¿no puedes ponerle aún *menos* emoción? —protestó Huck—. Me parece que no te estás tomando el papel nada en serio.

—No lo…

—Esto es un problema, Laggart —dijo Huck con su voz de capitana, y entonces se puso a cuatro patas y caminó de un lado a otro con el hocico levantado—. La tripulación está molesta. Me preocupa que algunos se marchen.

—Pero ¿por qué? —preguntó Trenza.

—Ahora llegamos a eso —dijo Huck—. Escucha, ¿y si hago yo de

Laggart también? Tú descansa. Pero la próxima vez, memoriza tus frases, ¿quieres?

—Pero…

Huck estiró el cuello y habló con una voz siniestra y rasposa.

—Y hacéis bien en preocuparos, capitana. Fortín está alborotando, y puede que Salay también. Necesitamos vincularlos por sangre a este barco si pretendemos hacer lo que queréis.

Huck se movió para ser la capitana otra vez, de pie sobre las patas traseras y con las zarpas delanteras apoyadas en la borda, como si Cuervo estuviera mirando por el ojo de buey.

—La tripulación jamás nos seguirá a mares peligrosos a menos que sea su única opción. A menos que estén desesperados. Hundiremos otro barco, Laggart, y esta vez dejaremos a unos cuantos marineros con vida. —Huck se volvió hacia Trenza y se relajó en una postura más de rata—. Y ya está.

—Mares peligrosos —susurró Trenza.

El mar Glauco era uno de los más seguros, pero por lo visto la capitana Cuervo quería dejar aquellas esporas y poner rumbo a un lugar donde los tripulantes no querrían ir si tuvieran alguna otra opción.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Huck—. Prepara algún tipo de maldición especial que echar a la tripulación, ¿eh? ¿Eso de vincularlos por sangre al barco?

—No es una maldición —dijo Trenza en voz muy baja, sin dejar de fregar para no parecer sospechosa.

—Pero Laggart ha dicho…

—Era una metáfora, Huck —explicó Trenza—. ¿No te das cuenta? La capitana no está segura de la lealtad de su tripulación. Quiere navegar por mares peligrosos, pero teme que la abandonen si los obliga a hacerlo. Así que…

—Así que los convence de hacerse piratas y luego hunde «por accidente» un par de barcos —dijo Huck—. Lo cual los convierte en corremuertos. Perseguidos por la ley y rechazados por otros piratas, no les quedará más remedio que cumplir sus órdenes. —Huck crispó el hocico, que parecía ser su versión de asentir para mostrarse de

acuerdo—. Me cuadra. Sí, es muy posible que tengas razón. Pero… pareces taciturna.

—No estoy taciturna —respondió Trenza—. Solo distraída.

—¿Por qué?

—Porque —dijo ella— se me acaba de ocurrir una manera de escapar del barco.

La capitana Cuervo salió de su camarote y dejó a Laggart trotando hacia la proa mientras ella subía al alcázar. Trenza bajó a rellenar el cubo y dejó allí a Huck para que buscara más comida. Al volver a la cubierta alta, tenía excusa para cambiar de posición, así que fue al alcázar y se quedó cerca de la capitana y Salay, la timonel, la mujer que había cambiado los pendientes a Fortín por un reloj.

Trenza no quería despertar sospechas, así que no puso en práctica su plan nada más llegar. Fregó, sintiendo las sacudidas del barco en el mar de esporas, escuchando cómo los Dougs se daban voces entre ellos y cómo crujían los tablones. Hay una cierta libertad en los sonidos de un barco que navega. Una sensación de movimiento, de estar yendo a alguna parte. En un océano, incluso en uno de esporas mientras aguante el bullir, es difícil estar quieto. O bien doblegas las olas y el viento a tu voluntad, o bien ellos te doblegan a ti. Lo normal es que sea un cuidadoso forcejeo entre ambas cosas.

Cuando se levantó para estirarse, contempló el brillante mar verde. Era raro porque la luna estaba donde no debía. La había tenido

siempre casi justo encima durante toda su vida, pero ya se habían alejado lo suficiente para verla varios grados más baja.

No pudo evitar fijarse en lo hermoso que era el mar. Esporas, destellantes a la luz del sol, titilando en su bullir. Una interminable llanura de exuberante muerte, esperando a explotar de vida. Como antes con las esporas céfiro, aquella belleza la cautivó. Nuestra mente quiere que las cosas peligrosas sean feas, pero Trenza encontró aquel oleaje hasta seductor. En ese momento imaginó lo que sería tener aquellas resplandecientes esporas contra la piel, pero más que pavor sentía curiosidad.

El peligro no hace que algo sea menos bello. Al contrario: ejerce una influencia engrandecedora, igual que una vela parece brillar como nunca en la noche más oscura. La belleza mortífera es la variedad más afilada. Y no hallarás asesina más embriagadora, más fascinante, que el mar.

—Al norte —dijo la capitana con una brújula en la mano—. Rumbo norte, Salay. Hacia los Siete Estrechos.

—¿Metiéndonos en las rutas marítimas? —preguntó Salay.

—El mejor lugar para encontrar nuestro siguiente objetivo —dijo la capitana, guardándose la brújula.

Trenza vio su oportunidad. Se agachó para fregar de nuevo con fuerza y entonces murmuró:

—Y matar a más gente, ¿verdad?

Oyó que la capitana se movía a su espalda. Trenza mantuvo la cabeza gacha. Pero aun así, un momento después farfulló:

—Los que has matado eran buena gente. Pobre Kaplan. Y Marple. Y Mallory. Pasto de las esporas.

La cubierta crujió al acercarse la capitana Cuervo. Era una treta arriesgada, pero… en fin, Trenza estaba rodeada de piratas navegando por un mar de esporas. No había crecido conociendo el peligro, pero estaban haciéndose íntimos a marchas forzadas.

—¿Estás hablando entre dientes, chica? —preguntó Cuervo—. ¿Acaso no agradeces la amabilidad que te ha mostrado esta tripulación?

Trenza se quedó muy quieta, como si se hubiera asustado, y soltó el

cepillo mientras alzaba la mirada.

—¡Capitana! No creía que llegarais a… O sea…

—¿No estás agradecida? —insistió Cuervo.

—Aprecio mi vida —susurró Trenza, bajando los ojos de nuevo.

—¿Pero?

—Pero en ese barco iba mi familia, capitana. Los quería.

—Eres inspectora real. ¿Qué hacías viajando con tu familia?

—Ah, ¿eso? —Trenza dio un bufido—. Un inspector se dejó la casaca en una taberna donde hicimos un alto y empecé a ponérmela porque a mi familia le hacía gracia. Y ahora… ahora están todos muertos…

Dejó que aquello calara. Luego miró arriba y vio que la capitana tenía una expresión pensativa. Urdidora.

«No, no mataste a todo el mundo en el *Sueño de Oot* —pensó Trenza —. Dejaste a una mujer viva. Y si escapara y contara a la gente que el *Canto del cuervo* mató a su familia…».

La capitana se volvió hacia Salay y desenroscó el tapón de su petaca. Por lo que Trenza había oído decir a la tripulación, dentro había agua normal y corriente, lo cual explicaba que la mujer no fuese borracha a todas horas.

—He cambiado de opinión, timonel —dijo Cuervo, y dio un sorbo —. Llévanos al este, hacia Bahía Resplandor. Tenemos que reabastecernos de agua.

—Como mandéis, capitana —respondió Salay—. Pero pensaba que llevábamos suficiente.

—Nunca se tiene suficiente agua —dijo la capitana—. No dejaremos que se me seque la petaca, ¿verdad? Además, hay ratas a bordo. Necesitamos un gato para el barco.

Y sin más complicaciones, Salay dio órdenes a los tripulantes de los aparejos y giró el timón del barco, que viró hacia la libertad. Trenza sintió una oleada de emoción.

Casi todo el mundo estará de acuerdo en que los humanos no somos telépatas. No podemos enviar nuestros pensamientos o nuestras emociones directas a la mente de otra persona. Sin embargo, tú escuchas mi historia e imaginas las cosas que describo, igual que las

visualizo yo en mi propia mente. ¿Cómo llamar a eso sino una forma de telepatía?

Es más, entre nosotros hay quienes tienen la prodigiosa capacidad de captar las emociones ajenas. No mediante la magia, ni la mística Conexión, ni ningún otro figgldygrak por el estilo. No, son meros estudiantes de la naturaleza humana. Distinguen los estados de ánimo de la gente a partir de sutiles pistas en su lenguaje corporal: en cómo mueven los ojos, en qué músculos se les contraen.

Algunas de esas personas son médicos interesados en sanar la mente. Otras terminan incorporándose al clero, en busca de formas de ayudar al alma humana. Y luego están quienes son como la capitana Cuervo, a quienes la capacidad de leer a los demás como un libro abierto proporciona… otro tipo de ventaja.

En ese instante, una parte de la mente de Cuervo percibió que Trenza estaba emocionada. Que Trenza se alegraba de que el barco hubiera virado hacia Bahía Resplandor. Cuervo no era consciente de lo que sabía, ni de cómo lo sabía, pero, al igual que uno se da cuenta de una indigestión inminente, sabía que no estaba complacida y que el motivo era Trenza. Si quieres arruinar el día a la capitana Cuervo, señálale que ha hecho feliz a alguien. Si quieres arruinarle la semana entera, señálale que lo ha hecho sin pretenderlo.

Cuervo no retiró su decisión de navegar a puerto. No era de las que se cuestionaban a sí mismas. Lo que hizo fue atrasar el pie y estampar un patadón con toda la bota en la barriga de Trenza.

El golpe inesperado dejó a Trenza gimiendo, con lágrimas manando de los ojos mientras se aovillaba en un charco de agua jabonosa. Cuervo se alejó pavoneándose, silbando como si nada mientras enroscaba el tapón de la petaca. Era, cabe resaltar, el ejemplo perfecto de por qué la palabra «idiota» necesita tantos sinónimos malsonantes. Podrían agotarse todas las opciones disponibles, inventar unas cuantas nuevas y adecuadas y, aun así, no llegar a describir por completo a esa mujer. Era una auténtica inspiración para el poeta vulgar.

Salay era otra historia muy distinta. La gente tenía a la timonel por una persona severa, pero ella también había estado en el lado malo de unos cuantos puntapiés inmerecidos. Tras pensárselo apenas un

momento, fijó la rueda del timón —cosa que jamás se hacía excepto en casos de emergencia— y se acercó a ver cómo estaba Trenza.

—Eh —dijo en voz baja, haciendo rodar a Trenza de costado—. Déjame que te palpe. Si te has roto una costilla, habrá que llevarte al cirujano del barco.

—¡No! —exclamó Trenza—. ¡Ese hombre quiere cortarme a trozos!

—Bobadas. Ulaam no haría daño ni a una mosca.

—¿Ah, no?

—Qué va. No tienen manos que pueda embalsamar.

Guiñó el ojo a Trenza, que al cabo de un momento logró componer una sonrisa a pesar del dolor. La timonel pasó los dedos por las costillas inferiores de Trenza y le preguntó dónde le dolía y dónde no. Las dos se quedaron convencidas de que la patada no había roto nada salvo el buen humor de Trenza, así que Salay regresó a su puesto y liberó el timón.

Siguió echando miradas a Trenza, sentada con aire lúgubre en cubierta. Al cabo de un rato le dijo:

—¿Alguna vez has manejado el timón de un barco?

Trenza se levantó con cuidado y la miró con gesto interrogativo. Salay dio un paso atrás y señaló la rueda.

Ya sé que en tu planeta dirigir un barco tampoco es para tanto. En muchos sitios ponen al timón a cualquier chaval con la cantidad habitual de dedos y la costumbre de dejar al menos uno fuera de la nariz durante largos intervalos de tiempo. Pero en los mares de esporas lo ven de otra manera. Guiar el barco es un privilegio, y quien lleva el timón tiene encargado un deber muy serio.

Por tanto, incluso aunque Trenza estuviera habituada a navegar como fingía, lo más probable era que jamás se hubiera puesto al timón. Asombrada, se acercó y volvió a interrogar a Salay con la mirada antes de situar las manos en las posiciones que le indicó la timonel.

—Bien —dijo Salay—. Ahora mantenlo firme. ¿Notas esas vibraciones? Es el bullir zarandeando la quilla. Tienes que ir con cuidado para que no zarandee el barco entero. Sujeta fuerte la rueda y que los movimientos sean siempre lentos y suaves.

—¿Y si el bullir para? —preguntó Trenza.

—Endereza el timón para que las esporas no lo arranquen. Pero eso también hay que hacerlo con cuidado. Un movimiento brusco de la timonel puede derribar a marineros de los aparejos.

Trenza asintió, preguntándose si era muy buena idea encomendarle a ella una tarea tan importante. Pero Salay se parecía un poco a la capitana Cuervo; era su opuesto de un modo en que solo una persona muy similar podía serlo.

Salay también captaba por instinto los sentimientos de los demás, y se había fijado en la dedicación con que Trenza fregaba. Una mujer que cumplía un deber tan sencillo con precisión… bueno, en opinión de Salay esos gestos se manifestaban también en cosas más relevantes. Igual que es más probable que prestes tu mejor flauta a alguien que trata la suya con respeto, por muy maltrecha que esté.

Trenza sostuvo la rueda con firmeza, notando cómo el caótico batir de las esporas se transmitía por las cuerdas del timón, por la madera y a sus brazos. Sintió una conexión más profunda con el mar estando allí arriba, y si no un poder sobre él, sí una capacidad de cabalgar en él. Había fuerza en ser quien guiaba el barco. Era una libertad que nunca había conocido antes, ni tampoco nunca antes había sido consciente de necesitar. Una de las grandes tragedias de la vida es saber cuánta gente en el mundo está hecha para volar, pintar, cantar o timonear… pero nunca tiene ocasión de averiguarlo.

Cuandoquiera que alguien halla un momento de gozo puro, la belleza fluye al mundo. Los seres humanos no podemos crear energía, solo dominarla. No podemos crear materia, solo darle forma. Ni siquiera podemos crear vida, solo nutrirla.

Pero sí que podemos crear luz. Esta es una de nuestras maneras. La efervescencia del propósito descubierto.

Entonces Trenza vio que la capitana cruzaba la cubierta y regresó el dolor de barriga, con añadidos que no estaban directamente provocados por la patada.

—¿La capitana no se enfadará si me ve aquí arriba?

—Tal vez —dijo Salay—. Pero no podrá hacer nada al respecto. Según unas tradiciones tan viejas como el mar, el timonel es quien

decide quién gobierna el barco. Ni siquiera Cuervo se atrevería a contradecirlo. Si me diese por ahí, hasta podría prohibirle el timón a ella.

Como para subrayar su afirmación, Salay enseñó a Trenza dónde estaban la brújula y la carta de navegación, ambas en un mueble bajo al lado de la rueda. Hizo que Trenza corrigiera el rumbo del barco unos grados, llevándolo al este de un grupo de enormes rocas que asomaban del océano por delante.

—El trabajo de la timonel —dijo Salay con expresión distante— es proteger el barco. Tener la mano firme, apartarlo del peligro. De las tormentas, de las explosiones de esporas. Mantenerlo a salvo de algún modo…

Trenza siguió la mirada de Salay. Estaba fija en la capitana Cuervo.

—Está apretando a la tripulación —afirmó Trenza, midiendo las palabras con cautela— para que hagan más de lo que quieren.

—Esto lo decidimos todos juntos —dijo Salay—. Somos responsables de nuestros actos.

—Pero ella es más temeraria que los demás —insistió Trenza—. Es…

Estuvo a punto de contar a Salay lo que había descubierto de la capitana y de Laggart, pero se lo pensó mejor. No parecía prudente hacer una acusación como esa. Apenas conocía de nada a Salay, ni a ningún otro tripulante.

—Cuervo es dura —dijo Salay—, eso es verdad. Pero a lo mejor es justo lo que necesita esta tripulación, ahora que somos corremuertos.

Esas fueron las palabras que pronunció, al menos. La forma en que la timonel miraba a la capitana no era tan respetuosa.

—No entiendo por qué lo habéis hecho —dijo Trenza en voz baja—. Convertiros… en lo que sois ahora.

—Es una pregunta pertinente —respondió Salay—. Supongo que cada cual tiene sus motivos. Para mí, era esto o renunciar a navegar. Quizá debí hacer eso. Pero es que… hay algo en estar de pie sobre un barco, sosteniendo el timón. Algo especial. Por las lunas, sueno como una pirada cuando hablo así. Es…

—No —dijo Trenza—. Lo entiendo.

Salay la miró un momento y asintió.

—En todo caso, estoy buscando a alguien por estos mares. Tarde o temprano amarraré en un muelle y resultará que mi padre está allí. Podré pagar sus deudas y llevármelo a casa. Seguro que es en el siguiente puerto.

Alzó su brújula y fijó la mirada en el horizonte. Trenza captó en ella una repentina vergüenza, aunque no lograba situar el motivo. Sí, simpatizaba con algo en la voz de Salay, con ese anhelo por llegar junto a alguien que estaba en apuros. Con esa determinación por hacer algo al respecto, ya que nadie más estaba dispuesto. Pero no había motivo para sentir vergüenza por…

La rueda dio una sacudida y el barco entero empezó a agitarse. Trenza se aferró con fuerza y luego, aterrorizada por derribar a los marineros de los aparejos, giró poco a poco a la derecha para enderezar el timón. El *Canto del cuervo* dejó de temblar y, mientras Trenza forcejeaba con el timón, poco a poco se detuvo. El bullir había cesado.

Sudorosa, jadeante, Trenza miró a Salay. La timonel, estoica como siempre, se limitó a asentir.

—Podría haber sido peor —dijo. Entonces, notando lo mucho que el súbito parón había atemorizado a Trenza, añadió—: Será mejor que vayas a descansar.

Laggart ordenó al turno de tarde que bajase a cenar mientras esperaban a que pasara la quietud. Trenza no quería enfadar más a la capitana, por lo que volvió al trabajo y fregó mientras todos los demás se relajaban.

Como de costumbre, pasó el tiempo pensando. Aquí es donde podríamos comparar el don de la contemplación con una espada de doble filo, pero la verdad es que ese símil siempre me ha parecido bastante flojo. La inmensa mayoría de las espadas tienen dos filos, y nunca me ha dado la impresión de que corten a quien las empuña con más probabilidad que las de un solo filo. Es la agudeza del portador y no la de la espada lo que presagia el desastre.

La mente de Trenza sí que era afilada como una espada, lo cual en ese momento fue desafortunado. Porque aunque había localizado un camino hacia la libertad, no pudo evitar oír la conversación cuando Ann se apoyó en el mástil cerca de ella y dijo a Laggart:

—¿Sabes quién te ha preparado las esporas para el cañón? —La carpintera señaló con el pulgar por encima del hombro hacia Trenza

—. No han sido los Dougs, sino ella. He pensado que debías saberlo.

«Por favor, no me defiendas —pensó Trenza con otra punzada de remordimiento—. Por favor, no me recuerdes lo buena persona que eres».

Se hizo de noche y el bullir comenzó de nuevo, permitiendo que el barco siguiera su rumbo hacia el puerto. Trenza intentó olvidar su frustración a base de frotar tablones, pero la culpabilidad no se quita con tanta facilidad como la roña de las esporas. Al poco rato, llegué paseando junto a ella.

—Esa casaca es bonita —le susurré—, pero te quedaría mejor si pintaras la mitad de naranja.

—¿Naranja? —dijo Trenza—. Pero… chocaría mucho con el rojo.

—Chocar es señal de buen gusto, créeme. Ah, sí, Fortín dice que vayas a verlo si quieres comida. —Le guiñé el ojo—. Yo tengo que ir a mordisquearme un poco los dedos de los pies. Saben a *destino*.

Trenza procuró no hacer caso a la propuesta, pero al poco tiempo Huck llegó y se subió a ella de un salto.

—Oye, ¿tienes hambre? Yo sí. ¿Vamos a ver si nos dan comida o qué?

Con un suspiro, Trenza dejó que trepara hasta su hombro y bajó con paso cansado al pañol. Allí, a la luz de una pequeña lámpara, Fortín le puso delante otro plato. No tenía un sabor tan ofensivo como el anterior, pero quizá se debiera a la cantidad de sus papilas gustativas que habían cometido suicidio ritual después del apocalíptico desayuno.

Trenza se sentó en un taburete delante de Fortín, que insistió mediante su increíble tabla de escribir en que no estaba haciéndole ningún favor y que aquello era solo un intercambio. Pero Trenza no se lo creyó. Lo desmentían la forma en que le fue llenando el vaso, el mismo de bronce que había usado por la mañana, cuando se le terminaba el agua, y que le hubiera guardado un trozo de tarta para el postre. Estaba asquerosa, rancia y dura como todo lo demás, pero la intención era lo que contaba.

Por las lunas, cómo le dolía. No la comida, sino su propia traición. Solo hacía un día que conocía a aquella gente, pero aun así sonrió

cuando llegó Ulaam con andares despreocupados y regateó con Fortín para que le diera los huesos de gaviota de la cena, que el pañolero le había guardado. No fue el regateo lo que hizo sonreír a Trenza, sino el aprecio que se mostraron los dos durante el tira y afloja. Aquel barco era una familia. Una familia condenada, a las órdenes de una madre a quien no le importaban.

Trenza tenía que hacer algo.

—Fortín —dijo, bajando la mirada a su plato y moviendo un poco el último pedazo de lo que de verdad esperaba que fuese carne de gaviota—. No creo que la capitana Cuervo esté mirando por los intereses de la tripulación.

Fortín se quedó muy quieto, sosteniendo la taza que había estado limpiando. Era bonita y de peltre, con unas encantadoras muescas en el borde de tanto usarla. Trenza no sabía si procedía de la tradición horgolondrina del siglo vii o era una buena imitación, pero en todo caso parecía un ejemplar excelente.

—He… escuchado lo que decían —añadió Trenza—. Cuando Laggart y ella…

Ya basta, escribió Fortín. **Cualquier otra cosa que digas hará que te echen por la borda, Trenza. Nada de hablar de amotinamiento.**

—Pero Fortín —dijo ella bajando la voz—, antes estabas preocupado por las balas de cañón, y he descubierto que…

El hombretón dio una palmada en el mostrador para interrumpirla. Luego escribió, en deliberadas letras grandes: **SE ACABÓ**.

Por la sombra de las lunas, parecía aterrorizado; le temblaban los dedos rotos al pulsar en su tabla.

La capitana ha venido y me ha preguntado por qué me meto donde no me llaman. No tendría que haber dicho nada. No digas nada tú. Es peligroso. ELLA es peligrosa.

Borró las palabras a toda prisa, sin dejar de mirar hacia la puerta, sudando mientras sacudía la tabla y se aseguraba de que no quedara ni una letra.

Acábate la comida, escribió después.

—¿Por qué le tenéis todos tanto miedo? —preguntó Trenza—. Solo es una persona.

Fortín puso los ojos como platos.

No lo sabes, escribió. **Pues claro que no. Y no seré yo quien te lo cuente, pues no me corresponde. Pero podría matarnos a todos, Trenza. Sin despeinarse. Así que muérdete la lengua y DÉJALO ESTAR.**

Dio énfasis a eso último dejando la tabla en el mostrador y volviéndose de espaldas a Trenza.

Su intención de contar los planes de la capitana a la tripulación acababa de irse al traste. Trenza se obligó a terminarse la comida y salió del pañol. Regresó con paso letárgico a la cubierta alta, con la panza llena y los pies como si estuvieran encadenados.

—Por las lunas —susurró Huck desde su hombro—. Tenemos que salir de aquí antes de que las cosas se pongan feas. ¿Cómo vamos a escapar? No me lo has explicado.

En respuesta, Trenza alzó un dedo y señaló. La luna glauca dejaba caer sus esporas en la lejanía, pero alcanzaba a iluminar la cubierta con un brillo verdoso. Por delante del barco había luces que moteaban una gran sombra. Tierra a la vista, y la ciudad portuaria de Bahía Resplandor. La libertad.

—Yo podría escabullirme sin problemas —dijo Huck—, pero a ti estarán vigilándote. La capitana apostará guardias, Trenza. No te dejarán marcharte.

—Sí que me dejarán —replicó ella, sintiendo náuseas.

La capitana ordenó que la tripulación pasara la noche en la cubierta baja descansando y explicó que iban a hacer una parada rápida y que si alguien intentaba desembarcar se ganaría una ronda de azotes. Pero Trenza durmió al aire libre como había hecho la noche anterior y, dado que no había que navegar, tampoco había nadie que tropezara con ella.

Alrededor de la medianoche, Laggart pasó de camino a la garita. Se aseguró de pisar fuerte en los peldaños para despertar a Trenza, que no estaba dormida pero agradeció el gesto. Se levanto, recogió deprisa su saco de tazas y cruzó la cubierta vacía.

—Qué curioso —dijo Huck—. Si no quieren que desembarque nadie… ¿por qué han tendido la pasarela hasta el muelle?

—Porque Cuervo quiere que difunda la historia del hundimiento del *Sueño de Oot* —respondió Trenza, deteniéndose ante la pasarela—.

Acuérdate de que a la capitana le interesa que los tripulantes sean corremuertos. Supone que, si permite que me escape, se lo contaré a todo el mundo. Y así la tripulación quedará atrapada bajo su voluntad. La capitana les da demasiado miedo para amotinarse y, mientras también les tengan miedo a las fuerzas de la ley, se quedarán en el barco obligados a hacer lo que ella diga. Navegar por esporas peligrosas, más o menos como sus esclavos.

—Pobres lunáticos —dijo Huck—. Bueno, larguémonos antes de acabar como ellos.

Trenza vaciló al mismo borde de la pasarela. Bahía Resplandor estaba a mucha distancia de Puerto Real, pero no era imposible llegar. Podría seguir adelante con su plan de descubrir qué quería la hechicera de Charlie y buscar la forma de liberarlo.

—Trenza —dijo Huck—, no puedo evitar fijarme en que no te mueves.

—Debería quedarme —susurró ella—. Ayudar a la tripulación.

—¿Cómo? —exclamó Huck—. No, no deberías hacer eso.

—Han sido muy amables conmigo.

—¡Pero si casi no los conoces! No les debes nada.

—A ti te salvé cuando casi no te conocía —dijo Trenza—. Ni te debía nada.

—Bueno, o sea… —La rata se frotó las patas—. Sí, pero… bueno… Vaya.

Trenza no sabía si podría rescatar a Charlie. Ardía en deseos de hacerlo, pero su sufrimiento, por mucho que lo lamentara, no era algo que pudiera impedir de inmediato.

La gente de aquel barco era un caso distinto.

—A lo mejor, si ayudo a los tripulantes —dijo Trenza—, me llevarán al mar de Medianoche para rescatar a Charlie.

—Son piratas.

—Son una familia —afirmó Trenza. Empezaba a formarse un plan. Una forma de detener a Cuervo con disimulo—. Y además…, Huck, tengo que hacer lo que pueda. Por ellos.

Con la decisión tomada, sintió que se liberaba de un peso. No estaba abandonando a Charlie. Pero aquello era algo que de verdad

necesitaba hacer.

—Ay, madre —gimió Huck mientras Trenza daba media vuelta y regresaba al lugar donde dormía.

—Deberías huir —le dijo Trenza—. Márchate. No te lo reprocharé, Huck. Es la decisión inteligente.

Él castañeó los dientes, y Trenza pensó que quizá fuese la versión rata de un encogimiento de hombros.

—Me das buena espina —dijo—. Pero en serio, ¿estás segura de esto?

«Pues claro que no —pensó Trenza—. No he estado segura de nada desde que salí de la Roca».

Algo refulgió en la noche. Una cerilla. Trenza se sobresaltó al ver que el resplandor iluminaba a una figura sentada en la escalera que subía al alcázar. Era la capitana Cuervo, con el rostro contorneado en naranja mientras encendía su pipa.

¿Lo habría visto? ¿Habría oído a Trenza hablando con Huck? La capitana dio unas caladas a la pipa y sacudió la cerilla para apagarla, sumiendo su cara en la oscuridad, silueteada por el brillante cielo lleno de luna.

—¿Capitana? —dijo Trenza.

—Deberías irte, chica. Has demostrado lo que vales estos dos días, y te juzgo digna de vivir. Así que adelante, piérdete en la noche.

—Quiero… —Trenza respiró hondo—. Quiero enrolarme en vuestra tripulación.

—¿Unirte a nosotros? —Cuervo soltó una carcajada—. Pero si hoy mismo estabas maldiciéndonos por haber matado a tu familia.

—Mentía, capitana. Quería que me tuvierais lástima, para que os apiadarais de mí y me dierais de comer. Sé que habéis visto el engaño, por la patada. No he debido mentiros.

—Entonces ¿tu familia no iba en el barco?

—Iba yo sola de polizona —respondió Trenza—. Mi sitio no estaba allí, igual que tampoco está en Bahía Resplandor. Creo que mi sitio podría ser este.

Cuervo no respondió al principio. Desenroscó el tapón de su petaca con un chirrido que resonó en la penumbra. Trenza creyó ser capaz de

seguir los pensamientos de la capitana. Si esa chica no había perdido a nadie, si no estaba cabreada con la tripulación…

La capitana se levantó como una sombra en la noche.

—Vete de todas formas. Aquí no hay sitio para ti. No necesitamos que te pases el día fregando la cubierta y molestando. Me reservo ese trabajo como castigo y, si lo haces tú, me estás quitando una herramienta para disciplinar el barco. Aquí todo el mundo debe cumplir una función, y tú no la tienes. A no ser que quieras hacernos de ancla.

Cuervo se volvió hacia su camarote, dejando atrás una voluta de humo de la pipa. Trenza estuvo a punto de marcharse como le había dicho. Pero…

Pero una parte de ella aborrecía a los abusones. Los odiaba lo suficiente como para superar su reticencia a imponerse. No soportaba ver cómo el duque abusaba de Charlie. No soportaba que los inspectores abusaran de los estibadores. Y lo aborrecía aún más en esos momentos, enfrentándose a una mujer que creía poder hacer lo que le viniera en gana, a quien le viniera en gana.

—No tenéis germinador en el barco —dijo Trenza.

La capitana Cuervo se detuvo en la puerta de su camarote.

—Está muerto —prosiguió Trenza—. Necesitáis a alguien que haga el trabajo, pero los Dougs lo rechazan. De lo contrario, a estas alturas ya habríais obligado a alguien a ocupar el puesto. Hicieron que llenara yo los saquitos de céfiro. Les dan miedo las esporas.

—¿Y a ti no? —preguntó Cuervo desde la oscuridad.

—Claro que sí —dijo Trenza—. Pero supongo que tenerles un sano respeto ayuda a que una germinadora siga viva.

Silencio. Cuervo era una sombra en la noche, observándola, evaluándola mientras el humo ascendía al firmamento esmeralda.

—Sí —dijo Cuervo—. En eso tienes razón. Es posible que haya un sitio para ti. La verdad es que cruzaste las esporas a pie. Soportaste una explosión de céfiro en la cara. Y aun así estás dispuesta a trabajar con esporas, ¿eh? Me parece… que podrías servirme bien. De hecho, tengo el lugar perfecto para ti.

Trenza frunció el ceño. ¿Estaban manteniendo la misma conversación las dos?

—Bienvenida al *Canto del cuervo*, germinadora del barco —dijo la capitana, abriendo la puerta del camarote—. Renunciarás a tu parte del botín en los tres primeros saqueos, pero te llevarás la asignación que corresponde a una oficial después de eso. Y no puedes comer con los demás. Que Fortín te dé las sobras. Los germinadores sois gente rara, y no quiero que dejes esporas en la comida.

—Eh… sí, capitana.

—Y no vuelvas a mentirme. O descubriremos qué le ocurre a un ser humano cuando se traga un saquito de esporas céfiro. El doctor Ulaam lleva tiempo preguntándoselo.

Cuervo se llevó la petaca a los labios mientras cerraba la puerta del camarote.

Con las rodillas fofas como manteca, Trenza se dejó caer en cubierta y se arrebujó en su casaca roja de inspectora. Estaba aterrorizada por lo que había hecho, pero también decidida. Sabía que era lo correcto. Lo *sentía*.

Para bien o para mal, Trenza se había convertido en pirata.

CUARTA PARTE

22

Al día siguiente la capitana Cuervo despertó a Trenza a grito pelado. Debería haber sido la primera pista de que pasaba algo raro, dado que no fue a patadas. Cuervo dejaba escapar las oportunidades de provocar dolor físico más o menos con la misma frecuencia que un banco entregaba muestras gratuitas. La capitana llevó a Trenza por la cubierta media hasta un compartimento que tenía un candado enorme en la puerta. De los que se usan como declaración de intenciones.

—¿De verdad no te asustan las esporas, chica? —preguntó Cuervo mientras buscaba la llave en su anilla.

—Os dije que sí que me asustan, capitana. Es solo que últimamente parece que toda cosa o persona que encuentro tiene intención de matarme. Así que supongo que las esporas son solo un elemento más de ese conjunto, no más destacado que el resto.

—¿No más destacado? —dijo Cuervo mientras seleccionaba la llave —. Bueno, es una actitud positiva. Muy positiva, mi germinadora de casaca roja.

El chasquido de la llave en el candado sonó agorero. Como una

trampa al saltar. Cuervo sacó la llave de la anilla y se la entregó a Trenza.

—Ahora esto es tuyo, chica.

Trenza aceptó la llave, pero no se le había escapado que en la anilla de la capitana había una segunda llave idéntica a aquella. Cuervo entró por la puerta y Trenza echó una mirada pasillo abajo y vio a varios Dougs observando y susurrando entre ellos. Habían dado un paso atrás al abrirse la puerta.

Hizo acopio de valor y siguió a Cuervo por el umbral. Lo que había dentro no parecía tan temible como para provocar esa reacción en los Dougs. Era una cámara pequeña y alargada, con un único ojo de buey al fondo que daba al mar. A veces, las esporas que removía el paso del barco se alzaban lo suficiente para cubrirlo y sumían la estancia en la oscuridad durante unos instantes.

Había un camastro al fondo que a ojos de Trenza era todo un lujo, con manta, colchón y hasta almohada. De acuerdo, el colchón parecía basto, la almohada era pequeña y lo más probable era que la manta no se hubiera lavado desde la invención de las vocales, pero después de dormir en cubierta aprendías a valorar las cosas en términos relativos.

La pared opuesta al camastro estaba ocupada por un pequeño banco de trabajo. Encima de él se veían unos cajones empotrados. Lo único otro digno de mención era un gran espejo colgado sobre el banco, que daba una sensación abierta al compartimento y reveló a Trenza exactamente cómo de enmarañado tenía el pelo. Evocaba la impresión de un horror ultraterrenal que escapaba de su prolongado letargo para extender sus tentáculos en todas las direcciones, aniquilar la realidad, acabar con la vida de vírgenes y exigir el sacrificio de cien frascos de acondicionador del caro.

Cuervo fue hacia otra puerta que había en la esquina, cerca de la cabecera del camastro. La abrió e hizo un gesto para que Trenza mirase el interior, una pequeña cabina apenas lo bastante alta para entrar de pie, pero cuyo suelo estaba medio metro más bajo y recubierto de cerámica. ¿Con un desagüe? ¿Y un grifo en lo alto de la pared?

¿Era una especie de *bañera*? Si el camastro era un lujo, la idea de

lavarse era el paraíso.

—El grifo está conectado a un tonel lleno de agua —dijo Cuervo—. Avísanos cuando quieras que lo rellenemos. Gorgo siempre necesitaba un montón de agua para sus experimentos.

—¿Experimentos?

—Con esporas —aclaró Cuervo, y suspiró—. Tendrás que espabilar, chica, si quieres aprender a ser nuestra germinadora. Siempre que trabajes con esporas, deberás hacerlo en esta cámara a no ser que tengas mi permiso específico. Hasta preferiría que rellenaras aquí dentro las cargas de esporas céfiro para los cañones.

—Entendido —dijo Trenza.

—Más te vale. Todo este camarote está reforzado con aluminio, pero hay una capa de plata al otro lado por si algo escapara. A pesar de todas esas protecciones, puedes destrozar mi barco si no vas con cuidado.

Trenza asintió.

—¿Tienes la menor idea de lo que vas a hacer? —preguntó Cuervo —. ¿De lo que se espera de ti? No sabes lo peligroso que será tu trabajo. ¿De verdad quieres seguir con esto?

—¿Podré dormir en esa cama?

—Sí.

—Entonces me apunto.

Cuervo sonrió. Habría sido menos antinatural ver esos dientes brillantes y esos labios curvados en un cuervo de verdad.

—Haré venir a Ulaam para que te explique los conceptos básicos. Pero antes de que te encariñes demasiado con tus nuevos aposentos, necesito que eches un vistazo al suelo.

La capitana se marchó con paso tranquilo, dando un sorbo de su petaca. Trenza se sentó en el colchón, tratando de vislumbrar a qué se refería la capitana con ese último comentario. El suelo tenía un aspecto normal. Tablones de madera, aunque algo polvorientos, porque no parecía que nadie hubiera limpiado allí desde la muerte de Gorgo.

Pensar en eso la inquietó. ¿Por qué no había reclamado nadie aquel compartimento? ¿Cama, espejo y agua corriente? En el instante en que

Gorgo murió, los marineros deberían haber empezado a pelearse por la oportunidad de…

Entonces se dio cuenta. En el suelo no había plata.

Se habría fijado antes, si hubiera pasado más tiempo en barcos. Salvo por una pequeña zona cerca del cañón, todas las cubiertas del *Canto del cuervo* menos la bodega tenían incrustaciones de plata. Trenza iba a bordo de un navío mercante bien construido y caro —que hasta podía permitirse un poco de aluminio, ya no tan prohibitivo como lo fuera en otros tiempos pero tampoco barato—, pensado para que sus ocupantes estuvieran cómodos y, lo más importante, seguros.

Excepto allí dentro. Excepto en el lugar donde el germinador trabajaba con esporas. Trenza miró el ojo de buey y las esporas glaucas que pasaban al otro lado. Cada vez que el barco hundía la quilla en el mar y el compartimento se oscurecía, a Trenza se le aceleraba un poco el corazón.

Por las lunas. Claro que nadie había querido quedarse con aquella estancia. Había que estar majara para dormir allí dentro.

Huck la encontró roncando con suavidad al cabo de un rato. Tampoco se le podía reprochar. Dormir en cubierta no había involucrado una gran cantidad de sueño.

—¿Trenza? —susurró Huck—. ¿Qué es esto? ¿Tienes habitación propia?

Trenza se incorporó, aún adormilada.

—Ajá. Viene a ser una trampa portal, pero al menos es cómoda. ¿Dónde estabas?

—Han traído un *gato*, Trenza —rezongó Huck, mirando hacia la puerta—. Un gato de verdad. Es una afrenta lapidaria. De las que te llevan bajo una lápida, quiero decir.

—Tú no te alejes de mí —respondió Trenza—. Intentaré que no se te acerque.

Huck se estremeció visiblemente.

—Odio a los gatos —susurró—. Además, ¿cómo de estúpido hay que ser para traer un gato por una sola rata? A ver, ¿quién va a comer más, yo o esa cosa que tiene diez veces más peso? Qué idiotas son los humanos. Estooo… los otros humanos. Los que no se llaman Trenza.

—Yo soy mi propio tipo de idiota, Huck —dijo ella—. Teniendo en cuenta que sigo en este barco.

Con un suspiro, se levantó de la cama y fue arriba para recoger su saco de tazas. Regresó al camarote, donde empezó a colocar las copas en el banco de trabajo, recordando las historias que le había contado Charlie después de que Trenza le enseñara cada una.

Se sentía como una traidora. ¿Qué hacía quedándose allí para ayudar a unas personas a las que casi no conocía, en vez de buscar la forma de salvarlo? Susurró plegarias a las lunas mientras iba dejando las tazas y se prometió a sí misma que de verdad encontraría una manera. Si lograba ayudar a aquella tripulación y después no estaban dispuestos a llevarla al mar de Medianoche a cambio, quizá podrían colaborar de algún otro modo. ¿Reunir dinero para el rescate, a lo mejor?

Eso hizo que se sintiera aún peor. No quería tener que robar a nadie para salvar a Charlie. En ese momento, mientras sostenía la taza de la mariposa, fue consciente de una cosa. Jamás tendría el suficiente dinero para pagar un rescate, y no recurriría a la piratería para conseguirlo. Tendría que buscar alguna otra manera de recuperar a Charlie.

Pero ¿cuál? ¿Qué podía hacer?

Mientras le daba vueltas a eso y trataba de contener las lágrimas, llegó una voz animada desde la puerta.

—¿Quieres que te eche una mano? ¿Hummm?

—No me habrás traído una mano literal, ¿verdad, Ulaam? —preguntó Trenza.

Ulaam se escondió un brazo tras la espalda.

—¿Tan vulgar me consideráis, señorita Trenza?

—Eh… ¿Sí? Por eso lo pregunto.

El hombre (¿persona?, ¿cosa?) de piel cenicienta sonrió de oreja a oreja y entró en el compartimento. Al pasar por detrás de él, eché un vistazo al interior, pero, como Trenza no tenía ningún tití dentro, en ese momento no me interesaba lo que estuviera ocurriendo.

—Doctor, ¿sabes algo de todo esto? —preguntó Trenza, señalando la pequeña cámara con el suelo de cerámica y el grifo—. La capitana

dice que era para hacer experimentos.

—Sí, a Gorgo le encantaba el experimento de «cómo estafar al resto para poder darme baños calientes». El tonel de agua está fuera, al sol, así que no te abrasarás al lavarte, pero tampoco se te caerán trozos por congelación. —Ulaam le lanzó una mirada—. Aunque si cayeran, no te olvides de guardármelos, ¿hummm?

—Entonces, sí que es un baño —dijo Trenza.

—Bueno, es verdad que Gorgo necesitaba un lugar donde manipular esporas, y a veces activarlas, sin que supusieran demasiado peligro para la tripulación. Eso requería una jofaina capaz de contener agua. Así que Gorgo se limitó a extrapolar. Era un tipo astuto. Menos por lo que le pasó al final. —Ulaam negó con la cabeza—. Menudo desperdicio de cadáver.

—La capitana dice que tengo que asumir algunas responsabilidades de Gorgo si quiero quedarme en el barco. ¿Hay algo más, aparte de trabajar con las esporas céfiro?

—Te interesa practicar con la rosaíta, para sellar agujeros en caso de emergencia —respondió Ulaam—. Y aprender a que crezcan las glaucas sin romper nada, porque las enredaderas sirven como alimento si no hay nada más. Sí, son comestibles. ¡Supongo que todo lo es, con el suficiente optimismo!

—¡Yo soy optimista! —exclamé, pasando de nuevo junto a la puerta —. Una vez me comí una roca entera. Pero antes tuve que ahuyentar a toda su familia a golpes.

Di un gruñido y me marché.

Trenza no hizo mucho caso a lo que acababa de decir, porque estaba pensando en mis dolencias.

—¿Sabes qué… problema tiene, doctor? —preguntó.

—Hoid tiene demasiados problemas para enumerarlos —dijo Ulaam mientras miraba dentro de los cajones que había sobre la mesa de Trenza—. Yo no me preocuparía por su situación. Es casi tan diestro desatando nudos como creándolos.

Trenza asintió y desvió la mirada hacia el catre. Cuando Ulaam se marchara, ¿podría echar otro sueñecito o se llevaría una regañina por holgazana?

—Sí —continuó Ulaam distraído—. Hoid debería haber sabido que no le convenía enredarse con la hechicera. De hecho, es muy probable que lo supiera. Da miedo la escasa frecuencia con que permite que eso influya en lo que al final termina decidiendo hacer.

El sobresalto espantó el sueño de la mente de Trenza.

—¿La hechicera?

—¿Hummm? Sí, ¿o qué creías que le había pasado? Hoid se esfuerza por mantener la fachada de que es solo un idiota normal y corriente, pero te aseguro que es de la variedad extraordinaria. Increíble, incluso. ¡Yo siempre digo que cuando las tribulaciones te atribulen, hay que poner una buena cara! O varias.

—Entonces —dijo Trenza, esforzándose con elegir las palabras con cuidado—, ¿en este barco hay alguien que sabe cómo llegar hasta la hechicera? ¿Que ha estado allí y ha escapado con vida?

—En teoría, sí —respondió Ulaam—. Pero no tengo ni idea de cómo lo hizo Hoid. Ya lo encontré así cuando llegué al planeta después de recibir su carta.

—¿Al… planeta? —preguntó ella—. ¿O sea que provienes de las estrellas?

Trenza había oído historias sobre visitantes de las estrellas, pero siempre le habían parecido fantasiosas. Aunque la verdad era que cada vez se escuchaban más entre los marineros.

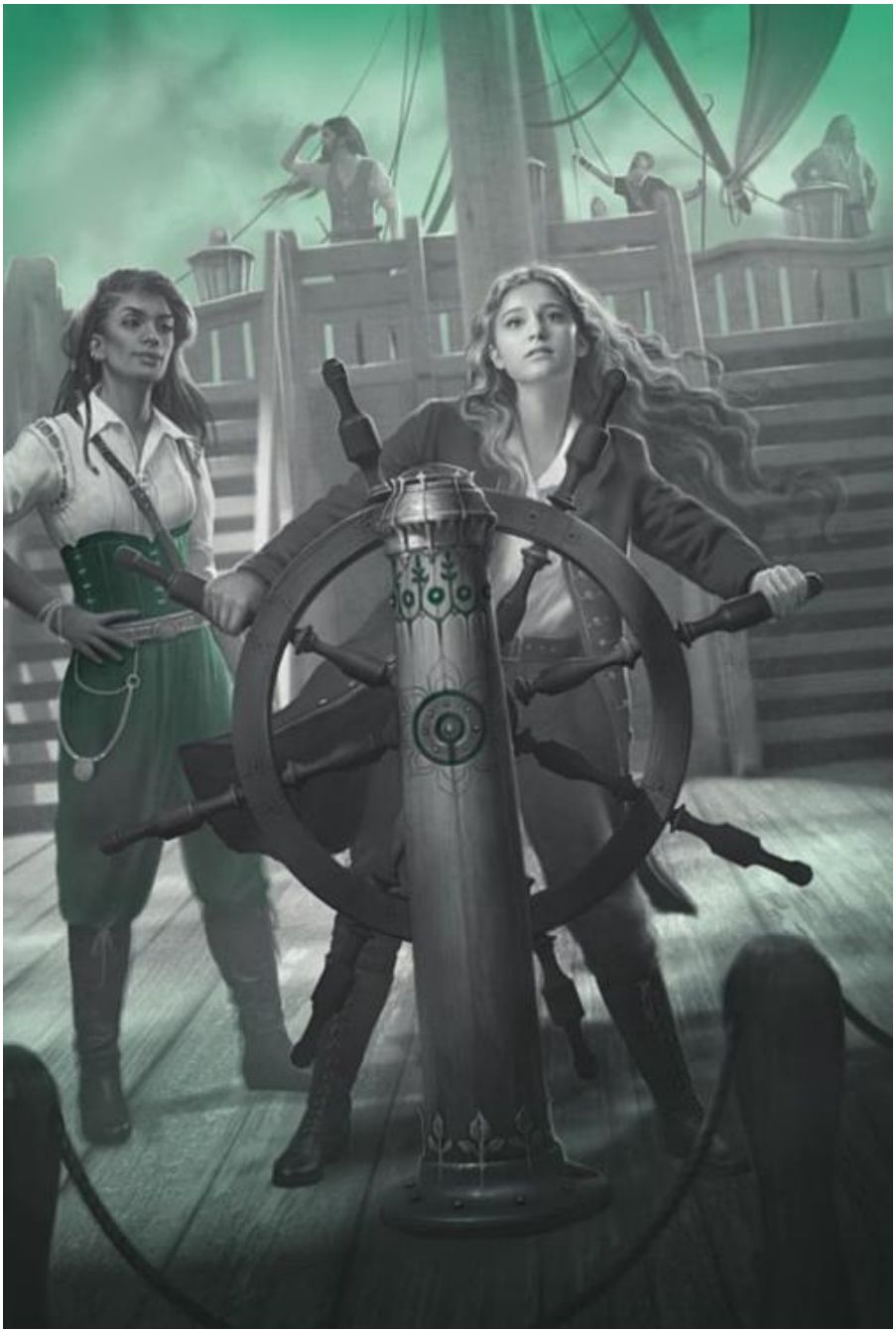
—¿Hum? —dijo Ulaam—. Ah, sí. En realidad no vengo de una estrella, sino de un planeta que está en órbita alrededor de una. Pero en todo caso, dudo mucho que vayas a sacar nada en claro de Hoid mientras tenga encima esa maldición.

Trenza apartó de su mente los pensamientos sobre unos lugares tan lejanos y sobre las tazas que debían de tener, por el momento. En el barco… ¡había alguien que podría ayudarla a encontrar a Charlie! ¡Hoid tal vez fuese la solución! Sintió una inmensa oleada de alivio, seguida por una repentina punzada de pánico. Si hubiera desembarcado la noche anterior, jamás lo habría sabido.

Se sentó con expresión aturdida, comprendiendo que en realidad la clave para resolver sus problemas era yo. Por fin compuso un verdadero plan, uno que quizá resultara factible: averiguar de mí

cómo llegar hasta la hechicera y tal vez cómo ocuparse de ella.

Seguía siendo una perspectiva desalentadora, pero sin duda mejor que lo que tenía antes. Y allí sentada, se planteó que a lo mejor aquella tripulación, y la buena gente que había en ella, atrapada en su propia clase de cárcel, era precisamente lo que necesitaba para salvar a Charlie.



23

Hay doce mares —explicó Ann, sentada en la regala del barco y dando rítmicos golpes con los tacones en la madera—. Y, por tanto, doce tipos de espora. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Nunca había salido de mi pequeño pueblo salinero —respondió Trenza—. Allí también dicen que hay doce mares y doce lunas, pero estos últimos días he averiguado tantas cosas nuevas que se me ha ocurrido que era mejor confirmar esos datos.

Hace bien en preguntar, Ann, dijo Fortín, levantando su letrero. **Al fin y al cabo, en realidad hay trece tipos de espora**.

—Qué va a haber trece —replicó Ann—. No vayas por ahí difundiendo esa mentira.

No es mentira, escribió él. **Es una leyenda. Son dos cosas muy distintas**.

—La palabra correcta es «chorrada» —dijo Ann—. La gente ni siquiera se decide sobre el color que se supone que tienen esas «esporas hueso». ¿Blancas o negras? ¿O hay de las dos? Escucha, Trenza. Los tipos de espora son doce.

Trenza asintió. Estaban a proa del barco, en la cubierta alta, cerca

del cañón delantero. Trenza no se había sorprendido de encontrar allí a Ann, porque la larguirucha carpintera solía merodear cerca del cañón, lanzándole miradas como una adolescente encaprichada. Pero sí que se había extrañado de ver a Fortín sentado en cubierta esa mañana, zurciendo calcetines. Una parte de ella lo había considerado un mueble fijo de su compartimento.

Por su parte, Trenza estaba contando los saquitos de esporas céfiro que había en el tonel de artillería. Había preguntado a Laggart y el cañonero le había indicado que debería haber siempre unos cuarenta a mano.

Trenza había pensado que contarlos le daba una buena excusa para moverlos del tonel a una caja de aluminio, donde las esporas estarían a salvo de la plata del barco.

—Doce mares —dijo—. ¿Cuántos has visto tú, Ann?

—Tres —respondió ella con orgullo—. El mar Esmeralda, el mar Zafiro y el mar Rosa.

Impresionante, escribió Fortín.

—¿A que sí?

Yo he estado en diez.

—¿Qué? —Ann enderezó la espalda—. Embustero.

¿Por qué iba a mentir?

—Eres un pirata —dijo Ann—. Todo el mundo sabe que esa gente no es de fiar.

Fortín puso los ojos en blanco y volvió a prestar atención a sus calcetines. Trenza vaciló, mirando los saquitos de la caja. ¿Ese último era el que hacía veintidós o veintitrés? Con un leve gemido, los devolvió todos al tonel y empezó de nuevo.

Ann dio un golpecito a Fortín en el hombro para que alzara la mirada.

—¿Cuáles te faltan? —le preguntó—. ¿Cuáles son los mares que no has visitado?

No es difícil de adivinar, escribió Fortín.

—¿El mar de Medianoche y el Carmesí?

El grandullón asintió.

—El mar de Medianoche —dijo Trenza mientras contaba saquitos—. Es donde vive la hechicera.

—Sí —respondió Ann—, y el mar Carmesí son los dominios del dragón. Pero no es por eso por lo que nadie navega por ellos. Es por las esporas, Trenza. Tienes que saber estas cosas, si vas a dedicarte a germinar. La mayoría de los tipos de espora son mortales, pero dos de ellos son una absoluta catástrofe. Ni te acerques a las esporas carmesíes y a las de medianoche, ¿estamos?

—Muy bien —dijo Trenza—. Para llegar al mar de Medianoche hay que pasar por el Carmesí, ¿verdad? No es nada probable que lo haga nunca. —Frunció el ceño—. ¿Por qué hace falta recorrer uno para llegar al otro? ¿No se puede bordear el mar Carmesí hasta el de Medianoche?

—No a menos que puedas atravesar en barco varias cordilleras —explicó Ann—. Supongo que podrías dar la vuelta al mundo y llegar al mar de Medianoche por detrás, eso sí.

Es uno de los motivos por los que la hechicera se instaló ahí, añadió Fortín. **Controla el comercio que cruza la zona, el paso que conecta el planeta. Solo sus barcos pueden navegar por el de Medianoche.**

—Pero ya hace años que no hay ningún comercio —dijo Ann—. El rey no quiere pagar las tarifas, así que se ha decidido por la guerra.

Como si creyera que puede derrotarla. Fortín negó con la cabeza. **Ni siquiera es capaz de enviar una flota por el mar Carmesí. Demasiado peligroso**.

Trenza asintió. Todo aquello sonaba a cosas que, casi con toda seguridad, ya debería saber. Estaba poniéndose al día bastante rápido, pero por segunda vez se alegró de no haber abandonado a aquella gente. Comprendió que, aunque lo más probable era que solo un tripulante tuviera alguna experiencia personal con la hechicera, todos ellos podían transmitirle información útil.

—Aquí hay veinticinco saquitos —dijo al terminar de contar—, así que tengo que llenar otros quince.

—Sin hacer que te explote la cara esta vez —matizó Ann.

—No me explotó.

—Siendo estrictas, estoy segura de que perdiste algunos trocitos —replicó Ann—. Lástima que te dieran ese ungüento. Quedarías de lo más peligrosa con un par de cicatrices en la cara.

Trenza respondió con un evasivo encogimiento de hombros. Luego, mientras Ann empezaba a incordiar de nuevo a Fortín, quitó con

disimulo el pasador que abría el doble fondo del tonel y contó cinco balas de cañón escondidas, todas ellas un poco más grandes que su puño.

Con Huck apostado como centinela, Trenza había sacado unas pocas balas normales de la bodega del barco. No estaban vigiladas, porque ¿quién iba a robarlas? Así que, intentando contener el sudor que le provocaba el subterfugio, comenzó a sacarlas de su saco y reemplazar con ellas las que había bajo el fondo falso del tonel.

Estaba segura de que la descubrirían en cualquier momento. Pero la gente no acostumbra a vigilarte tanto como crees: están demasiado ocupados preocupándose por si tú los vigilas a ellos. Así que Trenza pudo reemplazar una por una las balas de cañón secretas de Laggart por otras normales. Luego cerró el doble fondo y volvió a colocar los veinticinco saquitos de esporas céfiro.

Una vez dado el cambiazo, se dejó ver secándose las manos y *no* se tocó la máscara. Cualquiera puede volarse la cara sin querer —en fin, ¿a quién no le ha pasado?—, pero si lo haces dos veces seguidas quedas como un tonto de remate.

Trenza ató el cordel que cerraba el saco. Aún no sabía lo que iba a hacer con aquellas balas de cañón saboteadas. ¿Esconderlas en su camarote? ¿Tirarlas por la borda cuando no mirase nadie?

—Eh, Trenza —dijo Ann—. Cuando prepares las cargas, ¿podrías hacer unas pocas más para que practique?

—No creo que haya problema —respondió Trenza—, siempre que la capitana dé el visto bueno.

—Ya —dijo Ann—. Claro.

Pero había algo en su tono que recordaba a cuando la gente habla de ese proyecto que lleva un tiempo teniendo en mente y que terminará «mañana sin falta». Ann se marchó, pero no sin recorrer la longitud del cañón con la yema de los dedos.

Fortín había estado concentrado en el trabajo y, por tanto, se había perdido la conversación. Aunque la sordera le daba muchas dificultades, debo señalar que siempre he envidiado su capacidad de, con solo apartar la mirada, extirpar de su vida la mayoría de las estupideces que dice la gente.

Trenza ser sentó en cubierta delante de él para llamarle la atención.

—¿Qué pasa con Ann y los cañones? —preguntó—. ¿No era la cañonera asistente del barco?

Y supongo que aún lo es, escribió Fortín. **No la han retirado oficialmente del puesto. Pero no la verás disparar pronto, créeme.**

Trenza dio un pequeño respingo.

—¿Qué hizo? —susurró, inclinándose hacia Fortín.

¿Estás susurrando?, escribió él.

—Eh… sí.

Pero qué mona eres.

—Hablamos de Ann. ¿Vas a contarme lo que pasó o no?

¿Qué me ofreces a cambio de la información?

—¿Tenemos que negociarlo todo, Fortín? —preguntó Trenza—. ¿No podemos charlar como dos amigos y ya está?

¡Pero si lo divertido es la negociación!, escribió Fortín. **Es lo que me revela cosas de ti. Qué estás dispuesta a entregar, qué es lo que valoras. Venga, ¿no te emociona buscar el mejor trato posible?**

—La verdad… es que no lo sé.

¿Qué vas a contarme para hacer que te hable de Ann? Información a cambio de información. Estás impidiéndome que zurza estos calcetines, ¿sabes? No puedo coser y mirar la tabla al mismo tiempo. Así que me debes una.

—Pero es que no sé nada interesante que decirte a cambio.

¿Ah, no? ¿Y qué haces aquí? ¿Qué llevó a una chica maja de un pueblo pequeño a robar una casaca de inspectora y hacerse pasar por pirata?

Trenza volvió a inclinarse hacia él y bajó la voz, a pesar de que Fortín acabara de burlarse de ella por hacerlo.

—¿Tan evidente es mi ignorancia?

Muchacha, si llevabas navegando en el mar de esporas más de una semana cuando te encontramos, me comeré lo que yo mismo cocino. Así que dime, ¿qué haces aquí fuera?

—Busco a alguien —dijo ella—. Alguien a quien aprecio.

Ah, escribió Fortín. **Así que estás peinando los mares, como Salay. Esperando que al llegar a cada puerto nuevo por fin encontrarás el calcetín que…** Borró eso último. **Perdona. La tabla no siempre predice bien del todo. Esperas encontrar a LA PERSONA que perdiste.**

Trenza miró al otro lado del barco hacia la timonel, que estaba plantada con tanta firmeza como los palos del barco, fija en su puesto del alcázar, aferrando la rueda del timón con ambas manos. Como de

costumbre, tenía los oscuros ojos fijos en el horizonte y la clase de expresión intensa que la gente reservaba para las tareas más importantes de todas, como encontrar el último caramelo sin abrir en una bolsa llena de envoltorios.

Salay era incansable en la búsqueda de su padre. Al lado de la confiada determinación de la timonel, la misión de la propia Trenza parecía casi risible.

—No es… lo mismo del todo —dijo Trenza a Fortín—. Salay no tiene ni idea de dónde está su padre. Yo sé exactamente dónde encontrar a Charlie.

Fortín le dio un codazo al cabo de un momento.

¿Ah, sí?, había escrito. **Entonces, ¿lo que pasa es que necesitas ahorrar un poco de dinero para llegar hasta él?**

—Es peor que eso, me temo —respondió ella—. Lo tiene la hechicera. Atacó su barco. Lo tomó prisionero.

Los hombros de Fortín se vinieron abajo.

Vaya, escribió, **lo siento**.

—Ya. Apenas sé lo que estoy haciendo, Fortín. Pero tengo que llegar hasta él. —Trenza hizo una mueca—. Antes he dicho que no es probable que vea nunca el mar de Medianoche. Era un poco mentira. Estoy decidida a ir allí. De algún modo.

Si la hechicera atacó su barco, tu amigo está muerto. Lo siento. Creo que será mejor que pases página.

—Está vivo —dijo Trenza—. La hechicera pidió un rescate al rey a cambio de liberar a Charlie. Pensé… que quizá podría ganar el suficiente dinero para convencer al rey de que lo pague.

Trenza, escribió Fortín, **la hechicera no pide dinero como rescate. Pide almas, en general de la línea monárquica. El dinero jamás la dejaría satisfecha.**

Trenza se sonrojó, sintiéndose una absoluta lunática. Ya había concluido que nunca estaría en condiciones de pagar la libertad de Charlie, pero aun así la perturbaba lo profunda que era su ignorancia. Como un pez intentando con todas sus fuerzas saltar para liberarse de su acuario, Trenza había estado intentando resolver un problema antes siquiera de plantearse si comprendía su propia situación.

A ver, si la hechicera pide rescate por ese Charlie, lo más probable es que sea noble, ¿verdad?

—Sí —susurró Trenza.

A esa gente no le importamos, escribió Fortín. **Lo siento, pero es la verdad. Harías bien en pasar página.**

—Puede.

Bueno, tú me has dado información. Es justo que yo te dé a ti lo que querías. Puedo hablarte de Ann.

—No te he contado nada importante, Fortín —dijo Trenza—. No tienes por qué aceptarlo como pago.

Ah, escribió él, **pero es que la información sobre Ann apenas vale nada. La sabe todo el mundo. Te habrías enterado de todos modos.**

—¡Hacías como si fuese un gran secreto! —protestó Trenza.

No. Solo te he preguntado qué me dabas a cambio. Fortín sonrió, dio un empujoncito a Trenza en el brazo con un nudillo y siguió escribiendo. **No pongas cara de indignada. Revelar tus emociones facilita que la gente haga un buen negocio contigo. Ese consejo es gratis.**

A Ann le dieron el puesto de cañonera asistente porque lo pidió después de que muriera el anterior. Pero a nadie se le ocurrió hacer que antes disparase un trasto de esos.

—¿Y…? —preguntó Trenza.

Y esa mujer apunta peor que un borracho a lomos de una llama de tres patas, escribió Fortín. **Una vez disparó con pistola a una diana y se las ingenió para casi darme a MÍ, y eso que estaba a su lado. La primera vez que manejó el cañón apuntó tan mal que lo único que NO corría peligro era su objetivo.**

—Por las lunas —dijo Trenza—. A lo mejor es que necesita practicar.

Pues entrénala tú. Yo mientras me quedaré encerrado en mi camarote, igual hasta con armadura puesta. Fortín la miró. **Hay cosas que no pueden ser y punto, muchacha. A veces solo te queda aceptarlo.**

—Estás hablando sobre mí. Y sobre Charlie.

Puede. Escúchame, Trenza. Aunque Charlie siga vivo, la hechicera le habrá lanzado una maldición como al pobre Hoid. Tiene muchos tipos distintos, pero siempre echa alguna a sus prisioneros, para volverlos más manejables.

—¿Cómo es que sabes tanto de eso? —preguntó Trenza.

Me lo dijo la capitana, explicó Fortín. **Cuando me ordenó negociar para que Hoid se embarcara con nosotros.**

—¿La capitana quería tener a Hoid en el barco? —preguntó Trenza —. ¿Por qué?

Vete a saber. Había oído hablar de la maldición y de que Hoid había ido a ver a la hechicera. Traerlo aquí fue mal negocio, porque sus anteriores compañeros de

tripulación estaban encantados de librarse de él. Pero la capitana se empeñó.

Fortín negó con la cabeza, pensando en lo mucho que se resentiría su reputación cuando la gente supiera cuánto había pagado para lograr que un lunático fuese el grumete del *Canto del cuervo*.

Pero Trenza estaba cada vez más interesada. La capitana Cuervo había manipulado a la tripulación para que se hicieran piratas y luego los había obligado a convertirse en corremuertos, todo porque quería que navegaran por mares peligrosos. ¿Y además, había estado buscando a alguien a quien hubiera maldecido la hechicera, en concreto?

¿Podría ser que la capitana quisiera visitar ella misma a la hechicera?

Trenza miró hacia Cuervo. Y en ese momento dio el paso concreto que la diferenció de la gente que aparece en la mayoría de las historias. Llevó a cabo el acto, podría decirse, que la definía como heroína. Hizo algo tan increíble que me veo en dificultades para expresar su majestuosidad.

«Tengo que darle más vueltas a esto —pensó Trenza— y no sacar conclusiones precipitadas».

Quizá te confunda que este humilde narrador conceda tanta importancia a algo como eso. ¿Qué más da si Trenza paró un momento a pensar, se preguntó si se habría precipitado y decidió replantearse las cosas? Tampoco es nada del otro mundo, ¿verdad?

Mentira. Tan falso que asfixia el alma.

Los forjamundos como yo pasamos décadas enteras indagando entre fábulas, leyendas, mitos, crónicas y canciones de borrachera en la taberna a la caza de las historias más singulares. Perseguimos la valentía, la inteligencia, el heroísmo. Y no hallamos carencia de tales virtudes. Las leyendas rebosan de ellas.

Pero ¿una persona que está dispuesta a replantearse sus suposiciones? ¿Ese héroe capaz de sentarse a evaluar otra vez su vida? ¡Eso sí que es una gema que refulge de verdad!

Tal vez preferirías la historia de alguien que se enfrenta a un dragón. Bueno, pues esta no es esa clase de historia. (Lo cual volverá incluso más extraordinario que aun así Trenza termine haciéndolo. Pero haz el favor de no adelantarte a los acontecimientos). Comprendo

que puedas querer el relato de alguien como Linji, que intentó circunnavegar el mundo sin llevar aviar alguno.

Yo, en cambio, te doy una docena de Linjis por una persona dispuesta a sentarse durante un condenado minuto y pensar en lo que está haciendo. ¿Sabes la de guerras que podrían haberse evitado con solo que una persona se hubiera parado a pensar: «Pues igual habría que investigarlo un poco, porque a lo mejor parpadear dos veces *no* es un insulto en su cultura»?

¿Sabes la de grandes romances que podrían haberse ahorrado la tragedia solo con que el héroe se dijera: «Pues igual antes debería preguntarle si le gusto»?

¿Sabes la de prolongadas aventuras que podrían haberse acortado si la heroína se estuviera quieta un momento para preguntarse: «Pues igual debería mirar a conciencia, no vaya a ser que eso que he salido a buscar lo lleve encima desde el principio»?

Ya estoy ahogado en valentía, inteligencia y heroísmo. A mí haz el favor de darme un poco de sentido común. En ese momento, Trenza estuvo majestuosa y no hay más que hablar.

«Necesito más información —pensó— antes de decidir que sé cuál es el plan de la capitana. Tengo que encontrar la forma de espiarla. A lo mejor Huck me ayuda otra vez».

Con un asentimiento selló el instante en que se había evitado un enorme montón de problemas. Porque resulta que el plan de la capitana no tenía absolutamente nada que ver con la hechicera, sino absolutamente todo que ver con el motivo por el que la tripulación le tenía tanto miedo. Trenza recogió su saco, fingiendo que no estaba lleno de balas de cañón, lo cual fue tan difícil como suena. Lo llevó al cañón de popa, que estaba montado en el alcázar. Allí dio otro cambiazo por el primero (guardando las balas de cañón que se llevó en otro saco dentro del más grande) mientras contaba las cargas de esporas céfiro.

Cargó con el saco escalera abajo y lo metió en su camarote. Luego vino a buscarme. En la mayoría de las situaciones, eso también habría sido toda una muestra de sentido común por su parte. A todo el mundo le interesa tener un poco más de Sagaz en su vida. Excepto a

mí. A mí no me vendría mal perder unos kilitos.

Por desgracia, durante esa travesía no estaba precisamente en plena forma mental. Trenza me encontró jugando a las cartas con unos Dougs. Llevaba un zapato colgado al cuello por los cordones, ya que había decidido que sin duda ese estilo haría furor la temporada siguiente. Me había olvidado de ponerme pantalones, como suele pasarle a la gente, y mi ropa interior necesitaba un buen lavado. En realidad, todo yo lo necesitaba.

Intentaba jugar a un juego que había inventado, llamado «reyes», donde todo el mundo sostenía los naipes hacia fuera, así que uno no sabía qué jugada tenía pero todos los demás sí. Ahora se me ocurren varias aplicaciones interesantes para la idea, pero por aquel entonces lo único interesante era con cuánta facilidad los Dougs me despojaban de mi salario, seguido por el zapato.

Aún sigo sin tener ni idea de qué hice con el otro.

Cuando los Dougs terminaron de desvalijar la poca valía que me quedaba, se marcharon a buscar otra víctima. Me quedé allí, preguntándome si debería empezar a ponerme un calcetín en torno al cuello, hasta que Trenza se sentó a mi lado.

—¿Quieres jugar a reyes? —le pregunté con una sonrisa—. ¡Aún me quedan los calzoncillos para apostar!

—Hum, no, gracias —dijo ella—. Hoid, sé que visitaste a la hechicera. ¿Te… acuerdas de algo de eso?

—¡Ajá! —exclamé.

—¡Qué bien! ¿Qué puedes contarme?

—¡No p… p… p… puedo! —dije, dándome unos golpecitos en la cabeza—. Las palabras no funcionan así, chavala. ¡Ella las convierte en otra cosa!

—No lo entiendo —dijo Trenza.

—¡Ni yo! —respondí—. ¡Ahí está el problema! ¡No puedo decir nada en absoluto de lo que puedas pensar! Está p… p… p…

Me encogí de hombros, incapaz de componer la palabra.

—¿La… maldición te impide hablar de la maldición? —aventuró Trenza.

Guiñé el ojo. Sobre todo porque se me había metido algo dentro. Pero en ese caso, Trenza había acertado. La hechicera añadía una condición muy concreta a cada *geas* que lanzaba: si uno intentaba hablar de ello, se trababa o las palabras morían antes de salir de sus labios. Ni siquiera podías decirle a nadie que estabas maldecido a menos que ya lo supiera.

—Por tanto —dijo Trenza—, si quiero que me lleves hasta la hechicera, tengo que encontrar la forma de romper tu maldición… sin saber nada de ella. Y además, tengo que hacerlo sin que tú me prestes ni la menor ayuda.

Tomé sus manos entre las mías. La miré a los ojos. Respiré hondo, tembloroso.

—Una vez me comí una sandía entera de una sentada —le dije—. Y me dio diarrea.

Trenza suspiró y recuperó sus manos.

—Bien, vale. Supongo que buscar la forma de deshacer tu maldición es un poquito menos imposible que intentar llegar por mis propios medios hasta la hechicera. Algo es algo.

Aún había una parte de mí, muy al fondo, que sabía lo que estaba pasando. Así de cruel era la hechicera. Sí, convertir a alguien en un tarugo es gracioso, pero la verdadera tortura reside en permitirle conservar la consciencia justa para estar horrorizado.

Esa parte sensata de mí se esforzaba en buscar ayuda. Ulaam no había servido de nada, por supuesto. Es el problema que tienen los inmortales: cogen la costumbre de esperar sentados a que los problemas se resuelvan por sí solos.

Pero tenía delante a una persona dispuesta a ayudar. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía hacer? Solo había una pequeña lasca de mí despierta, y apenas ostentaba control alguno. Además, cada vez que intentaba decir algo sobre mi apuro concreto, la maldición se activaba y me obligaba a hacer algo monstruoso, como ponerme calcetines con las sandalias.

Ese resplandor de conciencia empezó a esfumarse. Y me aferré a ello. A mi propia estupidez. La maldición, como muchas magias de su misma índole, dependía de cómo pensaba el sujeto, de su Intención.

Sabía que podía aprovecharlo.

La chispa prendió, como un fuego de medianoche al asentarse las ascuas. Me extendí hacia Trenza y puse la mente en blanco mientras forzaba una ristra de palabras.

—Escúchame, porque es importante —le dije—. Te lo prometo. Debes traerme a tu planeta, Trenza. Repítemelo.

—¿Traerte… a mi planeta?

—¡Sí, sí! Puedo salvarte si lo haces.

—¡Pero si ya estás aquí!

—¿Aquí cómo? —dije, después de olvidar deliberadamente lo que había dicho—. Los planetas no importan. ¡De momento, busca el grupo de seis estrellas, Trenza!

Trenza titubeó. ¿Seis estrellas? Por desgracia, esa última exclamación agotó las fuerzas que me quedaban. Me recliné, adopté una sonrisa bobalicona y decidí hacer un poco de investigación empírica acerca del sabor de los distintos dedos de los pies.

Con un suspiro, Trenza regresó a su camarote. Había dejado abierta la puerta para Huck, de modo que no se sorprendió cuando al llegar oyó…

¿Gimoteos?

Irrumpió en el compartimento y encontró al gato del barco, Toctoc, agazapado con la mirada fija debajo de la cama, meneando la cola. Trenza sacó al animal del camarote, cerró de un portazo y, en el silencio que se hizo a continuación, distinguió sin lugar a dudas los sonidos de una rata hiperventilando.

—¿Huck? —llamó.

Se puso de rodillas y miró debajo de la cama. Lo distinguió en el rincón, acurrucado en el espacio entre la madera de la pata de la cama y la pared. Cuando Huck la vio, fue con timidez hacia ella y Trenza lo recogió, sintiendo que temblaba en sus manos.

—Ya no está —dijo—. Lo siento mucho, Huck.

La rata no habló; fue un extraño momento en el que pareció haberse quedado por completo sin aliento o sin palabras. Se limitó a encogerse en las manos de Trenza, con más aspecto de… bueno, de rata que nunca antes.

Cuando por fin habló, fue con voz trémula.

—Será mejor que cierres con llave de ahora en adelante. Hay una grieta en el suelo y puedo entrar por ahí, después de trepar al poste que hay en el pasillo de abajo.

—De acuerdo —dijo Trenza—. ¿Vas a… ponerte bien?

Huck lanzó una mirada hacia la puerta.

—Sí, tranquila —susurró—. Déjame un poco de tiempo. Aún… no puedo creer que hayan traído un gato.

—Eres inteligente, Huck —dijo Trenza—. Puedes ocuparte de un gato común.

—Claro. Ya. No hay problema. Pero Trenza…, no sé. Es que siempre está observando. Merodeando. Se supone que los gatos duermen veintiséis horas al día. ¿Cómo voy a usar la inteligencia, a planear, sabiendo que me observa?

A los pocos minutos pareció relajarse. La miró y asintió, de modo que Trenza lo dejó sobre el estribo de la cama antes de tumbarse y contemplar el techo, que era la cubierta alta del barco. Oía a los marineros cruzándola, aporreándola con sus botas. Oía los crujidos al mecerse el barco. Las esporas hacían un leve y constante siseo grave al pasar raspando. Como un susurro. Alguien había tallado algunas zonas del techo con un cuchillo. Unas toscas y pequeñas pautas de líneas cruzadas.

—Espero que hayas tenido mejor día que yo —dijo Huck desde el estribo de la cama, que también tenía una práctica barandilla para evitar que Trenza cayera rodando cuando el barco se escoraba.

—Ha sido un poco frustrante —respondió ella—. Pero no peligroso. —Lo que ella quería no era ni por asomo tan importante como lo que él necesitaba, y se sintió culpable por estar centrándose en sí misma—. Tu problema con el gato es más urgente. A lo mejor podemos darle muy bien de comer, para que no quiera cazarte.

—Los gatos no dejan de cazar por tener la panza llena, Trenza. En eso son como la gente.

—Lo siento —dijo ella—. Es que en la Roca no hay gatos.

—Parece un lugar maravilloso.

—Era grato y tranquilo —dijo Trenza—. Y aunque el humo gris del

pueblo es bastante espantoso, la gente tiende a tratarse bien entre ella. Es un buen sitio. Un lugar honesto.

—Querría ir algún día. Sé que tú persigues aventuras, pero yo he tenido de sobra.

—Podrías ir —dijo Trenza—. No tienes por qué quedarte conmigo, Huck.

—¿Ya te has cansado de mí?

—¿Qué? —exclamó ella, incorporándose—. ¡No quería decir eso!

—Eres demasiado educada, chica —dijo él, crispando el hocico—. Daré por sentado que sabes aún menos de ratas que de gatos. Intenta imaginarte lo que es tener más o menos el tamaño de un bocadillo y que la mayoría del mundo te considere tan sabroso como uno. Créeme, harías lo mismo que he hecho yo.

—¿Es decir?

—Buscar a un ser humano comprensivo y no alejarte de él —explicó Huck—. Eso y que me das buena espina, ¿recuerdas?

—Pero seguro que tienes familia en alguna parte.

—Sí, pero no les importo mucho —dijo él.

—¿Son… como tú?

—¿Te refieres a si hablan? Sí —respondió Huck. Calló un momento y ladeó la cabeza, como buscando la manera de explicarlo—. Vengo de un sitio que se parece mucho al tuyo. Mi gente lleva generaciones viviendo allí. Pero mi familia decidió que era el momento de marcharse. De ver mundo. Se me llevaron por mi propio bien. No salió muy allá.

»No les haría mucha gracia verme contigo. Se supone que no debo hablar con tu gente, ya sabes. Pero aun así, como te decía, me das buena espina. Así que no voy a alejarme. Pero desde luego, no me importaría que decidieras, por pura voluntad propia, dirigirte a algún lugar menos emocionante.

Trenza intentó imaginárselo. ¿Una tierra llena de ratas parlantes? Sonaba exótico e interesante. Los doce mares eran un lugar extraño e increíble, lleno de maravillas. Huck siguió hablando, contándole su vida como rata. Y en su voz había algo que tranquilizaba. Calmó a Trenza, que se descubrió relajándose y permitiendo que sus ojos

siguieran las tallas del techo. Alguien, tal vez su predecesor en el puesto, había dedicado mucho tiempo a hacerlas. De hecho, ¿esos grupos de líneas cruzadas no parecían… estrellas?

Trenza se incorporó de nuevo, interrumpiendo a Huck, que correteó por el estribo de la cama para ponerse a su lado.

—¿Qué pasa?

Estrellas. Talladas en pequeños grupos. Una solitaria, y luego dos muy juntas a su lado. Después tres, y así por toda la madera del techo, como si alguien se hubiera subido a la cama con un cuchillo y las hubiera tallado con la punta.

«No hay grupos de seis estrellas», pensó.

—¿Qué pasa? —preguntó Huck—. ¿Qué estás mirando?

—Nada —dijo Trenza, dejándose caer otra vez al colchón—. Por un momento me ha parecido que Hoid había dicho algo importante.

—¿Has estado escuchando lo que dice ese tipo? Trenza, creía que eras lista para ser humana. Hoid está… ya sabes.

—Me ha dicho algo sobre seis estrellas —explicó Trenza—. Pero no hay agrupaciones de seis.

—Ya lo veo —respondió Huck—. En serio que está como un cencerro, Trenza. No sirve de nada buscar sentido a nada que diga.

—Supongo que no —dijo ella.

—Además, eso de ahí arriba recuerda más a explosiones. Las estrellas están debajo de la cama.

Trenza se quedó petrificada un momento, saltó de la cama y se metió debajo. El suelo también tenía tallas, y esas en efecto recordaban más a unas estrellas. Había un grupo de seis. Con la sensación de estar empezando a volverse ella también como un cencerro, Trenza lo empujó.

Algo dio un chasquido y se abrió un pequeño cerrojo en un lado del bastidor. Dentro, Trenza halló un pequeño recipiente de aluminio, del tamaño de una caja de cerillas. Huck trepó a su hombro mientras lo abría.

En su interior había unas esporas negras como la medianoche.

25

Y cómo lo sabía yo?

Bueno, creo que ya te lo han dicho. Soy experto en estar donde no debería. Tengo un sexto sentido innato para el misterio. En mi estado de entonces, quizá creyera que los chalecos sin camisa debajo eran la ultimísima moda, pero aun así era perfectamente capaz de un poco de fisgoneo constructivo.

Trenza se quedó sin aliento. Huck dio un leve siseo.

Esporas de medianoche. De algún modo, Gorgo había conseguido esporas de medianoche. Trenza se acordó de lo que había dicho la capitana, que todos los germinadores estaban locos en una medida u otra.

Gorgo, pensó, debía de estarlo un poquito más que el resto. (Y estaba siendo generosa. Yo habría dicho que era igual de loco que un batido de nitroglicerina).

—Guárdalas donde estaban —dijo Huck—. No, mejor, espárcelas encima de la plata. Mátalas, Trenza. Las esporas de medianoche son

peligrosas.

—¿En qué sentido? —preguntó ella—. ¿Qué hacen?

—Cosas horribles.

—Todas las esporas hacen cosas horribles —dijo Trenza—. ¿Qué hacen estas, en concreto?

—No… no lo sé —reconoció Huck—. Pero me da la impresión de que estás demasiado relajada con ellas en la mano.

Tal vez fuese cierto. Pero el peligro se parece al agua helada en que te acostumbras a él si lo tomas a sorbitos. Trenza guardó de nuevo la cajita de esporas en su cavidad oculta. Tendría que preguntar a Ulaam si sabía…

Casi dio un salto cuando sonó la campana arriba. Tres tañidos rápidos, una advertencia a toda la tripulación. Se había avistado un barco en la lejanía y la capitana había decidido perseguirlo.

Trenza se apresuró a salir del camarote, pero se quedó a un lado en el pasillo para no obstaculizar a los Dougs que corrían hacia la cubierta alta. La espera se le hizo insoportable, porque no quería perderse nada.

No debería haberse preocupado.

Cuando por fin llegó a cubierta, encontró a los Dougs amontonados con expresión ansiosa cerca de la regala, mirando hacia un barco lejano. Como de costumbre, el *Canto del cuervo* llevaba izada una bandera mercante de la corona. No anunciarían su verdadera naturaleza pirata hasta el momento dramático adecuado. Era como el giro del tercer acto en una obra, solo que con la ventaja añadida del robo al por mayor.

Lo que sucedió a continuación fue una prolongada persecución que ocupó cinco horas.

El *Canto del cuervo* era más veloz que casi cualquier otro barco, sobre todo después de soltar el lastre que utilizaba para aumentar su calado aparente en las esporas y fingir que era un navío mercante con la bodega cargada hasta los topes. Pero «velocidad» es un término relativo en el mar, y más aún en el mar de esporas, donde el bullir podía detenerse o empezar en cualquier momento.

Trenza no había reparado en lo infrecuente que era que su primer barco se hubiera dejado pillar por sorpresa. Aquella segunda persecución supuso un duro esfuerzo a la tripulación y la timonel, que lenta pero segura fue reduciendo la distancia con su presa.

Las horas hicieron que la tensión de Trenza se acumulara. Había llegado el momento. La prueba de fuego para su treta de intercambiar las balas de cañón. A cada minuto que pasaba estaba más segura de haber fracasado. Alguien tenía que haber descubierto el cambio. Seguro que no era lo bastante lista para haber engañado a unos asesinos curtidos como Laggart y la capitana.

El corazón casi se le salió por la boca cuando Cuervo gritó la orden:

—¡Cañón delantero, preparado! ¡Marineros, a las armas!

Los Dougs corrieron a por sus mosquetes, aunque el barco al que perseguían aún estaba muy lejos. Trenza no hizo ademán de armarse. Teniendo en cuenta que había disparado un mosquete la cantidad exacta de cero veces en su vida, supuso que la mejor manera de conservar los dedos sería mantener esa cifra justo donde estaba.

Lo que sí hizo fue situarse en la amura, desde donde presenció las súplicas de Ann para que Laggart le permitiera hacer su primer disparo. El cañonero la abroncó y la envió con los demás, momento en el que un Doug le quitó la pistola de la mano y la reemplazó por un alfanje. Ann sacó otra pistola al instante, de la funda que llevaba en la parte trasera del cinturón.

—¡Cañonero, disparo de advertencia! —bramó Cuervo.

Trenza contuvo el aliento. Laggart giró el cañón con una manivela y miró por su catalejo antes de accionar otra palanca para alzar la boca del arma unos centímetros. Repitió el proceso unas veces más, con severidad y precisión, haciendo pequeños ajustes. Por fin cogió una varilla de artillería mojada del cubo de agua que tenía a los pies.

Metió la varilla hasta la cazoleta, activando las esporas céfiro con una estrepitosa explosión. La bala salió disparada en línea recta hacia el barco que huía. Aquel no era ningún disparo de advertencia. Sería otro impacto directo «accidental», cuyo objetivo era hundir, no asustar. Trenza oyó que Ann murmuraba algo al observar la trayectoria del proyectil.

Hizo acopio de valor, notando crecer el pánico mientras pensaba en los pobres marineros del otro barco.

Entonces, tras lo que parecieron solo unos instantes, la bala de cañón explotó. Pensada para detonar como un proyectil de mortero, salpicó de agua todo el costado del barco al que perseguían, pero no hizo daño al casco. La reacción del mar, por supuesto, fue inmediata. Emergieron gigantescos tentáculos de enredadera desde las esporas, que envolvieron el lado mojado del barco, aferrándolo en un mortífero abrazo. Incluso desde tanta distancia, Trenza estaba segura de oír cómo chirriaban los tablones.

Pero el casco de la nave resistió. Aquel disparo de precisión había inmovilizado el barco en vez de destruirlo.

Aunque la tripulación vitoreó, porque aquello significaba un botín fácil, Laggart maldijo en voz baja y se puso colorado. Del tono de una fragua un momento antes de sacar el hierro y ponerte a darle martillazos como un descosido.

La capitana Cuervo cruzó la cubierta a zancadas hacia el puesto del cañón. Su mirada furibunda podría haber desollado a un gato, pero en voz alta dijo:

—No es lo que yo llamaría un disparo de advertencia, cañonero. Pero ha sido… una captura muy limpia.

—Gracias, capitana —respondió Laggart—. Mis disculpas por fracasar en vuestra petición.

Resaltó cada sílaba como si estuviera dando latigazos a los sonidos por haber huido de sus labios. Trenza casi se puso a resollar por la ansiedad. ¿Laggart estaba mirándola con una expresión más agria de lo normal? ¿Sabía lo que había pasado? Si sospechaba de algún sabotaje, solo había una culpable verosímil.

La capitana parecía a punto de ordenar otro disparo, pero entonces desvió la mirada hacia los alegres Dougs. Incluso con el retorcido pegote de brasa humeante que tenía por corazón, Cuervo comprendía que necesitaba mantener la moral alta en su navío. Un botín rápido y fácil le vendría bien para eso.

—Iza la bandera pirata, marinero Doug —dijo.

Al verla, su presa disparó una bengala que se alzó por los aires.

Rendición. Los Dougs aclamaron de nuevo. Trenza empezó a calmarse. Estaba… saliendo todo bien.

Por desgracia, mientras se aproximaban al barco cautivo, el bullir cesó. El *Canto del cuervo* se detuvo de sopetón, y eso cortó de raíz el entusiasmo de todo el mundo. Trenza miró a los Dougs, preocupada. ¿Qué problema había? Sufrían interrupciones como aquella a diario.

—¿Ann? —dijo Trenza, acercándose a ella—. ¿Qué pasa?

—El barco se ha rendido —respondió Ann con voz tensa— porque sabía que estaba derrotado. Teniéndolo apresado con enredaderas, nosotros podíamos maniobrar y ellos no. Pero ahora estamos atrapados los dos. El mar acaba de igualar el combate. Y tienen que estar preguntándose si no deberían…

Dejó la frase inacabada mientras estallaba una voluta azul de esporas céfiro en la popa del otro barco. Seguida por una explosión.

Seguida por un silbido y un estruendo cuando una bala de cañón impactó contra el *Canto del cuervo* en el mismo espolón de proa, donde la madera se hundía en las esporas.

26

Los Dougs corrían de un lado a otro dando gritos. Ann soltó un reniego increíblemente malsonante relacionado con lo que sale por el trasero de una gaviota.

—Menudo disparo han hecho —masculló Laggart—. ¿Acertar a la primera? Tienen a un buen cañonero.

Cuervo apartó a unos pocos Dougs y alzó su arma con calma. Parecía más… liso que los mosquetes más antiguos que llevaban los marineros, y tenía una mira distinta.

Aunque el *Canto del cuervo* había reducido la distancia con el otro barco, Trenza se asombró al ver que la capitana apuntaba con su mosquete hacia la nave enemiga, cerraba un ojo y disparaba.

En la cubierta del lejano barco, el hombre que sostenía la varilla mojada mientras sus asistentes recargaban el cañón cayó salpicando sangre.

—Bueno —dijo Laggart—, supongo que *tenían* a un cañonero de primera.

—Carpintera y germinadora —llamó la capitana mientras bajaba su

mosquete al suelo y empezaba a recargar metiendo una diminuta bolsa de esporas céfiro por la boca del arma—, nos han dado. Cuando vuelva el bullir, va a entrarnos medio océano y todo el mundo en este barco conocerá el sabor de las esporas. Quizá convendría que hicierais vuestro trabajo y lo impidierais.

—¡A la orden, capitana! —exclamó Ann, alzando su pistola—. Dejadme que haga al menos un disparo y enseguida vamos a…

Por lo menos media docena de Dougs le agarraron el brazo para quitarle el arma. La capitana les hizo caso omiso, apuntó de nuevo y derribó a la marinera que llevaba una bala para cargarla en el cañón enemigo.

Trenza nunca había visto a nadie disparar tan bien. Vaya, lo cierto es que nunca había visto disparar a nadie. Con todo, reconozco que Cuervo era de las personas con mejor puntería que *yo* había visto jamás. Y teniendo en cuenta que esos mosquetes primitivos respondían como serpientes electrocutadas, no es decir poco.

—A trabajar, Ann —dijo la capitana, tranquila pero aun así amenazadora, con hielo solidificándose en su voz—. O mi siguiente disparo no tendrá que llegar a otro barco.

—Por la sombra de las lunas. —Ann llegó a trompicones junto a Trenza—. Qué ganas tenían esos Dougs de usar mi pistola, ¿eh? Venga, hay que cumplir la orden de la capitana. ¡Trenza, ya está bien de remolonear!

Corrió hacia la escalera seguida por Trenza.

—¿Tienes tus herramientas? —preguntó Ann cuando llegaron a la cubierta media.

—¿Qué herramientas? —preguntó Trenza—. ¡Ann, soy la germinadora del barco solo desde esta mañana! No tengo ni idea de lo que hago.

—Claro, claro. —Ann se secó la frente. Por encima, sonó un cañonazo del *Canto del cuervo*—. Necesitamos esporas rosas. Debería haber un buen montón en el camarote de Gorgo.

Trenza asintió. Llevó a Ann al compartimento, pero la carpintera titubeó en el umbral. Trenza pasó al interior y abrió la tapa de un pequeño barril lleno de esporas rosas.

—Coge unas cuantas —dijo Ann— y mételas en una caja metálica. De las que sirven para transportar esporas, ¿sabes? Sí, como esa. Hum… Gorgo siempre llevaba otras herramientas. La verdad es que no sé mucho de esto, chica.

Trenza terminó de llenar la caja metálica de esporas. Luego abrió el armario, lo que dejó a la vista un surtido de utensilios de metal colgando de ganchos en el interior de la portezuela. No había nada ni parecido a la caja que había utilizado el germinador del otro barco. Debería mencionar que Gorgo era un verdadero purista. Prefería las herramientas clásicas del oficio a las modernas.

—¿Te suena alguna? —preguntó Trenza.

—¡Ah! —exclamó Ann—. Esa plana de ahí, la que parece una bandeja. Y la paleta. Llévate esas dos.

La segunda herramienta de verdad se parecía a una pala pequeña, pero la primera tenía menos aspecto de bandeja que de escudo. Era como un broquel, plano y con un asa en la parte de atrás para sujetarlo.

Los dos utensilios tenían pequeños ganchos para llevarlos en el cinturón, pero no había tiempo. Trenza los amontonó junto a la caja de esporas y un frasquito de agua con cuentagotas, lo recogió todo y fue tambaleándose hacia Ann, que retrocedió levantando las manos.

—Vale, bien —dijo Ann—. Lo normal para mí sería dejar que el germinador ponga el parche mientras voy a buscar madera, pero creo que a lo mejor te viene bien un poco de ayuda, ¿no?

—Gracias —asintió Trenza.

Dejó que Ann encabezara el descenso hasta la bodega. Al llegar vieron sus confines, normalmente oscuros, bañados por una brillante luz solar que entraba por un agujero cerca del techo. La bodega era más alta que las cubiertas baja y media, y el agujero estaba a casi tres metros del suelo.

—Yo te acerco la escalera —dijo Ann—. Bien, lo que tienes que hacer es germinar unas esporas en ese agujero. No tiene que quedar bonito; la parte bonita ya la haré yo con madera en los próximos días. Ahora mismo solo hay que tapar el hueco. La rosaíta resiste bien la plata y dura bastante una vez está colocada, así que sirve muy bien de

tapón, suponiendo que… bueno, ya sabes, que no te mates antes.

—¿Algún consejo para evitar eso último? —preguntó Trenza, notando que la voz le salía más aguda.

—Ojalá lo tuviera, chica. Las herramientas que llevas son las buenas, pero siempre me cuidaba de estar bien lejos cuando Gorgo aplicaba las esporas. Ese tipo estaba más zumbado que un panal entero. Sin ánimo de ofender.

Ann colocó la escalera y se apartó. No le ofreció más ayuda, pero Trenza estaba agradecida de todos modos. Subió los travesaños hasta arriba y vio el océano de esporas a través del agujero.

De momento estaban tranquilas, lisas, estables. Pero cuando empezara de nuevo el bullir, el barco avanzaría y las esporas glaucas entrarían a chorro por el hueco. Aunque la bodega hubiera tenido incrustaciones de plata, el peso de las esporas tardaría poco en hacer que el barco dejara de flotar.

Trenza no oyó más gritos procedentes de arriba. Fingió que era buena señal mientras colocaba el material sobre una estantería para sacos que había cerca. Por último, abrió la caja de aluminio llena de esporas. Parecían granos de sal rosada. Temblando, inclinó la caja hasta que cayeron unas pocas al borde de la madera partida.

Por desgracia, para cuando abrió el frasco y tuvo el cuentagotas preparado, las esporas ya se habían vuelto de color gris oscuro. Las había matado la plata de la cubierta que había justo encima. Sintiéndose tonta, cerró la caja, pero no antes de que unas cuantas del interior hubieran muerto también.

Respiró hondo un par de veces. Luego, obligándose a intentarlo de nuevo, primero puso un poco de agua en la madera y entonces abrió la caja. Echándose un poco hacia atrás y tapándose la cara, dejó caer unas esporas en el agua.

Fue una ejecución encomiable de un plan espantoso.

Las esporas rosas estallaron formando gruesos cristales de rosaíta, similares a grandes pedazos de cuarzo. No eran afilados, pero unos pocos se elevaron hasta el techo y otro se extendió en diagonal cerca de la cabeza de Trenza y estuvo a punto de darle en la cara.

La rosaíta no tapó el agujero. Los cristales dejaban demasiado espacio entre ellos y su peso hizo que se desprendieran de la madera y cayeran, la mitad fuera al mar y la otra mitad al suelo de la bodega. Trenza dio un respingo, algo retrasado.

—¡Trenza! —exclamó Ann—. ¡Ten cuidado!

Por la sombra de las lunas, ¿qué estaba haciendo? El barco entero dependía de ella, pero Trenza sabía tanto de aquello como de vexilología armamentística. (Atención a las banderas de color liso, que siempre te pillan con la guardia baja).

«Viste trabajar al germinador del *Sueño de Oot* —se recordó Trenza —. Y selló el agujero. Tenía herramientas distintas, pero al menos sabes qué aspecto debería tener el parche».

Mientras echaba mano a sus utensilios, se fijó en una cosa. La rosaíta no había dejado de crecer. Al soltarse los cristales grandes, habían dejado unos trocitos pegados al casco, y esos trocitos estaban expandiéndose poco a poco por el contacto con el agua. Como un moho insidioso.

¿Pasaba lo mismo con las esporas glaucas? ¿Las enredaderas seguían creciendo si les añadías más agua? Trenza no lo sabía. Pero echó unas gotas más a los cristales de rosaíta y sí, siguieron ganando tamaño aunque fuese despacio.

«Demasiado despacio para llenar el agujero», pensó. Pero aun así, al igual que el proverbial político en un contenedor, era un buen principio.

Cogió la herramienta que parecía un escudo y la llevó hacia la rosaíta. Los cristales reaccionaron de inmediato creciendo en dirección al metal, que, por el color gris pizarra, parecía ser simple hierro. La otra herramienta, la paleta, hacía que los cristales se extendieran en la dirección contraria. Era de un metal plateado y bruñido. (Acero, para quienes les siguen la pista compulsivamente a estas cosas).

De acuerdo, así que ambas herramientas influían en el crecimiento de las esporas. Tenía sentido. Tal vez…

Llegó un ruido grave y estruendoso desde fuera del casco. Un horror reverberante. El sonido de las esporas removiéndose. El bullir estaba comenzando de nuevo.

—¡Trenza! —gritó Ann.

No había tiempo para pensar más. Si comenzaban a entrar esporas, Trenza sería la primera en morir. Tomó el escudo con la mano izquierda y lo apretó contra el agujero. Usando la otra mano, sacó un minúsculo pellizco de dos o tres esporas —tampoco había tiempo para preocuparse de si tenía las manos lo bastante secas— y las dejó caer en el agua que había sobre el borde de la madera partida.

Las esporas estallaron, pero la atracción del escudo impidió que saltasen en direcciones inesperadas. La fuerza de la explosión estuvo a punto de derribarla de la escalera. Ann dio un grito y aferró la base para sostenerla firme, lo cual ayudó.

Cuando los cristales de rosaíta empezaron a crecer en torno a los bordes del escudo, Trenza cogió la paleta, los empujó hacia delante y al momento los orientó para que crecieran hacia los bordes del agujero. Era como usar una argamasa que crecía hacia donde ella le indicaba.

El viento en las velas hizo que el barco se encabritara, alzando la proa. Trenza a duras penas logró que los cristales terminaran de sellar el borde del agujero cuando el barco cayó hacia delante. El tapón tembló y se agrietó. Había un poco de agua al otro lado, pero las enredaderas que crecieron por su culpa no lograron irrumpir en la bodega, y no había el suficiente líquido para que se hicieran lo bastante grandes y atraparan el barco.

El momento se extendió, tirante por la ansiedad, tembloroso y conteniendo la respiración.

El parche aguantó.

—Por las lunas —dijo Ann—. No me creo que lo hayas conseguido. ¿Podrías… darle otra capa, tal vez, o…?

—Mejor no tentemos a la suerte —la interrumpió Trenza mientras trataba de liberar el escudo. Tenía el borde cubierto de rosaíta y sujeto al tapón—. Creo que necesitaré un cuchillo de plata para separar esto. Si quieres, intentamos lo de la segunda capa cuando estemos amarrados en algún lugar seguro.

—Sí, de acuerdo —dijo Ann, sosteniendo la escalera mientras Trenza descendía—. Cómo me alegro de que estés aquí. Si no hicieras

de germinadora, me habría tocado a mí parchear eso. Tendría que haber usado madera, y con lo corta que ha sido la pausa del bullir, no me habría dado tiempo ni de milagro.

Sonó otro estallido arriba. Un disparo.

—Esto aún no se ha acabado —añadió Ann—. Lunas misericordiosas, espero que ese tapón aguante. Vamos.

27

Trenza hizo una breve parada en su camarote para guardar la caja de esporas y la herramienta con la que había regresado, y aprovechó para tranquilizar a Huck, escondido otra vez debajo de la cama, antes de correr escalera arriba. Cuando salió al aire libre, el *Canto del cuervo* estaba acercándose de manera preocupante a su objetivo.

En la cubierta del otro barco yacían tres cuerpos ensangrentados. El resto de la tripulación tenía las manos levantadas y no se veía ningún arma desenfundada. Parecía que Laggart había hecho otro disparo con el cañón, porque había un nuevo estallido de enredaderas cubriendo la sección de popa del mercante, muchas de ellas envolviendo el cañón enemigo.

Por tanto, una segunda bala de cañón de las intercambiadas por Trenza había explotado en vez de enviar a pique el barco, pero quizá no bastara con eso. El barco mercante había dado a Cuervo excusas más que suficientes para enfurecerse, y Trenza temió que ordenara a la tripulación masacrar a quien hubiera a bordo del pobre navío. Así los piratas obtendrían su botín y Cuervo su reputación como

corremuertos.

Mientras el *Canto del cuervo* perdía velocidad, varios Dougs arrojaron cuerdas con garfios a la cubierta del mercante. Otro de ellos soltó el ancla. Nerviosa, Trenza miró a la capitana, que tenía el mosquete preparado.

—Tripulación —dijo Cuervo—, espadas. Preparaos para el abordaje.

Trenza sintió un repentino pánico. ¡No! Con todo lo que había hecho para proteger a aquellos…

—¡Capitana! —llamó una voz. Nítida, imperiosa.

Todo el mundo se volvió hacia el alcázar, donde estaba Salay con una mano en la rueda del timón. Como el barco estaba anclado, la fijó en posición y fue hacia los peldaños.

—Según la tradición —dijo Salay en voz muy alta—, la tarea de entablar conversación con el capitán de un barco capturado me corresponde a mí, ¿verdad?

Los Dougs mantuvieron las armas apuntadas hacia el barco mercante, pero ninguno abrió la boca. Sabían que era muy probable que alguien recibiera un disparo en los próximos minutos, y no querían que pareciese que se estaban presentando voluntarios.

Cuervo se volvió para encararse directamente con Salay, relajando solo un poco su agarre en el mosquete. La timonel no se amilanó y Trenza se descubrió rezando a las lunas.

—Los tenemos reducidos —dijo Salay sin bajar la voz—. Se han rendido. Nos hicimos piratas por la libertad, no por nada más.

Se mantuvo firme y su postura dejó claras sus intenciones. No iba a hacerse a un lado y permitir que hicieran una matanza con la tripulación del barco mercante. Si Cuervo buscaba una masacre, tendría que empezarla matando a Salay. Era muy capaz, porque ya lo había hecho con Gorgo. Pero ¿cuántos tripulantes podía perder la capitana sin que su barco dejara de ser funcional?

—Es tal y como dices —anunció Cuervo por fin—. Hazles saber que no… aprecio en absoluto el daño que ha sufrido mi barco después de que lanzaran la bengala de rendición. Esa clase de… desliz cuesta vidas.

—Pagarán más que el botín normal —dijo Salay—. Me encargaré de

ello, capitana.

Trenza dejó escapar el aliento contenido. Los marineros empezaron a moverse de nuevo y arrojaron más ganchos de abordaje para impedir que los barcos se separasen. Salay fue la primera en saltar al navío mercante.

Trenza se sentó en los escalones del alcázar, exhausta, sintiéndose como la bayeta que siempre se queda al fondo de la cesta de la colada, hecha un burruño y luego aplastada durante semanas por la pila de ropa sucia.

Cayó una sombra sobre ella.

—No nos hemos hundido —dijo Cuervo—. Significa que has hecho tu trabajo.

Trenza asintió.

—Ha estado estupenda, capitana —afirmó Ann desde atrás—. Es una germinadora nata, diría yo. Ha sellado el agujero al segundo intento. Casi no parecía aterrorizada por las esporas.

—Ya veo —dijo Cuervo, sin dejar de mirar a Trenza con una expresión ilegible—. Ann, ¿no deberías estar cortando tablones? Por si esta… experta obra de nuestra nueva germinadora no es tan resistente como pueda parecer.

—Supongo que sí —respondió Ann, y echó a andar.

—Ann —dijo la capitana extendiendo la mano.

Ann suspiró y le entregó una pistola que había encontrado en alguna parte antes de desaparecer por la escalera descendente.

Cuervo se fue también a observar el barco mercante mientras empezaban a salir Dougs de su bodega llevando al hombro alfombras enrolladas, el cargamento que transportaba.

El grupo de marinos mercantes estaba amontonado en cubierta, donde su capitán hablaba en voz baja con Salay. Tenía el rostro estrujado, con demasiada frente y barbilla, como si se viera reflejado en una cuchara.

Todo el mundo se había tranquilizado excepto un hombre, un marinero que estaba arrodillado en la cubierta del mercante, apartado de los demás. Algo en su postura llamó la atención de Trenza, así que

subió al alcázar para verlo mejor entre las enredaderas. Sí, el hombre estaba acunando el cadáver de una de las personas a las que había disparado Cuervo. ¿Sería un amigo, un pariente?

El hombre sollozante alzó los ojos. Temerarios, peligrosos. Trenza abrió la boca para gritar una advertencia, pero el hombre irguió la espalda y se sacó una pistola del cinturón. Con mano temblorosa, apuntó sobre el hueco entre los barcos hacia Cuervo.

Todo el mundo se quedó paralizado de nuevo. Todos salvo la propia capitana Cuervo. Miró hacia el cañón del arma con indiferencia.

—¡Smocke! —gritó el capitán mercante—. ¡No seas lunático! ¡Vas a hacer que nos maten a todos!

El hombre, Smocke, terminó de levantarse, manchado de sangre de su amigo, pero no bajó la pistola. Tampoco apretó el gatillo. La capitana Cuervo alzó el arma que le había quitado a Ann y la apuntó hacia él.

Entonces Cuervo dio la vuelta a la pistola y se disparó a sí misma en la cabeza.

Al instante emergieron *enredaderas* de la piel de la capitana. Le partieron la mejilla y salieron como gusanos en torno a sus ojos, retorciéndose. Una *atrapó* la bala. La piel de su cara y de su mano se onduló, como si tuviera serpientes en vez de músculos. Las enredaderas se contonearon y se retrajeron, reptando de vuelta al interior de su cuerpo.

Salió una gota de sangre de la comisura del ojo de Cuervo y un poco más del corte en la mejilla, pero aparte de eso su rostro parecía ileso. Bajó la pistola y dio un largo sorbo de su petaca. Por último, hizo a Smocke la seña de que se acercara, como exigiéndole que probara a dispararle también. Varios compañeros de tripulación se arrojaron contra él, lo derribaron y el disparo se desvió inocuo.

—Espero que mi barco leve anclas antes de una hora —proclamó Cuervo—, cargado con más riquezas de las que debería ser capaz de transportar. —Sus ojos remolonearon en el capitán de la otra nave, que seguía junto a Salay—. De lo contrario, visitaré tu preciosa embarcación y os enseñaré a cada uno de vosotros sin excepción lo que significa contrariar a la capitana Cuervo. Y si pones en duda mi

sinceridad, pregúntale a la tripulación del *Sueño de Oot* qué tal les va la vida al fondo del mar Glauco.

Cuervo desapareció en su camarote. Trenza se dejó caer de nuevo en los escalones, temblando, acosada por la terrible visión de aquellas enredaderas emergiendo del cuerpo de la capitana.

¿Qué era Cuervo?

28

La capitana es una gestante del éter glauco —dijo el doctor Ulaam, sosteniendo en alto un frasco estrecho cuyo desagradable contenido recordaba a un riñón flotando en disolución salina.

—¿Una gesta antes de qué? —preguntó Trenza, sentada en su consulta.

—Antes de nada. Gestar. Significa incubar. Cuervo alberga una cepa muy agresiva del parásito glauco. Vuestro acervo popular llama a las personas como ella comeesporas, aunque me resulta un término bastante impreciso. Dime, ¿de dónde salen las esporas?

—De las lunas —respondió Trenza.

—Ah, claro —dijo Ulaam—. De las lunas. Igual que la comida sale de la cocina y la cerámica de las islas Céfiro. Sería inimaginable que hubiera algún otro paso en el proceso, ¿hummm? ¿Aparecen por arte de magia?

—¿Estás preguntándome… cómo llegan las esporas a las lunas?

—En realidad —dijo Ulaam—, te pregunto qué hay en las lunas que las produzca. ¿Hummm?

—Pues… no tengo ni idea.

Era algo de lo que Trenza posiblemente debería haberse dado cuenta antes. Ulaam se arrodilló junto a ella y puso el riñón contra su costado. Lo agitó un poco y enarcó una ceja.

—¿Hacemos un intercambio? —propuso—. Este hará que tu orina huela a lilas.

—Eh… No, gracias.

—¿Y me venderías uno? —preguntó Ulaam.

—Tampoco.

—Serás egoísta —dijo Ulaam—. No te hacen falta dos.

—¿Y cuántos tienes tú?

Ulaam sonrió.

—*Touché*.

—¿Mi qué?

—No, significa que has logrado refutar mi argumento. —Se levantó negando con la cabeza—. A lo que íbamos. Vuestras lunas son el hogar de un grupo de entidades voraces conocidas como éteres. Pero mientras los verdaderos éteres de otros mundos establecen relaciones simbióticas con la gente, los de vuestras lunas se han vuelto insaciables, agresivos y lujuriantes.

—De donde vengo no está muy bien visto hablar de eso último —dijo Trenza.

—No, significa… Bueno, en realidad significa algo muy parecido a lo que crees, pero sin la parte sudorosa. El caso es que los éteres de ahí arriba se propagan con desenfreno, y cada uno está conectado a un elemento primordial: vegetación, atmósfera, sílice… Solo eso ya sería peligroso, pero para colmo vuestras variedades son de lo más inestables. La más mínima traza de un catalizador, en este caso el agua, hace que absorban Investidura directamente del Reino Espiritual para germinar de manera explosiva. Es un proceso extraordinario.

Trenza meditó sobre aquello y le surgió otra docena de preguntas. Antes quizá habría sido demasiado comedida para hacerlas, ya que Ulaam no le debía ninguna explicación. Pero había algo en él que invitaba a esa clase de charla. Tenía que ser eso, y no que Trenza estuviera cambiando.

—Pero ¿cómo es que esa cosa se metió dentro de la capitana? —preguntó.

—No he logrado hallar ninguna respuesta satisfactoria —dijo Ulaam, sacando una repisa llena de riñones en frascos para guardar el que tenía en la mano—. Según algunos, sucede al azar a la gente que se cae al océano, pero otros afirman que hay que ingerir un tipo de espora muy especial.

—Por tanto, sí que se la comió —repuso Trenza—. Tal vez.

—Tal vez —asintió Ulaam, arremangándose la chaqueta del traje para revelar un antebrazo de piel gris.

Del que sobresalía una oreja.

—¡Tienes una oreja en el brazo! —exclamó Trenza.

—¿Hummm? Ah, sí.

—Pero… ¿por qué?

—Porque si me la pongo dentro del muslo —dijo Ulaam—, no hago más que oír la ropa rozando contra ella, y distrae mucho.

—¿Y la cabeza no sería un lugar mejor?

—Ahí ya tengo dos —respondió Ulaam—. ¿No te habías fijado? Pero haciendo oídos sordos a eso, la dolencia de tu capitana es muy grave. Cuervo está conectada directamente al éter glauco primario que crece en la luna. Ese ser necesita agua para sobrevivir, y en la luna no hay. Así que infecta de algún modo a personas del planeta.

»Las enredaderas que hay dentro de la capitana Cuervo tienen una sed excepcional, y nunca dejan de drenarla de líquido. No sé cómo, pero utilizan ese líquido, junto con el de otros huéspedes comeesporas repartidos por el mundo, para alimentar al inmenso e hipertrofiado éter de la luna. No he sido capaz de descubrir cuál es el mecanismo.

—Pero las enredaderas la mantienen viva —dijo Trenza—. La han salvado de esa bala.

—Sí. El éter se protege a sí mismo protegiéndola a ella, pero es un ser rabioso. Voraz. Al no ser capaz de razonar, la está resecando. La dolencia es progresiva: cada vez extrae más y más de su huésped. Se dice que provoca un dolor atroz y que siempre es letal, sin excepción.

—Lunas misericordiosas —susurró ella—. Casi hace que me dé lástima y todo.

—Ya, bueno, es que los asesinos en masa más terribles, como Cuervo, tienden a ser íntimos con la tragedia. Hace que te preguntes: ¿quién es el verdadero monstruo, el asesino o la sociedad que lo ha creado?

Trenza asintió.

—Era una pregunta con trampa —dijo Ulaam—. El verdadero monstruo es el que está en el cajón que tienes al lado. Le he puesto siete caras distintas.

Trenza desvió la mirada al cajón de la pequeña mesita que había junto a su asiento. Traqueteó un poco. Ella fingió no darse cuenta.

—Por lo menos ya sé por qué la tripulación le tiene miedo —dijo—. No se atreven a amotinarse porque esa cosa que tiene dentro la protegería de ellos.

—Exacto —respondió Ulaam—. Apenas me cabe duda de que la capitana podría matar hasta a la última persona de este barco sin sufrir ningún daño duradero. Aparte, claro, de quedarse sin tripulación. La inmortalidad temporal no te vuelve capaz de arriar las velas sin ayuda, como dice el viejo proverbio.

—¿Eso es un viejo proverbio?

—Perplejo —se corrigió Ulaam—. Quería decir perplejo. Creo que esta lengua que uso ahora está desgastándose. Antes la enrollaba en forma de «U» a las mil maravillas. ¿Sabías que es una capacidad genética? Con una de cada cuatro lenguas no puede hacerse.

Observó atento la boca de Trenza, que se esforzó en no intentar enrollar la lengua. En vez de eso, trató de averiguar qué objetivos podía tener la capitana Cuervo. Trenza sabía que quería forzar a la tripulación, volverlos desesperados. ¿Para que navegaran por esporas peligrosas, porque estaba muriéndose? ¿Y quería una vida tan intensa como fuera posible antes del final?

—¿Cuánto crees que le queda a Cuervo? —preguntó.

—Es difícil saberlo —dijo Ulaam—. He oído que la afección suele acabar con el huésped en menos de un año, pero tengo entendido que la capitana la padece desde hace más tiempo. Es excepcional lo mucho que está aguantando, pero a estas alturas dudo que le queden meses siquiera. Semanas tal vez, hasta puede que días. Me he fijado en que

tiene que beber casi constantemente para no deshidratarse y morir marchitada.

Era otra pieza del rompecabezas. Por desgracia, Trenza no tenía ni idea de cuántas piezas necesitaba, ni mucho menos del aspecto que tendría el rompecabezas después de terminarlo.

—¿Querías alguna otra cosa? —dijo Ulaam—. He adquirido una octava cara, ¿sabes?, y creo que a lo mejor hay espacio para injertarla en el envés del tórax.

—¿Qué hacen las esporas de medianoche? —preguntó Trenza.

Ulaam frunció el ceño. Se bajó con cuidado la manga hasta la muñeca, se acercó a Trenza, se inclinó hacia ella y la observó con un ojo.

—¡Hoid! —llamó.

El grumete entró con paso distraído. Trenza no se había fijado en que estaba fuera.

—¿Le has dado esporas de medianoche a Trenza? —preguntó Ulaam.

—¡Qué va! —dije yo.

—Bien —respondió Ulaam—, porque ya me temía que…

—¡Se las di a Gorgo! —exclamé emocionado. (Que conste que en el momento las había tomado por una especie de regaliz).

Ulaam suspiró y se cruzó de brazos. Trenza no pudo evitar preguntarse si estaría aplastando la oreja del antebrazo y qué sensación le daría.

—Trenza —dijo el cirujano—, las esporas de medianoche son peligrosas de un modo muy distinto a las demás. Necesitan una fuente viva constante de agua, que encuentran en la persona que las germina.

—¿Igual que lo que le pasa a la capitana?

—Sí —respondió Ulaam—, solo que temporal, en este caso.

—Pero ¿qué hacen?

—Crean éter de medianoche —dijo Ulaam—, también llamado Esencia de Medianoche, un pegote de pringue que cobra la forma de un objeto o entidad cercana. El éter permanece bajo tu control mientras le proporciones sustento. Es más práctico que muchas

creaciones de otras esporas, pero también más perverso. Si practicas con él… —Calló un momento, evaluándola—. *Cuando* practiques con él, procura tener cerca muchísima agua para beber y un cuchillo de plata. La mayoría de los germinadores usan el éter de medianoche para espiar, pero ten cuidado de no crear un pegote mucho más grande que tu puño, es decir, cuatro o cinco granos como mucho. Si tu creación es demasiado grande, es más fácil que escape de tu control.

—Apenas… he entendido la mitad de todo eso, Ulaam —dijo ella.

—¿La mitad? Caray, ya sabía que eras lista. ¿Tu cerebro…?

—No está a la venta —lo interrumpió Trenza.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Quédate el mío si quieres! No para de intentar decirme que los calcetines sucios no son un colador aceptable para la pasta y, si es verdad, me niego a pensar en ello.

Ulaam sonrió de oreja a oreja, sacó un pequeño cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta de su traje y empezó a escribir.

—Estoy apuntándome las más vergonzosas —dijo al ver la mirada confundida de Trenza—. Para contárselas cuando mejore. Sospecho que esto podré estirarlo durante décadas.

Justo eso hizo.

—Hoid —dijo Trenza—, tengo que descubrir cómo llegar hasta la hechicera. Tú estuviste allí, con ella. ¿Puedes guiarme o decirme cómo cruzar el mar de Medianoche?

—No será capaz de ayudarte en nada mientras siga bajo esa maldición, Trenza —intervino Ulaam—. Vas a tener que deshacerla.

—Pero ¿cómo? —preguntó ella—. Si tú no lo sabes, ¿quién podría darme alguna pista?

Se me puso el rostro meditabundo. En esa época, lo normal sería que significara que estaba elucubrando si morderme el carrillo de vez en cuando encajaba en la definición estricta de canibalismo. Pero ese día de veras estaba pensando en lo que decía Trenza.

Por una vez, había logrado calar a mi consciencia.

—Puedo hablar —le expliqué en voz baja—, pero no puedo *decir* nada. Puedo aconsejarte que siempre vistas de blanco en una boda ajena.

—Lo cual es hablar pero sin decir nada. O al menos, nada relevante sobre la maldición.

—¡Exacto! Escucha, esto es importante. Tienes que encontrar a alguien capaz de hablar y además decir cosas.

—Eso describe a mucha gente —respondió Trenza.

Era un forcejeo. La maldición me hacía nudos en la lengua y el cerebro. Literalmente no podía decir gran cosa.

—Busca a… una persona… que no es… una persona —dije—. Y que pueda hablar… cuando no… debería.

Trenza ladeó la cabeza. Ulaam se acercó un paso.

—Eso ha sido lo más coherente que ha logrado sacar de la boca en meses, Trenza. Creo que está diciendo algo importante.

—Suena a bobada. Creo que está mareándome.

—Hummm. Si es así, guarda un notable parecido con su conducta habitual. ¿Una persona que no es una persona? ¿Y que puede hablar cuando no debería?

Trenza me frunció el ceño, reflexionando con esa bendita mente pensativa suya. Entonces ató cabos.

—¿Un animal parlante? —aventuró.

Me derrumbé al suelo y di un suspiro de alivio. Al poco tiempo ya me había abstraído, tratando de esclarecer si todas las panaderas también eran buenas cocinando patatas o si pasaba solo por casualidad.

—¡Ya está! —exclamó Ulaam dando una palmada, y al momento se encogió por el sonido fuerte tan cerca de una oreja—. Tiene que ser eso. Está diciéndote que localices un familiar.

—¿Un qué?

—A los usuarios poderosos de la Investidura, o de la magia si prefieres llamarla así, se los suele asociar con animales parlantes. Creo que en tu mundo hay una tradición similar, ¿verdad?

—Supongo —respondió Trenza, recordando los cuentos infantiles.

—Debo reconocer —dijo Ulaam, arremangándose de nuevo y sacando un bisturí— que en algunos mundos la causa de esos rumores es mi propia especie. Pero no creo que sea el caso aquí, como tampoco creo que provengan de las artes de ningún despertante. Lo más

probable es que la hechicera y otra gente como ella hayan encontrado formas de Investir a animales comunes para incrementar sus capacidades cognitivas.

—¿Estás hablando en klisiano? —preguntó Trenza.

—Técnicamente sí, aunque uso la Conexión para traducir mis pensamientos, que están en un idioma del que nunca has oído hablar. En todo caso, parece que Hoid cree que podrás encontrar a un familiar, un animal parlante, por así decirlo. Es muy probable que ese animal esté relacionado con la hechicera de algún modo. Los familiares suelen ser de especies pequeñas y se usan para espiar. Aves, o algún gato de vez en cuando…

—O una rata —dijo Trenza.

—En efecto.

Ulaam procedió a amputar la oreja de su antebrazo.

Trenza salió por la puerta sin darle tiempo a que se la ofreciera.

29

Encontró a Huck en su camarote, sobre la cama, alternando entre comerse un mendrugo de pan rancio y leer un texto de Gorgo, una libreta en la que detallaba el uso de las esporas glaucas. Trenza se lo había dejado en la cama, y parecía que Huck había mordisqueado también la esquina del cuaderno entre bocado y bocado de pan, aunque no había manera de saber si había sido a propósito o por algún instinto de su especie.

—Me has estado mintiendo —dijo Trenza, y cerró la puerta.

Huck se encogió y sus ojillos saltaron de un lado a otro, buscando el mejor escondrijo.

—¿Por qué no me dijiste que eres un familiar? —exigió saber Trenza.

—Eh… —dijo Huck.

—¿Eras un acompañante de la hechicera? ¿Sabes algo de ella? ¿De cómo llegar a su isla? ¿Llevas todo este tiempo ocultándomelo?

—Anda. —Huck se irguió sobre las patas traseras y crispó el hocico —. Soy… Sí, soy un familiar, y por eso puedo hablar. ¿Cómo lo has

descubierto?

—Por Hoid —dijo Trenza, señalando en dirección al compartimento del cirujano—. Le costaba mucho hablar por la maldición, pero me ha dado las pistas suficientes para averiguarlo. Huck, ¿por qué no me lo habías dicho?

—No quería llevarte hacia el peligro —respondió Huck—. La hechicera es una persona horrible, Trenza. No deberías querer saber nada más de ella, y desde luego no deberías estar intentando llegar a su isla.

Trenza se acercó a la cama y se arrodilló al lado, para ponerse al nivel de la rata.

—Vas a contarme ahora mismo todo lo que sepas de la hechicera —dijo—. O verás.

—¿O veré qué? —preguntó él con un chillidito.

—O verás… —Trenza respiró hondo, nerviosa, como si nunca hubiera hecho una amenaza tan grave como esa en su vida—. Verás cómo dejo de hablarte.

—¿No me tirarías por la borda ni nada?

—¿Cómo? —dijo ella horrorizada—. ¡No! ¡Sería espantoso!

—Trenza, eres una pirata malísima.

—Por favor, Huck —pidió Trenza—, dime lo que sabes. ¿Puedes llevarme a la isla de la hechicera?

Huck pensó un momento y empezó a hablar, pero se interrumpió. Se rascó la cabeza con los dedos.

—No —dijo—. No puedo, Trenza. No soy lo que crees que soy. Soy… algo distinto a un familiar. Bueno, supongo que más o menos sí que lo soy, pero no como estás pensando. Toda mi familia puede hablar. Crecí en una isla solitaria, muy muy lejos de los dominios de la hechicera.

—Entonces, ¿qué eres? ¿Un descendiente de familiares?

—Buena explicación —dijo él, y suspiró—. Si de verdad quieres llegar a la hechicera, lo mejor sería que rompieras la maldición de Hoid. Yo no puedo guiarte hasta ella. En eso estoy diciéndote la verdad, te lo prometo.

—¿Puedes ayudarme a anular la maldición de Hoid, por lo menos?

Huck pensó un momento.

—Eh… ¿Tal vez? O sea, se supone que no debería hablar de esto. Pero mientras se trate de Hoid… Muy bien, este es el problema. La magia de la hechicera impide que una persona hable de los detalles de su maldición.

—Eso ya lo sabía —dijo ella.

—Pero he oído, de mi familia, claro, que a veces puede conseguirse que una persona maldecida revele cosas de todos modos. Las maldiciones no están vivas: son estáticas, como las estipulaciones de un contrato. Lo cual significa que, por mucho esfuerzo que les haya puesto la hechicera, toda maldición tiene sus fisuras.

—No lo entiendo —dijo Trenza, todavía arrodillada al lado de la cama.

—Vale —dijo Huck—, supongamos que tuvieras un amigo al que maldijeron. Si le preguntaras: «¿Estás maldecido?», no podría decirte que sí. Pero el hecho de que no pueda hacerlo ya es en sí mismo una especie de confirmación, ¿verdad? Así que, de algún modo, has sonsacado información nueva a la maldición.

—Pero ¿qué relación tiene con *deshacer* esa maldición?

—Toda persona maldecida oye el conjuro al pronunciarse, y por tanto conoce el método para salvarse. La hechicera… es malvada, Trenza. Una sádica. Cuando maldice a alguien, quiere que sepan el camino hacia su libertad, pero que no sean capaces de decírselo a nadie.

—Suena horroroso —respondió Trenza, lanzando otra mirada hacia el lugar donde había dejado a Hoid.

—Sí —dijo Huck—. Ya te lo advertí. Escucha, hasta hablar de ella es peligroso. No deberías seguir intentando encontrarla.

—Voy a hacerlo —replicó ella—, así que puedo ir armada con tu información o ir sin saberla y que sea más probable que muera. Tú eliges, Huck.

—Au. Tampoco hacía pisar la trampa después de que se me haya cerrado en el cuello, Trenza. De verdad que intento ayudar, pero no hay tanto que pueda decirte. Tienes que encontrar una manera de

sortear la maldición. Sería como… Vale, imagínate que le preguntas a ese amigo: «¿Cómo deshago tu maldición?», una vez que sabes que existe. Ese amigo no será capaz de decírtelo.

»Pero si, por ejemplo, contaras a tu amigo la historia de cómo otra persona se curó de su maldición y le preguntases qué opina, quizá sí que podría hablarte sobre esa historia, dado que trata de alguien que no es él, y por tanto no de su situación específica. A lo mejor así obtendrías alguna información útil.

—Parece que habría muchas conjeturas —dijo Trenza—. Y confusión.

—Y frustración. Y dolor. Sí. Pero es lo único que puedo ofrecerte, Trenza. No soy ningún experto. Creo que deberías concentrarte en seguir con vida, no en esa misión demencial de visitar a la hechicera. Cuervo la tiene tomada contigo. Lo noto.

—Yo también lo pensaba al principio —dijo Trenza, dejándose distraer. De todas formas, necesitaba tiempo para asimilar lo que le había contado Huck antes de presionarlo más—. Pero la capitana ha cambiado de opinión. Ahora parece contenta de tenerme a bordo.

—¿Y eso no te preocupa más? —preguntó Huck.

—Pues ahora que lo mencionas… sí que debería sospechar un poco, ¿no?

—Por las cataratas de esporas, claro que sí —dijo Huck—. Veamos, Cuervo come balas, odia a todo el mundo y está decidida a condenar a muerte a su propia tripulación. Sin embargo, casualmente, ha decidido que quiere tenerte en el barco. Porque sí.

Trenza se estremeció.

—A lo mejor hace falta que vuelvas a espiarla.

—Estooo…

Huck se frotó las patas anteriores un poco y luego empezó a mordisquear la libreta de nuevo.

—¡Para!

—Perdona —dijo mientras Trenza la quitaba de la cama—. Morder me tranquiliza. La espiaré si quieres, Trenza, pero… bueno, la verdad es que no creo que se me dé muy bien. Estoy seguro de que la última vez me vieron. Ese ojo de buey lleva cerrado a cal y canto desde

entonces. Y además, está el gato.

Trenza dio unos golpecitos con el dedo en la libreta. La capitana era astuta, y hasta Hoid, un evidente ceporro (au), había descubierto que Huck era un familiar. Si Cuervo se había fijado en la chica que pasaba tiempo con una rata que parecía demasiado domesticada… era muy posible que también tuviera sus sospechas.

Pero quizá hubiera otra manera. ¿Qué era lo que había dicho Ulaam sobre las esporas de medianoche? Servían para espiar, ¿verdad?

La interrumpió una llamada a la puerta. Trenza lanzó una mirada a Huck, quien, curándose en salud, recogió su mendrugo de pan con la boca y se escondió debajo de la cama. Cuando Trenza abrió la puerta encontró esperando a Salay.

—Trenza —dijo la timonel—, tenemos que hablar sobre quién eres en realidad.

30

Salay quería saber quién era Trenza de verdad.

Por desgracia, era un tema que le provocaba cierta confusión a la propia Trenza. Antes había creído entender quién era. Pero allí estaba, navegando con piratas y aprendiendo a usar nada menos que esporas. Se había sorprendido a sí misma exigiendo respuestas a Ulaam sin preocuparse por si era una grosería.

Ni siquiera estaba segura de si seguía siendo Trenza o se había convertido en otra persona. En otras palabras, podría decirse que su estado mental estaba un poco destrenzado.

—¿Y bien? —dijo Salay.

Trenza no tenía mucha experiencia mintiendo, pero lo paradójico del asunto es que quienes mejor mienten son quienes no lo hacen muy a menudo. Así que, cuando Trenza se quedó callada, dio un paso atrás e invitó a Salay a entrar con un gesto, resultó que era justo lo mejor que podía hacer.

Salay vaciló. A pesar de su actitud decidida, la ponía nerviosa entrar en el compartimento de una germinadora. Al final la gente se

acostumbraba a tener plata alrededor. Les permitía olvidarse de las esporas, hasta cierto punto, igual que uno en general olvida que siempre tiene la nariz en su campo de visión. O igual que la gente olvida el horror existencial que se deriva de saber que su cuerpo irá deteriorándose un poco más cada día, que el tiempo los obliga a desfilar hacia el olvido al ritmo del latir de su corazón.

Sin embargo, aunque Salay quizá anduviera corta de estatura y de paciencia, no le faltaban agallas. Entró en el camarote y cerró la puerta, soportando con heroicidad el escalofrío que le recorrió la columna vertebral y la piel de gallina que emergió en sus brazos.

—¿Te apetece una infusión? —ofreció Trenza, cogiendo dos tazas. Eran dos preciosidades a juego, de porcelana clara con plata en el borde—. Está deliciosamente tibia.

—Eh… no —dijo Salay—. Escucha, sé que no eres quien finges ser.

—Solo soy una chica intentando que no la arrojen por la borda.

—Ya, no —replicó Salay, cruzándose de brazos—. Ya no me trago esa farsa, Trenza.

Eso la irritó un poco.

—¿Y qué quieres que te diga? —dijo Trenza en un raro arrebato de enfado—. Ya he reconocido que robé esta casaca. Aparte de eso, soy una chica insignificante de una isla insignificante. No tengo nada extraordinario.

—¿Ah, sí? ¿Eres una chica «nada extraordinaria» que, por pura casualidad, no les tiene miedo a las esporas? ¿Que por pura casualidad acaba siendo nuestra germinadora después de estar solo unos días en el barco?

—¡Las esporas me aterrorizan! —exclamó Trenza, por una vez sin preocuparse de estar siendo descortés—. ¡Necesitaba un trabajo en el barco y este era el único disponible!

Salay se inclinó hacia delante y observó a Trenza.

—Por la luna de velos, qué bien se te da. No veo ni el menor indicio de que mientas.

—¡Eso es porque no miento! Escucha, si no me crees, ¿qué te parece a ti que soy?

—Una inspectora real —dijo Salay—. De incógnito.

—¿A ti esto te parece ir de incógnito? —preguntó Trenza, señalando la casaca de inspectora.

—Reconozco que es una treta muy hábil —dijo Salay—. Sabías que sospecharíamos al instante de cualquier recién llegado. ¡Pero claro, una inspectora sería la última persona a la que se le ocurriría ponerse la casaca! Excepto cuando actúa de inspectora. Así que sabías que, llevándola puesta, daríamos por sentado que no lo eras.

—Es una línea de razonamiento interesante —respondió Trenza.

—Sí. Y reconozco que no lo habría deducido si no me hubiera enterado de que Cuervo te dio una oportunidad de huir del barco y no la aprovechaste.

Ah.

—Eso fue porque no quería abandonaros a todos —dijo Trenza—. De verdad, no te miento. No soy inspectora.

Salay entornó los ojos.

—¿No? ¿Y qué hay de lo que hiciste con las balas de cañón?

Trenza se quedó petrificada.

—¡Ajá! —exclamó Salay—. No esperabas que lo supiera, ¿verdad? He visto cómo ha reaccionado Laggart cuando ese barco no se ha hundido. Él quería matar a esa gente, aunque aún no he descubierto por qué. Lo que sí sé es que tú eras la única cuyo acceso a la munición le permitía sabotear su intento.

«Luna de piedad —pensó Trenza—. Si ella lo ha deducido… es posible que Laggart y la capitana también». Debería haber sabido que no podría engañar a una tripulación tan experta.

Trenza se sentó en la cama, perturbada. La timonel se equivocaba sobre ella, pero… también se había enfrentado a la capitana Cuervo. Había impedido una masacre. Si Trenza iba a confiar en alguien de aquel barco, decidió, debería ser en Salay.

—Descubrí que la capitana quería hundir barcos —dijo—, para volveros a todos corremuertos. Quiere que la obedezcáis en todo y, hasta con sus poderes, debe de temer que os amotinéis.

Salay se inclinó hacia ella y los rizos prietos de cabello negro cayeron en torno a sus mejillas.

—¿Y esa chica normal que dices ser averiguó lo que trama la capitana Cuervo?

—Por casualidad —respondió Trenza—. De verdad, Salay, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Supongamos que te creo —dijo Salay—. Que acepto que no eres inspectora. ¿Puedes demostrar lo que has dicho sobre la capitana?

—Los arcones de artillería tienen doble fondo —reveló Trenza—. Laggart guarda ahí las balas de cañón saboteadas. Lo que hice fue cambiarlas por otras normales para que no hundiera más barcos. Tengo las que saqué, pero no sé si sirven para demostrar nada. Es mi palabra contra la suya.

—No necesito que lo acuses —dijo Salay, empezando a andar por el camarote—. Solo nos hace falta que el resto de la tripulación esté de acuerdo en actuar. He organizado una reunión con Ann y Fortín esta noche. Si te traes una bala de cañón de esas, quizá sea prueba suficiente para ellos. Ya sospechan de los motivos de la capitana, y…

Salay calló y caminó de vuelta a Trenza.

—¡Y acabas de manipularme para que te cuente lo de nuestra reunión secreta! Sí que eres buena, sí.

Trenza suspiró.

Salay le sostuvo la mirada de nuevo.

—Fría como el hielo. Con un corazón de inflexible acero.

—¿En serio? —restalló Trenza—. ¿Eso es lo que infieres de mi expresión?

—Justo eso —dijo Salay—. Detrás del miedo y la confusión falsos que intentas utilizar para distraerme. Pero sí que te creo en una cosa: no eres inspectora real.

—¿No?

—Eres demasiado lista para serlo —explicó Salay—. ¡Debes de ser una máscara del rey!

Ah, eso lo explicaba todo. O al menos Trenza se figuró que lo haría, si supiese qué diantres era una «máscara del rey».

—Todo el mundo sabe que las máscaras del rey están obligadas a mentir si les preguntan lo que son —dijo Salay, poniendo los brazos en jarras—. Para proteger sus misiones secretas. Así que no intentaré

hacer que lo confirmes. ¿Traerás una bala de cañón de esas esta noche?

—Si crees que servirá para convencer a los demás —respondió Trenza—, lo haré.

No estaba segura de lo que podría hacer ninguno de ellos contra alguien como Cuervo, pero sería bueno hablar de las cosas que había descubierto.

—Estupendo —dijo Salay—. La reunión es en el pañol después de la segunda llamada al comedor, cuando empiece el turno de noche. — Empezó a ir hacia la puerta, pero titubeó—. Por favor, no asesines a nadie antes.

Y dicho eso, se fue. Trenza se reclinó en la cama, aturdida, mientras Huck salía de su escondrijo.

—Conque una máscara del rey, ¿eh? —dijo—. Sí que me tenías engañado.

—No soy…

—Era broma —la interrumpió él, y volvió a mordisquear un poco su mendrugo rancio—. Seguro que no sabes ni lo que son.

—Ni idea.

—Un grupo secreto de asesinos —dijo Huck—. El rey los tiene para llevar a cabo misiones importantes. En teoría, nunca hay más de cinco a la vez. Son la élite de la élite.

—Y Salay cree que una chica de dieciocho años pertenece a ese grupo.

—Se supone que las máscaras beben pociones de juventud para ocultar su edad —dijo Huck—. Pero… también es posible que en realidad no existan y que el rey avive los rumores para que la gente le tenga miedo. No se lo reproches a Salay. En los barcos como este, la gente vive al límite de la ley, incluso si no son piratas. La vida de alguien como Salay ha estado siempre llena de suspicacia. No es que sea tonta, es que no está acostumbrada a tratar con alguien tan genuino como tú. Es como si le hablaras en otro idioma.

—Tengo que convencerla de la verdad —dijo Trenza—. De algún modo.

Le provocaba un dolor físico saber que alguien la consideraba una asesina.

—No sé si yo iría a esa reunión, en tu lugar —dijo Huck—. La capitana Cuervo sospecha de Salay y los demás. Creo que planea matarlos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Me pediste que la espiara el otro día, ¿recuerdas? Oí algo sobre «reuniones secretas» y «librarme por fin de esa escoria». Fue antes de que Laggart y ella se pusieran a hablar de las cosas jugosas que te conté.

A Trenza le sonaba siniestro, pero también demasiado impreciso. Se levantó otra vez y echó a andar de un lado a otro por su pequeño camarote, escuchando el raspar de las esporas contra el casco del barco.

—No sabemos lo suficiente, Huck. No sabemos por qué la capitana quiere convertir a los demás en corremuertos. Está claro que quiere ordenarles hacer algo peligroso, pero ¿por qué?

—Ya —dijo Huck—. A mí también me tiene desconcertado. Me recuerda a un amigo mío. Era todo un personaje, créeme. Una vez le ofrecieron queso, que por cierto no nos gusta tanto como la gente cree. Vete a saber cómo empezaría el rumor. El caso es…

—Creo —lo interrumpió Trenza con suavidad— que deberíamos centrarnos, Huck. Necesitamos más información sobre la capitana.

Huck soltó su mendrugo.

—Pues nada —dijo—. En fin, si de verdad quieres que vaya a…

Trenza se sintió culpable de inmediato, al recordar las objeciones que Huck había puesto antes. No tenía ningún derecho a pedirle que arriesgara la vida.

—No te preocupes —dijo, metiéndose un mechón rebelde de pelo detrás de la oreja—. Creo que hay otro modo.

Abrió el compartimento secreto que había bajo la cama y sacó la cajita llena de esporas de medianoche.

—Trenza —dijo Huck—, ¿qué estás haciendo?

—Esto me supera por todas partes, Huck —respondió ella—. Solo soy una chica a la que le gustan las tazas. No tengo ninguna formación particular, ninguna experiencia especial. No puedo ganarle la partida a Cuervo sin usar los recursos de los que dispongo. —Sostuvo la caja

en alto—. Mi única ventaja real parece ser que las esporas me dan un pelín menos de miedo que a todos los demás.

—Sí, pero ¿esporas de medianoche? ¿No deberíamos… yo qué sé, ir poco a poco antes de llegar a algo como eso? No se empieza corriendo la regiatón completa. Antes se entrena un poco.

—¿La qué?

—Regiatón —dijo él—. Es una carrera de sesenta y cinco kilómetros que se celebra anualmente por el cumpleaños del rey.

—¿Sesenta y cinco kilómetros? —Trenza empezó a rebuscar por los cajones del armario de Gorgo. ¿No había visto un cuchillo de plata en alguno?—. Se les acabaría la tierra y se caerían de la isla si corrieran tanta distancia. ¿La hacen dando vueltas?

—Ay, Trenza —dijo él—. La mayoría de las islas no tienen el tamaño de la Roca, ¿sabes?

—¿De verdad? —Trenza sacó el cuchillo de un cajón—. ¿Estás diciéndome que hay algunas de sesenta y cinco kilómetros?

—Y más —respondió Huck—. Creo que hay una en el mar Céfiro que tiene casi cien kilómetros de largo.

—¡Por las lunas! —exclamó ella.

Trató de visualizar toda esa cantidad de tierra en un solo lugar. ¡Pero si en el centro era muy posible que no se viera el mar en absoluto! Se sacudió aquella idea enloquecida de la cabeza y sacó unos cuantos odres de agua.

Después de arrodilló junto a la cama, escogió tres esporas negras y las puso sobre el colchón. Huck retrocedió, tirando de su mendrugo de pan.

Trenza respiró hondo y pensó en Charlie. Podía hacerlo. Por él y por la gente del *Canto del cuervo*. Resolvería los misterios de aquel barco, protegería a sus tripulantes y ellos le indicarían cómo llegar a Charlie.

Levantó el cuentagotas y dejó caer una gota en las esporas.

Doy por sentado que no tienes ni idea de lo que es un vínculo Luhel. No te tortures. A estas alturas de la historia, lo que me preocupaba a mí era descubrir cuántos tonos distintos de naranja podía llevar puestos a la vez. Cada cual tiene sus prioridades.

La mayoría de las esporas de éter, como las glaucas o las céfiro, no requieren ninguna clase de vínculo. Utilizarlas es pura cuestión de causa y efecto. El éter comprimido cae al planeta en forma de esporas y un poco de agua lo hace crecer en explosiva oleada.

Las esporas de medianoche son distintas. De hecho, son más parecidas que las demás a como se supone que funcionan los éteres en realidad. Dar vida a esas esporas crea un vínculo temporal, una especie de simbiosis entre huésped y éter. A diferencia del vínculo Nahel, que se alimenta de consciencia y anclaje a la realidad, el vínculo Luhel se alimenta de materia física. En este caso, de agua.

Trenza lo sintió como una repentina sed, una sequedad en la boca. Movió la mano hacia el odre y entonces se detuvo, embelesada por el movimiento de las esporas.

Burbujearon y se ondularon, fusionándose y luego creciendo como un globo al hincharse. A los pocos segundos el charco de masa viscosa, pese a haber empezado siendo tres esporas diminutas, tenía el tamaño de un puño humano. Dejó de crecer, por suerte, aunque siguió retorciéndose y distorsionándose. Por un instante apareció un rostro diminuto asomando del pus negro. Luego volvió a fundirse en él.

Oferta, presionó un pensamiento en la mente de Trenza. *Intercambio. Agua. Da agua*.

Sin saber lo que hacía, Trenza aceptó.

La Esencia de Medianoche, en todas sus distintas formas, busca siempre un patrón, un modelo. A menudo sigue las indicaciones de su creador o huésped, y en esa ocasión Trenza lanzó una mirada a Huck, que se había retirado hasta la esquina opuesta de la cama y sostenía el mendrugo ante él a modo de escudo un poco mordisqueado.

La Esencia de Medianoche palpitó con propósito y se estiró. Formó una cola negra. Cuatro patas. Una cara y un hocico… un cuerpo parecido a un tubérculo deforme. Al poco tiempo Trenza estaba contemplando una pequeña criatura que tenía *casi* el aspecto de una rata al salir de un cubo de pintura negra. Solo que el pelo era más una textura de la piel que cerdas individuales, y los dedos y la cara no estaban lo bastante detallados.

Era demasiado lisa. Negro azabache y lustrosa, como si estuviera hecha de brea. O tallada a partir de un bloque de manteca por alguien con gran talento artístico pero sin más forma de expresarse. Correteó de un lado a otro por la cama, probando las patas, y de nuevo sus movimientos eran *casi* de rata.

Aunque estaba cada vez más sedienta y tenía una extraña sensación de sequedad en los ojos, Trenza no podía dejar de mirarla. Fue a dar un sorbo y terminó bebiéndose el odre entero. Pensaba que no le cabría en el estómago, pero en el momento en que sació la sed, el vínculo Luhel se reforzó. Trenza le había entregado lo que quería y, al hacerlo, había obtenido cierta medida de control sobre ella. Perdió la perspectiva del mundo que la rodeaba y la visión se le emborronó.

Y entonces *era* la no-rata. Podía dirigirla, ver a través de sus ojos,

oler lo que ella olía. Al instante hizo que aquella cosa saltara hacia Huck, que dio un chillido y se metió corriendo bajo la cama. Fue gracioso por motivos que Trenza no supo explicar.

Pero no. Tenía un trabajo que hacer. Sí, un trabajo importante que implicaba corretear por la cama y saltar al suelo. Al caer, las patas se le metieron en el cuerpo con un chapoteo y tuvo que volver a sacarlas. Después fue hasta la puerta cerrada y se apretó por debajo para salir como un pringue que recuperó la forma.

Sombras. Le gustaban las sombras. Allí abajo, en los corredores por debajo de la cubierta, podía moverse siendo casi invisible. Hasta en los peldaños había sombras profundas. Pero arriba el sol había salido de detrás de la luna. Qué odioso era, aunque ya iba cayendo hacia el horizonte, somnoliento, inconsciente de su presencia. Trenza Medianoche se agazapó en los escalones y escuchó las pisadas de la gente, olió el cuero viejo de sus botas.

Ahí. La sombra del mástil al virar el barco. Pasó a ella y la recorrió, saltando las vetas de plata de la cubierta. Le harían daño si las tocaba, lo sabía, pero en esa forma era más fuerte que las esporas comunes. La mera proximidad no iba a herirla.

Llegó al camarote de la capitana, que ocupaba el espacio inmediatamente inferior al alcázar. Era evidente que no debería haber podido escurrirse por el diminuto hueco entre la puerta y la cubierta, pero lo hizo. Volver a inflarse le costó más esa vez, pero sus ojos recuperaron la forma antes que el resto de ella y pudo observar la estancia.

Cuervo estaba sentada junto al ojo de buey, escribiendo algo a la menguante luz del sol poniente. Su sombrero colgaba de un gancho al lado de la puerta, su petaca estaba abierta a su lado y llevaba la guerrera desabotonada.

En el momento en que recuperó las patas, Trenza Medianoche corrió a la sombra más profunda que había bajo un banco. Cuervo olía rara. A algas podridas, y a piel quemada, y a otra cosa que Trenza Medianoche no logró identificar. Los otros humanos olían a sudor y a carne dulce. Cuervo no. Cuervo no era una persona, no del todo. El parásito estaba imponiéndose.

Trenza Medianoche cayó en la cuenta de que debería haber esperado. Hasta que Cuervo y Laggart se reunieran. Debería haber planificado. Pero los planes… los planes eran para gente que aún no existía. Y Trenza existía en ese momento.

¿Qué era el pequeño libro en el que escribía Cuervo? Trenza Medianoche avanzó muy despacio. ¿Podría acercarse lo suficiente en las sombras para leer lo que ponía? Estiró el cuello y miró hacia arriba desde el suelo, intentando ver. Pero el ángulo no era el correcto. ¿Podría…?

No. Tendría que subir y ponerse justo al lado de Cuervo para leer el libro. Se notaba entusiasmada y ansiosa en ese cuerpo, pero… pero incluso en la oscuridad, no era invisible.

Solo un poco más cerca. Podía acercarse un poquito más.

Con gran esfuerzo, Trenza se contuvo. Era como rechazar comida cuando estabas muriéndote de hambre. Y Trenza quería lo que quería, ¿verdad?

No. No…

Cuervo se marcharía pronto. Al comedor. Haría lo mismo de siempre, ir a por su plato y traérselo. Espera.

Espera.

ESPERA.

Llamaron al comedor. Cuervo cerró el librito, dio un largo sorbo de su petaca y se levantó. Descolgó el sombrero, salió por la puerta y la cerró con llave desde fuera.

¡Ahora!

Trenza Medianoche salió de las sombras a la carrera. Trepó por la pata de la mesa con unas garras demasiado afiladas para lo blando y maleable que era su cuerpo. Subió de un salto a la superficie de la mesa, con unas ganas tan inmensas de llegar al libro que las patas se le retorcieron y perdieron forma mientras corría, mientras crecían protuberancias con la forma de más patitas como tumores en sus costados.

Llegó al libro y lo mordió para abrirlo por la página que Cuervo había dejado marcada. Y dentro había… ¿palabras?

Palabras que olían a polvo. Palabras polvorientas, sucias, aburridas,

estúpidas, derretidas, entintadas. ¿Por qué palabras? ¿Por qué había estado tan ansiosa?

Palabras. Lee las palabras.

No quería, pero lo hizo de todos modos, haciendo crecer y crecer los ojos hasta que le sobresalieron de la cara, abarcando más, haciendo más nítidos los detalles.

La mayoría de las palabras parecían impresas por algún aparato. Pero escritas en los márgenes, con lo que Trenza supuso que era la letra de Cuervo, había anotaciones.

¿Una forma de librarme de ellas por fin?, decía la nota. *¿Una forma de expulsar las esporas de mi sangre?*

Qué curioso. Trenza Medianoche se concentró en el texto.

> Es más que evidente que Xisis ostenta el poder de curar cualquier enfermedad. En 1104, un peticionario informó de haber sido curado de tumores cancerosos en un estado muy avanzado de progresión. Ese individuo, Delph de las islas Céfiro, es un erudito conocido y respetado, cuya palabra es de fiar.
>
> Disponemos de otro ejemplo extremado. En 1123, la reina Bek XV sanó de su gestación de esporas y es la única persona hasta la fecha, en los milenios de historia registrada, que ha sobrevivido a tal infestación. Xisis estuvo involucrado.

Estúpidas palabras. Estúpidas cosas como serrín en los ojos. ¿Por qué? Tendría que estar buscando algo que morder, algo que sangrara calor y líquida sal.

Luchó contra sí misma, retorciéndose, su forma burbujeando y reptando. Casi se partió en dos de la ira. Pero ganó, por fin, y se obligó a recobrar la forma aproximada de rata.

Mordió páginas, retrocediendo por el libro. Pasó por otras anotaciones de Cuervo, pero la mayoría no le llamaron la atención… hasta que vio dos palabras que se le grabaron en la mente por lo que Huck había dicho antes.

Las reuniones secretas con Gorgo me indicaron que debería haber una forma de hallar el lugar exacto. Lástima que recurriera al chantaje. En fin. Por lo menos mostró cierto coraje antes de que lo matara.

Las palabras no explicaban lo que era Xisis. Pasó más páginas buscando el principio del capítulo. ¿Qué era lo que curaba las

enfermedades? ¿Una hierba, una poción?

No. Un ser.

> Xisisrefliel vive bajo las esporas en un palacio que, de algún modo, existe en el fondo del mar Carmesí. Aunque su edad es desconocida, lleva por lo menos trescientos años viviendo en el mismo sitio.
>
> Muchos, en racional actitud, lo consideran un mito. No obstante, en este capítulo demostraremos que es indudablemente real, como establecen los testimonios de peticionarios dignos de confianza. Cierto es que el mar Carmesí no es para timoratos. De hecho, la inmensa mayoría pondría en duda la cordura de quien osara navegar por esas esporas. Tal es el repetitivo razonamiento que se emplea para refutar los testimonios de la existencia del dragón.
>
> Mis esfuerzos por localizar a la criatura han fracasado hasta la fecha, mas puedo demostrar que no fue la locura lo que marcó el rumbo de los peticionarios, sino el desespero. Su palabra es fiable. Por increíble que pueda parecer, Xisis el dragón es real.

El dragón.

Cuervo creía que el dragón era real.

Y quería obligar a su tripulación a navegar por el mar Carmesí, encontrar al dragón y curarse de su enfermedad.

Era lo primero que había descubierto sobre Cuervo que tenía todo el sentido el mundo. Trenza Medianoche debía saber más. ¿Cómo se podía encontrar al dragón? Había oído que concedía deseos —eran unas historias muy comunes—, pero sin duda había más que eso. ¿Bastaba con localizar al dragón o también había que pagarle?

Pero no. Las palabras eran astillas en los ojos. Las estúpidas, inútiles, exangües, sosas, insípidas y no-chillonas palabras se habían acabado. No más.

La lucha empezó de nuevo y su forma se desintegró. Una plasta en la mesa, dándose bofetones a sí misma y revolviéndose.

Pasos.

Lucha entre quien quería palabras y quien no anhelaba ser de nuevo las palabras.

Pasos *fuera*.

No no no no no no no no no obedece.

Cuervo ya volvía. Llave en la cerradura.

Tenía que…

Con un destello y un estallido de humo negro, Trenza volvió

despedida a su propio cuerpo. Encontró su boca reseca, como si la tuviera llena de arena. No reconocía el tacto de su propia lengua, que estaba como un trapo arrugado, y vio las manos *ajadas* ante ella. Se había derrumbado en la cama sobre el costado, y cuando intentó hablar solo salió un graznido.

—¡Trenza! —gritó Huck, acuclillado ante su cara—. ¡Trenza! —Sostenía el cuchillo de plata con dificultad entre los dedos—. Había una línea de oscuridad saliéndote de la boca. No sabía qué hacer, pero estabas tosiendo y…

—Agua —logró pronunciar Trenza.

Estiró la mano hacia el segundo odre. Huck corrió hacia él, lo agarró entre los dientes y lo arrastró hacia ella. Trenza logró atinar con el agua. En el momento en que le tocó la lengua, empezó a arderle toda la boca. Siguió bebiendo a pesar del dolor, atragantándose, obligándola a bajar por una garganta seca como una pasa.

Rodó bocarriba en el mojado colchón, resollando. Si se hubiera deshidratado tanto en condiciones normales, habría muerto sin remedio, pero aquel no era un efecto normal. La aplicación de líquido antes de que fuese demasiado tarde revirtió el proceso, volviendo a inflar los palos que tenía por brazos mientras el ardor de la boca y la garganta remitía.

Dejó caer la espalda, disfrutando de la sensación de no sentir dolor, y pensó en lo que había averiguado. Eso la llevó a preocuparse. ¿Encontraría Cuervo restos de las esporas de medianoche? Al liberarse del vínculo, a Trenza le había parecido sentir que su cuerpo se evaporaba en humo negro. ¿Habría dejado algún residuo?

—¿Trenza? —dijo Huck—. ¿Estás… estás bien?

—Sí —respondió ella con voz áspera. Se apartó de la cara el pelo, que había escapado de la coleta con tanto sacudirse—. Puede que me hayas salvado la vida, Huck. Gracias.

—Bueno, entonces supongo que estamos en paz —dijo él—. Estaría al fondo del mar Glauco si no me hubieras sacado de esa jaula.

Seguía frotándose las patas, así que Trenza se obligó a incorporarse y compuso una sonrisa para él. Pero por la luna de amenaza, ya notaba los albores de una jaqueca de campeonato. Quizá le conviniera

no volver a trastear nunca más con las esporas de medianoche.

En todo caso, por fin sabía lo que buscaba la capitana Cuervo. Y aunque no podía estar segura, daba la sensación de que lo que había oído Huck a hurtadillas no trataba sobre Salay y los demás. Las «reuniones secretas» habían sido de la capitana con Gorgo, y con «librarme de esa escoria» se refería a las esporas de su sangre.

A lo mejor Salay, Ann y Fortín sabrían qué hacer. Trenza esperó por si irrumpía Cuervo en el camarote, furiosa por su acto de espionaje. Pero al ver que no ocurría, Trenza se dio un lujoso baño, se vistió y se preparó para acudir a su propia reunión secreta. Con un poco de suerte, los demás no se enfadarían demasiado con ella al descubrir que no era una máscara del rey.

Por supuesto, Trenza subestimaba la capacidad de la mente humana para creer lo que le dé la real gana creer.

32

Tengo la forma de que escapemos de nuestros males —dijo Salay, y señaló a Trenza—. Contemplad a nuestra liberadora.

Trenza se quedó muy quieta, con la mano todavía en el pomo de la puerta del pañol, que acababa de cerrar. No esperaba que la atención se centrara en ella nada más entrar.

—Hum… —empezó a decir.

—No puede confirmarlo, claro —la interrumpió Salay, bajando la voz a un susurro conspirativo—. Pero estoy convencida de que es una máscara del rey.

Fortín levantó su letrero.

No es por llevarte la contraria, Salay, pero dudo muchísimo que sea el caso.

—Sí —dijo Ann—. Estoy con él. Trenza es maravillosa y tal, pero salta a la vista que es una chica de una isla perdida.

—¿Qué sentido tienen las máscaras del rey si no parecen inocentes? —preguntó Salay—. ¿A cuántas chicas de islas perdidas habéis visto caminar por el mar y luego subirse al casco de un barco en movimiento?

Fortín y Ann la observaron con atención y Trenza se sonrojó bajo su escrutinio.

—Estaba desesperada —dijo—. Solo hice lo necesario para sobrevivir.

Sí que es un poco sospechoso, escribió Fortín, **que de un día para otro acabaras siendo la germinadora del barco**.

—¿Verdad? —dijo Salay—. No le dan miedo las esporas.

—Me dan *mucho* miedo las esporas —la corrigió Trenza.

—Y podría haber huido del barco en Bahía Resplandor —añadió Salay—, pero prefirió quedarse para tener vigilada a Cuervo. Me lo ha confesado antes.

Trenza suspiró.

—No… no quiero imponerme, Salay, pero creo que malinterpretas lo que te he dicho.

—Un momento —dijo Ann—. Salay, te comportas como si esto fuese algo bueno. Si Trenza fuera una máscara del rey, nos mataría a todos. Ahora somos forajidos.

—Ah, ah —replicó Salay, levantando un dedo—, pero es que sabe que no somos cómplices de matar a nadie.

Con la ley en la mano, lo somos, escribió Fortín con expresión abatida. **Nos hicimos piratas y murieron personas. Da igual que nosotros no disparásemos el cañón. Somos responsables de la muerte de esa pobre gente**.

La pequeña estancia quedó en silencio. Fortín estaba sentado en su taburete tras el mostrador, con los hombros tan anchos que casi tocaban las dos paredes a la vez. Llevaba tirantes, porque los últimos siete cinturones que había probado se rindieron sin presentar batalla, y sé de buena tinta que tiene orden judicial de no acercarse a menos de diez metros de ningún otro, en condena por atrocidades pasadas.

Ann se había sentado sobre el mostrador junto a la pared, dejando que se le columpiaran las piernas. Parecía muy interesada en un nudo de los tablones del suelo, pero en realidad estaba turbada por las palabras de Fortín. Eran todos culpables. Todos menos Trenza.

Salay dio un paso hacia los otros, alejándose de la puerta.

—Por eso es tan importante que sea una máscara. La única manera de sobrevivir estando acusados como corremuertos es que un agente del rey hable en nuestro favor. —Miró a Trenza con ojos suplicantes

—. Por eso podría ser nuestra liberadora. Podría decirle al rey que teníamos buena intención. Que tratamos de detener a Cuervo. Sería una salida, ¿verdad?

Trenza había visto a Salay en su faceta dura, directa. Como un apretón de manos firme en forma humana. Pero en esos momentos había temor en sus ojos oscuros. Y dolor. Luna de piedad, qué difícil era oír su ruego y negárselo.

Fortín y Ann miraron a Trenza, también con una chispa de esperanza en los ojos.

Huck tenía razón. Aquella gente no era tonta. No era imbécil por desear que Trenza fuese algo más que la chica que aparentaba ser. Solo querían que existiera una oportunidad.

La boca de Trenza se secó de nuevo, aunque en esa ocasión no por abusar de los éteres. Sí que había un modo de demostrar que no era una máscara. Le bastaba con afirmar que sí lo era. Por incongruente que sonara, eso demostraría que no lo era, suponiendo que Salay tuviera razón y las máscaras no tuvieran permitido revelar su cargo.

Pero decirlo pisotearía la última luz de su esperanza. Hacerlo le parecía… cruel. Como dar una patada a un gatito.

No. Como atar dinamita a un gatito y ver a qué altura podía hacerse volar la cabeza.

Trenza no podía decirlo. Era lo que querían más que nada en el mundo. Y ella, por su parte, anhelaba que obtuvieran lo que querían. Así que cambió de tema. Metió la mano en el saco que había traído y sacó una bala de cañón.

—Esto lo saqué —dijo— de un compartimento secreto en un tonel de artillería de Laggart.

Salay miró a los otros dos y se cruzó de brazos, como diciendo: «¿Lo veis?».

Fortín cogió la bala de cañón y la equilibró en la palma de la mano, con los dedos torcidos contra ella y los otros nudillos sosteniéndola. La hizo rodar de una palma a la otra y la dejó en el mostrador. Sacó cincel y martillo, sosteniéndolos a su manera única, y con mucho cuidado golpeó la bala en unos lugares concretos. Después de eso pudo sostenerla con la palma de una mano y girarla para que las dos

mitades se separaran.

Dentro, lo normal habría sido encontrar una carga explosiva de esporas céfiro y el sistema detonador para hacer explotar la bala de cañón. (Llegaremos más adelante a los detalles). Cada bala tenía un número impreso fuera, los segundos que precedían a la detonación secundaria, la que hacía salpicar el agua.

En ese caso, en lugar de la carga había una tela acolchada y en lugar del agua, plomo.

—Está trucada para hundir un barco, no capturarlo —dijo Ann—. Luna de justicia, Salay, tenías razón. ¡La capitana nos ha hecho corremuertos a propósito!

Ya sabía que algo no encajaba en todo esto, respondió Fortín levantando su tabla. **Tú también lo sospechabas, Ann**.

—Sí, pero verlo con mis propios ojos… —dijo Ann—. ¿Cómo has podido llevártelo sin que te pillen, Trenza?

—No fue difícil —dijo ella—. Nadie quiere acercarse mucho a las cargas.

—Pero ¿cómo las encontraste? —preguntó Ann, dando un golpecito a la bala de cañón diseccionada.

—Tengo, hum, experiencia con barriles y compartimentos ocultos.

Salay le lanzó una mirada astuta y una sonrisa cómplice.

Lo que pregunto es POR QUÉ, escribió Fortín. **¿Qué gana la capitana con esto? Ya somos piratas. Matar a la gente en vez de saquearla no tiene sentido**.

—Sí —dijo Salay—. Ahí está el misterio.

Trenza vaciló un momento y dio un suspiro. Tenía que decírselo.

—Oí a la capitana hablar con Laggart. Temía que, a menos que fueseis todos criminales buscados y os esperara la muerte en cualquier isla a la que intentaseis huir, no seríais lo bastante leales.

—Pues en eso tiene razón —respondió Ann—. Hasta que se hundió ese barco, estaba pensando cómo marcharme.

¿«Oíste» a la capitana hablando con Laggart?, escribió Fortín. **¿Cómo? Nunca se cuentan sus secretos si hay más gente**.

—No había más gente —dijo Trenza—. Estaban en el camarote de la capitana.

Los tres se quedaron mirándola y Trenza comprendió su error. Luna de piedad. No tendría que haber ido a esa reunión con el dolor de

cabeza que tenía.

—¿Así que pudiste espiar a la capitana? —preguntó Ann—. ¿En su camarote, mientras conspiraba con su segundo de a bordo y le contaba su plan secreto de traicionar a la tripulación?

—Hum. Sí.

Las palabras flotaron en el aire un momento antes de que Ann las atrapara y les diera una dentellada.

—Un poco demasiado buena espía para ser una chica de una isla perdida, ¿no crees?

—Tuve suerte —dijo Trenza, y volvió a cambiar de tema deprisa—. Escuchad, me preocupa que la capitana quiera enviar más barcos a pique. Darle el cambiazo con las balas de cañón ha ayudado a impedir que hoy muriera más gente, pero creo que se propone asesinar al menos a una tripulación más para teneros a todos a bordo. O sea, metafóricamente a bordo. De su plan. Porque… ya sabéis —añadió, con un gesto general hacia el barco.

—Coincido con la máscara —dijo Salay—. Lo de hoy ha ido de un pelo. Y ya tenemos bastante sangre en las manos. Tenemos que buscar la forma de ocuparnos de Cuervo permanentemente.

Podría llevar tiempo, escribió Fortín. **Antes creo que deberíamos aplacar su sed de sangre**.

—No es de las aplacables —repuso Ann—, por si no te habías fijado. Creo que deberíamos alejarla de donde pueda hacer daño.

¿Y si la convencemos de surcar un mar distinto?, escribió Fortín. **Alguno donde no haya tanta gente. Así encontraríamos a menos inocentes a los que pueda hacer daño**.

—Cierto —dijo Salay—, pero para eso tendríamos que ir al mar Carmesí o, peor aún, al mar de Medianoche. No hay forma de convencer a la capitana de eso. Quiere estar donde abunden los barcos.

—En realidad —dijo Trenza—, estoy bastante segura de que aceptaría surcar el mar Carmesí.

—Qué va —replicó Ann—. La capitana tiene un sentido de autoconservación demasiado sano. Es imposible convencerla de… —Calló un momento, mirando a Trenza, y entornó los ojos—. O al menos, ningún tripulante *normal* podría convencerla de hacer una

locura como esa.

—Yo creo que será fácil —afirmó Trenza incómoda—. Salay, deberías proponérselo tú.

—¿Después de lo que he hecho hoy? —respondió Salay—. La capitana está buscando una excusa para ahorcarme ahora mismo. Si le pidiera navegar por el Carmesí, me echaría por la borda sin pensárselo.

—¿De verdad crees que puedes convencerla, Trenza? —preguntó Ann.

Trenza quiso contarles lo que había averiguado: que Cuervo planeaba llegar al mar Carmesí y curarse. Y… se le ocurrió que, si la capitana sanaba, ganaban todos. La tripulación ya no tendría que temer a una comeesporas, Cuervo sobreviviría y a lo mejor podían dejar de ser piratas de algún modo.

Pero si se veía obligada a explicarles cómo sabía lo que sabía, estaba segura de que los demás terminarían de reafirmarse en que era una máscara del rey. Escuchar una conversación de la capitana era una cosa, reconocer que se las había ingeniado para robarle sus escritos privados, otra muy distinta.

Así que, en vez de explicarse, Trenza asintió.

—Lo haré yo. Estoy segura de que puedo hacer que acepte navegar por el mar Carmesí. Vosotros concentraos en el plan a largo plazo, en buscar la forma de apoderarnos del barco.

Mientras tenga esas esporas en la sangre, escribió Fortín, **será inmune a todo lo que podamos hacerle**.

—Eh… Suponed que ya no tendrá esas esporas —dijo Trenza—. Planead sobre la base de que sus poderes se anularán en el futuro cercano. Por… estooo… por algo que no tiene ninguna relación conmigo.

Los tres aprovecharon otra oportunidad de quedarse mirándola.

—Muy bien, muy bien —dijo Salay, llevando a Trenza fuera de la puerta—. Eso haremos. Tú convéncela de ir al Carmesí. Si acepta, seguro que conseguiré que los Dougs se apunten también. La mayoría están igual de descontentos con las muertes que nosotros. —Y susurrando, añadió—: Pero recuerda el trato. Tienes que dejarnos bien

delante del rey. Asegurarle que no queríamos saber nada de esto y que te ayudamos a detenerla, ¿de acuerdo?

—Salay —respondió Trenza—, de verdad que no soy…

—Lo sé —dijo Salay—. No puedes reconocerlo. A ver así: si por casualidad se te presenta la oportunidad de hablar con el rey en nuestro nombre, ¿puedes prometerme que lo harás?

—Supongo que sí.

—Con eso basta —dijo Salay—. Y suerte.

33

Trenza encontró a la capitana en cubierta, apoyada en la regala en la amura del barco, echándose agua de la petaca a una bonita taza de latón y contemplando la puesta de sol que abrasaba el horizonte. Fue hacia ella y en ese momento el bullir se detuvo. Doug, el timonel nocturno, ordenó arriar velas y el barco raspó hasta detenerse. Era una bestia calmada, sesteando con el suave sonido del viento en las esporas y la lona.

Cada vez que el barco paraba, de pronto el mundo parecía salirse del ritmo de su propia música. No había movimientos que compensar y el aire estaba demasiado quedo. El leve roce de las esporas era tan constante durante el bullir que su ausencia resultaba antinatural. Hasta la cubierta quedó en silencio cuando los Dougs bajaron para picar algo y jugar a las cartas hasta que volvieran a moverse.

La capitana no se dio por enterada de la presencia de Trenza. Bebió de su taza y la dejó colgando del dedo índice, sin apartar los ojos del sol. Como si fuese una ejecutora celestial, enviada para cerciorarse de que el día expiraba cuando debía.

Trenza no habló de inmediato. La capitana había dejado claro que no debía ser interrumpida mientras disfrutaba de su agua. Esperó que la mujer no arrojara la taza al océano al terminar. Sí, era de diseño utilitario, pero también lo era la propia Trenza. No le gustaría que se desperdiciara ninguna de las dos.

La luna glauca vigilaba desde arriba, cubriendo más de una tercera parte del firmamento. A menudo me sorprende lo poco que la gente de los mares de esporas miran hacia sus lunas. Cuando llegué al planeta por primera vez, no pude evitar quedarme arrebatado por ellas. Hay una malevolencia en su forma de flotar tan cerca. Si la mayoría de las lunas planetarias se quedan al borde de la sala y esperan una invitación a bailar, esas están ya en la pista, y vestidas con lentejuelas.

—¿Qué haces aquí, Trenza? —preguntó Cuervo por fin.

Trenza meditó un momento. Si le pedía a Cuervo que pusiera rumbo al mar Carmesí de buenas a primeras, la capitana sin duda sospecharía.

—Bueno —dijo—, quería hablar de una cosa.

—No me refiero a eso —respondió Cuervo—. Quiero saber qué haces aquí, en estos océanos. ¿Qué es lo que quieres?

Como si fuese una pregunta fácil de responder. La gente no suele saber lo que quiere, aunque tengan una repulsión casi universal a que les digan lo que debería ser. Además, Trenza llevaba toda la vida siendo muy reacia a pedir las cosas que quería.

—Dejé mi isla para ver mundo.

—Es lo que dice siempre la gente cuando se echa al mar —dijo Cuervo—. Es un aforismo bonito, ¿verdad? Con una delicada reverencia. Surcar los mares, visitar cien islas diferentes. El problema es que todas las tabernas portuarias se parecen tanto entre ellas que asusta, y eso viene a ser lo único que ve la gente.

—Por lo menos conoceré a mucha gente distinta.

—Bueno, sí —concedió ella—, es verdad. Pero sus entrañas también se parecen tanto entre ellas que asusta y, como corremuertos, eso viene a ser también lo único que verás de ellos.

Trenza apartó la mirada de Cuervo. Deseó que el barco volviera a moverse. Tanto estar quieta le daba náuseas.

—¿Y ya está? —preguntó Cuervo—. ¿Solo un deseo infantil de estar en otro sitio?

—Sí —dijo Trenza.

La capitana pareció decepcionarse. En la lejanía, el sol por fin se hundió en el mar, extinguido del todo. La única prueba del delito era un resplandor residual.

A Trenza no le gustaba nada lo mucho que estaba teniendo que mentir últimamente. Por supuesto, nadie debería tener reparos en mentir a alguien como Cuervo. Tampoco era bueno golpear a la gente, pero esas convenciones sociales no se aplicaban al tigre que te clavaba los dientes en la pierna.

Por tanto, Trenza no estaba preocupada por esa mentira concreta. La inquietaba más la densidad general de mentiras que estaban saliendo de su boca. Eran todas por un bien mayor, sí, pero el mencionado tigre quizá también creyera que los mencionados dientes se clavaban por un bien mayor. El suyo en particular.

Trenza estaba empezando a comprender un hecho incómodo: que la gente no se divide en sencillos grupos de mentirosos y no-mentirosos. Muchas veces es la situación, y la crianza y la genética de cada cual, lo que genera las mentiras y, en consecuencia, a los mentirosos.

—En realidad —se descubrió diciendo Trenza—, es más que eso. Un ser querido está en poder de la hechicera. Pretendo viajar a su isla y enfrentarme a ella para recuperarlo.

A Cuervo casi se le cayó la taza. Trenza hizo ademán de atraparla, ansiosa.

—El mar de Medianoche —dijo la capitana—. ¿*Tú* quieres llegar al mismísimo mar de Medianoche?

—Bueno, esperaba no llegar yo sola —respondió Trenza—. Preferiría hacerlo en barco.

Cuervo rio, y no fue un sonido alegre. Belicosa y burlona, su carcajada fue a una risa normal lo que un perro guardián a un cachorrito.

—¿*Tú*? —repitió Cuervo—. ¿Una limpiadora de pelo enredado salida de ninguna parte? ¿Tú vas a…? ¡Es que no puedo ni decirlo!

Algo cambió en Trenza al oírlo. No se partió, pero sin duda se dobló

y resultó que era mucho más flexible que en el pasado. Miró a Cuervo a los ojos y dijo:

—No creo que sea justo, capitana. He llegado hasta aquí. Mi madre siempre decía que lo más difícil de cualquier tarea es obligarte a empezarla.

—Como alguien que ha escalado varias montañas —replicó Cuervo —, puedo asegurarte que tu madre es idiota.

Trenza notó que se sonrojaba de furia. Había impertinencias que se pasaban de la raya, incluso entre piratas.

—¿Y quién creías que iba a llevarte a esa misión imposible? — preguntó Cuervo.

—Bueno —dijo Trenza—, la verdad es que ahora mismo solo conozco a la tripulación de un barco. Esperaba que…

La interrumpió otra carcajada. Esa sí que se la esperaba: la había provocado aposta. Porque cada vez le daba menos vergüenza soltar mentiras, por lo menos a Cuervo.

Y se le acababa de ocurrir una bastante esplendorosa.

—¿Y si encontrara una forma de pagaros? —propuso Trenza.

Cuervo se rio tanto que se puso a toser. Hasta subió Ulaam y miró en cubierta buscando la fuente del sonido, ya que la única vez anterior que había oído a Cuervo reírse así fue cuando un marinero se las había ingeniado para clavarse un garfio de abordaje en la entrepierna.

—Aunque quisiera ir al mar de Medianoche —dijo Cuervo, secándose los ojos—, y aunque pudieras pagarme, la tripulación no lo aceptaría.

—Supongo que es verdad —respondió Trenza, y fingió pensar—. Habría que ir acostumbrándolos. Empezar por enviarlos a algún sitio amenazador pero menos peligroso. ¿Qué tal… el mar Carmesí? De todas formas, tendría que cruzarlo para llegar al de Medianoche. Así que podríamos ir allí primero.

—Nunca dirían que sí, chica —dijo Cuervo—. Esta tripulación es más cobarde hasta que el rey.

—Pero ¿y si los convenciera? —insistió Trenza—. ¿Vos lo permitiríais? Hay muy pocos barcos en el mar Carmesí, así que los que navegan por él deben ser los que llevan el cargamento más valioso que

saquear.

Cabe señalar que eso tenía más o menos tanto sentido como afirmar que los habitantes de reinos lejanos deben de ser quienes más en forma están, por lo mucho que cuesta caminar hasta esos sitios.

Cuervo se encogió de hombros.

—Si los convences, por mí bien. Pero no van a aceptarlo. Todavía no. No están lo bastante… desesperados.

Trenza dio las gracias a la capitana y se marchó. No quería decir nada más, ni falta que hacía. Porque la capitana acababa de dejarse engañar por una limpiadora de pelo enredado salida de ninguna parte.

Otra vez.

Hay una historia de la tierra de Trenza que me gusta bastante contar. Verás, en el palacio del rey el siervo más humilde de todos es el albañalero, el hombre que rebusca entre las aguas residuales del castillo para asegurarse de que no se ha perdido o desechado nada útil.

Nadie quería ser el albañalero, por evidentes motivos odoríferos. Y lo peor era que nadie quería escuchar al albañalero, porque, allá donde iba, la gente estaba o bien demasiado ocupada poniéndose a barlovento de él, o bien demasiado distraída intentando recordar cómo se quitaba el vómito de la alfombra. (Jabón, vinagre y agua caliente).

El albañalero de nuestra historia tenía muchos motivos para protestar, algunos relacionados con la escasez de fibra en la dieta real. Pero una cosa de la que no se quejaba era su cena. Todos los días le daban lo mismo, una patata al horno con manteca.

Al albañalero le encantaban las patatas asadas. Tanto que decidió empezar a pedir que le dejaran repetir en la cena. Siempre le ponían

la segunda patata, sobre todo para que se marchara, y al final se convirtió en costumbre. Dos patatas. Cada día.

La cosa siguió así hasta que cambiaron el menú de la cena para los sirvientes inferiores y les dieron pan de maíz con manteca. Y el albañalero aborrecía el pan de maíz. Esperó a que regresaran las patatas, pero no lo hicieron.

Un día mientras trabajaba, después de fijarse en que alguien debía de haber vuelto a echar colorante verde en el ponche del último baile, se le ocurrió una idea. Su vida en palacio era desdichada, pero seguro que podría hacer algo para mejorarla. Decidió hablar con la cocinera y que volviera a ponerle patatas para cenar.

Así que el albañalero emprendió una misión. Fue a la cocina, se disculpó por hacer que la leche se cuajara e hizo su petición. Patatas, por favor. No tanto pan de maíz.

La cocinera se mostró comprensiva, a juzgar por las lágrimas de sus ojos. Pero, por desgracia, no podía cambiar el menú. Le explicó que eso lo decidía el mayordomo de palacio y ella se limitaba a preparar la comida.

El albañalero fue a hablar con el mayordomo. Lo encontró absorto en una extraña actividad: comprobar cuánto pañuelo podían contener sus fosas nasales. El albañalero le expuso su problema. El mayordomo se mostró comprensivo, a juzgar por cómo se mordía el labio. Pero tampoco él podía hacer nada respecto al menú, porque la materia prima se la suministraba la ministra de comercio y ya no le enviaba patatas.

Bueno, resultaba que a la ministra de comercio se le había caído un anillo a los dominios del albañalero. Se afanó en encontrarlo, aunque en el proceso tuvo que preguntarse cómo era posible que una persona tan rica como la ministra de comercio comiera tanto maíz. Fue a devolverle el anillo y la ministra honró al albañalero recibiéndolo en persona. Fuera. Un día muy ventoso. Lloviendo. Durante la temporada de alergias.

El albañalero le explicó su angustia. La ministra se mostró comprensiva, a juzgar por cómo casi se desmayó al ver que se acercaba, y escuchó sus quejas. Sin embargo, no podía hacer nada al

respecto, porque era el rey en persona quien había ordenado que solo se diera de comer maíz a los siervos.

Y el rey no era la clase de persona a la que se podía ver en cualquier momento. Porque no tenía mucha regularidad y para él era cuestión de día sí, día no. El día adecuado el albañalero, paraguas en mano, le dio una voz. Sabía que el rey lo oiría, porque tenía evidencia empírica de primera mano sobre lo buena que era la acústica en aquel lugar concreto.

Preguntó al rey si por favor sería tan amable de volver a darle patatas de cenar. Le gustaban tanto que siempre se comía dos. El rey se mostró comprensivo, a juzgar por cómo dejó de dar más trabajo al albañalero durante un momento para responderle.

—Lo siento —dijo—. La cosecha entera de patatas ha sucumbido a las plagas. Ah, y ojo que va.

El albañalero aprendió dos importantes lecciones ese día. Primera, que no hace falta bajar el paraguas para hablar con alguien. Segunda, que nadie, ni siquiera el rey, tenía el poder para proporcionarle patatas de momento.

—Conque eres tú el que empezó con el asunto de las dos patatas, ¿eh? —dijo el rey después de terminar con lo suyo.

—Eh… sí —dijo el albañalero hacia arriba, y entonces lamentó haber abierto la boca.

—Qué curioso —respondió el rey con voz resonante—. Tuve que dejar de comprar patatas incluso antes de que se perdiera la cosecha. Cuando tú empezaste a comerte dos, todo el mundo quiso dos también. Al crecer la demanda, las patatas se pusieron demasiado caras. Ya no podíamos permitírnoslas para los sirvientes.

Así que, en realidad, hubo una tercera lección.

Hasta los actos pequeños tienen consecuencias. Y aunque con frecuencia podemos escoger nuestros actos, rara vez estamos en condiciones de escoger las consecuencias.

Mientras Trenza regresaba bajo cubierta, sintió una cierta… incomodidad. Era lo habitual. Las conversaciones con la capitana Cuervo tendían a dejar a la gente un residuo mugriento. Un sarro

emocional.

Trenza vio a Ulaam alejándose, decepcionado al averiguar que la risa no se debiera a entrepiernas empaladas, y corrió tras él.

—Doctor —dijo—, quería preguntarte una cosa. Sobre… esas esporas que por supuesto no he probado.

—Chis. —Ulaam miró pasillo abajo y la llevó al camarote de la germinadora. Cuando estuvieron dentro, la examinó con atención—. Sí, creo que aún estás viva.

—Bueno, estoy hablando contigo. Y caminando.

—No son pruebas tan definitivas como podrías presuponer —dijo él —. Pero ¿qué querías preguntarme?

—¿Las esporas de medianoche… dejan algún tipo de rastro cuando se rompe el vínculo? —preguntó Trenza—. Por ejemplo, si las usaras para colarte en un sitio donde no deberías.

—En general, es donde la gente se cuela. ¿Hummm?

—Sí. Pero pongamos que, hum, te interrumpieran y alguien deshiciera el hechizo para que no murieras.

—No es un hechizo, sino una compleja relación simbiótica entre dos entidades. En todo caso, yo compraría un buen regalo a la persona que me ha salvado. Quizá un hombro adicional.

—Eh…

—A la gente siempre le vienen bien más hombros. ¿Sabes que me los han prometido como regalo en frío tres veces distintas y nunca he llegado a recibirlos? Los humanos pueden ser inescrutables.

—Claro. Eh… ¿Volvemos al tema, por favor?

Ulaam sonrió y entrelazó los dedos de las manos. Era raro que aquella piel gris y aquellos ojos rojos pudieran volverse tan… pintorescos cuando llegabas a conocerlo. Menos demoniacos. Más excéntricos.

—No te pillarán —dijo—, a menos que alguien viera la Esencia de Medianoche moviéndose por ahí mientras la controlabas. Cuando se rompe el vínculo, la esencia se deshace en humo negro, que se dispersa enseguida. No queda ningún residuo.

Trenza asintió aliviada.

—¿Por qué te preocupaba tanto? —preguntó Ulaam.

—Es que acabo de ir a hablar con la capitana —dijo Trenza—. Creo que me he salido con la mía, así que…

—Así que te haces la sabia pregunta de si en realidad no será ella quien estaba manipulándote a ti en secreto. Quizá porque tenía alguna pista de lo que pretendías, ¿hummm? Curioso. Dime, ¿qué la has convencido de hacer?

—Llevarnos al mar Carmesí —respondió Trenza—. Ya sé lo que vas a decir. Pero he hablado con Fortín, Salay y Ann. También están dispuestos a navegar por el Carmesí, y creen que pueden hacer que los Dougs lo acepten.

—No dudo que sean capaces —dijo Ulaam—. Esos tres pueden ser muy persuasivos. Pero ¿por qué vamos al mar Carmesí? ¿Qué podría hacer que quisieras navegar por él?

—¡Ah! —exclamó Trenza—. Claro. Es por lo que he descubierto espiando a la capitana. Pretende visitar al dragón y hacer que la cure.

—Xisis —dijo Ulaam—. ¿Quiere llegar a un acuerdo con Xisis?

—Sí, y por eso se ha dejado convencer para ir al mar Carmesí.

—¿Cosa que ya quería hacer desde antes?

—Bueno, siendo estrictos, sí. Es más bien que la he convencido sin que supiera que estaba convenciéndola.

—Insisto: para hacer una cosa que ya quería hacer.

—Es complicado. Pero me preocupa que a lo mejor no soy tan lista como podría haber pensado que era.

—Eso parece obvio, muchacha —dijo Ulaam.

—Pero ¿no he sido al menos un poquito lista? —preguntó ella, sentándose en la cama—. La capitana iba a hundir al menos otro barco, así que si, en vez de eso, nos marchamos ya… todo el mundo gana, ¿verdad? Y si encontramos al dragón, la capitana se curará y no hará falta enviar a pique ningún otro barco. A lo mejor cuando ya no esté muriéndose, Cuervo dejará ir a todo el mundo. Y yo…

Bueno, ella estaría en el mar Carmesí, a un inesperado medio camino del mar de Medianoche. Eso la situaría más cerca de rescatar a Charlie de lo que, siendo realista, había pensado que iba a llegar.

—Niña —dijo Ulaam, hincando una rodilla junto a la cama—, Xisis es un dragón. No concede deseos. Ofrece tratos.

—¿Y qué pide a cambio, tesoros? Entonces, ¿tenemos que robar más barcos antes de ir a verlo?

—Xisis no tiene ninguna necesidad de lucrarse, Trenza. Solo necesita una cosa para seguir con sus experimentos: siervos que se ocupen de tareas por él. Pero, dado que vive bajo las esporas, requiere una clase muy particular de sirviente.

—¿Particular… en qué sentido? —preguntó Trenza.

—No pueden temer las esporas —dijo Ulaam—. El trato siempre es ese. Un deseo razonable, como supongo que lo sería una sanación, a cambio de un esclavo que trabaje para él hasta el fin de sus días. El truco está en buscar una ofrenda que no monte en pánico cuando la lleven por un túnel de esporas.

En aquel horrible momento, Trenza recordó la mirada de la capitana cuando Trenza había decidido quedarse en el barco. Cuando se presentó voluntaria para ocupar el puesto de germinadora.

«¿De verdad no te asustan las esporas, chica?», le había preguntado Cuervo.

«Ay, por las lunas», pensó Trenza.

Fuera, el bullir comenzó de nuevo. Al poco tiempo el barco dio una sacudida y empezó a moverse, y Trenza oyó que la capitana daba nuevas órdenes. Atracarían en puerto y cargarían vituallas adicionales, porque muy pronto iban a emprender una larga travesía… sin más puertos…

Cuervo planeaba entregar a Trenza al dragón. Y Trenza, en su ignorancia, había acelerado en gran medida el barco hacia ese acontecimiento. Quizá hubiera engañado a Cuervo, pero se las había apañado para engañarse también a sí misma.

No iba a recibir las proverbiales patatas. Pero desde luego estaba metida hasta el cuello en los dominios del albañalero.

QUINTA PARTE

35

Trenza pasó los tres días siguientes tratando de urdir una manera de escapar. Al fin y al cabo, había hecho todo lo que podía esperarse de ella. Había protegido a la tripulación entera de un barco mercante. Había logrado marcar el rumbo del *Canto del cuervo* hacia una reconciliación que pondría a salvo a todos menos a ella. Sin duda su conciencia le permitiría huir.

El barco iba a hacer una parada en puerto para cargar agua antes de cruzar al mar Carmesí, y Trenza tenía que aprovechar para abandonarlo. Luego podría seguir adelante con su verdadera misión y dejar que el *Canto* se marchara sin ella.

Solo que…

Estaba sentada en su camarote, apoyada en el banco de trabajo y mirando las tazas que le había enviado Charlie en sus viajes. Él le había sido leal todo el tiempo, llegando al extremo de navegar hasta el mar de Medianoche porque se negó a tomar el camino fácil y casarse con alguna de las mujeres que su padre le proponía. Se había condenado por… por amor. Por ella.

¿De verdad podría huir? Hoid era la mejor pista que había encontrado para desentrañar la forma de llegar a la hechicera. Además, en aquel barco tenía una tripulación dispuesta a surcar el Carmesí. ¿Y de verdad iba a abandonar a sus amigos, sobre todo cuando estaban poniendo tanta fe en ella? Si se marchaba, ¿a quién entregaría al dragón la capitana? ¿Era posible que a Cuervo no le quedase más remedio que volver al mar Glauco y seguir saqueando y asesinando?

Preguntas como esa la lastraban. La preocupación tiene peso y es un recurso infinitamente renovable. Podría decirse que las preocupaciones son lo único a lo que se puede añadir masa solo con pensar en ellas.

El día en que el *Canto del cuervo* por fin llegó a puerto, Trenza estaba en cubierta dejando que el viento le enredara la melena. Pensando de nuevo en Charlie. ¡Cuantísimo lo echaba de menos! En los años que habían pasado juntos no se había dado cuenta de lo mucho que había llegado a depender de su presencia.

No es que Charlie hubiera hecho nada específico. En realidad, Charlie no era una persona de hacer cosas. Era una persona de *ser* cosas. Tomar decisiones era más fácil teniéndolo cerca, como si fuese un lubricante emocional que agilizaba la maquinaria del corazón cuando tenía que bregar con tareas difíciles.

De un tiempo a esa parte, empezaba a costarle visualizarlo. Recordaba a la perfección un retrato de él que tenían colgado sobre el hogar de la mansión. Pero ¿a él en persona? No era tan fácil, aunque Trenza lo amara. No es un suceso tan extraño. Un retrato es un objeto, fácil de definir y contener, mientras que una persona es un alma, y por tanto ninguna de las dos cosas.

La isla apareció por delante asomando del Glauco. Los Dougs dieron voces, emocionados por desembarcar. Hasta Hoid parecía andar con más brío cuando pasó por allí con… bueno…

De acuerdo, en ese momento llevaba puestos unos pantalones de vestir negros con calcetines atléticos de brillante color blanco. Hala, ya está dicho. Ya sabes de qué me avergüenzo. Mi relación con la moda en esos tiempos era semejante a la de una maza de armas

pinchuda de siete kilos con una frente desprotegida.

Antes de que Trenza pudiera decidir si quería llevar a la práctica su plan de huida a medio tramar, Laggart llegó con paso tranquilo y le dio un golpecito en el hombro. Señaló hacia el camarote de la capitana.

—Cuervo quiere hablar contigo, chica.

Con un suspiro, Trenza obedeció. Al cruzar la puerta encontró a Cuervo sentada a su escritorio, sosteniendo una exquisita taza de porcelana con un motivo floral pintado. La capitana dio un sorbito y le indicó que tomara asiento al otro lado de la pequeña mesa.

Trenza se sentó, reparando —pero procurando no fijarse— en la presencia del libro que había leído durante su incursión. Cuervo le daba toquecitos distraídos con el dedo índice mientras miraba por el ojo de buey.

En cubierta, Laggart se puso a dar órdenes para que los Dougs preparasen el amarre. El barco perdió velocidad y viró mientras los maderos daban leves gemidos por el esfuerzo.

—Es… una taza muy bonita, capitana —dijo Trenza por fin, atreviéndose a romper el silencio.

—La saqué de esos mercaderes —respondió Cuervo—. Mi primer botín oficial.

—Ya llegamos a puerto —señaló Trenza, como si hiciera falta—. Estaba, hum, pensando en desembarcar para…

—No vas a hacerlo —dijo Cuervo.

—¿Ah, no?

Cuervo negó con la cabeza y dio otro sorbo.

—Te quedarás aquí conversando conmigo mientras la tripulación descarga la bodega y repone vituallas. Debería… disfrutar de la compañía.

Trenza fue presa de un temblor, una réplica tectónica de las palabras de Cuervo. ¿Significaban que sabía que Trenza la había espiado?

¿O era que…? No, solo podía ser que Cuervo prefería ser cautelosa con su ofrenda elegida para el dragón. Abatida, Trenza comprendió que no llegaría a decidir si quería escapar o no. Incluso si Cuervo no

sabía lo que planeaba Trenza, no quería correr riesgos.

—¿Te gusta el té, chica? —preguntó la capitana.

—Lo aprecio, sí.

—Seguro que este de aquí te encantaría —dijo Cuervo—. Es té zapriel, de las islas Dromatorio. Muy caro. Vale más que su peso en oro.

No ofreció una taza a Trenza.

—Así es como vive un corremuertos —prosiguió la capitana—. Frenéticas oleadas de opulencia que conviene disfrutar rápido, porque la vida será corta. Me alegra que los demás podáis experimentar esa vida.

—¿Que nos den caza? ¿Ser forajidos?

—Estar a un paso de la muerte —dijo Cuervo—. La mayoría de la gente nunca vive de verdad, Trenza, porque teme perder los años que le quedan, años que también pasará *no* viviendo. Es la ironía de una existencia cautelosa. —Dio otro sorbo y la miró—. ¿No te sientes más viva ahora, después de unirte a nosotros en matar y afrontar la posibilidad de que te maten?

Trenza quería responder. Porque… sí que se había fijado en eso. Ya no era tan melindrosa como antes sobre lo que estaba bien y lo que no, ni sobre el decoro. ¿Estaría… estropeándose algo en su interior por culpa de aquella vida?

¿Podría repararlo alguna vez?

—Os equivocáis —dijo Trenza—. Hay mucha gente normal que lleva una vida plena e interesante sin necesitar a alguien como vos azuzando. Y no deberíais ser tan insensible con matar a buenas personas.

—No soy más insensible que las lunas —replicó Cuervo—. Ellas toman vidas jóvenes y viejas, virtuosas y depravadas. Víctimas de la enfermedad aquí, del hambre allá. De un accidente fortuito en la seguridad de su propia casa. ¿Por qué debería yo evitar matar a buenas personas? Sigo el camino de los propios dioses al llevar la muerte sin discriminar. Hacerlo de otro modo sería considerarme más grandiosa que ellos.

—Podríais haber obtenido lo que queríais sin matar.

—Sí, pero ¿para qué? —dijo Cuervo—. Soy pirata. Y tú también, aunque se te dé fatal. Eres demasiado compasiva. Te preocupas de proteger a barcos mercantes cualesquiera cuando deberías preocuparte por ti misma.

Trenza se quedó callada, con la respiración interrumpida.

Cuervo dio otro sorbito a su té.

—Sí, sé lo de las balas de cañón —dijo. ¿Para qué marear la perdiz pudiendo apalearla?—. Laggart aún no ha caído en la cuenta, el muy ceporro. Solo hay una persona que pudo sustituir esas balas.

Trenza deseó tener los nervios más templados para que no la delatara el sudor de la frente.

—No pongas esa cara de susto —dijo Cuervo, reclinándose en la silla—. Ahí demostraste iniciativa, aunque no muy buen juicio. Serías una sierva excelente, como marinera, quiero decir, si se te pudiera controlar como es debido. Pero da igual, porque se acabó. Nos dirigimos al mar Carmesí como querías. ¿De verdad crees que podrás salvar a tu amigo de la hechicera?

—No lo hice solo por él —respondió Trenza, molesta por lo mucho que estaba permitiendo que la afectaran las palabras de Cuervo—. Quería proteger a la tripulación; no quería que los convirtierais del todo en corremuertos.

La capitana se echó a reír.

—¿Proteger a la tripulación? ¿Convenciéndolos para surcar el Carmesí? Niña, temía que matar a Gorgo me privase de mi fuente favorita de entretenimiento, pero desde luego has ocupado su lugar en todo.

Trenza se ruborizó y bajó la mirada. Trató de recordar lo orgullosa de sí misma que había estado unos días antes, pero la emoción le pareció de una ingenuidad casi insoportable.

—¿Lo sabes siquiera? —preguntó la capitana—. ¿Eres consciente de lo que es el mar Carmesí?

—Sé… que es malo…

Cuervo soltó una carcajada rugiente, tan estruendosa que sin duda la oyeron las mismas lunas. Dio una palmada en la mesa, sacudiendo el platito de su taza.

—¡Nos has puesto en este rumbo y ni siquiera sabes hacia qué navegamos!

Trenza pensó que era una pregunta que sin duda debería haber hecho antes.

—Sé que hay esporas más peligrosas que las glaucas —dijo—. Pero no me da la impresión de que otro mar pueda ser mucho más letal. Ya vamos con cuidado de no soltar agua, y tenemos incrustaciones de plata por todo el barco. Si vamos con cuidado, no debería haber problemas, ¿verdad?

—Ay, niña —dijo Cuervo con una risita—, el problema no son las esporas. Es la lluvia.

Ah, sí, la lluvia.

No he explicado la lluvia.

Si tienes afición por la meteorología, quizá estás preguntándote por los patrones climáticos y el ciclo del agua en el planeta de Trenza. Si eres de esa gente para quien tales cosas son de capital importancia, lo siento mucho por ti. Nunca es tarde para desarrollar una personalidad. Prueba a ir a una fiesta. Pero procura evitar temas como los patrones climáticos y el ciclo del agua. A menos, claro, que sepas hablar de ellos como yo.

En el planeta de Trenza la lluvia cae en pequeñas franjas localizadas. Esas enérgicas líneas de agua se contonean como serpientes en el cielo. La lluvia trae muerte y vida de la mano, en adecuada compañía para los dioses.

Aguaceros aislados más que verdaderas tormentas, las resplandecientes exhibiciones se disfrutan mejor de noche. Fragmentan la luz de luna en mil colores. No habrás presenciado la grandeza completa de un arcoíris hasta que veas uno estallar en anillos sobre el mar Glauco, creando un halo en torno a una luna lo bastante grande para tragarse el firmamento.

Naturalmente, los éteres crecen con la lluvia, brotando al paso de esas cintas de agua. Es como si algún ser celestial trazara líneas en un mapa y las fortificaciones apareciesen de forma espontánea a su voluntad. Esas murallas se alzan, inhalan vida a bocanadas y luego se derrumban en el mar, devoradas por las envidiosas esporas.

Es hermoso como solo algo tan aterrador puede inspirar, y aterrador como solo algo tan hermoso puede provocar. Por suerte, esas lluvias son predecibles hasta el último detalle. Siguen siempre las mismas rutas, tan constantes que los mapas de precipitaciones de hace un siglo siguen siendo precisos.

Excepto en el mar Carmesí.

—La lluvia es imposible de predecir en el Carmesí, chica —dijo Cuervo—. Sí, las esporas son peligrosas: crean pinchos rojos, puntiagudos como agujas. Pero la verdadera amenaza es la lluvia. El chaparrón se te puede echar encima en cualquier momento, sin previo aviso, cruzando el cielo en cualquier dirección que se le antoje. Navegar por el mar Carmesí es entregarse al fortuito azar. No hay preparación que te proteja, porque la lluvia mata a los listos igual que a los tontos. Como hago yo.

Trenza oyó golpes fuera del camarote cuando los Dougs empezaron a regresar con barriles de agua.

—Ya… veo —dijo Trenza con la boca seca—. ¿Y el mar de Medianoche? ¿También es así? ¿Lluvias aleatorias?

—Ah, no, no —respondió Cuervo, levantándose para desperezarse —. Pero no importa, porque las esporas de medianoche engendran monstruos que sirven a la hechicera. Aunque la lluvia caiga a veinte leguas de distancia, los monstruos te rodearán de todos modos. Es imposible escapar de ellos, mientras que en el Carmesí al menos puedes tener suerte. Nadie surca la Medianoche sin recibir su ataque. —Cuervo sonrió—. Nadie.

Con un asentimiento, indicó a Trenza que se marchara.

Los Dougs habían vuelto y el barco estaba aprovisionado. Trenza había perdido su oportunidad de escapar.

36

Cuervo siguió a Trenza fuera del camarote. Esperó a que el barco estuviera a una distancia segura del puerto, siguiendo un rumbo que lo llevaría derecho al mar Carmesí, antes de permitir que Trenza bajara a la cubierta media.

Atrapada. Estaba atrapada en ese barco.

Navegaban hacia un mar demencial donde llovía de forma impredecible. Y si sobrevivían, la capitana iba a entregarla como esclava a un dragón.

¿De verdad había pensado que llevaba las de ganar? ¿De verdad había pensado que podría rescatar a Charlie?

¿Ella? ¿Ella sola?

Lo peor de todo era que Charlie seguramente nunca sabría lo que le había pasado. Se pudriría él solo en los calabozos de la hechicera. Y si por algún milagro conseguía liberarse, averiguaría que Trenza había zarpado de la Roca, pero que unos corremuertos habían destruido su barco.

Bajó distraída los peldaños y recorrió el pasillo. Los Dougs reían y

trabajaban a su espalda, pisoteando la escalera para salir a cubierta. Pero Trenza se sentía sola. Como si se hubiera atragantado con la cena y nadie viese que estaba asfixiándose. O como si a nadie le importara.

Huyó a su camarote mientras las lágrimas amenazaban con emerger. Dudaba mucho que echarse a llorar fuese propio de una pirata, así que se alegró de haber podido cerrar la puerta antes de perder el control por completo.

—¡Hala! —exclamó Huck. Subió correteando al estribo del camastro —. Eh, Trenza, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Que… que…

Sacudió la cabeza e inhaló bocanadas, incapaz de hablar. De repente todo era demasiado. La gente es como los estómagos, ¿sabes? Pueden procesar parte de lo que les metes, pero si embutes demasiado a demasiada velocidad, en algún momento volverá todo hacia arriba.

—¿Qué te han hecho, Trenza? —preguntó Huck—. Se lo devolveré, te lo prometo. Voy a morderles los dedos de los pies.

—¿Los dedos… de los pies? —dijo ella entre lágrimas, imaginándose la ridícula escena.

—Eso mismo —dijo él—. Es una gesta de lo más noble, ya que los dedos de los pies son la tercera parte más apestosa del cuerpo humano. Pero lo haré de todos modos, por ti.

Trenza se tumbó en la cama y contempló el techo mientras las lágrimas le surcaban las mejillas.

—¿Trenza? —dijo Huck—. En serio, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada —susurró ella—. Y nadie me ha hecho nada. La culpa es mía. De todo esto. La capitana pretende entregarme al dragón del mar Carmesí, en pago por curarla. Ya sabía que todo esto me superaba, así que ¿por qué me sorprendo? ¿Por qué no iba a terminar atrapada en un barco capitaneado por un demonio, con rumbo directo a mi propia destrucción? Es lo que me merezco.

Se apretó los pulpejos de las manos contra los ojos y los frotó. Entonces sintió un nítido mordisco en el dedo gordo del pie izquierdo.

—¡Oye! —gritó, incorporándose y mirando hacia el pie de la cama, donde estaba Huck.

—Perdona —dijo él—. Pero te había prometido que mordería a la

persona responsable de que estés llorando. Y además… hum, sin ánimo de ofender… pero puaj.

Trenza se dejó caer de nuevo.

—Anda, no me hagas reír —pidió—. Podría estallar como un vaso frío cayendo en agua caliente.

Huck correteó por la cama hasta casi la almohada y observó las lágrimas de Trenza. Eran ya menos intensas pero aun así persistentes, como el dolor en sí.

—He… desembarcado —dijo Huck—. Me he escondido en un fardo de tela de esos que sacaban los Dougs, y luego me he escabullido mientras Fortín los vendía. Es muy bueno, por cierto. No había visto a nadie regatear como ese hombre. Pero aparte de eso, la ciudad era muy interesante. ¿Te apetece que te lo cuente?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando estoy mal, me gusta pensar en otra cosa —afirmó Huck, retorciéndose las patas—. Así que ya me dirás si te viene bien o si prefieres que me calle. A veces es mejor que la gente, y las ratas, guarden silencio. Eso lo sé. O al menos, me lo dijo alguien una vez.

»Bueno, resulta que he visto a Fortín regatear, pero estaba demasiado lejos para leer sus palabras. Solo sé que ha sacado por esos rollos de tela más de lo que debería, teniendo en cuenta que el comprador debía de saber que no eran trigo limpio. ¡Ah! Y luego ha ido a reunirse con un grupo de gente sorda que vive en la isla. Eran unos cuantos, y Fortín sonreía mucho y usaba las manos para hablar en vez de la tabla. A lo mejor en las otras islas también hay grupos como ese y nunca me había fijado.

»En la ciudad no ondeaba la bandera real. ¿A que es curioso? Sé que estamos en la periferia del mar Esmeralda, pero aun así me ha chocado. El rey siempre habla como si no existiera ninguna isla fuera de su autoridad, ¡pero hemos amarrado en una pirata! Esperaba ver un montón de patas de palo y parches en ojos, pero la gente parecía… normal.

—Nosotros ahora somos piratas —dijo Trenza—, y nadie lleva ni un solo parche. Supongo que también somos normales.

—Es un poco raro pensarlo, ¿verdad? Que todos los piratas del

mundo fueron en otro tiempo alguien normal.

Huck se quedó callado, como dudando si debería continuar. Trenza se sorprendió al constatar que la historia sí que estaba mejorándole el ánimo. Nunca había tenido mucho espíritu viajero, pero sí que había soñado con lugares lejanos y sus tazas. Esa parte de ella ardía en deseos por saber más de la isla.

—Has dicho que la ciudad era interesante. —Se volvió para mirar hacia Huck—. ¿Por qué?

—¡Ah, sí! —exclamó él—. ¡Tienen un campanario, Trenza! Siempre había querido ver un campanario. He oído a gente hablar de él y decían que tiene cincuenta y tres campanas. Un número rarísimo, ¿no te parece? Siempre había pensado que los campanarios tenían una campana. Por algo no se llaman *campanasarios*.

»Total, que me he dado una vuelta por su alrededor y he encontrado una ventana para mirar, ¡y tienen cuerdas para tocar las campanas! Tiran de ellas y el sonido se extiende por toda la ciudad. Pero me extrañaría que dejaran a las ratas tirar de las cuerdas. Aunque pudiéramos.

Trenza sonrió. Fue un acto sencillo, pero solo unos momentos antes le había parecido tan imposible como volar. O como encontrar una palabra que rime con «bulbo». (En serio, inténtalo y verás).

Había algo entrañable en la manera en que Huck siguió explicándole sus experiencias en la isla. Hablaba de las cosas más cotidianas. Un jardín cuyas flores olían bien. Una calle en la que los adoquines encajaban formando una espiral. Una fuente de agua para beber que se activaba pisando un pedal.

Que la rata encontrara esas cosas lo bastante interesantes para comentarlas ya era cautivador por sí mismo. El tema de conversación importaba menos que su entusiasmo. De modo que Trenza sonrió. Hacerlo no desterró sus preocupaciones ni su tristeza, pero sí que animó a esas sensaciones taciturnas a transformarse en otras menos opresivas.

—… y entonces la niña ha empapado a su hermano —estaba contándole Huck— al dar un buen pisotón al pedal cuando él se agachaba para beber. ¡Dime que no es maravilloso! Me recuerda a

cuando era más joven. Cuando no iba en un barco pirata muy lejos de casa.

—Podrías regresar —dijo Trenza—. Si quisieras, Huck. Podrías marcharte. Deberías.

—No puedo —repuso él con suavidad—. No podré volver nunca a mi isla, Trenza. Porque mi hogar ya no está allí.

Aquello apuntaba a tragedia, así que Trenza no intentó sonsacarle más detalles. Además, no quería pensar en el hecho de que, con toda probabilidad, ella jamás regresaría tampoco a su hogar.

—¿A ti no te parece que las cosas eran mejores antes? —preguntó Huck—. ¿Que la vida tenía más sentido entonces?

—Sí —susurró Trenza—. Recuerdo… noches tranquilas, viendo caer las esporas de la luna. Tazas de infusión tibia con miel. La emoción de hornear algo nuevo.

—Yo recuerdo no estar asustado —respondió Huck—. Recuerdo despertar cada día con olores familiares. Recuerdo creer que comprendía cómo iba a ser mi vida. Igual que la de mis padres. Sencilla. Tal vez no maravillosa, pero tampoco aterradora.

—Pero no creo que las cosas fueran mejores —dijo Trenza en voz baja, todavía contemplando el techo—. Solo las recordamos así porque nos consuela.

—Y porque no nos fijábamos en los problemas —convino Huck—. A lo mejor es que no queríamos verlos. Cuando eres pequeño, siempre hay otra persona que se ocupa de ellos.

Trenza asintió. Además de eso, los recuerdos de algún modo cambian sin que nos demos cuenta. Se vuelven más amargos o más dulces con el paso del tiempo, como cuando probamos una bebida y luego, al intentar recrearla a partir del sabor, atinamos con *casi* todos los ingredientes. Es imposible degustar un recuerdo sin mancillarlo con la persona en que uno se ha convertido.

Eso me inspira. Cada cual crea sus propias historias, sus propias leyendas, a diario. Nuestros recuerdos son nuestras trovas y, si las cambiamos un pelín en cada actuación… bueno, hacerlo siempre favorece el espectáculo. De todos modos, el pasado es aburrido. Siempre fingimos que los ideales y la cultura de antaño han

envejecido como el buen vino, pero en realidad las ideas del pasado tienden a envejecer más bien como las galletas. Se ponen rancias y punto.

Trenza pensó en algunos de sus cantares favoritos, que vibraban con miel, y amor, y otras cosas dulces.

De veras se sentía mejor. Por las lunas, oír hablar de campanarios y surtidores de agua había hecho que se sintiera mejor. Para alguna gente, ese cambio de ánimo habría servido de excusa para dejar de pensar en la situación, pero Trenza prefería utilizarlo como arma. Así que, pragmática como de costumbre, se incorporó en la cama y afrontó sus problemas.

—Necesito una manera de defenderme —susurró—. Algún modo de derrotar a Cuervo antes de que me venda al dragón.

Era una suerte, en consecuencia, que el camarote de Trenza contuviese cinco variedades distintas de la sustancia más peligrosa del planeta.

37

Trenza había hecho una inspección somera al compartimento cuando se lo asignaron. Había hecho inventario de las cosas que había dejado Gorgo, sobre todo para asegurarse de que no hubiera nada peligroso de verdad entre ellas. Esas primeras exploraciones habían sido los actos de una chica interpretando un papel.

En esos momentos lo inspeccionó de nuevo. Como una chica intentando salvar la vida.

Donde antes había leído, ahora estudió. Donde antes había colocado, ahora organizó. Y donde antes había aceptado, ahora experimentó. No hay nada que motive tanto como una fecha límite. Sobre todo si ese límite puede ser el de tu existencia.

Trenza no solo puso todo el corazón en ello, sino que empeñó el cuerpo entero, pues un corazón no puede lograr mucho sin un buen conjunto de dedos. Gorgo no había sido una persona ordenada. Al principio Trenza había esperado encontrar manuales de instrucciones. Pero lo que el anterior germinador había dejado atrás eran trozos de papel y notas garabateadas, repletos de pensamientos sueltos e ideas a

medio desarrollar. La clase de desechos mentales que quienes no conocen la genialidad suelen atribuir a una brillantez desbocada.

En realidad, aquel desastre no tenía más pauta que el sutil caos de la frustración. Eran las señales de una mente estirada al límite hacia unas ideas que quedaban justo fuera de su alcance. Es algo que puede ocurrirle a un zoquete igual que a un genio; no indica en modo alguno su aptitud, igual que el hecho de que alguien esté demasiado lleno para tomar postre no indica en modo alguno su peso. En el caso de Gorgo, aquellos fragmentos de información eran los de un acaparador mental, una persona que coleccionaba ideas igual que una abuela colecciona cerditos de cerámica.

Fue mientras empezaba a comprender eso, y mientras caía en la cuenta de que no hallaría ninguna solución milagrosa, cuando Trenza topó con el primer papelito prometedor. Era el esquema detallado de una bala de cañón, con una anotación debajo que revelaba que la capitana había pedido a Gorgo que averiguara cómo crearlas él mismo, para que el barco no tuviera que seguir comprándolas a precios prohibitivos a los maestros del céfiro.

Verlo intrigó a Trenza. Ya albergaba un interés informal por la mecánica de las balas de cañón, igual que podrías interesarte por la cocina de una cultura cuyo idioma estás aprendiendo. Pero lo que de verdad le llamó la atención fue el complejo uso que hacían las balas de las esporas contenidas en su interior.

Gorgo no había sacado gran cosa en claro. Se notaba por las notas que había tomado, que solo servían para distorsionar y ofuscar lo que por lo demás era un diagrama bastante pulcro. Aun así, describía una técnica de germinado de la que Trenza no sabía nada hasta el momento.

A estas alturas ya sabes que, en el mundo de Trenza, una bala de cañón no era un mero pedazo de metal, sino una pieza de artillería, una pieza que he prometido explicar con más detalle. Verás, cada bala llevaba dentro un temporizador que, tras su lanzamiento, provocaba una detonación secundaria y un estallido de agua. Sí, eso ya lo sabías. Pero ¿sabes cómo se hacían los temporizadores?

Resultó ser bastante simple: la espoleta del temporizador era una

enredadera. Las anotaciones revelaron a Trenza que no había sido la primera en descubrir que aplicar agua a un éter hacía que siguiera creciendo después de su explosión inicial. Ese primer afloramiento era errático, pero todo lo que venía después resultaba mucho más predecible. Preciso, incluso. Una enredadera glauca medida con exactitud crecía a un ritmo extremadamente fiable cuando se le aplicaba una cantidad concreta de agua.

(Y sí, para la gente a quien le importan cosas como los patrones climáticos, ese crecimiento terminaba deteniéndose cuando la enredadera agotaba su potencial. De otro modo, no sería muy seguro que la gente se las comiese. Llevar las enredaderas a su límite de crecimiento era un paso esencial para utilizarlas como alimento de emergencia).

La explosión inicial que disparaba la bala de cañón también rompía un pequeño recipiente de cristal lleno de agua que había dentro, lo que mojaba un pedacito de éter glauco. Esa enredadera crecía, empujando un tapón con la punta recubierta de plata a través de un tubo corto que lo llevaba hacia el mecanismo central de la bala. Ese mecanismo consistía en una carga de esporas céfiro en torno a una esfera hueca hecha de rosaíta. La rosaíta, a su vez, tenía una capa de cera en su interior, lo que le permitía contener, pero no tocar, una carga de agua.

La punta de plata atravesaba las esporas céfiro, matando una pequeña cantidad pero dejando ilesa la mayoría, y entonces entraba en contacto con la esfera de rosaíta, que se agrietaba por la presión de la plata. El agua fluía al exterior, tocaba las esporas céfiro y las hacía estallar, lo que detonaba con violencia el mecanismo entero en una explosión de metralla y agua.

«He visto los diseños modernos —decía una nota en la parte de abajo, que Trenza no creía que fuese de Gorgo, sino del creador original del diagrama— y estoy de acuerdo: las cargas de detonación por impacto son el futuro de la artillería».

Trenza no sabía lo que significaba eso último, pero en todo caso el diagrama le pareció ingenioso. Representaba a tres éteres distintos trabajando en conjunto. Glauco para la mecha. Rosaíta para el

contenedor de agua. Céfiro para la explosión. La esfera central no se rompía al disparar la bala de cañón porque era mucho más dura que el cristal, pero tenía una debilidad intrínseca en el hecho de que la plata podía dañarla. A partir de ese diseño, Trenza también aprendió que la cera podía aislar un éter del agua.

Estaba impresionada, y por su mente empezaron a desfilar posibles experimentos. Es necesario resaltar aquí que experimentar con las esporas céfiro acostumbraba a ser una manera excelente de garantizar que volverías a casa en muchos ataúdes pequeños, en vez de en uno grande. Pero, como ya se ha demostrado, Trenza era poseedora de un sentido común muy poco frecuente entre quienes ocupaban su mismo puesto.

El oficio de germinador atrae a candidatos que pasan por un proceso de autoselección. En general esto incluye a los infrecuentes individuos que de algún modo han sobrevivido a su tendencia natural a saltar desde alturas estúpidas al agua somera, o a descender en bicicleta por laderas de montaña, o a comerse bayas sin identificar de colores chillones.

La especie humana necesita una cierta cantidad de atrevimiento. Sin él, la gente habría sido demasiado razonable para hacer cosas temibles, como aventurarse cerca de esa cosa naranja tan caliente que vuelve negra la madera y hace humear la barba de Zarg. Pero la evolución no es un mecanismo preciso, y el resultado es que la población siempre incluye a un cierto número de personas con más agallas que neuronas. El germinado de esporas era solo la última en una sucesión cada vez más fulgurante de actividades destinadas a extraer con pulcritud —y violencia— a esa clase de individuos del acervo genético.

Pero Trenza no había buscado dedicarse a ese oficio. Había caído en él. Era lo bastante inteligente como para comprender las gráficas y lo bastante reflexiva como para desarrollar las ideas. Y sus carencias en formación académica las compensaba con creces el hecho de que era la clase de persona que se ponía manoplas de cocina incluso cuando la olla había tenido tiempo de enfriarse.

En ese momento, era la mezcla exacta que requería la innovación.

De hecho, aunque habrá quien llame pura suerte a lo que sucedió a continuación, a mi juicio era inevitable.

«No hay ningún motivo —pensó Trenza, levantando el diagrama— para que una cosa como esta no pueda hacerse portátil».

No estaba pensando en una mera pistola. Las pistolas eran comunes y, aunque útiles, no particularmente flexibles. ¿Podría Trenza mejorar su diseño? ¿Qué aspecto tendría una pistola de esporas modular?

Una nota que encontró bajo el esquema, de nuevo manuscrita por su creador original, le proporcionó la última pieza que le faltaba.

«Ver mi diagrama de las bengalas, que es una iteración de este diseño».

Luna de significados, las pistolas de bengalas. El primer paso ya estaba dado. Lo único que tenía que hacer Trenza era…

Llamaron a la puerta.

Fue una interrupción mínima. Cortés, del tipo que Trenza asociaba con su antigua vida. Pero de todos modos hizo añicos la concentración de Trenza como el atronar de mil cañones disparando a la vez. Se levantó de un salto y abrió de un tirón, inusitadamente dispuesta a largar una ristra de improperios a quien hubiera tenido la osadía de interrumpirla.

Encontró a Fortín, taponando el pasillo, sosteniendo un plato cubierto con una tapa de cacerola para que no se enfriara. Levantó su letrero.

No has venido a recoger la cena, decía. **¿Estás bien?**

Trenza parpadeó y miró por el ojo de buey. Había oscurecido tanto que llevaba un rato entornando los ojos para leer sin darse cuenta. No tardaría en tener que encender la lámpara, un lujo concedido a la germinadora del que no disponían los marineros rasos. Se llevó una mano a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás mientras trataba de calcular las horas. ¿De verdad había estado tan absorta?

Luna de piedad… Y pensar que había estado a punto de gritar a Fortín, cuando había sido tan amable de llevarle la cena. ¿Qué le había pasado? ¿En aquellos papeles había algún hechizo que volatilizaba el tiempo? ¿O era que de verdad le habían interesado tanto? Extraordinario, porque el tema no tenía nada que ver con las

tazas ni con las ventanas.

—Gracias, Fortín —dijo, cogiendo el plato.

Miró bajo la tapadera y encontró las mismas sobras requemadas y asquerosas. La propuesta de esa noche quizá hubiera sido en algún momento puré de patatas y carne de gaviota, aunque costaba distinguirlo entre la chamusquina. Trenza se dijo que la comida no podía estar hecha de serrín y piedras, a pesar del sabor, porque aún no había muerto de desnutrición.

Sigues en deuda conmigo por todo esto, señaló él. **La capitana no me ha ordenado darte de comer, por muy germinadora que seas ahora**.

—Cuando se nos ocurra el pago adecuado —murmuró Trenza—, ¿sería posible comer algo que no esté raspado del fondo de la cacerola?

Fortín frunció el ceño.

¿Cómo? Trenza, lo primero que hago es apartar un poco para ti y para Hoid, antes de ponérselo a los Dougs.

—¿Qué?

La golpeó como un martillazo en el cráneo.

Aquello no eran las sobras.

Era lo que comía todo el mundo.

—Ay… ay, madre —dijo.

Fortín tuvo la decencia de bajar la mirada y levantar los hombros en gesto de disculpa.

Empezamos a turnarnos después de que muriera Gorgo, escribió. **Soy el mejor que tenemos. Lo que preparó Ann puso enferma a media tripulación durante tres días**.

—No me digas —respondió Trenza—. Pues nada, creo que ya tengo la forma de compensarte, a ti y al resto de la tripulación, por la amabilidad que me habéis mostrado.

Cocinar aquí no es fácil, le advirtió Fortín, levantando la mano junto a la tabla después de escribir las palabras. **Solo tenemos raciones marinas, en su mayoría pasadas, enlatadas o secas. Son difíciles de hacer apetitosas**.

—Creo que te sorprenderás —dijo Trenza—. Ven a buscarme mañana antes de ponerte a cocinar la cena y…

Dejó la frase a medias al oír que la campana de cubierta tañía un aviso. No eran los tres toques fuertes que indicaban el avistamiento de

otro barco. Pero tampoco era la llamada al comedor, que era un campaneo constante. Fueron dos golpes, luego silencio, luego otros dos golpes.

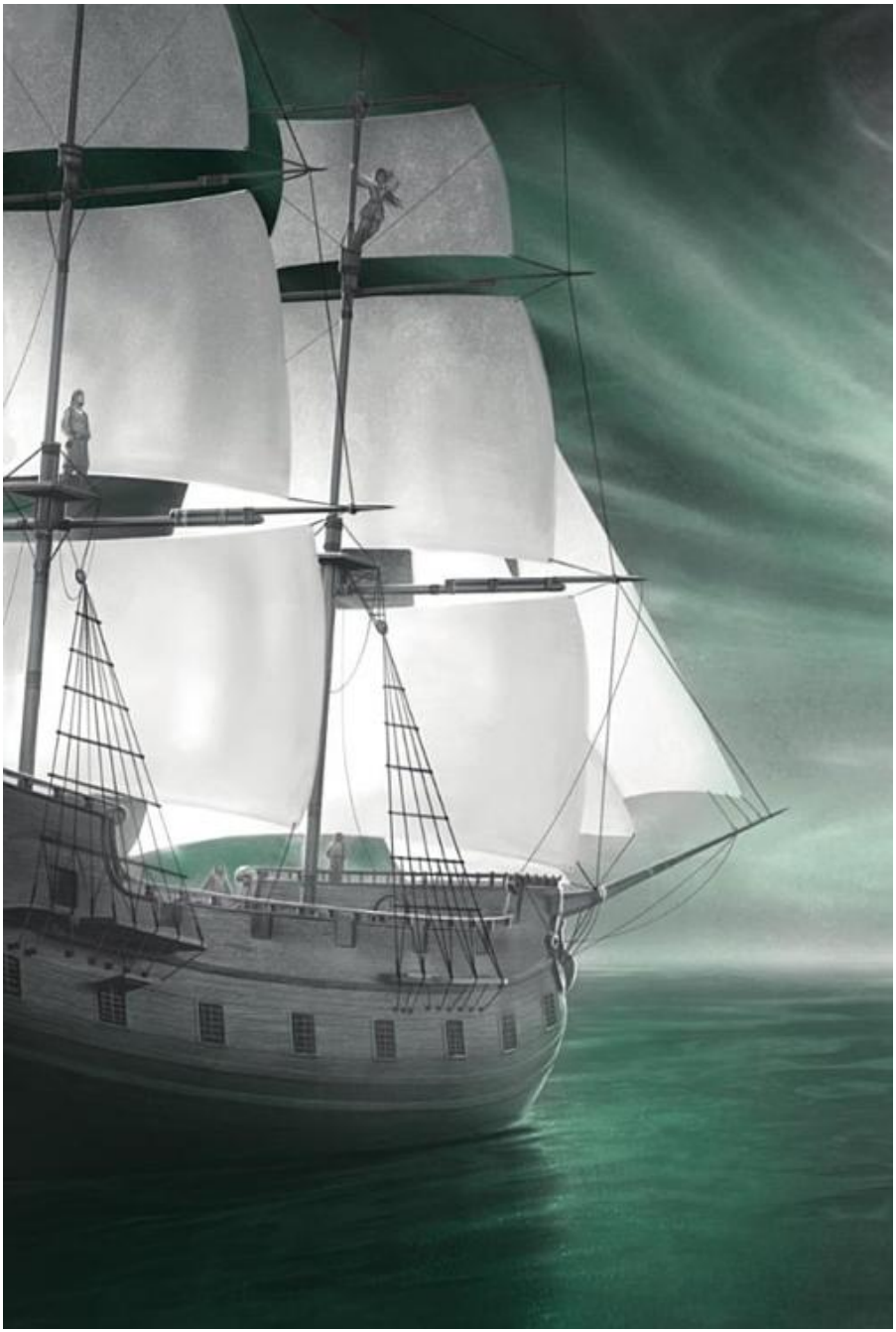
—¿Qué es eso? —preguntó.

Frontera por delante, escribió Fortín, moviendo la mano deprisa mientras casi daba saltitos de la emoción. **Tenemos el mar Carmesí a la vista. ¿Quieres ver el cruce?**

—¡Claro que sí! —exclamó ella saliendo al pasillo, aunque con una extraña reticencia a abandonar sus investigaciones.

Menuda idiotez. Trenza no tenía ninguna formación académica. Sus clases habían sido solo de materias muy básicas, como la lectura y la aritmética. Desde luego, precisamente ella no era ninguna erudita en secreto. ¿Una chica que limpiaba ventanas? Si hubiera tenido alguna vocación por investigar, se habría dado cuenta antes.

La verdad era tan simple como que jamás había encontrado un tema lo bastante interesante, o lo bastante peligroso, como para dedicarse a él.



38

No estoy muy seguro de que recomiende visitar los mares de esporas. Aunque existen lugares en el Cosmere que son más mortíferos, pocos son peligrosos de una manera tan despreocupada. Otros lugares te matan con un rugido o un cataclismo. Pero las esporas lo hacen con un susurro. Estás disfrutando de un buen libro tan tranquilo y, cuando te das cuenta, has hecho una inhalación desdichada, tienes unas cuantas esporas carmesíes dentro y de repente tu cráneo es un colador.

No es que pase a menudo, pero, cuando lo hace, de algún modo parece más injusto que morir por un relámpago o un huracán. Se supone que la naturaleza debería anunciar su presencia antes de asesinarte. Aunque sea por pura deportividad.

Dicho eso, los mares de esporas ofrecen algunas vistas espectaculares.

Fortín hizo espacio a Trenza en la amura enviando a un par de Dougs a mirar desde las jarcias. La tarde estaba avanzada y, tan lejos del lunacuerdo, la luna glauca pendía baja sobre el horizonte a popa,

en un reflejo especular de la luna carmesí que tenían delante. Era una inmensa esfera roja en el cielo, asomando sobre el horizonte, con el sol flotando sobre ella como un hermano ansioso.

Más cerca del barco, a proa, las esporas glaucas iban mezclándose cada vez más con las carmesíes, creando un gradiente cuyo centro desde lejos se veía de un color marrón oscuro. El vivo color rojo que titilaba más allá parecía un océano de sangre, como si alguien hubiera disparado a la luna carmesí y el *Canto del cuervo* navegara con rumbo a su cadáver.

Trenza no había previsto lo erróneo que le resultaría ese color. La luna verde y el mar Esmeralda habían teñido, casi literalmente, todo lo que había visto en la vida. La intimidó caer en la cuenta de que iba a abandonar ese mar e internarse en aquel océano rojo y malherido. Había pasado toda su existencia bajo la atenta mirada de la luna glauca, y una parte diminuta de ella, por irracional que fuese, temía que su vida se esfumaría en el momento en que el satélite dejara de pensar en ella.

Cuando salvaron la distancia y cruzaron el límite, Fortín se apoyó en la regala y levantó su letrero.

Estás sonriendo.

—Lo siento —dijo Trenza—. Es que esto es aterrador.

¿Sonríes cuando las cosas son aterradoras?

—Antes no —respondió ella—. Creo que mi cerebro se siente amenazado por lo demencial que es todo aquí en el océano e intenta encajar.

Fortín se frotó la barbilla, pero no escribió nada más. Trenza sabía que estaba pensando en su presunto papel como máscara del rey y en que las esporas le daban muchísimo menos miedo del que deberían. Pero de nuevo, no era eso. Trenza sí que estaba asustada.

Sin embargo, no había anticipado la terrible belleza que tendrían esas esporas rojas. Ni lo extraño que iba a ser abandonar el mar Esmeralda. Eran emociones nuevas para ella y, al igual que los sabores nuevos, podían ser al mismo tiempo terroríficas y embriagadoras.

¿Qué otras cosas habría renunciado a saber sobre sí misma, si jamás hubiera salido de su isla natal? O aún peor: ¿cuánta otra gente como

ella vivía en la ignorancia, carente de la experiencia necesaria para explorar con plenitud su propia existencia? Esa es una de las ironías más amargas que jamás me he visto obligado a aceptar: que, sin el menor asomo de duda, hay genios musicales de incomparable talento que murieron como barrenderos porque jamás tuvieron la oportunidad de coger un instrumento.

El *Canto del cuervo* siguió internándose en el mar Carmesí hasta que un Doug gritó una advertencia desde las jarcias. El cielo se había abierto y la muerte culebreaba hacia ellos.

Trenza nunca había visto llover. En su isla, el agua la sacaban de los pozos. Aunque le habían contado que caía del cielo, para ella siempre había sido un suceso mágico, místico. Algo salido de las historias.

Al parecer, una de esas historias quería comérsela, porque la lluvia avanzaba en zigzag directa hacia ellos como una acumulación de nubes que cruzaban raudas el cielo, dejando atrás una línea de éter explotando en el océano. Una enorme muralla de pinchos carmesíes germinando y trabándose entre ellos con tanta fuerza que los chasquidos eran audibles a gran distancia.

Trenza se quedó petrificada, fascinada. Por suerte, Salay tenía más experiencia con aquello y ya estaba cambiando el rumbo del barco cuando la capitana dio la orden de hacerlo. Fue un viraje brusco a babor que terminó devolviéndolos, muy poco a poco, al mar Glauco.

La franja de lluvia no los persiguió. Cambió de dirección al llegar al límite entre los mares y siguió avanzando a la carrera, dejando una estela de pinchos carmesíes entrecruzados que alcanzaban los diez metros de altura. Al cabo de un tiempo los pinchos caían y se hundían en el mar, dejándolo inmaculado, calmo. Como un niño que ha escondido el tarro de las galletas roto bajo la encimera y da por supuesto que todo se olvidará.

—Por las lunas —dijo Trenza con un hilo de voz—. ¿Y si… y si el bullir hubiera parado justo entonces? ¿Y si no hubiéramos podido movernos?

Fortín echó un vistazo a su tabla para leer lo que había dicho. Su única respuesta fue un encogimiento de hombros. Era la clase de riesgo que tendrían que asumir si iban a navegar por el Carmesí.

Trenza se volvió hacia el alcázar y vio a Cuervo cerca del timón, dando un largo sorbo de su petaca. Al bajarla reveló una expresión pensativa. No se atrevería a seguir adelante con esa franja de lluvia merodeando por la zona, ¿verdad?

—Timonel —dijo por fin la capitana, proyectando la voz para que la oyera todo el mundo—, haz el favor de llevarnos un poco más al sur, siguiendo la frontera. Parece… imprudente cruzar al Carmesí ahora mismo.

—Como ordenéis, capitana —dijo Salay.

Cuervo bajó a la cubierta de un salto, se metió en su camarote y cerró de un portazo. Laggart descendió por la escalera, estuvo a punto de tropezar con las prisas y trató de tapar el traspié gritando a los Dougs que volvieran al trabajo. A los pocos minutos ya estaban siguiendo un rumbo relajado por el límite entre los mares. Fortín se marchó a fregar unos cacharros y dejó a Trenza apoyada en la borda del barco.

Laggart pasó dando zancadas junto a ella, reparó en su presencia y se detuvo.

—Tú —dijo—. ¿Qué opinas de todo esto ahora?

—De verdad que no lo sé —respondió ella—. Aún estoy intentando que me entre en la cabeza.

—¡En eso puedo ayudar! —exclamó la voz del doctor Ulaam, que andaba por allí cerca.

Laggart dio un gruñido y le hizo un gesto a Trenza para que lo siguiera. Llena de curiosidad, Trenza fue con él al alcázar. Tras la rueda del timón y el puesto de la capitana estaba el cañón de popa, colocado sobre su propia plataforma con baranda, que era como una terraza muy reforzada que sobresalía de la parte trasera del navío.

Era una zona peligrosa, ya que estaba alejada de las protecciones de plata. Las esporas que se las ingeniasen para saltar del mar a ella tardarían más en morir. Esto, por supuesto, era importante para las esporas céfiro que utilizaban como carga de disparo.

Laggart hurgó en su tonel de artillería, lo cual, por suerte, lo obligó a bajar la mirada. Porque si hubiera visto la cara de Trenza, podría haber captado su repentina punzada de preocupación. ¿Qué estaba

haciendo? ¿Iba a sacar una bala de cañón de las que había reemplazado para echárselo en cara?

Por las lunas, Trenza habría sido una espía espantosa. ¿Cómo podían pensar Salay y los demás que era una máscara del rey? Trenza no comprendía que es muy posible que algo se te dé tan mal que parezca inverosímil. En esos casos, parece lógico concluir que en realidad esa persona es bastante diestra, porque hace falta verdadera competencia para fingir una incompetencia tan espectacular. Es lo que se llama la propiedad transitiva de la ineptitud, y sirve como explicación para cualquier cosa que me hayas visto hacer mal jamás.

En ese caso la ineptitud transitiva de Trenza no entró en juego porque Laggart no vio lo nerviosa que estaba, ni tampoco sacó una bala de cañón intercambiada para echárselo en cara. En vez de eso, sacó una bala de cañón normal y corriente y la sostuvo en alto como si admirase un bello cuadro. O tal vez, teniendo en cuenta el aspecto que tenía su cabeza calva al final del fino cuello, quizá estuviera preguntándose si guardaban algún parentesco.

—Ahora que somos piratas como es debido —dijo a Trenza—, he pensado que debería haber alguien en el barco aparte de la capitana y de mí que sepa disparar un cañón. El resto de la tripulación son demasiado inútiles para entrenarlos si hay esporas cerca. Enhorabuena.

Trenza se fijó en que, a pesar de sus valientes palabras, metió la mano con muchos reparos en el tonel para sacar un saquito de esporas céfiro, y lo hizo levantándolo entre el pulgar y el índice. Se apresuró a cargarlo en el cañón por la abertura que tenía en la parte de arriba.

—La carga de céfiro va ahí dentro —dijo, cerrando la tapa metálica de golpe—. Hay que meterla deprisa, porque incluso aquí arriba la plata de cubierta está lo bastante cerca para empezar a matar esporas. El compartimento interior está recubierto de aluminio, para bloquear la influencia de la plata.

Metió un trapo en el cañón y lo apretó al fondo con un atacador.

—Este paño llena toda el ánima del cañón —explicó—, para evitar que la explosión pase alrededor de la bala y hacer que toda la fuerza vaya al disparo. —Metió una bala por la boca del arma, que cayó en

su sitio con un golpetazo—. No se puede tener el cañón apuntado muy hacia abajo, o la bala saldría rodando por delante.

—Muy bien —dijo Trenza—, pero… hum, ¿la capitana sabe que me tienes haciendo esto?

—Soy el cañonero —espetó él—. A la capitana le da igual a quién entrene. Tú haz lo que te digo. Además, tengo que preocuparme por mí mismo. No quiero acabar herido y que nos hundan porque nadie más en este condenado barco tiene redaños para manejar el céfiro.

Así que Laggart no sabía que Cuervo pretendía venderla al dragón. Trenza se extrañó, porque el cañonero sí que parecía conocer el resto del plan. Pero entonces cayó en la cuenta de que lo más probable era que la capitana lo tuviera como sacrificio de reserva. Al fin y al cabo, Laggart era uno de los tripulantes que menos miedo les tenía a las esporas.

Laggart recogió un pequeño artilugio que había cerca de la regala y lo arrojó por la borda. Resultó ser una especie de boya con una banderita, sujeta al barco por medio de un cabo. Al tensarse, empezó a seguirlos a buena distancia, como un acosador escrupuloso.

—Haz cinco disparos al día —le dijo Laggart—. La mejor manera de pillarle el tranquillo a un cañón es practicar con él.

Se dispuso a marcharse.

—¡Espera! —exclamó Trenza—. ¿Ese es todo el entrenamiento que vas a darme?

—Entrenarte no servirá de nada hasta que sepas más —dijo él—. Estoy ocupado. Aprende y no me incordies con preguntas tontas. Si hundes una boya, enhorabuena. Hay más en la bodega. Ven a molestarme cuando seas capaz de hacerlo en dos disparos como mucho, y entonces hablaremos del verdadero entrenamiento.

—De acuerdo —dijo Trenza mientras se le ocurría una idea—. Pero quizá debería comenzar despilfarrando algo que no sea tan caro como las balas de cañón. ¿Tenemos una pistola de bengalas a bordo? Podría probar antes con ella.

—¿Qué clase de pregunta tonta es esa? —replicó Laggart.

Era, como es obvio, la clase tonta de pregunta tonta. Lo cual, por lo menos, es mejor que la clase redundante de pregunta retórica.

—La pistola de bengalas no se parece en nada al cañón, así que haz lo que te he dicho, imbécil —añadió Laggart, y siguió murmurando entre dientes mientras se alejaba.

Trenza se cruzó de brazos. Había pensado pasar la tarde o bien estudiando, o bien intentando averiguar cómo deshacer la maldición de Hoid. Aquella intromisión no le hizo ninguna gracia, pero quizá también tuviera sus ventajas. Si Trenza pretendía construir un arma basada en esporas para combatir a la capitana, había cosas peores a las que dedicar el tiempo que experimentar con un cañón.

Lo malo era que Laggart, al negarse a entrenarla en absoluto, la había condenado a desperdiciar horas enteras deduciendo por sí misma los procedimientos básicos para apuntar con el cañón. Incluso con el breve rodeo que estaban dando en la frontera, Trenza sabía que le quedaba poco tiempo. Según dónde estuviera la madriguera del dragón en el mar Carmesí, tenía entre unas pocas horas y unas pocas semanas para planificar.

La solución se le ocurrió un momento después. Empujó el cañón hacia delante, como había visto hacer a Laggart. Sonrió, sacó una varilla de artillería con una tela empapada en la punta y la metió por el oído del cañón. Un segundo más tarde la sacudió una explosión que envió el cañón hacia atrás por sus raíles.

Pasó menos de un minuto antes de que la cabeza de Ann asomara por detrás, con los ojos muy abiertos de anhelo.

39

Hay que usar estas dos manivelas —explicó Ann, haciendo rodar una manilla bastante parecida a la de una picadora de carne que había en la base del cañón—. Esta lo gira hacia babor o estribor. Esa otra de ahí lo levanta. Lo que pasa es que las balas de cañón van cayendo mientras vuelan, así que hay que apuntar hacia arriba y hacer el disparo como en arco. —Señaló hacia la boya.

»Lo más difícil es calcular la distancia a la que apuntar. Hay muchas balas de cañón con distintas longitudes de mecha. Para inmovilizar un barco, la bala tiene que explotar justo antes del impacto, para salpicar el agua cerca del casco.

—¿No hay alguna forma más fácil de hacerlo? —preguntó Trenza, sentada en el tonel de artillería—. No sé, como hacer balas de cañón que exploten al dar contra algo. Así solo tendrías que apuntar al barco, no calcular la distancia.

—Supongo —dijo Ann—. Pero nunca he oído hablar de nada parecido.

«Yo sí —pensó Trenza, comprendiendo en ese instante a qué se

refería el diagrama de su camarote al mencionar las “cargas de detonación por impacto”—. Alguien está diseñando armas como esas. Puede que hasta ya las haya construido».

Tampoco debería ser tan difícil, ¿verdad? ¿Y si de algún modo crearas una bala de cañón que fuese puntiaguda en vez de redonda, para dispararla como una flecha? Podrían hacerse de forma que, cuando dieran contra algo, la punta se hundiera en el centro para hacer explotar la bala.

Pero… ¿balas que no fueran bolas? ¿Podía intentarse siquiera? ¿Y cómo las llamarían, *cilindras*?

Ann terminó de alzar el cañón con el cabrestante, se levantó y apoyó una mano con cariño en el arma. Si buscas a una mujer, presta atención a las que te miran como Ann miraba ese cañón. Porque si existe una mujer así, lo más conveniente es mudarte a otro reino muy alejado, informar a las autoridades y andar con cuidado por si recibes por correo algún paquete lleno de dedos aleatorios amputados.

—Perdona si es una indiscreción —dijo Trenza—, pero ¿por qué eres tan… hum…?

—¿Fanática de las armas? —preguntó Ann.

Trenza se sonrojó y asintió.

—¿Por qué eres tú tan fanática de ruborizarte cuando haces preguntas? —dijo Ann.

—No quiero imponerme a la gente.

—Deberías hacerlo más —respondió Ann—. ¿Cómo vas a conseguir lo que quieres si no?

—Bueno… Es que los demás no tendrían que pensar en lo que yo quiero. No es… —Respiró hondo—. Ann, ¿vas a decirme por qué eres tan fanática de las armas?

—¿Tú qué crees? —preguntó la carpintera—. ¿Se te ocurre algo?

—No. Se lo… pregunté a Fortín y me dijo que creía que en tu infancia debías de ser una esclava o algo así. Cree que para ti disparar significa controlar tu entorno. Tener acceso al poder.

—Qué cosas —dijo Ann, sentándose en una caja que contenía más balas de cañón—. Con lo bueno que suele ser juzgando a la gente.

—Entonces, ¿no fuiste esclava de niña?

—Granjera —dijo Ann—. Criaba pollos. Era muy buena vida. ¿Sabías que los pollos son muy inteligentes y unas mascotas maravillosas?

—¿En serio?

—Sí. Lástima que estén tan deliciosos. ¿Alguna otra teoría sobre mí?

—Bueno —dijo Trenza—, también le pregunté a Salay, y ella opinaba que ves los cañones y las armas de fuego como símbolos de autoridad, así que quieres dominarlos porque la gente ningunea un poco la carpintería y quieres un puesto más importante.

—En fin —respondió Ann—. Es justo lo que habría esperado que dijera Salay. A ella siempre se le ha dado fatal juzgar a la gente. Pero fatal fatal.

—Ya me… hum… había dado cuenta —dijo Trenza.

—Por favor, dime que también le preguntaste a Ulaam sobre mí.

El sonrojo de Trenza se intensificó.

—¡Lo hiciste! —exclamó Ann, señalándola—. ¿Y qué te dijo?

—No entendí muy bien su explicación —respondió Trenza—. Era… hum, algo sobre la forma de los cañones… y de los puros, por algún motivo.

Ann se echó a reír. Fue un sonido estridente e indómito, lleno de genuina alegría. Trenza no pudo evitar sonreír también. Era el tipo de risa que desbordaba por completo a una persona y buscaba alojamiento adicional por los alrededores.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Trenza cuando la risa de Ann por fin cesó.

—Es solo que… —Ann se encogió de hombros—. Que me parecen geniales.

—¿Y eso es todo?

—¿Todo? —dijo Ann—. La gente se define a grandes rasgos por las cosas que le gustan, Trenza. Es lo que nos distingue a unos de otros, ¿sabes? Siempre se habla de lo importante que es la cultura, pero ¿qué *es* la cultura? No es el gobierno, ni el lenguaje, ni ninguna chorrada por el estilo. Son las cosas que nos gustan. Las obras de teatro, los cuentos, las colecciones de canicas.

—¿Las tazas? —propuso Trenza.

—Puede —dijo Ann—. Claro, ¿por qué no? Las tazas. Seguro que hay por ahí un montón de gente que colecciona tazas. Pero lo interesante no es una taza en sí.

—Es en qué se diferencia de otras tazas.

—¡Sí! Exacto. —Ann dio unas palmaditas al cañón—. Y yo soy una taza a la que le gustan las armas de fuego. Me encanta el aroma del céfiro al detonar. ¿Sabes cuál digo? ¿Ese olor eléctrico a relámpago? Y me encanta el reto de intentar acertar a un blanco lejano. Cualquier cenutrio puede darle a alguien que tenga al lado. Pero ¿darle al barco de enfrente pillándolo por sorpresa mientras se toma el té? ¡Pum! Eso sí que es clase. —Su mirada se perdió en la lejanía.

»En el pueblo me gustaba escuchar los cañonazos. Cada festival de los Doce Días. Bueno, eso y las pocas veces que algún saqueador intentaba atacar el puerto. Siempre que sonaban esos disparos y oía su eco en las colinas, pensaba: "Algún día voy a ser yo"».

—Lástima que nunca tuvieras la oportunidad —dijo Trenza con suavidad.

—¿Cómo que no? —repuso Ann—. ¡Pero si me alisté en la milicia nada más cumplir los años! Fui directa a las tropas de cañoneo. ¡Dure veinticuatro días! Hasta que… —Ann la miró—. ¿Sabes que las balas de cañón rebotan? Fue lo más lunático que he visto en la vida. Aún creo que soy la única cadete de la milicia que se las ha ingeniado jamás para disparar a su propio sargento… teniéndolo detrás de ella… dentro de un barracón.

—Caray —dijo Trenza.

Ann suspiró y se puso en pie.

—Venga, tendrías que probar a disparar, como te ha dicho Laggart. Apunta para que pase por encima de la boya, usando mechas largas de momento. Así luego ajustas el siguiente disparo hacia abajo. Hasta los mejores cañoneros hacen un disparo de prueba, para atinar el viento, coger perspectiva y esas cosas.

Trenza se levantó y notó el cosquilleo de un cierto y demencial sentimiento de culpa.

—¿Quieres disparar tú?

Es muy posible que sea lo más chiflado y temerario que he oído

decir a nadie jamás, y eso que literalmente formé parte de una conspiración secreta para matar a Dios.

—Ja, ja, ja —rio Ann—. Serás… Espera, ¿lo dices en serio?

Trenza asintió.

—Parece que lo echas mucho de menos.

Ann se inclinó hacia ella y observó a Trenza.

—Ni siquiera pareces asustada. Sí que eres una de ellos.

Propiedad transitiva de la ineptitud. Créeme.

Ann se acercó y puso la mano en el cañón. Miró a Trenza.

—Laggart se va a enfadar.

—Me ha ordenado que lo aprenda por mí misma —dijo Trenza—, y que no lo incordie. Eso estoy haciendo. Pido consejo a una experta.

Ann devolvió la mirada al cañón. Luego de nuevo a Trenza.

—¿De verdad de la buena?

—Yo he perdido cosas —dijo Trenza en voz baja—. Y… no será fácil recuperarlas. Recuperarlo a él. Pero lo que tú quieres está justo aquí delante. Así que no perdamos tiempo.

Ann sonrió de nuevo y miró hacia la boya. Usó la manivela para girar al cañón. Luego lo giró un poco más. Y otro poco más.

—Estooo… ¿Ann? —dijo Trenza, señalando—. La boya está por ahí.

Ann siguió su dedo y luego bajó la mirada al cañón, que estaba desviado como mínimo treinta grados.

—Yo lo veo bien.

—Hazme caso —dijo Trenza—. Devuélvelo hacia aquí.

Ann lo hizo a regañadientes. Sacó la varilla de artillería de su cubo. Y entonces, sonriendo como una enterradora en zona de guerra, disparó.

Las dos esperaron, temiendo lo peor. Y Trenza sí que alcanzó a captar un característico aroma metálico. La bala de cañón impactó en el mar Glauco a popa y desapareció. Sin hacer daño a nadie.

Si te soy sincero, me sorprendí un poco.

—Gracias —susurró Ann—. *Gracias*.

—Pero si no ha sido nada —dijo Trenza.

—Lo ha sido todo —respondió Ann—. Estaba empezando a creérmelo, Trenza. Lo que decían de mí. Que estoy maldecida. Y no lo

estoy. Es solo que… bueno, que tengo mala puntería. —Perdió la mirada en el océano y se secó los ojos—. No estoy maldecida. No sabes lo mucho que necesitaba saberlo.

—Ven a verme todos los días —propuso Trenza—. Dispara conmigo. Podemos mejorar juntas.

—Hecho.

—Ah —dijo Trenza—. Otra cosa. ¿Sabes si hay pistola de bengalas en el barco?

—Claro que sí —respondió Ann—. Hace falta si te quedas varado, o para rendirte a los piratas. ¡Anda! Me parece que de eso ya no tendremos que preocuparnos. Para nosotros la rendición significa la muerte. Bueno, en todo caso, ve a pedírsela a Fortín.

Ann se marchó enseguida, porque las lágrimas de alegría no combinan precisamente bien con las zonas desprotegidas del barco. Trenza se sentó y pensó en la gente y en cómo los huecos que tienen pueden llenarse con algo así de sencillo, como un poco de tiempo, o unas palabras dichas en el momento adecuado. O, por lo visto, una bala de cañón. ¿Qué otra cosa aparte de las personas puede apuntalarse a base de mero cariño?

Al cabo de un rato, Trenza hizo también varios disparos. (Que también fallaron todos). Mientras recogía al terminar, el barco al fin viró por orden de la capitana. Esa vez no hubo lluvia que los persiguiera mientras se internaban en el mar Carmesí.

40

La tarde siguiente Trenza fue a ver qué ingredientes había en la cocina de a bordo. Lo que encontró no era muy alentador. Harina pasada, muy pocas especias útiles, aceite rancio. ¿Y el horno del barco? Estaba alimentado por esporas de luz solar, que calentaban la cámara de un modo imposiblemente desigual. Para comprobarlo bastó con una prueba rápida de harina mojada en una sartén.

Normal que Fortín se las viera y se las deseara para cocinar cualquier cosa sin quemarla. De hecho, quizá hasta lo hiciera a propósito para encubrir el horroroso sabor de los ingredientes. Trenza le lanzó una mirada con los brazos cruzados y él se encogió de hombros. No necesitaban su tabla de escritura para ese intercambio.

—Muy bien —dijo ella, pasándole la botella de aceite rancio—. Esto tíralo por la borda. Es irrecuperable.

Fortín miró con atención aquella botella que tan pequeña parecía en sus gigantescas manos, sostenida entre dos dedos rotos y retorcidos. Era un hombre tan inmenso que Trenza no podía evitar preguntarse si sería humano del todo, lo cual es comprensible. Pero, fuera de

bromas, Fortín era cien por cien humano. Y al menos otro veinte por ciento de otra cosa que aún no he sido capaz de determinar.

—Créeme —dijo Trenza—. A la harina aún le sacaremos partido, pero ese aceite ya no vale para nada.

Que tú sepas, escribió él. **Te sorprendería con qué cosas comercia la gente.**

Se guardó la botella. Entre los dos ocupaban por completo la pequeña cocina del barco, que no era mucho más grande que el pañol de Fortín y por todas las paredes tenía encimera con cajones debajo, interrumpida solo por la puerta en un extremo y el horno en el otro.

—Ten —dijo Trenza, pasándole un montoncito de nueces kulu sobre la encimera—. Machácalas.

¿Que las machaque?

—Sí, pero hazlo en el mortero para que no se escape el líquido. Las nueces kulu tienen mucha grasa y vamos a necesitarla, dado que el aceite está malo.

Fortín se encogió de hombros y obedeció mientras Trenza hacía unas pequeñas modificaciones con sartenes para convertir el horno en una vaporera.

—Si necesitas un horneado más uniforme —explicó al ver la expresión curiosa de Fortín—, el vapor es un buen conductor.

Pero ¿no íbamos a hacer pan?

—Pan de nuez —dijo Trenza, meneando la harina para ver si tenía moho. La harina vieja podía aprovecharla, pero ¿harina mohosa? Eso sería mucho peor. Por suerte, aquella parecía bastante seca y limpia—. Tenemos que evitar el pan normal. La harina vieja tiene mal sabor, pero no nos pondrá enfermos. Así que necesitamos añadirle alguna cosa para que no se note tanto. El pan de nuez kulu debería funcionar, y puede hacerse al vapor.

Fortín confió en ella y siguió machacando nueces. Durante la siguiente hora, Trenza se descubrió volviendo a antiguas rutinas. ¿Cuántas veces había cocinado para sus padres utilizando lo poco que podían permitirse o recolectar? Había una tranquilizadora familiaridad en volver a hacerlo, aunque fuese a una escala mucho mayor.

Esperó que a sus padres les estuviera yendo bien sin ella. Había querido escribirles, pero con todo lo que había pasado… De pronto

tuvo remordimientos por haber deseado recibir más cartas de Charlie. Si sus experiencias marinas se habían parecido en algo a las de ella, era un milagro que hubiera encontrado tiempo para escribirle las veces que lo había hecho.

Fortín no intentó llenar el tiempo con charla insustancial y, aunque uno podría atribuirlo a su sordera, he conocido a más de una persona sorda que hablaba por los codos. Fortín se dedicó a observar todo lo que hacía Trenza, y ella encontró su atención difícil de interpretar. ¿Quería aprender de ella o era suspicacia?

Sin poder decidirse, sacó la primera horneada de prueba, cortó una esquina y se la ofreció. Fortín la sostuvo entre los lados de las manos. La inspeccionó. La husmeó. La probó. Se le inundaron los ojos.

Esa clase de reacción provoca el pánico en cualquier artista. Las lágrimas se llevan por delante todo el terreno intermedio, y eliminar las infinitas permutaciones de la mediocridad reduce lo posible a dos opciones, una sublime, la otra catastrófica. Por un momento, ambas interpretaciones existieron en una especie de estado cuántico para Trenza. Para que luego la gente no entienda por qué los artistas abusan de la bebida con tanta frecuencia.

Fortín dio otro bocado.

El suspiro aliviado de Trenza podría haber llenado las velas. Siguió troceando carne de gaviota, que por suerte estaba fresca, para los pasteles. Pero Fortín le dio un golpecito en el hombro.

¿Cómo lo has hecho?, escribió. **Estaba fijándome y no he visto ningún truco de prestidigitación**.

—¿Para qué iba a hacer trucos?

Ingredientes secretos. O cambiar una hogaza por otra preparada de antes.

—¿Siempre sospechas tanto de la gente?

Soy el pañolero de un barco pirata, dijo él.

—Pues no he cambiado ninguna hogaza —repuso ella—. Y no hay ingredientes secretos aparte de la práctica y la capacidad de improvisación.

Fortín dio un tercer bocado.

—¿Cuánto dirías que vale una comida como esta cada día? —preguntó Trenza mientras él masticaba.

Fortín se irguió en toda su altura y clavó la mirada en ella, con una

sonrisa astuta.

Bueno, supongo que es un asunto debatible, ¿no te parece?

—Ese tercer mordisco que acabas de darle sugiere que el debate ya está zanjado.

Fortín vaciló a medio camino de chuparse los dedos. Entonces escribió: **¿No decías que no estabas engañándome?**

—Es curioso —respondió Trenza—, pero no recuerdo haber dicho eso. Solo he afirmado que el pan era auténtico, no que no intentara engañarte. ¿Te apetece un cuarto bocado?

Hay que señalar que Trenza estaba llevando la conversación bajo el peso de una leve culpabilidad. Quería caerle bien a Fortín y en general no iba por la vida exigiendo intercambios ni pagos a sus amigos.

Pero había observado cómo se relacionaba el pañolero con los demás. Fortín no era un hombre egoísta. No solo había sido quien la izó a cubierta el primer día, sino que además le había dado comida cuando a Trenza le había hecho falta. Siempre parecía tener aquello de lo que la gente carecía, y proporcionaba con discreción medicinas, zapatos y hasta alguna baraja de cartas a los Dougs que lo necesitasen. Rara vez les pedía a cambio algo de igual valor.

En cambio, con personas como Ann o Salay regateaba encarnizadamente hasta por lo más nimio. Incluso por cosas que deberían poder sacar sin problemas de las reservas del barco. Trenza pensaba que quizá Fortín fuera como su tía Glorf, que siempre luchaba hasta obtener los mejores precios en el mercado. Siempre le había dado miedo quedar como una tonta si dejaba que se aprovecharan de ella.

La suposición era tan errónea como duplicar los signos de interrogación. Pero funcionaba de todos modos. Como duplicar los signos de interrogación. Porque fue lo que convenció a Trenza de regatear, aun cuando no quería imponerse.

Si haces esto una vez por cada día que te he dado de comer, dijo Fortín, **nuestra deuda quedará saldada.**

—Bueno, podría parecer un trato justo —respondió Trenza—, pero solo si una estuviera usando un cerebro prestado podrido que Ulaam hubiera sacado del fondo del cajón de abajo. La comida que me proporcionaste, Fortín, apenas tenía valor. En mi opinión, un buen

plato debería compensar por lo menos unas pocas docenas de los espantosos.

Es falso que la comida no tuviera valor, dijo Fortín, y siguió machacando nueces. Sostenía el majador bastante bien con sus dedos torcidos y hacía pausas de vez en cuando para pulsar con los nudillos sobre la tabla, que, reposando en la encimera, mostraba las palabras en la misma cara. **La comida tiene un umbral mínimo de utilidad, suponiendo que no sea venenosa.**

—No era venenosa —dijo Trenza—, pero desde luego lo intentaba.

Te mantuvo viva, y la vida tiene un valor incalculable, diría yo. Por lo tanto, mi comida, proporcionada cuando no podías obtener ninguna otra, fue valiosísima.

—Ah —replicó Trenza mientras troceaba carne de gaviota—, pero la capitana no para de decir que mi vida no vale nada. Así que a tu comida, a su vez, le pasa lo mismo.

Si tú no tienes ningún valor, escribió Fortín con una mano mientras machacaba nueces con la otra, **entonces tu labor tampoco lo tiene apenas. Y en consecuencia, debería poder darte empleo a cambio de una miseria.**

—Como quieras —dijo Trenza—. Imagino que, si estás en lo cierto, tendré que buscar alguna otra forma de compensarte. Qué lástima.

Cogió el último pedazo de la hogaza de prueba antes de que Fortín pudiera adelantársele y se lo metió en la boca. Por las lunas, ya había olvidado lo que era comer sin tener que esforzarse en contener las arcadas.

Fortín se frotó la barbilla un momento y luego sonrió.

Bien, de acuerdo. Cada día que trabajes dándonos alimento adecuado reduce la deuda en dos días de las comidas que te di.

—Cinco —dijo Trenza.

Tres.

—Trato hecho —respondió ella—, pero no puedes decir a los demás que soy yo quien hace la cena. No puedo permitirme que me obliguen a preparar también el desayuno y la comida. Tengo otras cosas que hacer.

La tripulación sospechará si dos comidas son malas y una es increíble.

—Conque mi comida es increíble, ¿eh? —dijo ella.

Fortín se quedó muy quieto un momento y sonrió de nuevo.

Te había subestimado.

—Espero que cunda el ejemplo —dijo Trenza—. Eres un hombre

con recursos, Fortín. Ya se te ocurrirá alguna excusa que dar a la tripulación. Cuéntales que estás probando recetas nuevas, pero que solo tienes tiempo de practicar una vez al día. Además, si arreglamos ese horno, lo que prepares no será tan…

¿Particular?, escribió él.

—Irreconocible.

Tenemos un trato, supongo. Siempre que aceptes preparar también un postre cada día. Los Dougs llevan tiempo pidiendo uno que no derrita el plato antes de poder comerse.

—¿Piden más de lo que les cocinabas? Por las lunas, ¿cuántos cerebros de saldo tenía Ulaam para repartir?

Fortín estalló en carcajadas. Fue una risa viva, pero no tan estridente como la de Ann. Más desatada que incontrolada. Era la risa de alguien a quien le daba igual cómo lo oían o lo veían los demás.

«Me equivocaba —comprendió Trenza—. A Fortín no le importa quedar como un tonto si se aprovechan de él».

¿Qué me dices?, escribió el pañolero. **¿Hay postre?**

—Quiero una pistola de bengalas —dijo ella, pasando la carne troceada a un molde de pastel—. Y bengalas. Sin preguntas.

Fortín la miró.

¿Asuntos de máscara?, escribió.

—Tal vez.

¿Nos ayudará con nuestros aprietos? Fortín señaló hacia arriba, donde estaba el camarote de la capitana.

—Eso espero.

Entonces la tendrás. A cambio de postres durante el resto de la travesía.

—Hasta que lleguemos a nuestro destino en el mar Carmesí —matizó Trenza.

No era consciente de que lo tuviéramos. Qué curioso. Bueno, que así sea.

Se limpió la mano con un trapo y la tendió hacia Trenza, que se la estrechó para sellar el acuerdo.

Te doy las gracias, dijo Fortín. **De veras.**

—¿Por la comida? —preguntó ella.

Por la negociación.

—¿Por qué te gusta tanto, Fortín? —preguntó ella, apoyándose en la encimera.

Soy cazador de profesión, explicó él. Para mi pueblo, y para mi familia en particular, es un orgullo ejecutar una cacería excelente.

—¿Cacería?

Bueno, hemos ido ampliando la definición con los años, explicó Fortín. Resulta que una sociedad entera de cazadores no tiene mucho margen de crecimiento. ¿Quién hará el calzado? ¿Quién horneará el pan? ¿Quién planificará las bodas? Dio un golpecito en la tabla para borrar las palabras y prosiguió. Así que ahora, al alcanzar la mayoría de edad, escogemos nuestra caza. Esta es la mía. Una caza digna, la misma de mi madre. Registro todas las grandes victorias y las envío a casa en cartas para que las cuelguen en nuestro salón familiar.

—Hala —dijo Trenza.

¿Te impresiona? Ann se burló.

—Sí que me impresiona —respondió ella—. Además, tengo un amigo al que le encantaría oír esa historia. Espero que lo conozcas algún día. ¿Este… negocio que has hecho conmigo lo enviarás por carta?

Fortín volvió a reír.

Trenza, te avergonzaría saber lo excelente que acaba de ser mi cacería. ¡Parece que no hayas probado mi comida! El primer bocado de ese pan ya valía más que todos los platos que te he dado hasta ahora. Y no solo me has prometido más, sino que permites que me lleve yo el mérito con los Dougs. Le guiñó el ojo. ¡Voy a presumir de esta captura a lo largo de tres páginas enteras! Y ahora, venga, date prisa. Quiero probar los pasteles esos.

Desmontar una bengala llena de esporas estando distraída no era la mejor idea del mundo, pero hay que decir en favor de Trenza que no había decidido distraerse. Había ocurrido de manera natural, como un ataque de hipo o el declive entrópico del universo.

Mientras retiraba el rígido tapón de papel encerado para abrir la bengala, reflexionó sobre el deleite puro que embargaba a Fortín al negociar. A ella siempre la ponía nerviosa regatear en el mercado, porque no quería hacer sentir a los vendedores que sus artículos eran despreciables ni que su trabajo carecía de valor. En cambio, a Fortín le encantaba la parte del regateo.

Y a Ann, disparar el cañón. Trenza pensó en ella mientras dejaba caer con cuidado las esporas de la bengala en su banco de trabajo. ¿Había visto a alguien entusiasmarse tanto por algo como Ann? Ni siquiera Charlie con una empanada recién hecha ponía tanta cara de satisfacción.

Trenza dio unos golpecitos cautelosos a la bengala y lanzó una mirada a Huck, que había insistido en hacerle compañía, pero estaba escondido bajo un gran cuenco para sopa y levantaba el borde un

centímetro o dos para mirar. En ese momento temía sobre todo las esporas, pero Trenza lo veía esconderse mucho más de un tiempo a esa parte. Hasta cuando el gato no andaba cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó Huck cuando una esfera de piedra rosada salió rodando desde el centro de la bengala.

—La carga de agua —explicó ella, alzándola hacia el ojo de buey para que la luz atravesara la piedra rosa. Una sombra de agua se movió dentro al agitarla—. Cuando esto se rompe, el agua sale y activa las esporas. En este caso, esporas de luz solar que arden con un brillo abrasador.

—Ah —dijo él, levantando más el cuenco—. Entonces ¿esas no explotan?

—No —respondió Trenza—. Pero podrían quemarnos, porque crean un fogonazo de luz y calor. —Colocó una bala de cañón sobre la mesa —. Pero estas sí que están llenas de esporas céfiro, así que explotan a base de bien.

Huck bajó su escudo en respuesta. Trenza hizo rodar la minúscula bola de rosaíta de un lado a otro del banco. Recordó los sermones que daban en los distintos días lunares, desde lo más alto de su isla. En los días lunares glaucos se veía el alineamiento del sol y la luna. Trenza siempre tenía la impresión de estar perdiéndose algo en aquellas ceremonias, porque desde su lado el alineamiento se veía como cualquier otra sombraluna, las cuales tenían lugar a diario. Pero al parecer el sol se centraba exactamente detrás de la luna solo dos veces al año.

Durante esos eclipses, los predicadores hablaban de respetar las lunas y del sentido de la vida. El problema era que cada predicador que visitaba la isla parecía tener una idea diferente sobre qué propósito tenía la vida. Ni siquiera los predicadores de una misma escuela lunar se ponían de acuerdo.

Eso la había reconfortado. Si la propia religión no lograba aclararse, a ella se le podía perdonar que estuviera hecha un lío.

Pero en esos momentos, mientras hurgaba en los restos de la bengala para sacar el temporizador, se lo planteó. Cada uno de aquellos predicadores se había comportado como si conociese la

respuesta, como si existiera un único propósito en la vida. En toda vida. Trenza comprendía esa predisposición. Era evidente que una respuesta que lo abarcara todo simplificaría las cosas. Dos más dos son cuatro. El agua hierve a una temperatura específica. Y por cierto, el propósito de la vida es aprender a imitar la llamada del tití. Venga, a vivir.

Para Fortín, hacer un buen negocio era el objetivo de la vida. Al mismo tiempo, para Ann lo era aprender a disparar un cañón sin volar las extremidades de sus amigos por accidente. ¿Qué pasaba entonces, que había *muchas* respuestas? ¿O que eran todas la misma respuesta pero con distintas aplicaciones?

Debo señalar que Trenza habría sido una filósofa de primera categoría. De hecho, ya había determinado que la filosofía no era tan valiosa como creía al principio, cosa que a los más grandes filósofos les cuesta al menos tres décadas comprender.

Por fin sacó el temporizador y lo dejó en la mesa. Se fijó en que el funcionamiento de la pistola de bengalas era muy parecido al de una pistola normal. Había que introducirle una carga separada para dispararla.

—Eh… ¿Qué estamos haciendo? —preguntó Huck.

—Mira aquí —dijo ella, arrancando un trocito de plata del temporizador. Era cónico y afilado en un extremo, como la punta de un lápiz—. Esto es lo que hace estallar la bengala. La plata perfora el núcleo de rosaíta, que está lleno de agua.

»Lo que voy a hacer es invertirlo. Pondré este pincho en la punta de la bengala, pero encarado hacia atrás. Así, cuando la bengala dé contra algo, la plata retrocederá, romperá la bola de rosaíta y dejará salir el agua.

—A ver, sí —dijo Huck—. Debería funcionar. Pero ¿por qué?

—Necesito algo que detenga a Cuervo —explicó Trenza—. Pero, como vimos cuando atacamos el barco mercante, una pistola normal no le haría daño.

—¿Y esperas que una bengala sí? —preguntó Huck.

—No exactamente.

Trenza empezó a reconstruir la bengala. No solo puso el detonador

de plata bajo la punta en vez de en la base del proyectil, sino que también reemplazó las esporas de luz solar por arena y unas pocas esporas glaucas. Volvió a cerrar la bengala sin el temporizador y la inspeccionó.

—Antes le he preguntado a Ulaam, y dice que las esporas que viven en la sangre de Cuervo la protegerán de cualquier arma que intente abrirle la piel. Así que he pensado que la detendré sin hacerle daño.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Igual que detenemos a los barcos sin hundirlos —dijo Trenza—. Construyendo una bengala que haga estallar enredaderas glaucas y usándolas para dejarla pegada a la pared o al suelo. Si logro que esto funcione, no tendré que matarla. Ni siquiera tendré que herirla. Puedo dejarla inmovilizada y que Salay se ponga al mando del barco.

—¡Qué buena idea! —exclamó Huck, asomándose un poco más de debajo de su cuenco—. ¿Crees que funcionará?

Trenza cargó la bengala junto con unas pocas esporas céfiro en la pistola, que tenía un cañón grueso y achaparrado. Apuntó con ella pero no pulsó el gatillo, que inyectaría agua en el cañón y lanzaría el proyectil. Probar el arma en su camarote no parecía muy saludable.

Pero ¿cómo podría probarla? Necesitaba que la bengala impactara contra algo sólido para romper su contenedor interno de agua, así que no podía dispararla por el ojo de buey sin más. Pero tampoco quería que Cuervo supiera lo que estaba construyendo.

Tendría que buscar otra manera. Dejó la pistola en la mesa y miró hacia el lado mientras Huck salía por fin de su escondrijo y se acercaba.

—Oye, pareces triste —dijo la rata—. Tú tranquila, Trenza. Te librarás de esto. Eres buena y eres lista. Lo conseguirás.

—Si lo hago —respondió ella en voz baja—, significará condenar a muerte a Cuervo. Su enfermedad se la comerá desde dentro si no llega a un acuerdo con el dragón.

Huck se frotó las patas y meneó el hocico. No dijo lo evidente: que Cuervo no merecía ninguna compasión. Trenza ya lo sabía, y él sabía que lo sabía.

Por desgracia, la compasión no es una válvula que pueda cerrarse

cuando empieza a inundar el patio. Es más, el camino hacia una vida sin compasión es largo y doloroso, lleno de humanidad canjeable vendida a precio de ganga.

Para distraerse de lo que pretendía hacerle a Cuervo, Trenza estudió el temporizador que había dejado fuera al reconstruir la bengala. El pequeño aparato era una fiel reproducción del diagrama que había visto: un trocito de enredadera glauca como mecha, ya germinada a partir de esporas, y un diminuto vial de cristal que, al ser mucho más endeble que la bola de rosaíta, se rompería al disparar.

Separó la enredadera y, haciendo que Huck retrocediera preocupado, vertió un poco de agua en ella. La enredadera se enroscó y tembló. Trenza estuvo observándola un rato y luego pensó que debería practicar con sus herramientas.

La enredadera se contoneó con un poco más de vigor.

Trenza vaciló y se agachó para mirarla más de cerca. El éter crecía a ritmo constante, aunque todavía no era más largo que su dedo índice. Entonces la punta, la parte que crecía, giró hacia ella. La pequeña enredadera reptó en su dirección.

Trenza se hizo a un lado. La punta de la enredadera empezó a crecer hacia allí.

Cada vez más confusa, Trenza movió la silla hacia el otro lado. De nuevo la enredadera fue tras ella, haciendo zigzag en su creciente longitud cuando la punta viró para seguirla.

Se le estaba terminando el agua, así que Trenza le echó un poco más. Luego se agachó y vio cómo la enredadera se deslizaba hacia ella. ¿Estaría… buscando algo? En la Roca había encontrado unos hierbajos en un cobertizo oscuro que, de algún modo, habían sobrevivido a la sal. Esas plantas habían crecido todas en la dirección del único agujero en los tablones por el que entraba la luz.

—¿Qué haces? —le preguntó Huck, acercándose con cuidado.

Trenza sacó el dedo y la punta de la enredadera comenzó a crecer hacia él y formó un pequeño sacacorchos cuando ella movió el dedo en círculos. Reaccionaba a ella, no a Huck.

«¿Es porque es una rata o… porque él le tiene miedo?». Pero a Trenza también la asustaban las esporas, ¿verdad?

Solo que aquella pequeña enredadera no era peligrosa. De modo que… no, no sentía ningún miedo. Al menos no en ese momento.

Cuando usó las esporas de medianoche, se había vinculado a la creación. Le resultó curioso estar notando algo similar con la enredadera. Una Conexión. Le pareció que podía sentirla buscando. Estaba vacía, pero buscaba. Anhelaba.

«Lo entiendo», pensó, dirigiéndose a la enredadera mientras dejaba que le tocara el dedo y se enrollara con suavidad en torno a él. Fortín tenía sus tratos y Ann sus armas de fuego. Pero ¿qué tenía Trenza? Quería salvar a Charlie, pero ese no era su propósito. Era su objetivo.

Desvió la mirada hacia las tazas. Aunque seguía apreciándolas, tenía que reconocer que últimamente solo se fijaba en ellas porque le recordaban a Charlie. Las propias tazas ya no tenían para ella el encanto de antaño. Había visto demasiado mundo desde entonces. Y no solo refiriéndose a los lugares.

La enredadera se quedó sin agua y se detuvo, dejándole el dedo envuelto, pero no con una presa amenazadora. Era un toque leve. Interesado, no peligroso.

Le pareció extraordinario. ¿Cómo podía ser? Todo el mundo interaccionaba a diario con esporas, aunque fuese con las muertas. La gente las temía con razón. No obstante, aquella daba más la impresión de ser un cachorrito que una mortífera fuerza de aniquilación.

¿Era posible que el mundo entero hubiera juzgado mal una cosa tan habitual? Aunque a Trenza le pareciera improbable, era cierto… y tampoco tan sorprendente. La gente no deja de prejuzgar las cosas comunes que hay en sus vidas. (A otra gente, por ejemplo).

Trenza no estaba descubriendo algo desconocido del todo. De hecho, estaba dándose cuenta de por qué las esporas y los éteres fascinaban a los germinadores. Tenía mucho que ver con el miedo.

Aunque una medida sana de atrevimiento llevó a nuestros antepasados al descubrimiento, fue el miedo lo que los mantuvo con vida. Si la valentía es el viento que nos hace volar como cometas, el miedo es el cordel que nos impide ir demasiado lejos. Lo necesitamos, pero el caso es que nuestro acervo nos enseñó a temer algunas cosas que no deberíamos.

Por ejemplo, para nuestros antiguos predecesores, la gente extraña y desconocida significaba a menudo enfermedades nuevas y alguna lanza arrojada de vez en cuando contra nuestras partes más blandas. Pero hoy en día, lo único que en general va a arrojarnos la gente desconocida son palabrotas interesantes con las que impresionar luego a nuestras amistades.

¿Temer a algo como los éteres? Bueno, es tan natural como los pezones, pero también casi tan vestigial como la variedad masculina. Y cuando uno abandona ciertos miedos y suposiciones, se le abre un mundo entero.

Adoro los recuerdos. Son nuestros cantares, nuestros mitos fundacionales personales. Pero debo reconocer que la memoria puede ser cruel si se la deja a sus anchas.

La memoria es con frecuencia nuestra única conexión con la persona que éramos antes. Los recuerdos son fósiles, huesos dejados por versiones muertas de nosotros mismos. Pero lo más crucial es que nuestra mente es un público ansioso, que anhela únicamente los picos y los valles de la experiencia. Lo insulso se erosiona, dejando atrás solo las partes distintivas para recordarlas una y otra vez.

Dolorosas o apasionadas, surrealistas o sublimes, atesoramos esas piedrecitas de experiencia álgida y las pulimos con el toque alisador de la vida reciclada de segunda mano. Y al hacerlo, como paganos venerando una figura esculpida en barro, convertimos los recuerdos en los dioses que juzgan nuestra vida actual.

Eso me encanta. La memoria no será el corazón de lo que nos hace humanos, pero sí es como mínimo un órgano vital. Sin embargo, debemos tener cuidado de no permitir que la dicha del presente se empañe al compararla con unos días supuestamente mejores. Somos

felices, sí, pero ¿éramos más felices antes? Si le dejamos, la memoria puede sumir en sombras el ahora, pues nada podrá estar nunca a la altura de las leyendas apuntaladas de nuestro pasado.

Pienso mucho en esto, ya que mi trabajo consiste en vender leyendas. Empaquetarlas, mercantilizarlas. Por un módico precio te haré partícipe de mis recuerdos, que prometo solemnemente que son reales, o que lo serán mientras te avengas a no hacerles una autopsia demasiado profunda.

No dejes que el recuerdo te persiga. Acepta el consejo de alguien que ha diseccionado a la bestia y la ha reconstruido con un rostro más temible, que luego utilicé para persuadir a un público ebrio de desprenderse de unas monedas más. Disfruta de los recuerdos, sí, pero no te dejes esclavizar por la persona que desearías haber sido.

Esos recuerdos no están vivos. Tú sí.

En mi caso, creo que no presté la atención debida a lo arrebatador que era el mundo de Trenza. Para mí era un planeta atrasado que se ahogaba en los desechos de los éteres, que resultan más útiles en otras encarnaciones y, de todos modos, son mucho más fáciles de recolectar en las propias lunas.

Así y todo, en ninguno de mis viajes he presenciado nada comparable a esas esporas. Mientras surcábamos el Carmesí, me sentí como una hoja flotando en la sangre de un gigante caído. Cuanto más avanzábamos, más alta pendía la luna carmesí, oscura y siniestra de día, a menudo envuelta en un halo de luz solar. Un coágulo en la claridad.

De noche llameaba con su propio e incesante resplandor preternatural. Al principio estábamos demasiado lejos para ver la catarata de esporas, pero al reducir la distancia apareció el lunacuerdo. Un chorro cayendo desde la fuente del cielo al centro del mar. Las esporas glaucas siempre me habían recordado al polen en el aire, pero aquello daba la impresión de ser un flujo de lava. Una erupción en el firmamento destinada a fundir el planeta.

No estaba en mis cabales durante aquella travesía, pero aun así podía ver. Y las partes pulidas de esa tierra en mi recuerdo son siempre imágenes estremecedoras. Visiones irreales y cautivadoras de

una magia tan imperante que literalmente caía desde el cielo.

Pero creo que Trenza habría preferido que las vistas no fuesen tan espectaculares. Así le habría resultado más fácil retener mi atención.

—¿Quieres concentrarte, Hoid, por favor? —preguntó la chica.

Señalé hacia la lejana luna roja y las esporas que caían de ella para llenar el mar.

—Parece que la luna esté vomitando.

Trenza suspiró.

—Imagínate que el mar es el retrete —dije—, y la luna el rostro de un dios, devolviéndonos encima después de una larga noche dejándose dar vueltas y más vueltas en el taburete de una taberna.

En ese momento compuse un poema sobre un dios que devolvía. Te lo ahorraré, aunque fuese la única ocasión en que tuve excusa para hacer una rima estupenda y consonante con la palabra «cogitar».

Al rato, tras cierta insistencia, por fin aparté la mirada de mi recién descubierta musa y me senté cerca de Trenza. Ella habría preferido que habláramos bajo cubierta, sin que nos vieran, pero yo me había empeñado en que fuese allí. Quería ver regurgitar a la luna. Lo típico.

—Tenemos que romper la maldición —dijo.

—Ah, sí —respondí. Me incliné hacia ella y hablé en tono conspiratorio—. Me echaron una, ¿sabes?

—¿Una maldición?

—Eso es.

—Lo sé, Hoid.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por eso podemos hablar de ella. Si no lo supiera, no podrías decírmelo.

—¿No puedo decirte nada que no sepas, solo cosas que ya sabes?

—Sí, por culpa de la maldición.

—¡Ah! ¡Una maldición! Me…

—… echaron una. Lo sé. Tengo que deshacerla para que puedas llevarme hasta la hechicera. Nadie sabe en qué parte del mar de Medianoche está.

Me quedé en silencio.

—Hoid —dijo Trenza—, ¿lo has entendido?

—Creo que lo entiendo. Pero es que es difícil. —Me acerqué más a ella—. Puedo decirte…

—¿Sí?

—… algo importante…

—¿Sí?

—Calcetines con sandalias —susurré—. La nueva moda. Créeme, hará verdadero furor.

Trenza suspiró, cada vez más crispada.

Estoy acostumbrado a provocar esa reacción en la gente, pero prefiero ser irritante a propósito. Contraviene mi ética profesional frustrar a los demás sin querer. Es como… un obrero creando una carretera nueva en un arrebato de sonambulismo. Al capataz le daría un ataque. ¿Cómo diantres obligas a un sonámbulo a hacer los descansos dictados por los sindicatos? ¿Lo despiertas?

—Escucha —dijo Trenza—, tengo aquí un papel, ¿lo ves? He escrito un montón de palabras que creo que tienen que ver con las maldiciones. ¿Hay alguna de la que puedas hablarme? Si es así, me dará una pista.

Era una idea factible. Me habría impresionado, de no estar distraído preguntándome si a alguien se le habría ocurrido ya hacer ropa a partir de servilletas.

Trenza me pasó la lista de palabras. Las observé, ladeé la cabeza y después asentí.

—¿Hay algo? —preguntó ella.

—Por lo visto —declaré—, he olvidado cómo se lee.

Haciendo gala de una paciencia legendaria, Trenza recuperó la lista y me leyó las palabras. Se las repetí.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estoy seguro de haber oído antes algunas palabras de esas —dije —. Perdona, se me han olvidado las reglas. ¿Estamos jugando a que haga un dibujo de la palabra o a que la interprete?

Trenza gimió y se tumbó en cubierta, dando un golpe en la madera con la cabeza.

—¿Sería posible que me guiaras hasta la hechicera sin romper la maldición?

Me quedé en silencio.

—¿Hoid?

Le sonreí. Me había pintado de negro un diente para que pareciera que no lo tenía, porque había deducido que debía de estar de moda. Varios Dougs lucían ese aspecto, a fin de cuentas.

—Podría probar a decirte letras —dijo Trenza—, mientras piensas en la manera de romper la maldición. ¿Y si te pregunto si la letra está en la palabra? En teoría, si está, no podrás decirme que sí.

Esa idea no habría funcionado. Era un truco lo bastante simple para que se le hubiera ocurrido a la hechicera, que a grandes rasgos había «programado» la maldición para impedir que el sujeto confirmara palabras de ese modo.

Y además, en ese caso concreto… bueno…

—Letras —dije—. Deletrear palabras. Leer.

—Exacto —dijo Trenza—. Exacto. Pero no me has contestado a la pregunta. ¿Podrías llevarme hasta la hechicera aunque no te quitaras la maldición?

Me quedé en silencio.

Una parte de mí esperaba que Trenza se fijara en lo ruidoso que era ese silencio.

—Un momento —dijo ella incorporándose—. Cada vez que hablo de navegar hacia la hechicera, te quedas callado.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Son las únicas veces que te he visto sin tener nada que decir. —Se le ensancharon los ojos—. Hoid, no puedes hablar de la hechicera ni de su isla, ¿verdad?

A todas luces, fui incapaz de responder.

—Hoid —dijo Trenza—, ¿puedes hablarme de la isla del rey?

—¡Estuve una vez! —exclamé—. ¿Has oído la historia del albañalero real? ¡No me acuerdo muy bien, pero salía caca, así que tiene que ser graciosa!

—Hablar de visitar la isla del rey no ha hecho que te calles —dijo ella—, pero hablar de la isla de la hechicera sí. —Se levantó—. Necesito un mapa.

Y ahí estaba. Después de intentarlo solo unos días, Trenza había descubierto más sobre cómo ayudarme que Ulaam en el año que habíamos pasado juntos. Ese dichoso metamorfo estaba disfrutando de la situación. De verdad te digo que se han vuelto todos más raros desde que Sazed los liberó.

Salay estaba en su puesto, llevando el barco al interior del mar Carmesí. No tenía cartas del mar de Medianoche allí arriba, pero a petición de Trenza envió a un Doug a que le trajera una de su camarote. El mapa no era muy detallado —ninguno de ese mar lo es —, pero por suerte la forma sí que era la correcta, dado que todos los mares vienen a ser pentagonales.

Trenza empezó a señalar lugares en el mapa y a preguntar:

—Hoid, quiero que nos lleves aquí. ¿Podrías hacerlo?

En cada ocasión le contaba algún hecho interesantísimo sobre el lugar que me indicaba, como, por ejemplo, que lo había recorrido llevando mantequilla en vez de zapatos. Hasta que Trenza llegó a un punto específico.

Al preguntarme por ese, me quedé en silencio.

Cuando dejo de hablar, la gente suele poner cara de alegría. Es un gaje de mi oficio. Pero esa vez fue distinta. Trenza se apretó la carta contra el pecho mientras se le inundaban los ojos.

Por fin sabía dónde estaba la isla de la hechicera. Cerca del límite entre el mar de Medianoche y el Carmesí, como a media jornada de navegación hacia dentro.

Era la primera información concreta que encontraba. El primer paso real encaminado a rescatar a Charlie. Fue un momento precioso, que arruinó una repentina franja de lluvia al aparecer en el horizonte… y venir directa hacia nuestro barco.

Sé que en tu planeta los marineros temen a las tormentas. Es un rasgo común en todas las culturas marinas que he encontrado. Lo interesante es que la mayoría también atribuye —o atribuía en el pasado— una voluntad a las tormentas. Nunca se limitan a existir. Las tormentas siempre quieren algo.

Los patrones climáticos del mundo de Trenza no están Investidos específicamente, por lo que no son conscientes de sí mismos. Pero era fácil pensar lo contrario al ver cómo la lluvia venía derecha hacia el *Canto del cuervo*.

Trenza la observó, cada vez más aturdida, sintiendo desvanecerse el gozo de su grandioso descubrimiento. Todo podía terminar allí mismo, ¿verdad? Todos sus esfuerzos, sus preparativos… podían ser en vano. Era muy posible que el *Canto del cuervo* desapareciera bajo la lluvia, empalado en cien ángulos distintos antes de verse arrastrado a las profundidades.

Y Trenza no podía hacer nada para evitarlo.

Los momentos como ese son los que insuflan vida al viento y la lluvia. Necesitamos que exista un propósito: es la conjunción espiritual

que adhiere la existencia humana a la voluntad humana. El propósito es algo tan intrínseco para nosotros que lo vemos por todas partes.

Dioses del cielo, creando el trueno con sus bramidos o haciendo caer el rayo con sus pisadas. Vientos que reciben un nombre y unas intenciones y motivos diferentes según la dirección en la que soplan. Lluvias retenidas, concedidas o enviadas para destruir dependiendo de los cambios de humor celestiales.

Una tempestad no es un objeto como una caja o un árbol. Incluso para quienes tienen una mentalidad más científica, las tormentas son más concepto que números. ¿Cuándo se convierte una llovizna en chubasco, cuando un chubasco en tormenta? No hay una línea definida. La diferencia está en la sensación.

Una tormenta es una idea. Es mucho más poderosa de ese modo. Viendo la lluvia abalanzarse sobre ella, con su séquito de pinchos carmesíes marchando en su estela como las lanzas cruzadas de unos guardas reales, Trenza *deseó* que fuera un acto deliberado de las lunas. No quería que su muerte careciese de significado.

El barco se escoró de sopetón, haciendo tropezar a Trenza. Dio un grito, se asió a la regala y estiró rápido el brazo para atrapar el mapa del mar de Medianoche antes de que se lo llevara el viento. Otro bandazo del barco la envió trastabillando en dirección opuesta. A ella le parecía todo muy aleatorio, pero Salay estaba dando órdenes y los Dougs obedecían, manejando las velas.

A Salay no le importaba demasiado si su muerte iba a carecer de significado o ser deliberada, siempre que tardase mucho en llegar. Quizá en tu planeta estéis acostumbrados a que el puesto de timonel tenga relativamente poca importancia en el barco.

En los mares de esporas no es así. El barco se escoró de nuevo, entre chirridos de madera y aleteos de lona. Un navío en pleno movimiento es muy diferente a la mayoría de los vehículos: cambiar su impulso requiere tiempo y esfuerzo. Trenza siguió agarrándose, con los ojos desorbitados, mientras la capitana Cuervo recogía un cabo caído y lo tensaba. Incluso ella obedecía las órdenes de Salay en esos momentos.

Cerca de Trenza, tres Dougs corrieron a la rueda del timón y ayudaron a Salay a girarla a un lado, obligando a centenares de

toneladas de madera a cumplir su voluntad. El *Canto del cuervo* viró hacia la derecha para situarse al costado de la franja de lluvia, pasando tan cerca del muro de éter que unos cuantos pinchos carmesíes rascaron el casco. Salay ordenó a los marineros que adrizaran y ralentizaran el barco, por un motivo que Trenza no llegó a comprender hasta que vio que las gigantescas marañas de pinchos entrecruzados empezaban a hundirse.

Los éteres habían hecho titilar el mar al emerger de sus esporas, y su retirada duplicó el efecto, provocando que se hinchara y se sacudiera. No es normal que haya verdaderas olas en los mares de esporas, no como las de los océanos líquidos, pero cuando llegan, son peligrosísimas.

El *Canto del cuervo* se sacudió como el hielo en un buen cóctel, y luego dio un bandazo como alguien que ha tomado demasiados. A Trenza se le revolvió el estómago y entró en pánico al pensar en lo que significaría vomitar en cubierta en plena marejada de esporas. Logró encontrar un cubo, con lo que su primer trabajo en el barco mostró una inesperada utilidad.

Salay no dejaba de gritar órdenes. Era casi como si estuviera evitando que el barco zozobrara mediante pura fuerza de voluntad. Unas veces lo dirigía contra las olas, pero otras giraba el timón para fluir con ellas. En esos breves instantes el barco era un enorme instrumento musical, y Salay lo tocaba como una maestra, guiándonos hacia la seguridad.

Por desgracia, casi al final, una última ola rompió contra el costado de la nave y envió esporas por toda la cubierta. Belicosas. Escarlatas. Sedientas. Tantas que superaron las protecciones de plata durante unos segundos. Y Trenza no era la única que había vomitado.

Fue un estallido de rojo sobre rojo. Un destello de pinchos en la cubierta principal, cerca de la escalera que subía al alcázar. En un abrir y cerrar de ojos, un Doug se quedó clavado contra la madera del camarote de la capitana. Evitaré las comparaciones groseras con acerillos y lo dejaré en lo siguiente: nunca había visto a nadie desangrarse tan deprisa. Pero claro, tampoco había visto nunca a nadie perdiendo sangre por tantos lugares.

Todo el mundo contempló la espantosa escena y Trenza dio un gemido y se volvió de nuevo hacia su cubo para una segunda gargantada. Entonces los Dougs recodaron su entrenamiento y corrieron a por las toallas de emergencia para absorber la sangre e impedir que cayera ni una gota por el lado del barco. En el mar Glauco, un chorrito de sangre en las esporas los habría inmovilizado. Allí haría pedazos el barco.

Por suerte, los barcos de los mares de esporas están construidos para evitarlo, con todas las juntas embreadas y selladas. Poco a poco la plata hizo su trabajo y la gente anduvo sobre una alfombra de esporas grises muertas, haciéndolas raspar contra la madera.

En medio de aquella sombría escena, el barco frenó y se detuvo. La quietud había llegado.

Reconozco que, incluso a día de hoy, me desasosiega recordar aquellos días surcando el Carmesí. Conozco bastante bien la cosmología y el arcanum del planeta de Trenza y puedo afirmar con seguridad que ninguna entidad dirige sus tormentas.

Y sin embargo… saber no siempre es creer.

Las dos docenas de personas que estábamos en cubierta nos volvimos como una sola para ver cómo la lluvia viraba y, sin explicación racional, se abalanzaba de nuevo sobre nosotros. Implacable. El agua encabezaba una carga de violentos éteres, amplia como tres barcos uno junto al otro.

Una tormenta *es* un ser vivo, aunque no esté Investida de manera específica. Porque la «vida», como concepto, es un constructo humano. Somos nosotros quienes la definimos. A la naturaleza le trae sin cuidado; lo ve todo como un proceso químico. No podría darle más igual que un puñado de carbono, hidrógeno y oxígeno decida un día que en realidad preferiría sentarse en un sofá y no en un banco.

En consecuencia, algo está vivo si nosotros decidimos que lo está. Para quienes estábamos ese día en el barco, la lluvia estaba viva. Tenía que estarlo. Y sé a ciencia cierta que Trenza se quedó perturbada no solo física, sino también emocionalmente al levantar la mirada del cubo y ver que la lluvia regresaba. La capitana Cuervo se vio impotente. Ni siquiera Salay podría salvar el barco durante la

quietud.

La franja de agua nos pasó de largo por unos cientos de metros.

Lo que a nuestros horrorizados ojos había sido un intento directo de matarnos era en realidad puro azar. Nos quedamos mirando mientras la lluvia se perdía en la lejanía, dejando atrás un persistente muro de espinas rojas. Los pinchos formaban una alta barricada que solo se hundiría cuando empezase de nuevo el bullir.

La lluvia danzó trazando círculos en la distancia y desapareció. ¿Había sido un dios caprichoso mofándose de nosotros? ¿Un proceso natural al que solo nuestros cerebros conferían autonomía en su búsqueda de patrones, significado y voluntad?

Yo sé lo que creí ese día.

Antes he insinuado que no recordaba los nombres de los Dougs. Era mentira. Solo quería mantener tu concentración en los personajes principales de esta narración en particular.

Pero toda persona tiene su historia, los Dougs incluidos. El que había muerto se llamaba Pakson, y tanto él como su hermana eran Dougs en el *Canto del cuervo*. Pakson era alto y desgarbado estando en tierra, la clase de hombre que parecía haber nacido con piernas una talla demasiado grande para su torso. Era calvo pese a su relativa juventud y parecía que el cuello se le fundía con la barbilla, tanto que, al conocerlo, el conjunto hacía que te entrasen unas ganas inexplicables de comerte una barra de pan.

También destacaba por su amabilidad. Era el hombre que no había dejado de asomarse para ver cómo le iba a Trenza cuando estaba agarrada al costado del barco. Había ayudado a aguantar la cuerda con varios compañeros mientras Fortín la izaba.

Siempre se reía en el comedor y agradecía a Fortín la comida, por muy mal que supiera. Le encantaba la música pero no sabía tocar, y nunca había dejado de lamentar en secreto no haber aprendido. Ojalá

mi estado mental me hubiera permitido darle unas clases.

Pero había caído. Entregamos su cadáver a las esporas y seguimos adelante.

Trenza se sentía responsable. Si el barco hubiera esperado unos meses más en el Glauco, quizá no habrían encontrado esas lluvias. Le aterrorizaba pensar que Pakson no sería la única baja provocada por su temeridad. Así que se marchó en busca de su camarote y del reconfortante entretenimiento que le proporcionaban las esporas.

Como de costumbre, Huck estaba allí. Le habló de su vida como rata y la voz distrajo a Trenza de sus problemas. Las historias ratunas eran relajantes y, hasta cuando Huck hablaba de los miedos y los retos en la comunidad roedora, Trenza se dio cuenta de que estaba más calmada. Porque esos acontecimientos habían ocurrido muy lejos. Eran personales, pero de algún modo también abstractos a la vez.

—Siempre me parece interesante —estaba diciendo Huck— lo mucho del mundo que nosotros olemos y vosotros no parecéis capaces de percibir. Los zapatos de la gente huelen todos distintos, ¿lo sabías?

—Habría pensado que todos olían igual.

—¡Para una rata no! —exclamó Huck desde la mesa, al lado de donde Trenza trabajaba.

Se lanzó a contarle la historia de cuando había logrado seguir a un humano entre una muchedumbre husmeando el distintivo aroma de sus botas. Trenza medio escuchaba, medio trabajaba. Estaba trasteando con las otras bengalas para su pistola mejorada. En cada una ajustaba las cantidades de los distintos tipos de esporas y las iba apuntando en un cuaderno para cuando pudiera determinar qué experimento era el que mejor funcionaba.

Arriba graznaban las gaviotas. Los Dougs, tal vez necesitados también de algo que los distrajera de lo que le había ocurrido a Pakson, estaban pescando en el aire para procurarse la carne de futuras comidas. Además, las aves escaseaban mucho en el mar Carmesí, así que había que actuar cuando se presentara la ocasión.

Al poco tiempo, Trenza ya tenía cuatro bengalas distintas junto a cuatro cargas distintas. En teoría, todas las bengalas liberarían éter glauco al impactar, pero en cantidades distintas, lo que le serviría para

preparar nuevas iteraciones del diseño. Y cada carga tenía una cantidad diferente de esporas céfiro.

Se dijo que su trabajo ayudaría a los demás tripulantes. Cuanto antes encontrara la forma de incapacitar a Cuervo, antes podrían apuntar la proa hacia fuera del Carmesí. Por desgracia, ese argumento topó con un público hostil, aunque Trenza se lo estuviese planteando solo a sí misma. A fin de cuentas, planeaba intentar que el *Canto del cuervo* navegara por la Medianoche a continuación, y se decía que ese mar era incluso más peligroso.

¿Cuántas vidas estaba dispuesta a arriesgar para salvar a un hombre? ¿En qué punto el bien de la tripulación se imponía al de Charlie?

Podrías opinar que era injusto obligar a una sencilla limpiaventanas a afrontar ese dilema ético, pero razonando así pecarías de cierta arrogancia. Una limpiaventanas puede pensar, igual que cualquiera, y su vida no tiene por qué ser menos compleja que otras. Y como ya he señalado, el trabajo «simple» deja mucho tiempo para la reflexión.

Sí, a los intelectuales y los eruditos les pagan por llegar a profundos razonamientos, pero esos razonamientos a menudo son propiedad de otra persona. Es una gran ironía que la sociedad tienda a mirar por encima del hombro a quienes venden su cuerpo, pero no a quienes alquilan su mente.

Mientras Trenza colocaba la última bengala en la hilera, Huck dejó su última historia a medias.

—Entonces… supongo que habrá que probarlas —dijo—. ¿Se te ocurre cómo hacerlo?

—Bueno —respondió ella—, los Dougs están pasando mucho tiempo en la cubierta superior. Y en la bodega no hay mercancías.

Huck asintió: era la opción más evidente. Trenza se lo puso al hombro y metió las bengalas, la pistola y su cuaderno en la bolsa. Salió para decirle a Laggart que quería estudiar el parche que había aplicado Ann al casco allí abajo. Con un poco de suerte, le explicó, la ayudaría a entender cómo hacer mejores tapones de rosaíta en el futuro.

No fue una mentira muy bien ejecutada pero si Laggart no se la creyó, lo más probable es que pensara que Trenza quería mantenerse ocupada, sin más. El cañonero le dio permiso y le dijo que evitaría que la molestaran. La conversación fue tan agradable comparada con otras que Trenza se preguntó por un momento si le pasaba algo a Laggart.

Mientras Trenza regresaba hacia la escalera, un Doug dio una voz desde las jarcias y señaló al horizonte. Había avistado otra franja de lluvia. A Trenza se le trabó la respiración, pero esa vez la lluvia cambió de rumbo, se alejó del barco y desapareció al poco tiempo.

Trenza apartó la mirada y se apresuró a descender a la espaciosa bodega del navío. Cerró la escotilla del último tramo de escalera, le echó el pestillo para mayor seguridad y luego sacó sus tres lámparas de aceite, de las que no disponían los marineros rasos. No era buena idea tener demasiadas cosas ardiendo si vivías en lo que a grandes rasgos era un gigantesco, seco y hueco montón de leña.

La bodega estaba medio vacía después de haber vomitado su mercancía en la última parada que hicieron antes de internarse en el Carmesí. Las reservas de alimento y agua fueron su público mientras metía una carga y luego una bengala en su arma. Se volvió y apuntó hacia la vacía sección de popa de la bodega.

Hay que reconocerle a Huck que no salió corriendo, aunque sí que se encogió un poco entre el pelo de Trenza, recogido con menos esmero en los últimos tiempos, en una sencilla coleta o directamente suelto, ondeando a su antojo. Pagaba esa actitud con el cepillo por las noches, pero era… liberador. En casa siempre se había avergonzado del comportamiento de su pelo. Pero allí fuera había muchísimas preocupaciones más acuciantes.

Trenza pulsó el gatillo, que provocó que el martillo de la pistola golpeara con la suficiente fuerza para romper el minúsculo vial de cristal que contenía la carga. Las esporas céfiro explotaron liberando aire de un tenue color azul. La bengala salió del cañón de la pistola…

… y voló como unos treinta centímetros antes de caer en picado al suelo. Quizá Trenza debería haber usado un pelín más de céfiro.

Por desgracia para ella, el resto de su trabajo sí que había sido meticuloso. Trenza había captado a la perfección la naturaleza de los

mecanismos a partir de los diagramas, por lo que su diseño funcionó a la primera. Cuando la bengala cayó a la cubierta, el impacto empujó la punta de plata al interior de la esfera de rosaíta, liberando el agua.

Las enredaderas glaucas explotaron hacia fuera, apresaron a Trenza y la envolvieron a una velocidad de vértigo. Sintió una punzada inicial de miedo y algo de incomodidad mientras las enredaderas se tensaban en torno a ella y la levantaban más de medio metro del suelo. Pero no había ningún dolor, y al terminar se notaba más humillada que temerosa.

—¡Trenza! —dijo Huck—. ¡Ay, Trenza! ¿Estás bien?

Salió corriendo de su hombro por las enredaderas. Trenza meneó los dedos y se echó a reír.

La risa de Trenza era graciosa, salpicada de ronquera e hipo. Era una risa sincera, validada por su ridiculez.

En ese momento, los últimos vestigios del miedo a las esporas de Trenza se desvanecieron. Había cometido un error y se preocuparía de tener más cuidado en adelante. Pero ese día su error le había costado solo un poco de dignidad, compensado por el placer de saber cómo se sentía la vid en un emparrado.

—En la bolsa —dijo Trenza, aún soltando risitas—. Tráeme el cuchillo de plata.

Mientras Huck se apresuraba a obedecer, Trenza reparó en que las puntas de las enredaderas seguían creciendo. Igual que antes, al pensar en ellas, se volvieron hacia Trenza. En ese caso concreto no quería que la envolvieran más, así que pensó en ellas apartándose. Fue una sorpresa que lo hicieran.

No era un control perfecto. Y, además, no podía hacer nada respecto a las enredaderas que ya habían crecido del todo, así que tuvo que utilizar el cuchillo para liberarse. Pero la experiencia hizo que se preguntara en qué medida podría ampliarse el control.

Añadió con cuidado más esporas céfiro a todas las cargas. Los siguientes experimentos fueron menos divertidos. Las tres bengalas volaron como ella quería, aunque una rebotó sin liberar las enredaderas.

Las otras dos provocaron la explosión vegetal que Trenza esperaba.

En el último experimento intentó pensar en las enredaderas mientras crecían y les indicó que no se agarraran a nada. Esa vez, en lugar de fijarse a la pared y a las cuadernas del barco, las enredaderas se extendieron hasta ella y entonces la masa entera cayó al suelo.

Trenza estuvo hasta media tarde cortando las enredaderas y subiéndolas a su camarote para arrojarlas por el ojo de buey. Guardó cualquier cosa que pudiera incriminarla donde se escondía Huck, se regañó a sí misma por no haber cerrado la puerta antes al salir y corrió para echar una mano a Fortín con la cena del día. Resultó ser una ayudante más bien distraída, ya que tenía la mente en otra parte. ¿Por qué había una bengala que no había liberado las enredaderas? ¿Y si disparaba una bengala defectuosa cuando se las viera con Cuervo?

Tendría que hacer más pruebas antes de provocar un enfrentamiento. Pero por fin tenía un arma. Una sorpresa.

Cuervo estaba buscando a alguien que no temiese las esporas. Y justo eso era lo que iba a encontrar.

45

La capitana autorizó que se abriera un tonelete de algo embriagador después de la cena, gesto que Trenza consideró bonito. Demostraba que la capitana no era del todo una desalmada. (Aunque claro, eso significaba que en realidad Cuervo sí que tenía conciencia, solo que casi nunca le hacía caso, lo cual es verificablemente peor).

Trenza no probó el brebaje. Solo se había emborrachado una vez en la vida, dos años antes, en una festividad del pueblo para la que quien hubiera mezclado el ponche se había quedado más pancho de lo que Trenza esperaba. Ese día había parloteado sin parar de sus recetas favoritas. Si bien Charlie lo había encontrado encantador, Trenza temía que un poco de lubricante alcohólico esa noche pudiera hacer que sus planes fluyeran con la misma libertad de su boca.

Así que sirvió un plato con la cena: panecillos y una salsa espesa de carne acompañada de verduras. Venía a ser estofado para comerlo con las manos, pero al menos daba una ilusión de variedad. Había un límite a lo que Trenza podía preparar con los ingredientes que tenía a su disposición.

A la tripulación le encantó de todos modos. Tras meses y meses de

comidas que guardaban un angustioso parentesco con el estuco, nadie se quejaba de que hubiera unas pocas repeticiones sobre un tema delicioso. Y, por increíble que pudiera resultar tras experimentar las variadas formas en que los Dougs masacraban el idioma, la tripulación no era tonta. Veían que Trenza estaba ayudando a Fortín. Y de pronto sus platos contenían comida en vez de algo meramente comestible, y eso solo según la definición más estricta de la palabra. Así que, cuando Trenza se levantó para marcharse y la vitorearon, no fue solo porque estuvieran algo ebrios.

Ella no creía merecer la atención, sobre todo teniendo en cuenta que sus actos los habían puesto a todos en grave peligro. Así que apretó el paso hacia el camarote de Salay con el plato lleno en la mano. Salay no había ido al comedor y la tenía preocupada.

Trenza solo supo qué puerta era por el número de encima, porque nunca había visitado a Salay. Llamó con timidez y le pareció oír que alguien se sonaba la nariz al otro lado. Un momento después Salay abrió la puerta y, aunque su tono de piel más oscuro ocultaba cosas como la rojez en las mejillas o la nariz, sus ojos evidenciaban que había estado llorando.

—Ah, Trenza —saludó en voz tan brusca y seria como siempre—. ¿Pasa algo?

—Te traigo la cena —dijo Trenza, incómoda porque nunca había visto a Salay con otra ropa que su atuendo naval de pantalones gruesos y chaquetón, así que de algún modo le parecía inadecuado irrumpir encontrándola en bata y camisón.

Aun así, la timonel le indicó que pasara y dejara el plato en la mesa. Trenza entró, sorprendida por lo pequeño que era el camarote. Apenas tenía la mitad del tamaño del suyo. Como timonel, Salay era la tercera al mando del barco. Sin duda merecía más que aquel cuchitril.

—Gracias por la cena —dijo Salay—. Ha sido muy poco efectivo por mi parte hacer que me la traigas. Tengo que conservar las fuerzas, claro. Lo de hoy solo ha hecho que demostrarlo.

Pasó junto a Trenza, se sentó a la mesa y se acercó el plato. Trenza dudó si marcharse, pero Salay seguía hablando, así que se quedó.

—No dejo de pensar que tiene que haber alguna manera de evitar la

lluvia —explicó Salay. Distraída, apartó de nuevo el plato y señaló la carta que tenía desenrollada en la mesa—. Pero es que no sigue ninguna pauta. La gente lleva siglos navegando y sigue sin haber ningún paso seguro por el Carmesí. Y si no lo han encontrado a estas alturas… —Salay se detuvo y miró a Trenza—. Tú sabes de uno, ¿verdad? ¿Un modo de proteger a la tripulación? No nos habrías traído aquí si no conocieras un método, ¿me equivoco?

—Eh… —dijo Trenza, y tragó saliva—. Lo lamento mucho, Salay. Lo que le ha pasado a Pakson.

—Mi trabajo es hacer lo que la capitana y el segundo de a bordo no pueden —respondió Salay—. O… o no quieren. Alguien tiene que mirar por la tripulación.

Dio un golpe en la mesa y luego apoyó la cabeza en la mano, con la mirada fija en la carta. Trenza se sentó en la estrecha cama pegada a la pared y juntó las manos en el regazo, sintiéndose una intrusa. En la estancia no había demasiados objetos personales. Unos mapas dentro de tubos en un arcón junto a la pared. Unos pequeños cofres pulcros y organizados bajo la cama. Y un retrato colgado encima del ojo de buey, iluminado por la oscilante llama de una lamparilla de mesa.

Estaba hecho a mano, porque esa gente aún no había descubierto la fotografía. Pero era un buen retrato, dibujado con destreza pero rápido por un artista callejero en la capital del mar Zafiro. En él aparecían un hombre alto y sonriente y una chica muy joven que tenía un notable parecido con Salay.

—¿Es tu padre? —preguntó Trenza, señalando.

Salay alzó la mirada y asintió.

—Le prometí que pagaría a sus acreedores. Pero al volver, ya no estaba. Condenado a trabajos forzados por los recaudadores del rey. Cuando logré alcanzar el barco, lo habían metido en una cárcel de acreedores de alguna ciudad portuaria, pero no recordaban en cuál.

—Qué horror.

—El problema es que cuando la flota real necesita tripulantes, siempre puede enrolar a gente de las cárceles de acreedores. Así que rastrearlo fue imposible. Debe de haber estado rebotando de una isla a otra, embarcado y desembarcado una docena de veces.

»No dejo de decirme a mí misma, y de prometer a mi padre por carta, que nuestra única esperanza es que siga navegando. Visitar puertos y preguntar. Está ahí fuera en alguna parte, Trenza. O eso o… murió en algún conflicto, obligado a tripular un buque de guerra. Si es lo que ha pasado, entonces llego tarde. Ya le he fallado, igual que le he fallado a Pakson.

—Salay —dijo Trenza—, no pierdas la esperanza.

—¿Por qué no? —preguntó Salay, volviéndose hacia ella—. ¿Es verdad? ¿Tienes una forma de sacarnos de esta? ¿Algún secreto que te proporcionara el rey y nos permita sobrevivir al Carmesí? Por favor. Te lo *ruego*, dime que tienes un plan.

—Eh…

¿Qué podía responder Trenza? ¿Debía insistir en que no era lo que Salay creía? ¿ Justo después de decirle que mantuviera la esperanza?

«La esperanza en una mentira, la esperanza en mí, no es verdadera esperanza», pensó Trenza.

A menos que pudiera hacer algo. A menos que sí que existiera una forma de ayudar. Trenza recordaba con diáfana claridad el momento en que había visto acercarse la lluvia, sabiendo que no podía hacer nada para detenerla. Sabiendo que su vida estaba en manos del azar.

Casi había empezado a creer que ostentaba el control. Que podía dictar su propio destino. Pero entonces había llegado la lluvia, un martillo enviado por las lunas para inculcarle humildad mediante un firme golpetazo en la frente.

Salay apartó la mirada.

—No es justo que te pida protegerlos, ¿verdad? —dijo—. No sé qué misión tienes aquí, cuál es tu verdadero objetivo. Puede que tu deber fuera solo sacarnos del reino. Ya éramos corremuertos, peligrosos para cualquier barco que encontrásemos. No puedo culparte por dirigirnos a nuestra muerte, para proteger a los inocentes. Yo dejé que sucediera. Entonces también fracasé. —Salay alisó los bordes de su mapa del mar Carmesí—. Ojalá supiéramos dónde nos lleva la capitana. Así al menos podría planificar sabiendo el tiempo que pasaremos aquí.

—Ah —dijo Trenza—. Salay, eso sí que lo sé.

—¿Ah, sí?

—Sí. Eh… Supongo que tendría que habéroslo dicho antes. La capitana nos lleva a ver al dragón.

—¿A Xisis? —Salay rodó de nuevo en su asiento—. ¿Es real?

—Ulaam dice que sí. Y la capitana tiene unos libros que afirman que las leyendas también son reales.

—Bueno, si lo dice Ulaam, será verdad —respondió Salay, rascándose la barbilla—. Pero ¿para qué visitar al dragón? Ah, claro, seguro que quiere curarse de su enfermedad, ¿a que sí? Ya pensaba que Cuervo era tan tozuda que había sometido a las esporas de su sangre. Ha vivido más tiempo del que nadie debería como comeesporas. Pero ¿qué va a ofrecerle a cambio de…?

Cruzaron la mirada.

—Oh —dijo Salay. Entonces se echó a reír—. ¿Se cree que vas a permitir que te intercambie por su vida? ¡Ja!

—Sí, hum, qué gracioso es.

—Mira, eso sí que tengo ganas de verlo —dijo Salay—. Será estupendo cuando descubra lo que eres en realidad. Pero dime una cosa. Sé que no puedes confirmar ni negar tu verdadera misión, pero ¿me das alguna pista de lo que esperar cuando te ocupes de Cuervo?

—Bueno —respondió Trenza—, necesitaré tu apoyo. Si de verdad me ocupo de Cuervo, cosa que no es segura, no querré que la tripulación la libere. Necesitaría… hum… llevarla ante la justicia, claro.

—¡Cómo no! —exclamó Salay, con gesto esperanzado por primera vez ese día—. Sí, de eso me encargo yo. Entonces, cuando la atrapes, ¿saldremos del mar Carmesí?

—Sí —dijo Trenza—, pero… Vaya, esto es un poco incómodo. Pero luego tengo asuntos pendientes con la hechicera en el mar de Medianoche. Y esperaba que…

Salay puso los ojos como platos. Se echó a reír de nuevo. Su risa era como una campana llamando a los marineros a las armas. Nítida y emocionada, pero de algún modo bajo su control.

—Pues claro. Pero ¿por qué me preocupaba? Si vas a surcar la Medianoche… bueno, para alguien como tú el Carmesí no es nada. —Su expresión se volvió más seria—. ¿Me ayudarás a proteger a la

tripulación? Sé que un hatajo de piratas no vale nada para el rey, pero nadie más va a cuidar de ellos. Ni a su capitana le importan. Por favor, no dejes que perdamos a ningún otro amigo.

En ese momento Trenza se sintió como algo cocinado por Fortín. Cochambrosa, rancia y apenas capaz de cumplir su supuesto propósito. Se hundió bajo el peso de la esperanza de Salay. ¿Qué podía hacer? Era un fraude. Una mentirosa. Una…

Espera.

Se le ocurrió una idea muy extraña y muy desesperada. Probablemente nada. Probablemente un antojo inútil.

Es curioso que la extraña desesperación sea justo el estado que a menudo lleva a la genialidad.

—Tú prepárate —le dijo Trenza—. Sí que puedo intentar una cosa.

Trenza pasó los días siguientes en un fervor de temerosa industriosidad e industrioso temor. Su incipiente plan era mucho mucho más peligroso que su trabajo con las bengalas. Y en ese caso no tenía los diagramas de nadie en los que apoyarse.

Pasó mucho de ese tiempo experimentando con las esporas glaucas. El fruto de su propio mar Esmeralda, que Trenza jamás había comprendido antes. Ni era la única a la que le pasaba ni tampoco era sorprendente que cuanto más aprendía, más se le pasaba el miedo. Suele ocurrir en la mayoría de las materias, dado que el temor y el conocimiento suelen jugar en equipos contrarios.

Por supuesto que hay excepciones. Ciertos humanos particulares, como ciertas salchichas, se saltan esa convención. Y aunque ninguno de ambos colectivos es aterrador en su conjunto, los dos contienen individuos notables que sin duda deberían asustarte. Cuanto más aprendes sobre esos individuos, más preocupado deberías estar. Pero para los humanos en general, el conocimiento suele implicar empatía, y la empatía lleva a la comprensión.

Trenza descubrió que el éter glauco era casi juguetón, ansioso por

reaccionar a sus órdenes mentales a cambio de agua. A lo largo de sus días de estudio, Trenza ganó habilidad en hacer que las enredaderas crecieran en espiral, que se extendieran altas y fuertes y hasta que crecieran despacio, conteniendo gran parte de su energía.

Alcanzaba a percibir, como siempre, una sensación más allá de las enredaderas. No era nada tan diferenciado como una mente, sino más bien una impresión. Trenza pensaba que podía ser la propia luna, o las enredaderas maternas que vivían en ella creciendo sin cesar.

Aparte de cumplir necesidades como el sueño, Trenza solo interrumpía sus estudios para ir a ayudar a Fortín a preparar la cena. Cada vez que lo hacía, ver las caras de los tripulantes la preocupaba más.

Tres días después de haber hablado con Salay, Trenza estaba sentada en su camarote, animando a unas pocas enredaderas glaucas a crecer con delicadeza en torno a sus dedos sin apretarlos demasiado. El barco llevaba una derrota que le permitía ver la catarata de esporas por el ojo de buey. Se había hecho más y más grande a cada día que pasaba, como también había crecido la certeza de que la catarata era el destino de la capitana. La guarida del dragón debía de estar cerca de ella. O quizá dentro.

No es evidente a primera vista en la mayoría de los mares, pero en el lunacuerdo las esporas al caer se amontonan como en el bulbo inferior de un reloj de arena. El mar era en realidad una montaña del tamaño de un reino, pero con una pendiente tan leve que resultaba imperceptible. Sin embargo, cuanto más se acercaban al lunacuerdo, más tenían que ascender.

Había llegado a un punto en que los objetos de la mesa de Trenza corrían peligro de resbalar y caer al suelo, y todo parecía torcido en comparación con el horizonte, como si se viera a través de la lente de un alumno que acaba de descubrir el cine experimental.

Cada cierto tiempo Huck la ayudaba dejando caer más gotas sobre las enredaderas, usando una cucharita y un vaso de agua (de madera, con un bonito acabado suave por los muchos años de uso) que Trenza había pegado a la mesa con cera.

—¿Y si aprendiera a gobernar el barco yo sola? —preguntó Trenza.

—¿El barco entero? —dijo Huck.

—Podría ser otro. Uno más pequeño. Seguro que hay barcas de vela que puede llevar una sola persona. Podría navegar con una de esas al mar de Medianoche, para no arriesgar ninguna otra vida.

—¿Y cuánto tiempo crees que te costaría aprender a navegar tú sola? —preguntó él—. Y más en estos mares tan peligrosos. Podrían ser años.

—A lo mejor es lo que tengo que hacer.

—O a lo mejor —replicó él— tienes que reconocer algo mucho más duro, Trenza. Que tu amigo está fuera de tu alcance. Que deberías renunciar a esta misión y cuidar de ti misma.

Trenza no respondió, aunque la ira que le provocaron sus palabras se manifestó en que las enredaderas le apretaron los dedos, como si también ellas estuvieran frustradas.

Se obligó a relajarse mientras Huck echaba otra cucharada de agua a las enredaderas. Iba mejorando en mantenerse sobre dos patas para ayudarla, ya que había tenido que hacerlo mucho más estando con ella que antes.

—Trenza —dijo Huck—, no me gusta verte triste, pero detestaría verte herida. Lo que has hecho aquí en el *Canto del cuervo* es increíble, pero sigue estando a leguas de distancia de los peligros que afrontarías en el mar de Medianoche.

—¿Lo está? ¡Nadie lo sabe! He preguntado a Fortín, Salay y hasta a Ulaam. Todos me dicen que el mar de Medianoche es peligroso, pero nadie sabe por qué. Solo repiten que «la hechicera vigila esas esporas». Que los barcos que entran en la Medianoche desaparecen. Y puede que algo sobre unos monstruos, pero nadie sabe nada seguro.

Huck dejó caer más agua. Luego dio un suave suspiro.

—¿Te acuerdas de que bajé a tierra en el último puerto?

—¿Cómo voy a olvidarlo? Ya me has contado seis historias sobre eso.

—Me he… dejado la más importante.

Trenza alzó la mirada. Las cuatro enredaderas que se enroscaban alrededor de sus dedos volvieron las puntas, como cabezas, para observar a Huck.

—Fui a buscar a la población de ratas —explicó él, dejando la cuchara y frotándose las patas—. De un tiempo a esta parte, hay algunos de nosotros en casi todas las islas. Ratas parlantes, quiero decir. Investigando un poco, encontré a uno que había visitado la isla de la hechicera. Antes de que lo preguntes, no conocía el camino. Es solo que por casualidad iba en un barco que la visitó. Pero… sí que me contó los peligros a los que se enfrentaron.

—¿Y no ibas a decírmelo? —preguntó Trenza mientras sus cuatro enredaderas crecían hacia arriba con un movimiento raudo y repentino, como clavos.

—¡No quería animarte! —protestó él—. Estoy preocupado por ti, Trenza. Pero a lo mejor, si conoces los peligros, veras lo difícil que va a ser.

(Hecho curioso: que te digan «Te lo oculté para protegerte» no solo es irritante, sino también condescendiente. Es una forma muy económica de degradar a alguien, así que si planeas añadir más degradación a una agenda ya apretada, pruébala).

Trenza fue capaz, con esfuerzo, de comprender los motivos de Huck. Y por suerte, como la chica que preguntó a la sala repentinamente callada si alguien quería ver su tatuaje, Huck se dio cuenta de que ya no había vuelta atrás.

—Hay tres desafíos que deben superarse para llegar a la hechicera —dijo—. Supongo que le gusta que las cosas sean dramáticas. El primero es el más evidente. Tienes que cruzar el mar de Medianoche.

—Cosa que podemos hacer —respondió Trenza—, ahora que Hoid ha señalado hacia dónde tenemos que ir.

—Sabes su situación, sí —dijo Huck—, pero Trenza, ¿no lo entiendes? En el mar de Medianoche llueve como en todas partes. La hechicera tiene algún procedimiento para alimentar en todo momento a las criaturas que emergen de las esporas. Son unos monstruos de medianoche del tamaño de barcos, que merodean y vagan por todo el océano. ¿Recuerdas aquello que creaste para espiar a Cuervo? ¿Crees que podrías con cien de esos si atacaran el barco?

Sí que era… desalentador. Las enredaderas de los dedos de Trenza serpentearon hacia abajo y se escondieron detrás de la palma.

—Si sobrevives a eso —continuó Huck—, el siguiente desafío son los guardianes de la hechicera, un ejército de hombres de metal que viven en su isla. Son indestructibles por completo, inmunes a todo tipo de armas de fuego e implacables. Capturan a cualquiera que ose pisar la isla y lo apresan. Los cautivos ni siquiera llegan a ver a la hechicera, así que ni se te ocurra llamar así su atención. Tengo entendido que, en su opinión, si alguien es tan tonto como para dejarse capturar por los guardianes, no merece su tiempo.

Pues vaya. Dejarse atrapar a propósito había sido una de las estrategias que barajaba Trenza.

—Y si de algún modo escaparas de ellos —dijo Huck—, tampoco podrías llegar a la hechicera. Vive en una torre hecha de un metal indestructible. Es tan liso que no puede escalarse, y es imposible pegar nada a él. La hechicera sube a la cima por la tarde para comulgar con las lunas, pero solo hay dos formas de entrar. Cruzando unas puertas cerradas con métodos misteriosos o a través de la ventanita por donde sus cuervos entran y salen cumpliendo sus órdenes.

»Trenza, si intentas ir a esa isla, se te comerán los monstruos de la esencia de medianoche. Si por puro milagro sobrevives y llegas, los guardianes te encerrarán para siempre. Y aunque no te atraparan, terminarías plantada delante de la torre dando gritos para que te oigan hasta desgañitarte. No hay manera de conseguir lo que pretendes.

—Hoid lo hizo —dijo Trenza—. Vio a la hechicera. Y Charlie también.

—¡A Charlie lo secuestró ella a propósito para pedirle un rescate al rey! —restalló Huck—. A Hoid, vete a saber lo que le pasó. Podría ser lo mismo.

Trenza echó la espalda hacia atrás y, hasta cierto punto, la información de Huck cumplió su objetivo. Reveló con exactitud lo difícil que era la tarea.

Pero en fin, Trenza no podía concentrarse en eso de momento. Tenía otros problemas que resolver. No llegaría a que la maldijese la hechicera si antes terminaba como esclava de un dragón. Y no llegaría

a que la esclavizara un dragón si antes la mataba la lluvia en el mar Carmesí.

De modo que Trenza siguió practicando con las enredaderas.

La bengala estalló a los pies de Ulaam. Una retorcida y enmarañada masa de enredaderas absorbió al cirujano, envolviéndolo hasta el cuello. Ulaam intentó liberarse, pero lo más que pudo hacer fue un cruce entre una convulsión y una arcada.

—¿Qué opinas? —le preguntó Trenza, corriendo por la bodega hacia él—. ¿Servirá para capturar a Cuervo?

Ulaam se esforzó por encogerse de hombros.

—Por lo que sé de su dolencia y sus poderes, debería bastar con esto. Sus enredaderas interceptan las amenazas físicas, pero les da igual que se quede inmovilizada. Sus necesidades y las de ella no se alinean por completo, ¿hummm? Mientras la capitana siga viva para proporcionarles agua, les trae sin cuidado lo que le pase.

—¿Crees que esto es pasarse? —preguntó Trenza—. Si lo que dices es verdad, podríamos reducirla de noche mientras duerme y ya está.

—Sus enredaderas sin duda reaccionarían a eso —dijo Ulaam—. Las esporas que lleva dentro no tienen forma de juzgar tu intención. Supondrían lo peor y se resistirían. La genialidad de ese mecanismo que has construido es que no tienes que disparar con él directamente a

la capitana. Las enredaderas concluirán que no has apuntado bien y, por tanto, quizá no reaccionen. Cuando la tengas bien envuelta, ten cuidado de no hacer ningún movimiento amenazador y las esporas deberían contentarse.

—Gracias —dijo Trenza—. ¡Ay! Espera, que te saco.

Llevó la mano al cuchillo de plata.

—No hace falta —respondió Ulaam—. Es bastante agradable. Dime, ¿de dónde has sacado esas bengalas?

—Las he hecho yo —dijo ella.

Hurgó en su bolsa, que estaba en el suelo de la bodega cerca de donde me había sentado yo. Trenza había aprovechado la oportunidad para explicarnos su plan con todo detalle a Ulaam y a mí.

Mi respuesta, por supuesto, había sido preguntarle qué le parecía mi nuevo peinado, corto por delante y largo por detrás.

Por favor, deja de intentar imaginártelo. Será lo mejor para los dos.

—¿Las has hecho tú? —dijo Ulaam—. ¿Tú sola?

—Tenía algunos diagramas de Gorgo que explicaban el funcionamiento de las balas de cañón —explicó Trenza—. No fue tan difícil extrapolar.

—Excepcional. De verdad, joven dama, que debo adquirir tu cerebro. Cuando ya no lo uses, naturalmente. ¿Hummm?

—Lo siento, Ulaam —dijo ella mientras seguía buscando en la bolsa. ¿Dónde había puesto el cuaderno? Quería apuntar que aquel diseño funcionaba mejor que el anterior. Diez disparos y, hasta el momento, ninguna bengala defectuosa—. Hablar de estas cosas me revuelve el estómago.

—Entonces aún no tienes la osadía de una pirata, me temo.

—Lo sé.

—Podría insertarte un poco. ¡Es un proceso libre de dolor atroz al treinta y cinco por ciento!

—No, gracias —dijo ella.

Sacó el cuaderno, pasó unas páginas y se sobresaltó al encontrar a Ulaam de pie a su lado. Las enredaderas estaban amontonadas en el suelo donde había estado antes.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó.

—Las he digerido —explicó él—, en unos cuantos lugares clave.

—¿Digerido? —dijo Trenza.

—¡Ulaam es de lo más repugnante! —aporté—. Qué envidia le tengo.

—Y bien que haces, amigo mío —dijo Ulaam—. Por definición, puedo hacer todo lo que hace un humano… y más. Veo que estás tomando notas de tus experimentos, Trenza. Interesante, interesante. Ya lo creo que me vendría…

—Mi. Cerebro. No. Está. En venta —dijo Trenza.

—Esta vez iba a pedirte las manos. Qué caligrafía más excelente. Vaya, vaya.

Sonrió, mostrando una cantidad literalmente inhumana de dientes. Dice que lo hace porque una sonrisa más amplia de lo normal debería resultar más reconfortante de lo normal para los humanos. Nunca le noto si bromea o no.

—Las manos —dijo ella— no están en venta. Ni las rodillas. Ni las orejas. No tengo ninguna parte del cuerpo a la venta, Ulaam. Ni la tendré.

—Caramba, sí que ha sonado definitivo —comentó él—. Te has vuelto un poco enérgica, ¿hummm? Recuerdo que cuando llegaste al barco, parecías avergonzada de rechazar mis ofertas.

—No es que haya cambiado. Es solo que estoy más desesperada.

—¿Más desesperada que en esos primeros días en el barco? —preguntó él.

Trenza titubeó, recordando aquellos espantosos primeros tiempos. Vale, sí, entonces también había estado desesperada. Había creído que era imposible estarlo más.

Tal vez fuese como levantar pesas y su capacidad para la desesperación estuviera incrementándose con el tiempo. Y ocupando todo el espacio, sin dejar hueco a otras emociones como la vergüenza.

—En todo caso —dijo Ulaam—, sigamos adelante. No habrá más ofertas por el momento. Tu plan para la capitana. ¿Estás segura de que los demás apoyarán este amotinamiento?

—Bastante segura —respondió Trenza—. Es posible que… haya dejado creer a Salay y los demás oficiales que soy una máscara del

rey.

—Caray —dijo Ulaam—. ¿Cómo lo lograste?

—Sin querer —dijo Trenza con una mueca—. No sé cómo, pero parece que cuando mejor miento es cuando digo la verdad.

—Sabias palabras, sabias palabras —intervine—. Pero dime, ¿has oído mi último poema?

—Disculpadme —dijo Ulaam—, pero voy a desconectar mis oídos estos dos próximos minutos.

—¿Qué? —exclamó Trenza.

Por desgracia, ella estaba limitada por su anatomía. No podía desconectar sus oídos a menos que quisiera un efecto permanente.

—Érase una vez un granjero que llevaba un bulbo —dije—, y no tenía donde plantarlo. Encontró un lugar donde sentarse. Entonces gritó hasta hartarse. Y sin querer lo hizo *pulvo*. Fin.

Oh, dioses.

Oh, Esquirlas interiores.

¿En qué me había convertido?

—Está… bien —dijo Trenza, y para tratarse de una chica que afirmaba ser mala mintiendo, esa le salió de maravilla.

Ulaam recobró la sensibilidad un momento después.

—¡Ah! —exclamó—. ¿No te sangran las orejas, Trenza? Extraordinario. ¿Eso era todo lo que necesitabas de mí?

—Supongo —dijo Trenza—. Pero… ¿estás seguro de que no nos ayudarás? ¿Con el motín?

—Por desgracia —respondió Ulaam— solo puedo ofrecer cuidados médicos, en caso de que los requiráis. Más interferencia por mi parte no sería adecuada.

—Si no salimos pronto del Carmesí —insistió Trenza—, el barco podría acabar hundido. Eso también te mataría a ti.

—Suposiciones, suposiciones —dijo Ulaam, caminando hacia la escalera—. Hoid es inmortal y yo casi. Aunque no me entusiasme la idea de andar por el fondo del mar de esporas hasta un lugar seguro, y mucho menos con él acompañándome en su estado actual, no queda fuera de mis capacidades.

Me levanté para ir tras él, ya que una parte de mí, la parte

levemente consciente, siempre intentaba tenderle una emboscada para recitarle un poema malo.

Pero me detuve junto a Trenza, que se había sentado con su pistola de bengalas en el regazo. Tenía la mirada fija en el suelo. Fuera, el suave siseo de las esporas raspando contra el casco era un compañero constante. Un recordatorio de que avanzábamos sin remedio hacia el cubil del dragón.

Según las estimaciones de la capitana Cuervo, estaba a solo dos días de distancia.

—Estoy preocupada —dijo Trenza en voz baja, mirándome—. Estoy… estoy aterrorizada.

Le puse la mano en el hombro y logré contenerme y no vomitarle otro poema. Debió de ver algo en mis ojos, el fragmento de lucidez que aún poseía.

—Estoy aterrorizada —repitió—. No solo por todos los demás, aunque también. Estoy asustada por mí misma y por lo que va a hacerme Cuervo. No puedo derrotarla. En el fondo, lo sé.

Levanté la otra mano y extendí un solo dedo.

—Tienes —le susurré— todo lo que necesitas, Trenza.

—¿La pistola de bengalas? Pero ¿y si fracaso?

—Tienes *todo* lo que necesitas.

Le apreté el brazo y seguí caminando en pos de Ulaam. Entonces aflojé el paso. Algo andaba mal, ¿verdad? ¿Aparte del hecho de que no estaba lanzándome a una épica oda a la hermosura de las callosidades?

Ah, sí. Ya no se oía el siseo en el casco. El bullir se había interrumpido y el barco perdía velocidad. Bueno, tampoco era tan preocupante. Pasaba a todas horas y no era peligroso.

A menos que hubiera lluvia cerca.

Seguro que adivinas lo que sucedió a continuación.

Tengo pesadillas. Mi condición única no las impide, aunque no necesito dormir tanto, ni mucho menos, como los humanos normales y corrientes.

Mi peor pesadilla recurrente, la que me agarra del cuello y me sacude hasta despertarme, tenso y cociéndome en mi propio sudor, no es que me persiga un monstruo. No es que esté perdido, ni que nadie me quiera.

No. Mi peor pesadilla es esa en la que descubro que llevo años repitiéndome, contando los mismos chistes manidos, las mismas historias, desgastando con mi paso enérgico una senda en la paciencia y el cariño de la gente hasta que incluso las malas hierbas que crecían en ella han muerto.

Así que me abstendré de repetir mis sospechas y mis temores acerca de la lluvia en el mar Carmesí. Pero si alguna vez ha existido una prueba de que la propia Destino cargaba los dados en contra del *Canto del cuervo*, sería el hecho de que no había una, sino *dos* franjas de lluvia distintas avanzando directas hacia el barco.

Dos a la vez. Mientras el barco yacía inmóvil en la pendiente de la

inmensa montaña carmesí, la proa apuntaba hacia la columna de partículas que fluían desde la furiosa luna.

Cuando Trenza llegó a la cubierta alta vio a Salay en el alcázar, con la mano firme en el timón por si regresaba el bullir y tenía ocasión de salvarlos a todos. El barco permaneció inmóvil, condenatorio. Ni toda su habilidad ni toda su pasión servirían de nada con el barco varado en las esporas. Salay se veía impotente.

Los Dougs se gritaban ideas entre ellos, y algunos hasta propusieron ponerse a salvo corriendo sobre las esporas. Era una estupidez, por supuesto. Con el barco destruido, morirían en el momento en que el bullir comenzase de nuevo. Había dos botes salvavidas, sí, pero ¿qué alternativa ofrecían? Una muerte lenta por deshidratación. Estaban en el mar Carmesí. Casi nadie navegaba por aquellas esporas.

Con muy buen motivo.

Salay miró por encima de los Dougs y encontró los ojos de Trenza.

«Ahora —vocalizó—. Por favor».

Trenza agarró a una Doug, alta y con el pelo recogido en una larga coleta.

—¡Ve con Salay! —le gritó—. Dile que necesito dos cabos muy largos y el barril de agua del puesto del cañón. ¡Ya! ¡*Ya*!

Trenza corrió hacia su camarote y apartó a Laggart en la escalera. El cañonero le dio un grito, pero Trenza no iba a hacerle caso. Le quedaban escasos minutos, con suerte, antes de que llegara la lluvia y concluyera la historia de todos. A menos que Trenza pudiera añadirle otro capítulo por pura fuerza de voluntad.

El heroísmo es algo extraordinario, y a menudo malinterpretado. Todos creemos entenderlo porque anhelamos verlo en nuestro propio interior. Y eso, en realidad, forma parte de su secreto.

Si haces acopio de historias sobre héroes, sobre quienes arriesgan la vida por otros, sobre quienes se alzan ante amenazas imposibles, sobre quienes se lanzan de cabeza al peligro con aplomo de atleta arrojándose desde el trampolín más alto, detectas unos patrones. Dos, de hecho.

El primero es que el heroísmo puede entrenarse. No por un gobierno o un ejército, sino por la propia gente. Los héroes son quienes han

pensado en lo que van a hacer y se han preparado para ello. El heroísmo es con frecuencia el resultado en apariencia espontáneo de toda una vida de preparación.

Pero si preguntas a esos héroes por qué arriesgaron la vida, no lo hagas en un estrado ante la multitud en el momento de entregarles la medalla. Porque lo cierto es que posiblemente no lo hicieran por su país. Ni siquiera por sus ideales. A lo largo y ancho de todas las culturas, eras e ideologías, los héroes de guerra suelen responder a la pregunta con la misma y sencilla motivación: lo hicieron por sus amigos.

En la frenética anarquía de la destrucción, la lealtad a una causa o a un reino tiende a sucumbir al caos. Pero el vínculo entre las personas… bueno, es más fuerte que el acero. Si quieres crear héroes, no les des algo por lo que luchar. Dales a *alguien* por quien luchar.

Trenza metió la llave en la cerradura de su camarote, abrió la puerta de golpe y vio a Huck corriendo para meterse bajo la cama. Fue a su mesa, donde estaba la gran bola de rosaíta en la que había estado trabajando en germinar y dar forma esos últimos días. Tenía el tamaño de la cabeza de un niño y estaba recubierta de cera por fuera y llena de una enorme carga de esporas glaucas, coloreadas de un tenue violeta por la rosaíta que las rodeaba.

Casi no tuvo tiempo de reparar en que al parecer se le habían caído en la mesa un par de esporas de medianoche, en un descuido imperdonable. Cogió la «bala de cañón» de rosaíta y salió corriendo al pasillo.

En cubierta, los Dougs se habían congregado alrededor de Salay. La capitana Cuervo estaba fuera de su camarote, de pie en el alcázar bebiendo de su petaca con un aire de fatalismo. Había esperado no morir allí, claro, pero ya estaba en estado terminal. Un tipo de muerte distinto tampoco podía mover demasiado la proverbial aguja de la brújula, cuando una llevaba más de un año contemplando a diario su propia mortalidad.

Salay se abrió paso entre los Dougs y señaló las cuerdas y el barril de agua.

—Lo tenemos todo, Trenza. ¿Ahora qué?

—Atad un cabo al barril —dijo Trenza— y bajadlo con mucho cuidado por el costado del barco hasta las esporas. —Respiró hondo—. Atadme a mí con el otro cabo y haced lo mismo.

Todos los presentes se volvieron y clavaron la mirada en ella.

Entonces Salay ladró sus órdenes y la tripulación las cumplió. Ann bajó en persona el barril mientras Fortín y unos pocos Dougs iban liberando cuerda poco a poco para que Trenza descendiera. Puso los pies en el Carmesí, sintiendo de nuevo el tenue crujir de las esporas bajo las botas. Tan cerca del mar Carmesí, se sintió como si hubiera dado con una tierra mitológica en la que el suelo se hubiera oxidado de algún modo y el cielo tuviera un extraño tono azul por contraste.

Las esporas rasparon contra la madera con su familiar sonido cuando el barril llegó junto a ella. Ann le hizo un gesto desde arriba y docenas de ojos siguieron a Trenza mientras desataba el barril y lo llevaba rodando contra el casco de la nave.

Lo destapó con manos temblorosas y contempló la oscura agua. Lo que estaba a punto de hacer contradecía todo lo que le hubieran dicho jamás en su vida.

—¡La lluvia ya casi ha llegado, Trenza! —gritó Salay desde arriba—. Ay, lunas. ¡Ya viene!

Trenza oyó el crujido y el traqueteo de las esporas carmesíes al crecer con frenesí. Como miles de lanzas alzadas. Temblando, metió la mano en el bolsillo de su casaca roja y sacó un punzón con la punta de plata. Con la otra mano levantó la bala de cañón de rosaíta.

«Agarrad —pensó—. Solo agarrad. No destruyáis el barril. Salid y luego agarrad».

Usó el punzón para perforar la parte superior de la esfera, revelando las esporas verdes que contenía. Entonces la soltó dentro del barril.

Las enredaderas emergieron con el grosor de brazos, enroscándose unas en torno a otras. Una carga pequeña de esporas glaucas crearía las esporas suficientes para enredar a una persona, y Trenza había metido un múltiplo muy elevado de esa cantidad. Los tentáculos surgieron del barril y embistieron contra el barco. Bebiéndose ansiosas el agua, las enredaderas siguieron creciendo, más gruesas, más fuertes.

La masa retorcida y fulminante empujó el *Canto del cuervo*,

escorándolo y haciendo que la tripulación gritara. Trenza retrocedió por instinto, pero no. No, eso era creación suya. No podía huir. Formaba parte de ello.

Apretó ambas manos contra las enredaderas que aún crecían y palpó el tirante glauco como unos tendones ondulándose bajo sus dedos. «Arriba —pensó—. Por favor, POR FAVOR».

«ARRIBA».

El barco se tambaleó más. Y entonces empezó a elevarse en el aire. La masa de enredaderas glaucas cambió de orientación y lo levantó, como si fuese una mano con muchos dedos. Sin el bullir, la superficie oceánica era un punto de apoyo lo bastante robusto, siempre que las enredaderas, que ya habían emergido por completo del barril, se extendiesen hacia fuera.

La elevación alcanzó a Trenza, que aún llevaba su cabo atado en torno al pecho. Se permitió un momento para desear que Fortín no la soltara, pero mantuvo casi toda su atención centrada en las crecientes enredaderas. Porque ya oía la lluvia acercándose, anunciando su presencia con el sonido del agua acribillando algo duro: las marañas de pinchos carmesíes que creaba y luego empapaba.

He hablado con muchos marineros y aquella, en docenas de mundos, era su pesadilla. El ruido de la lluvia, el aullido del viento y el abrazo del abismo. En el mundo de Trenza el peligro no es el agua de debajo, sino la que viene de arriba. No obstante, la pesadilla es la misma, nacida de la convicción de que precisamente aquello sobre lo que navegas, aquello que te transporta y le da un sentido a tu vida, algún día intentará matarte.

Las franjas gemelas de lluvia se cruzaron en la posición del *Canto del cuervo*, limpiando la cubierta de esporas muertas, empapando a los marineros desde el más humilde grumete hasta la capitana con su sombrero de pluma. Una pesadilla manifestada. Un barco atrapado a solas en una tormenta, con la lluvia atronando en la madera.

En toda historia, fábula y canción, aquello significaba la muerte.

Excepto ese día. En ese barco.

Cuervo esperó a que llegara el horrible momento, esperó a que los pinchos hicieran trizas su barco desde todos los lados, empalando a su

tripulación, partiendo maderos. Pero no ocurrió. Solo sintió la lluvia, golpeando como un millar de diminutos puñetazos. El agua estaba más fría de lo que había imaginado.

Los Dougs se amontonaron en la borda del barco y Cuervo los apartó entre maldiciones para que le dejaran espacio. ¿Qué estaba sucediendo? Había visto a Trenza bajar por el casco del barco y había dado por hecho que huía, aunque no tuviera ni idea de hacia dónde. El barco se había zarandeado, sí, pero…

No lo comprendió hasta bajar la mirada y descubrir que había crecido un árbol colosal bajo el barco. Era la única manera de definirlo con exactitud: un árbol hecho de enredaderas entrelazadas. Se apoyaba en las esporas con unas raíces de enredadera que parecían dedos extendidos, y sus ramas de enredadera habían aferrado el *Canto del cuervo*.

El árbol había levantado el barco unos quince metros en el aire, justo por encima de la maraña de pinchos que había crecido debajo. Las lanzas carmesíes habían perforado el tronco, pero las enredaderas glaucas eran elásticas. Y además, en ese momento aún crecían. Si acaso, la red de pinchos había ayudado a estabilizar las enredaderas.

Colgada al otro lado de la borda, balanceándose en la cuerda que Fortín sostenía firme, había una chica temblorosa y calada hasta los huesos, con el rostro oculto por un embrollo de pelo empapado.

Fue entonces cuando, un poco tarde, los Dougs empezaron a vitorear. No les reprocho que se retrasaran. Habían pasado de estar muertos sin duda a estar muy vivos, y ese tipo de bandazo existencial requiere de unos pocos latidos para recuperarte, del martilleo en las orejas que te dice que sí, que es real.

—¡Ayudadnos a izarla, haraganes! —gritó Salay, agarrando el cabo junto a Fortín.

El pañolero estaba con un pie contra la borda, sosteniendo la ropa con unas manos que, aunque deformes, eran sólidas como ladrillos. Su reacción rápida, su idea de levantar a Trenza unos pocos palmos mientras las enredaderas crecían, le había salvado la vida a la chica. Incluso así, la punta de los pinchos carmesíes le había tocado las botas.

Todo el mundo ayudó a recuperar a Trenza, y no me cabe duda de que muchos de ellos estaban recordando que habían hecho eso mismo en otra ocasión, semanas antes, cuando la habían subido a bordo por primera vez. Volvieron a aclamarla mientras Fortín la dejaba con cuidado en cubierta.

Cuervo lo observó todo, silenciosa. No se atrevía a decir nada ante una salvación tan extraordinaria. De hecho, las enredaderas no parecían haber provocado ningún daño en el barco. Con hachas de filo de plata, los Dougs podrían soltar un poco el navío y luego terminar de cortarlas cuando regresara el bullir y el árbol se hundiera. Ya lo habían practicado como forma de escapar si se quedaban apresados durante una batalla a cañonazos.

Por tanto, Cuervo no estaba preocupada por el barco. Ni por llegar hasta el dragón, ya que tenían muy cerca su madriguera. Había dicho a la gente que su destino estaba a dos días de distancia porque no quería que entraran en pánico al pensar que iba a llevarlos hasta la misma catarata de esporas. Pero no sería necesario.

Ese día el miedo de Cuervo era de una especie completamente distinta. Porque aunque se había pasado la vida entera infundiendo miedo a su tripulación para que la obedeciera, sabía que existía otra emoción que despertaba una lealtad incluso mayor en la gente. Por desgracia, era una emoción que jamás había alcanzado a comprender.

Y si Cuervo tenía alguna pesadilla, estaba de pie ante ella en esos momentos. En la forma de una chica temblorosa que, de algún modo, se había ganado el amor que Cuervo nunca había conocido.

Unas horas después, Trenza estaba sentada en el pañol con Fortín, Salay y Ann, que conversaban en voz muy baja.

Trenza no decía gran cosa y se limitaba a sostener una taza (la suya de la mariposa) llena de infusión de las reservas personales de Fortín. Era muy revelador que ni siquiera hubiera insinuado un intercambio al ponérsela en las manos. Lo que Trenza había hecho por todos ellos suponía una deuda que Fortín temía no ser capaz de pagar nunca.

Pero iba a intentarlo de todos modos.

Tenemos que actuar deprisa, escribió. **Si lo que dice Trenza es verdad y la capitana pretende entregarla al dragón, no tenemos mucho tiempo. Cuervo dice que nuestro destino está a solo dos días de distancia.**

—Lo ha dicho esta mañana —confirmó Ann—. Ya habremos recorrido una buena parte hoy, antes de la lluvia.

Trenza dio un sorbito a la infusión. No había dejado de temblar desde el acontecimiento, y hasta le gustaba que el líquido estuviera caliente. Espantaba la gelidez de su alma.

Fuera había regresado el tranquilizador sonido de las esporas contra la madera. Aunque Trenza había temido que su artimaña causara

daños permanentes al barco, la tripulación había cortado las enredaderas con gran efectividad al regresar el bullir. Los pinchos de los numerosos éteres carmesíes habían arrastrado el tronco a las profundidades, permitiendo que el *Canto del cuervo* flotara sereno hacia delante.

¿Era raro que Trenza tuviera remordimientos por haber utilizado el árbol de éter y luego abandonarlo? ¿Estarían tristes los éteres allí abajo? ¿Qué pasaba con los que se hundían, por cierto?

Quizá en vez de rumiar sobre esas cosas debería haber estado más inquieta por su inminente cita con un dragón. Pero se notaba en las últimas, como una escoba a la que el trabajo duro hubiera dejado con solo unas pocas cerdas. Después de la tensión de ese día, a Trenza le costaba reunir más miedo.

—Entonces tenemos que atacar —afirmó Salay desde el lado de la puerta—. Mañana por la mañana. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —convino Ann.

Sí, dijo Fortín levantando su tabla. **Con una máscara del rey de nuestro lado, no podemos fallar.**

Todos miraron a Trenza, que deseó poder marchitarse hasta desaparecer ante sus expectativas. Así podrían utilizar su alma descascarillada para preparar más infusión.

—Tal vez no deberíamos —musitó Trenza.

—¿Cómo? —dijo Ann—. Chica, va a entregarte como esclava.

—No perderé a otra tripulante —dijo Salay.

Fortín la observó, pensativo.

—La tripulación está viva de milagro —dijo Trenza—. Me preocupa lo que os pasará si intentamos enfrentarnos a Cuervo. Es peligrosa. Lo noto.

Entonces, ¿dejarás que te entregue?, preguntó Fortín. **¿Por voluntad propia?**

—Servir a un dragón no es la muerte —dijo Trenza—. O creo que no, al menos. Y a lo mejor encuentro alguna forma de escapar. O de… comprar mi libertad…

Sabía que no estaba siendo muy lógica. Había pasado unos días frenéticos intentando diseñar un arma contra la capitana. Y Trenza *quería* escapar. Además, ¿no debería sentirse entusiasmada?

¿Optimista? Su plan para salvar el *Canto del cuervo* había funcionado al fin y al cabo.

Pero las mentiras tienen un modo de diluir a las personas. Cuanto más vives en ellas, más te conviertes en un cubo de pintura mezclada, decantándote más y más hacia un marrón genérico. A mí eso nunca me ha detenido, ojo, pero es que yo no soy la persona que era Trenza.

—No podemos perder frente a Cuervo —dijo Salay— mientras te tengamos a ti, Trenza. Eres una…

—No lo soy, Salay —la interrumpió Trenza, exhausta—. No soy una máscara del rey. Ni siquiera sabía lo que eran hasta que las mencionasteis. —Negó con la cabeza—. Por favor, creedme.

No lo hicieron, claro. Una verdad aburrida siempre tendrá dificultades para competir con una mentira emocionante.

—Escucha, Trenza —dijo Ann—, ¿crees que nuestros problemas desaparecerán cuando la capitana haya hablado con el dragón? Seguiremos bajo su poder.

—Pero podréis combatirla —respondió Trenza—. Ya no tendrá las esporas para protegerla. Si dejáis que me intercambie, vuestras posibilidades de lograrlo mejorarán mucho.

Fortín apoyó la mano en la suya e inclinó su letrero hacia ella.

Pero tendríamos que vivir con ello, Trenza. Cuervo nos obligó a llevar esta vida. No sabíamos que tenía intención de matar, de acuerdo. Pero si no le plantamos cara, ya no podremos seguir usando esa excusa. Ahora sabemos lo que es.

Trenza leyó las palabras dos veces. Y aunque su primer instinto aún fue el de protestar… estaba creciendo otra cosa en su interior. Ella lo habría llamado arrogancia, y le daba miedo. Pero la arrogancia y la autoestima son dos caras de una misma moneda, de curso en los mismos mercados.

Ese día miró a Fortín a los ojos y asintió.

—Muy bien.

—Amotinamiento —dijo Salay—. Mañana por la mañana. Me aseguraré de que los Dougs nos apoyen.

—Yo distraeré a Laggart —añadió Ann—. Si estoy disparando el cañón, vendrá a regañarme.

Tengo llave del camarote de la capitana, dijo Fortín. **Ella no lo sabe.**

Entraremos mientras duerme y la apresaremos. Después navegaremos al mar Glauco y la entregaremos a los oficiales del rey a cambio de nuestra vida.

Trenza respiró hondo.

—Apresarla no será tan fácil, Fortín. Las esporas que lleva dentro reaccionarán si alguien intenta retenerla. Por suerte, he creado un arma que podría funcionar. Hará que…

¿Qué era eso?

—Que…

Trenza se estremeció. Sentía algo. Un picor conocido, nítido como el aroma del pan de su madre. Sin pensar, estiró el brazo a un lado, a las sombras bajo el saliente del mostrador de Fortín.

Parte de la oscuridad de allí se resistió a sus dedos. La notó como un odre lleno de agua.

Esencia de medianoche.

Trenza percibió otra mente dominándola, pero estaba lejos y ella cerca. Actuando por instinto, se hizo con el control. Al instante notó la lengua seca. Tosió y, presa del pánico, de algún modo cercenó la conexión por completo. La esencia de medianoche se volatilizó, convertida en humo oscuro.

Esa otra mente…

… era la de Cuervo.

Cuervo había estado escuchándolos a través de la esencia de medianoche.

—Oh… oh, lunas —dijo Trenza con voz rasposa—. Cuervo lo sabe.

La campana del barco repicó en una sucesión de tañidos nítidos e incesantes.

—Tripulación a cubierta —dijo Ann—. ¿Cómo…? ¿Cómo puede saberlo, Trenza?

—Por las esporas —respondió ella—. Es difícil de explicar.

La campana siguió sonando, y cada golpe parecía una amenaza. Morid. Morid. Morid.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ann—. Nos ejecutará a todos, igual que hizo con Gorgo.

—Luchar —dijo Salay—. Íbamos a hacerlo mañana. Habrá que empezar antes. Trenza, ¿tienes algún arma que nos sirva?

Aunque no había nada que Trenza quisiera más que dormir, asintió. Ya no había vuelta atrás. Se levantó y abrió la puerta con la intención de correr pasillo abajo hasta su camarote y sacar la pistola de bengalas. Pero al abrirla encontró una pistola apuntando a su frente.

—Vaya, vaya —dijo Laggart—. Justo los cuatro con quienes la capitana quiere hablar sobre todo. Qué… conveniente encontraros a todos juntitos.

El temblor de Trenza regresó y entonces se redobló, tratando de recuperar el tiempo perdido. Recorrió con la mirada el cañón de la pistola y descubrió que se le había vuelto a secar la boca, por un motivo distinto. Obligó a las palabras a salir de todos modos.

—No puedes hacerme daño —dijo—. La capitana me necesita.

—Cierto, me temo —respondió Laggart.

Giró la pistola y disparó a Salay en el muslo. Ann chilló y Fortín se abalanzó hacia Laggart para apresarlo, pero se detuvo en seco al ver una segunda pistola apuntada hacia él.

—La capitana no me ha dado ninguna instrucción de que los otros tres tengáis que subir vivos —dijo Laggart—. Así que no muevas ni un dedo, Fortín. ¿Lees lo que te digo o la pistola ya habla lo bastante alto para ti?

El hombretón se quedó quieto, pero Ann hizo caso omiso a la pistola, se arrodilló y usó su pañuelo para vendar la herida de Salay.

Trenza se sintió impotente. Ann terminó de atar el vendaje, pero entonces alzó la mirada, indecisa. Necesitaban a Ulaam. Salay sangraba demasiado.

—A cubierta —les dijo Laggart.

El cañonero retrocedió e hizo un gesto hacia la escalera. Unos Dougs boquiabiertos pasaron corriendo, haciendo atronar la madera con sus botas.

—¡Está sangrando! —exclamó Trenza.

—No tanto como si le hago otro agujero —replicó Laggart—. Arriba, he dicho.

Fortín apartó con suavidad a Ann y levantó del suelo a Salay, que le pasó los brazos alrededor del cuello. La timonel asintió mirando a Trenza con el rostro crispado de dolor. Ann lanzó una mirada asesina a Laggart, con las manos ensangrentadas. El cañonero se limitó a sonreír y menear la punta de la pistola.

A regañadientes, Trenza abrió la marcha y salieron los cinco a cubierta. La luna carmesí pendía fatídica del cielo nocturno, vertiendo esporas en una vasta neblina, como las cortinas de lluvia que caerían de las nubes en otros planetas. Allí, la brillante luz de luna las hacía centellear como minúsculas gotas de resplandeciente sangre.

Cuervo estaba de pie, silueteada bajo la luna, quebrando con su sombra la luz roja. Los Dougs se habían congregado a ambos lados de la cubierta, dejando un espacio despejado en el centro para la capitana… y para los cuatro amotinados. Fortín dejó a Salay en el suelo y la timonel se apretó con firmeza la herida vendada. Los otros tres se situaron alrededor de ella. Laggart fue el último en llegar y subió al alcázar, desde donde tenía una buena línea de visión, y de tiro, sobre todos ellos.

—Conque pretendíais arrebatarme mi barco, ¿eh? —dijo Cuervo—. Amotinaros contra vuestra propia gente.

Ninguno de los cuatro respondió.

—La verdad es que no os creía capaces —prosiguió Cuervo—, teniendo en cuenta que tuve que obligaros a llevar esta vida.

Hizo una seña y una Doug se adelantó cargada con una mesa pequeña, que dejó en cubierta entre la capitana y los amotinados.

—Estoy impresionada —dijo Cuervo, sacándose una pistola del cinturón para dejarla en la mesa. La siguió una segunda. Y una tercera —. Consideradme una… madre orgullosa. Pero este asunto me crea una duda. ¿Cuánta gente de este barco respeta de verdad a su capitana?

Fortín estaba mirando su tabla. Pulsó unas cuantas palabras al dorso.

Nadie te respeta, Cuervo. Hacen lo que les dices porque temen las esporas de tu sangre.

—Y yo pensando que tú eras el listo, Fortín —dijo Cuervo—. No son las esporas lo que temen. Soy yo. ¿Verdad que sí, tripulación? —Paseó la mirada por los Dougs, la mayoría de los cuales retrocedieron ante su intensidad—. Lo reconozco, Trenza, tienes mano para…

—¿Mano? —intervino animado el doctor Ulaam desde el fondo de la multitud—. Puedo…

—Cierra el pico, Ulaam —gruñó Cuervo sin volverse hacia él. Sostuvo la mirada a Trenza—. Sabía que tarde o temprano tendría que ocuparme de Salay, y puede que también de Fortín. Pero me los has entregado a todos bien empaquetaditos, junto con pruebas de su traición. —Señaló la mesa—. Venga, no perdamos el tiempo. Un duelo a la antigua usanza. Tres pistolas. Vosotros cuatro… Bueno, mejor

dicho, vosotros tres, porque veo que Salay está lidiando con el resultado de su arrogancia, contra mí.

—No es nada justo —repuso Ann—. Tus esporas detendrán las balas que te disparemos.

—Pues no me disparéis a mí —dijo Cuervo, e hizo un gesto hacia el alcázar—. Si matáis a Laggart antes de que me ocupe de los tres, renunciaré al puesto de capitana.

—¿Capitana? —dijo Laggart, acercándose a la baranda del alcázar.

—¡Guarda esa pistola, Laggart! —le gritó Cuervo—. Y quédate ahí como un buen chico haciendo de diana.

—Pero…

Laggart dejó de hablar mientras comprendía que sí, que la capitana era así de cruel. Muy despacio, enfundó su pistola.

—¿Y bien? —dijo Cuervo—. Esto no es una negociación. No estoy haciéndoos una oferta. Es un ultimátum.

Fortín fue el primero en moverse, saltando hacia las pistolas. Cuervo dio un puntapié que arrancó una pata de la mesa y dispersó las armas por la cubierta. Entonces se abalanzó hacia Fortín y le estampó el codo en toda la cara. Trenza nunca había oído nada similar a ese crujido. Fue como el sonoro chasquido de partir canela en rama combinado con el golpe sordo de ablandar una pechuga de gaviota.

El sonido la sobresaltó, hizo que reconociera lo que estaba sucediendo. Había estado embotada, pero en ese momento se arrojó al suelo e intentó hacerse con una pistola. En la confusión le perdió la pista a lo que ocurría, pero yo tenía una perspectiva excelente. Cuervo saltó al otro lado de Fortín mientras el pañolero se llevaba las manos a la cara y apartó de un golpe la mano de Salay, que había intentado arrastrarse hasta otra pistola.

Cuervo recogió el arma del suelo y, con gesto indiferente, la tiró por la borda. Se volvió y clavó el puño en la tripa de Trenza, añadiendo todo su peso y su impulso al golpe. El aliento, la fuerza y la esperanza de Trenza le salieron despedidos por la boca mientras se doblaba sobre el puño.

No existe ninguna forma establecida de prepararte para encajar un puñetazo. No hay entrenamiento conceptual ni teoría erudita que

valga. Cuando recibes el golpe, una parte de ti entra en pánico. Pero otra parte más grande se queda patidifusa. Tu mente es incapaz de aceptar que pueda pasar algo como eso, pues nada en la vida la ha preparado para tal brutalidad. Es difícil asimilar el hecho de que hay una persona dispuesta de verdad a hacerte daño, incluso a asesinarte.

Es una ventaja que la gente como Cuervo siempre tendrá sobre los demás. Su mente aceptaba esa realidad sin ningún problema. Ella estaba encantada de hacer daño, y de matar. Le gustaban ambas cosas.

Tenía una sonrisa demencial en el rostro al levantar la mesa y descargarla contra la cara de Fortín. La madera no se rompió, como hacen a veces en las historias de peleas de taberna. Era un mueble bien hecho y sólido, así que dio un golpetazo contra los brazos del pañolero, que protegían su nariz rota, y lo envió despatarrado por el suelo.

Cuervo arrojó la segunda pistola por la borda y buscó la tercera. Estaba en manos de Ann, apuntada hacia Laggart.

La capitana ensanchó la sonrisa e hizo un gesto como diciéndole: «Adelante».

Laggart empezó a retroceder.

—Si abandonas tu puesto, cañonero —dijo Cuervo—, te dispararé yo misma. Piensa con mucho cuidado qué bala prefieres que te disparen.

Laggart se quedó donde estaba. El brazo de Ann comenzó a temblar. Miró a Cuervo y vio a una mujer sin nada que perder. En ese momento Ann fue lista, porque comprendió que hiciese lo que hiciese, diera en el blanco o no, Cuervo no iba a permitirse perder aquel combate. Incumpliría su palabra si era necesario. ¿Qué iban a hacer los Dougs, denunciarla a los alguaciles del rey?

Pero al menos, si Ann disparaba a Laggart, tendrían un enemigo menos del que preocuparse. De modo que se sujetó el brazo. Apuntó. Disparó.

Y falló por al menos medio barco de distancia.

Cuervo soltó una carcajada y empujó a Ann a un lado. La menuda carpintera regresó hacia ella con un cuchillo en la mano y muerte en los ojos.

La capitana, aún entre risitas, se sacó algo del bolsillo. Una pistola rechoncha con el cañón muy ancho.

La pistola de bengalas de Trenza.

A través de las lágrimas, todavía aturdida por el puñetazo, Trenza vio que la capitana disparaba y acertaba a Ann en el pecho. La bengala dio contra ella y el cuerpo de la carpintera acolchó el impacto lo suficiente para impedir que la carga se disparase. Así que el proyectil cayó a cubierta y allí, al hundirse la punta contra la madera, liberó su explosión de enredaderas alrededor de Ann.

—Eso por intentar hacer trampas —dijo la capitana, guardándose la pistola de bengalas.

Con gesto distraído hundió el tacón de su bota en la pierna herida de Salay, haciendo que la timonel chillara de dolor. Luego se acercó a ver cómo estaba Fortín, que tenía la cara sanguinolenta y aún parecía atontado. Tras asegurarse de que el pañolero no iba a atacarla, Cuervo fue donde Fortín había soltado su tabla mágica de escritura. Su talón se ocupó de ella, partiéndola en dos con un crujido.

Fortín dio un grito. En ninguna otra ocasión he oído salir algo de su boca aparte de una risa. Fue un aullido lleno de aflicción, de un dolor humano primordial. Se dejó caer hacia delante y se tapó otra vez la cara ensangrentada con las manos ensangrentadas, dando profundos sollozos.

Trenza por fin comprendió las intenciones de Cuervo. Matarlos a los cuatro podría haber inspirado una rebelión entre los Dougs, como le había enseñado su ejecución de Gorgo. La muerte creaba mártires. La humillación creaba siervos.

Los Dougs bajaron la mirada a medida que los ojos de Cuervo recorrían la cubierta. La tristeza de Fortín se volvió silenciosa y personal. El barco quedó en silencio, pero no era el silencio de una nevada nocturna. Era el silencio de una habitación de hospital tras la muerte de un ser querido.

Cuervo había derrotado a los cuatro mejores oficiales del barco, y sin necesitar siquiera su extraña sangre llena de esporas. Ulaam se sorprendió de que no las hubiera manifestado, me contó más adelante. La capitana controlaba mejor su dolencia de lo que ninguno de

nosotros había sido consciente. Había contenido sus enredaderas a propósito, para que luego nadie se preguntara si sería menos peligrosa sin ellas.

Nadie volvería a plantar cara a la capitana después de aquel día.

—Cañonero —ladró Cuervo—, suelta el ancla.

—¿Capitana? —dijo Laggart—. Creía que teníamos que seguir navegando hacia la madriguera del…

—Ya hemos llegado.

—Pero…

—Un consejito rápido, Laggart —dijo Cuervo—. Si sospechas de un motín, lo mejor es hacer creer a la gente que la travesía terminará unos días después de cuando va a hacerlo en realidad. La naturaleza humana lleva a los cobardes a esperar hasta el último momento posible antes de intentar nada.

El ancla descendió con un tintineo de su cadena. Cuervo no iba de farol: ya nos habíamos acercado lo suficiente, aunque no había un lugar concreto al que fuese preciso llegar para llamar la atención del dragón. Solo había que entrar en la zona que vigilaba. Cuervo demostró ese hecho lanzando una misiva por la borda, dentro del tradicional estuche de cristal como indicaban sus libros.

Entonces puso a Trenza en pie y retuvo a la chica mediante una presa mortal en el hombro.

—Vendrás conmigo sin rechistar y por voluntad propia —le dijo—, o haré que Laggart empiece a ejecutar a tus amigos. Esto es otro ultimátum.

Trenza asintió, porque aún no había recobrado el aliento. Había sido su primera pelea de verdad y había aguantado exactamente un puñetazo. Aún le lloraban los ojos, aún le dolía la tripa. Se sintió inútil, por lo menos hasta que vio que Salay estaba mirándola.

Entonces pasó a sentirse despreciable.

Salay se apretaba el muslo, de donde manaba sangre a través del pañuelo que hacía las veces de vendaje. Con gesto de dolor, miraba a Trenza, implorante.

Trenza apartó los ojos.

En ese momento Salay por fin lo comprendió. Por fin lo creyó.

—Era cierto que no lo eres, ¿verdad?

—No lo soy —susurró Trenza—. Intenté… intenté decíroslo…

Salay dejó caer la espalda flácida a cubierta, derrotada.

Fuera del barco las esporas empezaron a ondularse, y luego a girar arremolinadas como si algo las absorbiera desde abajo. Los Dougs y yo corrimos hacia la regala y miramos mientras aparecía un enorme túnel en las esporas, de paredes sólidas pese al bullir. El pasadizo llevaba a la oscuridad. Xisis había recibido el mensaje.

—¡Preparad el esquife! —gritó Cuervo.

Cuando el pequeño bote estuvo listo, sostenido por cuerdas a la altura de la cubierta, Cuervo obligó a Trenza a subir por delante de ella. Ya desde el esquife, la capitana asintió mirando a Laggart, que apuntaba a Ann con una pistola.

—Si no hemos vuelto dentro de una hora —vociferó Cuervo—, mata a uno de ellos.

Trenza se dejó caer en el asiento. Entonces sintió una mano en el hombro. Alzó la mirada y me vio con el brazo extendido hacia ella por encima de la regala.

—Sigues teniendo —le susurré— todo lo que necesitas.

Retrocedí en respuesta a un ladrido de la capitana y los Dougs hicieron descender el bote como un ascensor improvisado para llevarlas al nivel del mar.

Cuervo empujó a Trenza por delante y salieron a las esporas, dotadas de una extraña firmeza, para internarse en el túnel.

Los mares de esporas no son tan profundos, en términos relativos. Por ejemplo, si se comparan con el calado del Abismo Lírico en Treno, vienen a ser como charcos.

Pero cuando tienes que caminar hasta el fondo, sobre todo retenida y empujada por una pirata impaciente con una enfermedad terminal, unos centenares de metros pueden parecer muchísima más distancia. En todo caso, seguía siendo mejor que el método tradicional para llegar al fondo del océano.

Cuervo llevaba un candil, y el reflejo de la luz en el túnel carmesí hacía parecer que estuvieran descendiendo por el mismísimo gaznate del dragón. Trenza se preguntó qué pasaría si aquellas paredes rígidas se exponían al agua. ¿Les crecerían pinchos o el extraño poder del dragón impediría que el éter se expresara? Dice más de lo que jamás podría expresar este narrador sobre los cambios experimentados por Trenza que por un instante se planteó lamer la pared, a ver qué pasaba.

Al cabo de un tiempo el túnel se hizo horizontal y empezó a ensancharse hasta desembocar en una gigantesca caverna, hecha

también por completo de esporas solidificadas. Trenza había tenido curiosidad por llegar al fondo y descubrir lo que había allí abajo. ¿La madriguera sería de piedra, de tierra o consistiría solo en montones y montones de pinchos de éter hundidos y acumulados a lo largo de milenios de lluvias? Supuso que tendría toda una vida allí abajo para averiguarlo.

Fue entonces cuando cayó sobre ella el verdadero peso de todo. Iba a pasar su vida entera en el fondo del mar. Le había fallado a Charlie. Y tan horrible como eso, pero de algún modo incluso más aterrador en esos momentos, era muy posible que jamás volviera a ver las lunas. La perspectiva de no contemplar nunca más el cielo, de no volver a sentir la luz solar, de que ya no la bañara el brillo de la luna glauca… hizo que le temblaran las piernas.

Cuervo la empujó hacia delante de todos modos, haciendo tropezar a Trenza en la inmensa cámara carmesí y luego caer de rodillas. Trenza contuvo las emociones, porque las lágrimas podían ser letales si resultaba que aquellas esporas eran capaces de expresar sus éteres. Pero no pudo evitar acurrucarse, temblorosa. Durante un rato fue insensible a las maldiciones de Cuervo, e incluso a sus patadas nada amables.

Era demasiado para ella. El peso de las emociones del día se acumuló se sopetón sobre Trenza, con la fuerza del mismo océano. ¿No había sido esa misma tarde cuando se había sentido tan viva, aliviada y triunfal mientras la izaban a través de la lluvia?

¿Era posible que un día contuviera demasiados momentos? Sí, las horas y los minutos eran los mismos de siempre, pero cada instante de ellos había estado engordado, como una bota de vino llena hasta reventar. Trenza se sentía como si se le fuese a escapar todo, como si fuera a vomitar emoción por todas partes, como si no hubiera la suficiente Trenza para retenerla.

«Sigues teniendo todo lo que necesitas».

¿Lo había dicho por la pistola de bengalas? Porque la llevaba Cuervo, y Trenza no sería capaz de imponerse a la capitana en un enfrentamiento físico. Tenía pruebas empíricas concluyentes que lo acreditaban.

—De pie, chica —dijo Cuervo mientras la levantaba con malos modos y la empujaba hacia delante.

La cámara daba la impresión de estar vacía, salvo por unas inmensas columnas de esporas envueltas en cintas de tela negra. Ardían unos braseros en las esquinas, que revelaban un gran pasillo que salía hacia la derecha pero no lograban desterrar del todo la oscuridad de la estancia. De hecho, parecía que la dominasen las sombras, como si la luz existiera solo gracias a su magnanimidad.

—¿Dragón? —llamó Cuervo, y su voz resonó en el aire—. ¡He venido con un sacrificio válido, según lo estipulado! ¡Mostraos!

La palabra «dragón» ha logrado filtrarse en casi todas las sociedades que he visitado, pero, al contrario que el nombre «Doug», no ha sido como resultado de la evolución lingüística natural. Lo que sucede en este caso es que los dragones se aseguran de que se los conozca y se los recuerde, logro que a menudo se deriva de haber interactuado con dichas sociedades durante sus años de formación.

Como una niña al aprender su nombre, las culturas aprenden a respetar y temer a los dragones. En realidad es una cuestión de conveniencia. Aunque la inmensa mayoría de los habitantes del Cosmere jamás conocerán a un dragón, y no digamos ya ver a uno en su forma natural, a los dragones les gusta interactuar con los mortales. Como una abuela guardándose el cordel que envolvía un paquete, los dragones prefieren saber que tienen a mano una cierta cantidad de culturas fáciles de manipular, para una época de proverbiales vacas flacas.

Menciono todo esto para justificar que, cuando Trenza y Cuervo vieron moverse las sombras del pasillo de la derecha, a grandes rasgos sabían qué esperar. En efecto, el ser tenía cuello sinuoso, cuerpo de reptil y dos enormes alas, extendidas como para impedir la visión del cielo.

Había otros detalles más inesperados. Por ejemplo, la crin de pelo plateado que adornaba la cabeza del dragón y descendía por debajo del cuello y el mentón como una barba. O las crestas de metal del mismo color que recorrían su piel, por lo demás de ónice, y resaltaban

sus contornos. Esa plata descendía por el lado de sus seis extremidades, subía por los costados del cuello y formaba dos cuernos bruñidos que encabezaban una hilera de pinchos por todo su lomo, más sumisos, los súbditos de la regia majestad de esos cuernos.

Había otros mortales en la casa del dragón, aunque su presencia estaba prohibida en el salón de entrada cuando llegaba algún suplicante. Xisis no quería que a sus siervos los tentaran cosas como un recordatorio del mundo exterior. Tenían un trabajo importante que hacer, a fin de cuentas: servirlo a él y a su investigación sobre el complejo ecosistema presente en el fondo de los mares de esporas.

Suele darse por sentado que los dragones hacen acopio de grandes riquezas, y muchas veces me he preguntado si esa historia se originaría por el metal ultramundano que dejan atrás en sus cadáveres. Nunca he conocido a ningún dragón que tuviera apego a las riquezas. Las ideas, en cambio… de eso sí que hacen acopio, y en ese aspecto son unos tacaños dignos de leyenda.

El dragón no hizo temblar el suelo, a pesar de su gigantesco tamaño, con la altura de más de cuatro humanos subidos uno al hombro de otro. Al contrario: pareció deslizarse hacia ellas, fluir en torno a las columnas hasta situarse en las sombras del centro de la estancia. La luz del fuego se reflejó en su acero de dragón, haciendo que pareciera metal líquido mientras se cernía sobre las dos mujeres. Trenza dio un respingo y hasta Cuervo retrocedió un poco.

Al ver que Xisis no hablaba, Cuervo atrapó su coraje, que solo había huido un par de zancadas, y dijo:

—Dragón Xisis, he venido a reclamar el antiguo pacto prometido. —Señaló a Trenza—. Con ese fin, os he traído a esta esclava para que trabaje en vuestros dominios.

El dragón se inclinó hacia abajo, con su aliento a madera de pacana quemada, y observó a su ofrenda. Trenza contempló esos ojos de titilante nácar y le pareció alcanzar a ver el infinito. Entonces, reflejada, se vio a sí misma. Y a Cuervo.

«Tienes todo lo que necesitas».

El coraje de Trenza no había huido en ningún momento, aunque todas las demás emociones lo habían apisonado. Mientras esa valentía

empezaba a brillar a través de ellas, Trenza se vio embargada por un cierto ánimo caprichoso. Cuervo no tenía nada que perder… pero Trenza lo tenía *todo* que perder. Y en ese momento, hizo con ello una apuesta desesperada.

—Dragón Xisis —dijo Trenza con voz entrecortada—, he venido a reclamar el antiguo pacto prometido. Con ese fin, os he traído a esta esclava para que trabaje en vuestros dominios.

Y entonces Trenza señaló a Cuervo.

Qué? —dijo el dragón.

—¿*Qué*? —exclamó Cuervo.

—Será una buena esclava —añadió Trenza—. Tiene mucha fuerza; si queréis, os enseño el moretón que tengo en la tripa como prueba. Y no le dan ningún miedo las esporas. Ha usado el éter de medianoche hoy mismo.

Cuervo agarró a Trenza y levantó la otra mano como para obligarla a callar. El dragón hizo que parara en seco moviendo adelante el antebrazo para que cinco zarpas plateadas, cada una tan larga como la pierna de Cuervo, chasquearan contra el suelo carmesí.

—No permitiré que os hagáis daño la una a la otra estando en mi casa —dijo con una voz profunda—. Una de vosotras será mi sirviente y no acepto mercancía dañada.

Cuervo miró su reflejo en las garras de acero de dragón y soltó a Trenza.

—Gran dragón —dijo Cuervo—, esta chica es la sierva que os he traído como pago. ¡Soy la capitana del barco!

—Por tanto, estás diciendo que eres más valiosa para él —replicó

Trenza, frotándose el cuello donde las uñas de Cuervo le habían dejado marca.

—Prefiero que mis sirvientes tengan una cierta calidad —dijo Xisis. Su voz no era profunda en un sentido musical, sino más bien en la intensa resonancia con que puede vibrar el suelo durante un terremoto.

—Pero también preferiréis a una sirviente joven, ¿verdad? —respondió Cuervo, dándose cuenta de que iba a tener que argumentar —. Yo soy vieja y encallecida, terca. Ella es joven, fácil de moldear. ¡Pero si no lleva ni un mes fuera de su isla natal!

El dragón se acomodó y se cruzó de brazos. Para horror de ambas mujeres, parecía estar *divirtiéndose*.

—Adelante —dijo a Trenza—. ¿Qué respondes a eso?

—Eh… —farfulló Trenza—. Me da la impresión de que os gustan los desafíos, señor. ¿Quién sería más interesante de entrenar, una chica que no sabe nada o una enérgica capitana de barco, llena de destrezas que aprovechar?

—Prefiero que no me cueste demasiado entrenar a mis sirvientes, chica —dijo el dragón—. Hablas en contra de tus intereses.

—Eso —intervino Cuervo—. Y además, ella es más experta con las esporas. Ha estado construyendo unos dispositivos de lo más ingeniosos. ¡Diseñó una especie de bomba glauca que ha elevado nuestro barco muy por encima de la superficie, para que la lluvia no nos destruyera! Y ha creado una pistola que dispara esporas. Esa chica es una especie de prodigio con ellas. Os servirá bien.

—¿Es cierto? —preguntó el dragón a Trenza—. ¿Construiste esas cosas?

—Así es —reconoció ella—. Pero no soy muy lista. Solo encontré unos diseños y les hice cuatro modificaciones de nada.

—Y encima, es humilde —señaló Cuervo—. ¿Quién quiere a un siervo arrogante?

—Cuervo tiene experiencia como líder, señor —dijo Trenza—. Sería una estupenda supervisora para vuestros sirvientes.

—¡Ja! —exclamó la capitana—. ¡Dile la verdad sobre lo que mi tripulación opina de mí! Me odian, ¿o no, Trenza? Reconócelo.

El dragón apoyó la cabeza en los antebrazos, casi como si fuese un perro con la cabeza sobre las patas, y sonrió entretenido por el debate.

—Poderoso Xisis —dijo Cuervo—, los tripulantes de mi barco adoran a esta chica. Se ha ganado su corazón después de navegar con nosotros muy poco tiempo. Es una cocinera excelente, y tan desprendida que da náuseas. Cuando oyó que sus amigos iban a amotinarse para impedir que os la entregara, se ofreció a venir por voluntad propia para evitarles el peligro.

—¿Eso es verdad? —preguntó el dragón a Trenza.

—Hum… —dijo ella—. Gran dragón, Cuervo necesita que os la quedéis como sirviente. Está muriéndose por las esporas de su sangre. Solo viviendo con vos podría sanar. Aceptarla sería un acto generoso y sabio por vuestra parte.

—¡Ja! —rio Cuervo, señalando a Trenza—. ¡Como si Xisis no supiera que voy a pedirle que me cure a cambio de ti! Sobreviviré sin ningún problema después de esto.

—Cierto —dijo el dragón—. Chica, estás perdiendo terreno muy deprisa. —Hizo un gesto hacia Cuervo—. No veo motivos para quedarme a esta escoria en mis dominios cuando podría tener a una persona serena, bien aceptada y diestra.

—Deberías haber probado a ser peor persona, chica —dijo Cuervo —. Ya te advertí que esta no es vida para ti.

—Eh… —Trenza respiró hondo y alzó la mirada hacia Xisis—. Creo que yo sería muy mala sirviente, gran dragón. Porque de verdad, de verdad que no quiero serlo.

—¿Y yo sí? —replicó Cuervo—. No me…

El dragón la silenció con un chasquido de su zarpa. Entornó sus ojos iridiscentes hacia Trenza.

—Dime, ¿por qué no deseas servirme? Al contrario de lo que quizá hayas oído, mis sirvientes están bien tratados. No enfermarás mientras permanezcas aquí. Tendrás un trabajo apasionante, comida a sus horas y libros que leer a tu antojo en tu tiempo libre.

—Pero dragón, señor —dijo Trenza—, hay alguien a quien debo rescatar. El hombre al que amo está preso. Tengo que liberarlo.

—Me trae sin cuidado el corazón de los mortales —repuso el dragón

—. Excepto por su sabor. ¿Tienes algún otro motivo por el que no debería aceptarte ahora mismo y ponerte a trabajar en la cocina?

—Porque… porque…

La Trenza que había sido quizá hubiera aceptado su destino. La Trenza que había sido habría querido complacer al dragón. Esa Trenza estaba muerta.

Ahora era la Trenza en la que se había convertido.

—Porque no me quedaré —dijo—. No importa lo que hagáis. No renunciaré a lo que quiero por vos, dragón.

—Nadie ha escapado jamás de mis dominios.

—Entonces seré la primera —replicó Trenza, hablando cada vez en voz más alta—. Porque una cosa os prometo, gran dragón. Nunca podréis confiar en dejarme a solas. Dedicaré todo lo que poseo, cada pensamiento, cada instante, cada aliento en vela, ¡a escapar de vos! No me tranquilizaré. ¡No me resignaré! ¡No perderé mi determinación!

»Os aseguro que encontraré una salida. ¡Aunque tenga que derrumbar vuestra cueva entera! ¡Aunque tenga que caminar a través de las esporas! Ya puede costarme cincuenta años, que no flaquearé. Y vos, dragón, en algún momento tendréis que matarme para detenerme. ¡Porque voy a ir al mar de Medianoche, y voy a encontrar a la hechicera, y voy a salvar al hombre que amo!

Su voz resonó en la cavernosa estancia. El dragón dejó que los ecos remitieran, observándola con sus antiguos ojos.

—¿La hechicera? —dijo Xisis—. ¿Vas a intentar enfrentarte a la hechicera?

Trenza asintió.

—Entonces, quizá retenerte aquí sería un acto piadoso.

—¡Exacto! —exclamó Cuervo—. Es justo lo que os estoy…

—Cállate, anda —dijo Xisis.

El dragón movió una mano llena de garras en su dirección. La tela que envolvía la columna más cercana de pronto serpenteó como si estuviera viva. Salió como un látigo hacia delante, rodeó la cara de Cuervo y la amordazó.

Xisis estudió a Trenza, observándola con aquellos ojos arremolinados e incognoscibles.

—Te creo —dijo por fin—. Estás demasiado motivada para ser una sirviente útil.

—Gracias —respondió Trenza.

Cuervo empezó a arañar la mordaza, con los ojos como platos. Aquella extraña tela negra le recubrió más partes del cuerpo y tiró de ella hasta apresarla contra la columna.

—Sí que es un espanto de persona, ¿verdad? —dijo el dragón.

—Eso me temo, señor —dijo Trenza.

—Bueno, supongo que necesito a alguien para fregar el suelo, ahora que he ascendido a Lili. —El dragón se desperezó, irguiéndose y arqueando el lomo como un gato, aunque como uno de más de seis metros de altura y cubierto de escamas—. Procuro no interferir demasiado en los asuntos de la sociedad de arriba. Si de verdad hiciste los descubrimientos que menciona esa mujer, al quedarme contigo estaría interrumpiendo el progreso tecnológico del planeta. Lo consideraré mi excusa para dejarte marchar.

—¿Excusa, señor?

—Si, excusa —dijo él, dejando claro que no daría más explicaciones —. ¿Cuál es el pago que solicitas?

—¿Pago? —Trenza miró a Cuervo—. ¡Ah! No pensaba que llegaría a eso, señor. Y además… no creo que pueda aceptar ningún pago a cambio de una persona.

—Si de verdad tu capitana es una comeesporas —dijo Xisis—, acabas de salvarle la vida. Puedo curar su enfermedad, sí, pero no le habría mencionado que la sanación dura solo un año o dos, como mucho. La infestación regresará si se aleja de mí. Su única senda hacia la supervivencia a largo plazo pasa por permanecer aquí.

Trenza lo meditó un momento y se le ocurrió que, si el dragón mentía y en realidad la cura era permanente, sus afirmaciones serían un modo excelente de que Cuervo se quedara con él por voluntad propia. De modo que tuvo el buen juicio de callar sobre el asunto.

—En todo caso —dijo el dragón—, el trato está cerrado. Debo pagarte, por muy poco que considere que vale lo que recibo a cambio. Así que pide tu deseo. Y que sea rápido.

—¿Podéis retirar una maldición impuesta por la hechicera?

—No —respondió él—. Ni tampoco haré nada para ayudarte en tu misión. Hay un único ser sobre la faz de este planeta al que temo… y no, tu amigo Cephandrius no cuenta.

Qué grosería.

—No creo que haya nada que quiera —dijo Trenza, notándose agotada—. Con mi vida es suficiente. —Vaciló—. A menos que…

—¿Sí?

—¿Sería posible pediros tres deseos pequeños en lugar de uno grande?

Al poco tiempo, una exhausta Trenza recorrió los últimos metros para salir del túnel llevando tres paquetes envueltos en tela, uno grande y dos más pequeños.

La recibió la visión de Laggart, que montaba guardia junto a la borda del barco. Los dos se quedaron mirándose un momento mientras el cerebro del cañonero se apresuraba a alcanzar lo que veían sus ojos y su sentido común llegaba detrás resollando y con un ataque de flato. Bajó la pistola y retrocedió.

Lo cual dejó espacio para que apareciera una multitud de rostros más amigables. Vitorearon mientras Trenza se sentaba muy despacio en el esquife. El túnel se derrumbó sobre sí mismo en el instante en que los Dougs empezaron a izarla a cubierta. Al llegar encontró a una Ann eufórica.

—¿Cómo? —exigió saber la carpintera—. ¿Cómo?

—Supongo que la capitana debería haberme amordazado —dijo Trenza—. Toma nota, Ann. Si alguna vez vas a negociar un trato importante, asegúrate de que el pago no puede hablar por sí mismo.

Te sorprendería la cantidad de veces que ese consejo ha sido

relevante en mis viajes.

—Toma —dijo Trenza, entregando uno de los dos paquetes pequeños a Ann—. El dragón no ha podido ayudarme con mi problema, así que te he conseguido esto.

Ann lo cogió frunciendo el ceño. Pero Trenza estaba demasiado cansada para explicarse en esos momentos. La tripulación, al darse cuenta, le dejó un poco de espacio para que anduviera hacia el lugar donde el doctor Ulaam estaba atendiendo a Fortín y Salay. Sus heridas ya estaban tratadas con los fantásticos ungüentos de Ulaam, que no sanaban a una persona de inmediato, pero sí que aceleraban el proceso y dejaban al paciente en mucha mejor forma.

Ulaam estaba explicando a Fortín las ventajas de las distintas narices que podía proporcionarle —siempre he querido probar la que no huele el queso—, pero Fortín estaba tumbado contra la regala con la mirada perdida al frente, como aturdido.

Trenza se arrodilló y desenvolvió con delicadeza el paquete más grande que le quedaba. Dentro había otra tabla como la que Cuervo había destruido. Fortín se incorporó al instante. Pasó la mirada de Trenza a la tabla y luego de vuelta a ella.

Entonces la abrazó. No eran necesarias las palabras. Ann se acercó sosteniendo los anteojos que contenía su paquete, colgando entre dos dedos como si llevara un ratón muerto por la cola.

—El dragón dice que sufres de algo llamado micropsia —explicó Trenza—. Me ha dado muchos detalles técnicos, pero no los he entendido. Tampoco sé si esa enfermedad pudo provocar que te las ingeniaras para disparar a alguien que estaba detrás de ti, pero… bueno, esos anteojos deberían ayudar.

Trenza entregó a Salay el último paquete, que era más bien un sobre, antes de levantarse y caminar hasta la escalera del alcázar. Se sentó en los peldaños e intentó asimilarlo todo.

Los demás decidieron dejarla tranquila de momento, así que nadie la interrumpió hasta que se le acercó Salay renqueando, con una muleta bajo el brazo.

—No deberías cargar peso en esa pierna —le sugirió Trenza.

Salay se encogió de hombros y se sentó con cierto esfuerzo a su

lado. Llevaba un papel doblado.

—Ciudad Filistrado —dijo la timonel—. Ya he buscado allí.

—El dragón dice que tu padre llegó hace seis meses.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Salay—. Justo después de que me marchara. Habría seguido buscándolo sin saber que lo tenía detrás.

Entonces se inclinó hacia Trenza y la abrazó. Era justo lo que Trenza necesitaba. Cuando las emociones empiezan a desbordarse, lo mejor es darle un buen apretón al cuerpo y obligarlas a salir de golpe. Como sajar un grano.

Cuando las emociones de ambas quedaron debidamente sajadas por el momento, Salay se obligó a levantarse. Apoyada en la muleta, hizo el saludo marcial.

—Tardaremos más o menos una semana en llegar al mar de Medianoche, capitana. Las provisiones deberían aguantar bastante bien. Compramos grandes cantidades en el último puerto.

—Salay —dijo Trenza—, la capitana deberías ser tú.

—No puedo ser capitana —respondió Salay—. Mi trabajo es asegurarme de que la capitana tome buenas decisiones. Para eso está la segunda de a bordo.

—Pero… —Estás intentando tomar una mala decisión, *capitana* —la interrumpió Salay—. ¿Lo ves? Se me da bien el trabajo. —La Medianoche es peligrosa —dijo Trenza—. El dragón no ha querido ayudarme en nada. Hasta él teme a la hechicera. —Bueno —repuso Salay—, en ese caso tendremos que ingeniárnoslas para cruzar la Medianoche igual que hemos hecho con el Carmesí, capitana. ¿Levamos ya el ancla o esperamos a mañana? Sus demás objeciones murieron antes de que Trenza pudiera pronunciarlas. Aquello era lo que quería. —Levamos el ancla ahora mismo, timonel —dijo Trenza —. Y si soy la capitana, voy a tomar posesión de la cama de Cuervo. No me despertéis a no ser que se presente aquí el mismísimo Muerte con sus clavos en los ojos. Y aunque lo haga, mirad a ver si podéis entretenerlo.

SEXTA PARTE

A la gente le gusta imaginar que el tiempo es consistente, regular, estable. Definen el día, crean herramientas para medirlo, lo trocean en horas, minutos, segundos. Fingen que cada uno de esos pedazos es igual que el resto, cuando en realidad salta a la vista que algunos son los cortes más jugosos y otros son todo ternilla.

Trenza había llegado a comprenderlo después de tener un día copioso, rebosante de carne y grasa. Pero los siguientes fueron magros y cimbreños, rápidos en su discurrir. Sin ser las diáfanas jornadas de unas vacaciones, le resultaron efímeros a pesar de la tensión creciente. El barco se aproximaba sin pausa al mar de Medianoche, interrumpido solo una vez en la que Trenza tuvo que alzarlo en el aire durante una quietud.

La lluvia pasó de largo en esa ocasión, pero ningún tripulante protestó por el incordio de tener que liberar el barco a hachazos de las enredaderas. Si acaso, tenerla tan cerca les recordó que, a la luz de toda lógica, no deberían seguir con vida.

Trenza sintió que la travesía había adoptado un cierto impulso, un viento de popa fantasmal. Alentador, pero también implacable.

Después de tanto vagar, de tantos desvíos, por fin estaba ocurriendo. Trenza navegaba para enfrentarse a la hechicera. Quizá fuera eso lo que hacía pasar los días con tanta elasticidad: si la primera parte del recorrido había sido el arco tensándose, la flecha ya estaba liberada.

También decidió librarse de un pequeño lastre emocional. Estaba harta de mentiras y engaños. Con una franqueza que, siendo sinceros, molesta un poco a la hora de hilvanar una historia, reunió a Salay, Ann y Fortín y les presentó a su pequeño compañero.

Huck había accedido de mala gana, y quizá solo por lo exultante que había estado cuando Trenza entró trastabillando en el camarote de la capitana aquella primera noche después de hablar con el dragón y lo encontró encerrado en una pequeña jaula, con el gato dando zarpazos a los barrotes. A pesar de todo, Trenza encontró espacio para el remordimiento por no haber pensado en él. Hay que decir en su defensa que había creído que Huck estaría a salvo en su camarote de germinadora, aunque saber que Cuervo lo había registrado debería haber enarbolado, si no la bandera roja del peligro, por lo menos un pequeño pendón fucsia.

Aun así, el entusiasmo de Huck al escuchar su historia había limpiado ese remordimiento como la mugre de una ventana. Y allí estaba, en la palma de su mano, presentándose a los oficiales del barco y explicándoles cómo se habían conocido Trenza y él. Al terminar, los dos esperaron a ver cómo reaccionaban los demás.

¡Cuánto has ayudado, Huck!, escribió Fortín. **¡Por las lunas! ¡Tenemos que contárselo a los Dougs, no vaya a ser que alguien te pise! ¡Eres un héroe!**

La rata se creció al oírlo.

—Eso —dijo Ann—. Y habrá que hacer algo con ese gato. ¡No puede andar suelto! Le haré una jaula o algo y lo tendré en mi camarote hasta que atraquemos en algún puerto.

Se volvieron todos hacia Salay, que estaba haciendo lo posible por parecer calmada y al mando pese a la muleta. La timonel se frotó la barbilla.

—Una rata en la tripulación —dijo—. Veamos, ¿qué opinas sobre un sombrerito de pirata?

Te destripo la respuesta: resultó que a Huck le encantaba llevarlo. Lo cierto era que verlo dificultaba un poco concentrarse en otra cosa.

Lo segundo que hizo Trenza en nombre de la abyecta honestidad fue explicarles los desafíos que tendrían que afrontar en el mar de Medianoche. Y eso, a su vez, la llevó a explicarles quién era, por qué había salido de su casa y qué intentaba hacer.

Después Ann le preguntó qué tenía de tan extraordinario el chico ese al que Trenza amaba. Ella hizo cuanto pudo por explicarlo, aunque estaba convencida de que una gente viajada como ellos encontraría su amor insulso y simplón.

Había subestimado el poder de las palabras sencillas pronunciadas con apasionamiento. Nadie la cuestionó después de aquello.

Y así, los días se fueron disipando tras ella como la poniente luna carmesí. Y por delante, una luna negra azabache emergió en el horizonte. No reflejaba luz alguna, y parecía más un vacío que un objeto. Un túnel a la nada. Al verla surgir en la lejanía, Trenza se vio embargada por el miedo irracional de que no dejaría de crecer, de que la luna de medianoche no tendría el tamaño de las demás, sino que resultaría ser una vasta oscuridad que engulliría la totalidad del firmamento.

Huyendo de ella, empezó a pasar más tiempo en su nuevo camarote. La capitana disponía de mucho más espacio del que Trenza había tenido asignado, aunque seguía utilizando su antiguo alojamiento para experimentar con esporas. Llenó página tras página del cuaderno de la capitana con ideas descartadas acerca de cómo proteger el barco cuando surcara el mar de Medianoche.

El problema era que su mente ya no parecía funcionar bien. Si antes se había abalanzado sobre las ideas con una fuerza depredadora, de un tiempo a esa parte daba la impresión de estar atrapada en un recinto, arañando impotente las paredes sin ningún resultado que mereciese la pena.

¿Qué le había pasado a su ingenio? ¿A ese razonamiento que la caracterizaba? Se frustró cada vez más a medida que los días se le escurrían entre los dedos, sin dejar atrás más progreso que un pelo revuelto de tanto atusárselo y otra página garabateada en el cuaderno. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Nada.

A Trenza no le ocurría nada. Su mente funcionaba como debía. No había perdido la creatividad. No se le habían acabado las ideas. Estaba cansada, sin más.

Nos gusta imaginar que la gente es consistente, regular, estable. Definimos quiénes son, creamos descripciones para atraparlos en la página, los dividimos según sus gustos, sus talentos, sus creencias. Fingimos que algunos, quizá la mayoría, son mejores que nosotros por ceñirse a su definición mientras nosotros nunca terminamos de encajar en la nuestra.

Pero en realidad la gente es tan fluida como el tiempo. Nos adaptamos a nuestra situación como el agua a una jarra de forma extraña, aunque tal vez tardemos un poco en ocupar todos los pequeños recovecos. Al ser capaces de adaptarnos, en ocasiones pasamos por alto lo retorcido, incómodo o directamente erróneo que es el contenedor en el que nos han dicho que habitemos.

Podemos seguir así un tiempo. Podemos fingir que encajamos en esa jarra, aun con sus incómodos huecos. Pero cuanto más lo hacemos, peor se pone todo. Más nos desgasta. Más nos agota incluso si no estamos haciendo nada en absoluto, porque el mero hecho de mantener esa forma puede requerirnos todo el esfuerzo del mundo. Y más, si queremos que parezca algo natural.

Había mucho en la vida de pirata que sí que encajaba con Trenza. Había aprendido y madurado mucho, pero aun así había pasado relativamente poco tiempo desde que abandonara la Roca. Estaba

cansada de un modo que no podía remediar una noche durmiendo del tirón, ni siquiera diez. Su mente ya no daba más de sí. Necesitaba permitirse la oportunidad de ponerse al día con la persona en la que se había convertido.

Estaban ya solo a tres jornadas de la frontera con el mar de Medianoche y Trenza no estaba ni un paso más cerca de que se le ocurriera cómo cruzarlo. Y darse cabezazos contra la página no estaba sirviéndole de nada aparte de mancharse la frente de tinta.

Trenza temía con toda su alma lo que iba a ocurrir. Y en efecto, llegó con una suave llamada a la puerta. Hizo un gesto con la cabeza a Huck, quien, por algún extraño motivo, había decidido que Trenza necesitaba a un ayuda de cámara. ¿Los capitanes de barco tenían ayudas de cámara? Ella había pensado que aquello era cosa de caballeros con tantos pares de zapatos que les hacía falta alguien que los organizara.

Huck correteó hasta la mesa que había al lado de la puerta y declaró:

—¡La capitana autoriza el paso!

Trenza pensó que eso podría haberlo hecho ella misma. Aún no se había acostumbrado a los detalles de estar al mando, que a menudo incluían ser una persona demasiado importante para hacer las cosas de manera lógica.

Entraron Salay, Ann y Fortín. Trenza hizo acopio de valor para aguantar sus reproches. En ese momento, en ese camarote, los tres iban a comprender la verdad. Que Trenza no tenía ningún plan. Que no estaba a la altura del puesto de capitana.

En realidad, lo único que vieron fue que Trenza tenía muy buena letra. Incluso leyéndola al revés en su frente.

—Muy bien, capitana —dijo Salay—. Hemos estado pensando un poco en esta travesía. Y las protecciones que rodean a la hechicera parecen imposibles de superar.

—Lo sé —respondió Trenza, preparándose—. Salay, yo… Yo no…

—Por tanto —prosiguió Salay, sacando unos papeles—, nos hemos esforzado en buscar formas de franquearlas. Tenemos algunas

sugerencias bastante buenas, si quieres escucharlas.

Trenza parpadeó.

Bueno, en realidad parpadeaba a menudo, igual que todo el mundo. Pero en este caso fue un parpadeo con significado, del tipo que decía: «Un momento, ¿qué acabo de oír?».

—¿Tenéis… sugerencias? —preguntó Trenza.

—Empecemos con ellas —dijo Salay mientras todos acercaban sillas y se sentaban a la mesa de reuniones de Trenza.

Trenza fue también hacia allí y contempló maravillada los primeros papeles que Salay estaba dejando encima de la mesa.

—Esto fue idea de Fortín —dijo—, así que mejor que te lo explique él.

Huck dice que la isla está protegida por hombres máquina, escribió en su tabla, **una legión entera a la que no se puede dañar de ningún modo. Empecé a trabajar en alguna manera de distraerlos, pero entonces me di cuenta de que ese problema ya lo habías resuelto tú, Trenza.**

El letrero nuevo era incluso mejor que el anterior. Las líneas de texto desaparecían por arriba reemplazadas por las nuevas que aparecían abajo, así que Fortín no tenía que parar en ningún momento: podía seguir escribiendo al dorso para que lo leyeran y hablaba más en tiempo real.

También tenía distintos tipos de letra.

—¿Ese problema… ya lo había resuelto yo? —preguntó Trenza.

Levantó la silla que Huck intentaba empujar por el suelo para ella. Cuando se hubo sentado, Huck se sacudió las patitas como si hubiera hecho un trabajo excelente y fue a contar los pares de zapatos que tenía Trenza.

Así es, dijo Fortín. **¡Con tus modificaciones a la pistola de bengalas! Ya te habías preparado para enfrentarte a alguien a quien no podemos matar. ¡Solo hemos tenido que ampliar lo que se te ocurrió! Me figuro que una legión de soldados mecánicos no podrá hacernos daño si están envueltos en enredaderas.**

Mira, esto es el diagrama de una bala de cañón que utiliza las

ideas que tuviste. Podríamos hacer salir a los hombres metálicos, bombardear la playa con esporas glaucas y dejarlos a todos atrapados. ¡Y luego pasas entre ellos como si nada!

Trenza cogió el diagrama. Tenía varias partes donde ponía: «Palabrería de germinadora», así que estaba claro que Fortín no comprendía los detalles más complejos del trabajo de Trenza. Pero la idea tenía sentido. Era excelente, incluso. Ya tenían balas de cañón pensadas para estallar con temporizador, así que podía construir otras que hicieran salir enredaderas en vez de salpicar agua.

—¡Es una genialidad, Fortín! —exclamó.

¡Un trato justo!, respondió él, y dio unos golpecitos en la tabla antes de seguir escribiendo. **Estaremos en paz cuando hayas rescatado a tu amigo, ni un segundo antes.**

Trenza no señaló que si Fortín había perdido su letrero original era por culpa de ella, de modo que entregarle otro ya era un trato justo. Estaba demasiado asombrada.

Habían resuelto su problema. En vez de enfadarse con ella por no dar con una solución, se habían puesto a buscarla ellos mismos. Trenza… no tenía que hacerlo todo ella sola. Es cierto que aquello no debería haber sido una revelación tan grande para ella. Pero después de pasar una eternidad dando vueltas por ahí mientras todo el mundo te carga más ladrillos en los brazos, puede desequilibrarte que alguien retire uno para llevarlo en tu lugar.

—Gracias —susurró Trenza, tratando de mantener la compostura. No tenía claro si los capitanes podían llorar delante de su tripulación. Seguro que habría alguna ley marítima que lo prohibiera—. ¡Muchísimas gracias! No paraba de darle vueltas a cómo conseguirlo.

Estamos contigo, dijo Fortín. **Somos tu tripulación, Trenza. Tus amigos. Déjanos ayudar.**

—Sí, por supuesto —respondió ella—. Pero… gracias igual.

Los miró uno por uno, sonriendo de oreja a oreja.

—Yo no paro de pensar por qué pone «Pedirlo con educación» en tu frente, Trenza —dijo Ann.

En realidad, matizó Fortín, **pone**: «Pedirlo con educación».

—De hecho no pone ninguna de las dos cosas —dijo Salay—,

porque está tachado, ¿lo veis?

—Ah, pues sí —dijo Ann—. En todo caso, también es posible que hayamos solucionado el otro problema de la isla: entrar en la torre. Para ese también nos diste tú la pista.

—¿Crear un árbol de enredaderas glaucas? —aventuró Trenza—. ¿Que llegue hasta arriba y entrar por ahí? Ya se me había ocurrido, Ann, pero seguro que la hechicera tiene la puerta atrancada.

Pero no la ventana, dijo Fortín. **Por la que envía a sus cuervos**.

—Demasiado pequeña.

Para un humano, escribió él.

Todos los ojos se volvieron hacia Huck, que estaba delante del armario. Había terminado de contar los zapatos que poseía Trenza. No le había sido difícil, dado que llevaba puestos ambos en esos momentos. Así que se había dedicado a hacer una lista mental de los distintos tipos que Trenza iba a tener que comprarse.

Sintió las miradas. Es una cosa que las ratas aprenden. Se volvió, sintiéndose como el último pedacito de queso que queda en la despensa.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Necesitamos a alguien pequeño —respondió Salay—, para colarse en la torre de la hechicera por su ventana de los cuervos.

—Complicado —dijo Huck—, porque no creo que ningún humano quepa en… Ah. Rata. Claro.

Se frotó las patas.

Tenemos que hacerlo por la capitana, dijo Fortín. **Y por la deuda contraída con ella**.

—Huck no me debe nada —apuntó Trenza—. No estaría en este barco de no ser por mí.

Entonces estaría en el fondo del mar Glauco.

Dudo mucho que Huck hubiera llegado al fondo. Las ratas van más bien escasas de masa corporal. Casi con toda certeza, habría terminado envuelto en una bola de enredadera, a la deriva por las profundidades intermedias del océano hasta descomponerse. Pero como ninguno de los presentes tenía conocimientos sobre variaciones

en la densidad de esporas y viscosidad fluidizada relativa, se tomaron las palabras de Fortín como la verdad.

—No pasa nada —dijo Trenza a Huck—. No tienes que hacerlo si no quieres. Me niego a obligarte. Pero… sí que es una buena solución. Se te da bien colarte en los sitios, Huck.

—Pero ¿cómo llegaré a la ventana?

—Subido a enredaderas glaucas, que haré crecer hacia arriba.

—No sirve —dijo él—. La torre está recubierta de plata. ¿No te lo había contado?

No lo había hecho. Y sí que sería un problema. Trenza se echó hacia atrás, con el rostro abatido. Algo de esa expresión dolió a Huck. No soportaba lo triste que estaba Trenza últimamente. Como humo gris sobre una isla, pensó. Así que se le escapó una cosa.

—Puedo hacer que cruces la puerta —dijo Huck—. Tengo… una forma de hacerlo que conocemos las ratas. Si te las apañas para llevarme a la torre, podré abrirla. Pero, Trenza, ¿todo esto no es irrelevante? Antes tendríamos que cruzar el mar de Medianoche. Y no deberíamos hacerlo. ¡Si hemos sobrevivido al Carmesí por los pelos!

Por desgracia, estaba en lo cierto. Trenza miró a sus amigos, esperando que tuvieran una solución rápida para ese problema como la habían tenido para los dos anteriores. Nadie abrió la boca. Los otros tres quizá no estuvieran marcados, ni literal ni literariamente, por los frutos de su frustración sobre aquello, pero aun así se veían impedidos.

Sin embargo, hay un curioso efecto de la colaboración que en ocasiones se malinterpreta. Dos cabezas no son necesariamente mejores que una, diga lo que diga el doctor Ulaam. Eso depende, sobre todo, de las cabezas en cuestión.

Pero cuando alguien se esfuerza, predispone a los demás a esforzarse también. Y cuando se saborea un ápice de éxito, aunque sea a través de otra persona, puede actuar como laxante mental.

O si lo prefieres, un ápice de éxito es la metafórica sacudida a la máquina expendedora mental que libera de golpe las ideas atascadas.

Trenza puso los ojos como platos.

Trenza puso la cantidad exacta de dos esporas de medianoche en la mesa. Los oficiales recularon a ojos vistas, aunque en el camarote de la capitana no había mucho espacio para recular. Había tardado un poco en preparar el experimento, lo que había dado tiempo a Huck para salir huyendo, reacio a quedarse donde hubiera más esporas de medianoche activas.

Trenza dejó el cuchillo de plata en la mesa y sacó un cuentagotas lleno de agua.

—Las esporas de medianoche actúan de un modo distinto a las demás. Todas las otras tienen una reacción inmediata con el agua, casi química. Pero estas esporas dan la sensación de estar vivas. Como de querer algo.

—¿Y qué… qué quieren, capitana? —preguntó Ann.

—Agua —dijo Trenza, agachándose para poner los ojos a la altura de la mesa, sosteniendo el cuentagotas—. Es como… un trato. Les doy agua y me obedecen durante un rato. —Alzó el cuentagotas, haciendo que Salay diese un respingo muy a su pesar—. Esto no debería ser peligroso. Pero si me equivoco, preparaos para cercenar mi vínculo

con las esporas usando ese cuchillo.

¿Cercenarlo cómo?, preguntó Fortín inclinándose hacia delante.

El pañolero era el único del camarote que no parecía sumamente aterrorizado. Algo de la conversación que estaban manteniendo lo intrigaba —si has prestado atención, sabrás qué es— y se imponía a su miedo natural.

—Unas líneas negras —dijo Trenza después de mirar su tabla—. Cortadlas con el cuchillo. Pero espero que esta vez no haga falta.

Liberó una gota de agua. Al igual que la vez anterior, las esporas de medianoche burbujearon y se unieron, convirtiéndose en algo que recordaba a una pústula ondulante. O (y por favor, perdóname) a un grano granuloso.

Trenza volvió a sentir de inmediato una conexión con aquel ser. Un tirón en la mente. Podía iniciar el enlace, ofrecer agua y crear el vínculo. Pero de momento se resistió.

—Noto algo —dijo Ann—. ¡Como si me estirase del cerebro!

—Está buscando un huésped —explicó Trenza—. O… un comprador. Los monstruos que merodean por el mar de Medianoche son como esto. Creaciones de la hechicera, vinculadas a ella. No entiendo cómo puede alimentar a tantos.

El glóbulo se movió a trompicones hacia Fortín y entonces adoptó la forma de una jarra, en concreto de la enorme y metálica que era la más pesada y grande de la colección de Trenza. Entonces a la jarra de medianoche le salieron patas y siguió moviéndose en dirección a Fortín. La había vinculado sin darse cuenta, como reveló que de pronto se llevara la mano a la boca, que por fuerza debía de estar empezando a notar seca. Una pequeña línea negra comenzó a moverse entre él y la jarra de medianoche.

Trenza se apoderó del control.

Cuando la capitana Cuervo había usado las esporas de medianoche, Trenza había sido capaz de arrebatarle el resultado, destruyéndolo en el proceso. En esa segunda ocasión fue mucho más fácil. Empujó su mente contra las esporas y les ofreció agua. Más agua. Un soborno.

El ser se movió hacia ella al instante y le permitió dominarlo.

Trenza estaba más cerca de él, lo cual creía que era la clave. Tomó el control absoluto y luego cortó el vínculo antes de verse absorbida a los ojos del ser y experimentar la vida como si fuera una jarra de medianoche.

La entidad estalló y se evaporó, dejando humo y después nada.

Fortín inhaló una brusca bocanada y luego dio un largo sorbo a la taza de cerámica roja llena de agua que le ofreció Trenza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Salay, acercándose.

—He tomado el control de esa cosa —dijo Trenza—. La he sobornado ofreciéndole un trato con mi agua, entregándosela en más cantidad de la que podría absorber de un sujeto reticente. Cuando la ha aceptado, me he hecho con el control y la he expulsado.

—¿Y… crees que podrás hacer lo mismo con los seres que vigilan el mar de Medianoche? —preguntó Ann.

—Habrá que averiguarlo —dijo Trenza, levantándose—. ¿Cuánto queda para…?

Alguien aporreó la puerta. Trenza titubeó un momento y luego asintió. Ann fue a abrir y al otro lado estaba Laggart.

Demonios, se me había olvidado hablarte de Laggart. Trenza había permitido que Laggart se quedara en el *Canto del cuervo*. Supuso con acierto que, al no tener a Cuervo por allí para tratar de impresionarla, el cañonero no intentaría nada ingenioso.

(Tampoco era que pudiese, la verdad. Laggart era al ingenio lo que el nitrógeno líquido a unos pulmones sanos).

Laggart había pasado los últimos días caminando de un lado a otro por la cubierta. Malhumorado. Confuso. Inseguro.

—Tengo que hablar con vos en privado, capitana —dijo.

Trenza no lo veía muy claro, así que apoyó la mano en su pistola de bengalas. Pero hizo un asentimiento a los demás, indicándoles que se marcharan. Lo hicieron y cerraron la puerta mientras Laggart se internaba en el camarote.

Se quedaron un momento mirándose entre ellos. Entonces Laggart se irguió, adoptando el aspecto de un buitre que se hubiera olvidado de ponerse las plumas tras el afeitado matutino, y miró a Trenza a los

ojos.

—Exijo que me disparéis —dijo.

—¿Que te dispare? —preguntó ella.

—¡Por lo que os he hecho!

—Ya te dije que estabas perdonado.

—¡Lo sé! —exclamó él, y empezó a caminar de un lado a otro—. Capitana, no soporto las mentiras. Sé lo que estáis haciendo en realidad. Sé que esperáis a que me calme y me acomode para echarme por la borda entonces. Es una crueldad esperar a matar a un hombre hasta que se convenza de que no lo haréis. Os tenía por mejor persona. —Se volvió de sopetón hacia ella.

»Exijo recibir un disparo. Que acabéis con esto. Que seáis franca conmigo. Que me peguéis un tiro.

Trenza suspiró, frotándose la frente.

—Laggart, no voy a dispararte.

—Pero…

—Escucha, estoy demasiado cansada para fingir que comprendo lo que está haciéndote tu mente ahora mismo. No voy a dispararte, pero, si te empeñas, puedo meterte en el calabozo o algo.

Laggart se animó y estiró el cuello.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Haríais eso? ¿Encerrarme en vez de matarme?

—Laggart —dijo ella—, no voy a matarte. Nunca he querido matarte. Ni siquiera maté a Cuervo.

El cañonero rumió sobre eso. Luego rumió un poco más. Y un poco más. Eran palabras difíciles de digerir.

Laggart no era un hombre listo. Es cierto que con las lecciones que daba a los demás podría llenarse una enciclopedia, pero lo que sabía de verdad apenas daría para una postal. Dicho eso, tampoco era idiota. Ocupaba un lugar intermedio entre la inteligencia y la estupidez, posado en la misma cima de la curva de campana y dando por sentado que era el sitio correcto donde estar, ya que lo más alto debía de ser lo mejor.

No obstante, en ese momento lo comprendió.

Trenza estaba dispuesta a meterlo en el calabozo. Pero… no iba a dispararle.

No iba a arrojarlo por la borda. La nueva capitana no había estado jugando con él. Había sido sincera.

Había sido *amable* con él.

Era la idea más difícil que se había visto obligado jamás a tragar. El caso es que Laggart no había conocido mucha amabilidad a lo largo de su existencia, y es una triste verdad que muchas veces la gente vive lo que conoce. No se veía a sí mismo como una persona mezquina ni desalmada. Creía que su forma de actuar era la normal, porque era como lo habían tratado siempre a él. En la tierra donde todo el mundo chilla, todo el mundo está también un poco sordo.

Debe señalarse que hay quienes escapan a ese ciclo de crueldad. Si encuentras a esas personas, aprécialas. Porque, por desgracia, muchas otras siguen adelante igual que Laggart, sin darse cuenta nunca de cómo son. Hasta que tal vez experimentan algo como lo que sucedió en ese barco. Como cuando Trenza le mostró la más pura amabilidad al perdonarle sus actos.

Laggart ya no estaba confuso. En vez de eso, estaba horripilado. Porque por fin acababa de comprender que había gente que de verdad *sentía* las cosas que decía. Que había personas honestas en el mundo. Para un hipócrita recalcitrante como él, eso lo cambiaba todo. Fue dando tumbos hacia la puerta, la abrió de un tirón y huyó.

Trenza lo observó con la cabeza ladeada. Dichosamente ajena a la guerra que se librara en el corazón de aquel hombre. No ordenó que lo metieran en el calabozo. Si Laggart no volvía a sacar el tema, tampoco lo haría ella. Lo que hizo fue guardar con cuidado su caja de esporas de medianoche.

Y a decir verdad, sintió una creciente euforia. Tenía un plan para ocuparse de los monstruos. Si conseguía derrotarlos, habría superado el último obstáculo que la separaba de la hechicera.

Estaba cerca. Cerca de verdad. Le entraron ganas de celebrarlo.

Que duraron más o menos el tiempo que tardó en descubrir a qué había estado dedicándome yo esos últimos días.

Trenza esperaba encontrar una cierta reverberación en el ánimo de sus oficiales al salir del camarote. Ella estaba entusiasmada, aliviada, emocionada. Tenían una solución para cada problema que afrontarían de camino hacia la hechicera. Lo normal sería que los oficiales le devolvieran unas emociones similares que armonizaran con las suyas, componiendo la música del triunfo compartido.

Por eso la desconcertó encontrar a Salay corriendo hacia ella con expresión preocupada. Por lo visto, el tratamiento del doctor Ulaam había hecho su efecto, pero Trenza esperó que a Salay no le hubiera crecido ningún dedo del pie adicional.

—¿Qué es? —preguntó Trenza mientras regresaba su fatalismo—. ¿Qué pasa?

Salay la llevó a la bodega del barco, donde me tenían encadenado, pensando feliz en grandes temas para romper el hielo como la política, la religión y las opiniones abiertamente racistas de tu tío. Albergaba mis reflexiones chabacanas entre lo que quedaba de las provisiones del barco. Una cantidad tan pequeña que asustaba, dado que un servidor había estado arrojando por la borda el resto de los alimentos.

—Lo hemos pillado con tres jarras de agua —dijo Salay—. Estaba a punto de tirarlas por el ojo de buey de popa en la cubierta media, como parece que lleva días tirando nuestras reservas de comida.

Trenza dejó escapar un gemido.

—¿Cuánta nos queda?

—Agua, hay de sobra —dijo Salay—. Pero falta más de la mitad de la comida. Queda más o menos lo suficiente para llegar al mar Glauco, si ponemos rumbo a él ahora mismo. Y capitana… solo hemos visto aves dos veces en el Carmesí, y en la Medianoche no las hay en absoluto. No podemos forrajear aquí fuera.

Me miraron.

—Tenía que tirar las jarras —expliqué—, porque la comida se siente sola en el fondo del mar. Y por cierto, Trenza, ¿qué opina tu tío de que las gaviotas se queden con todo el trabajo y/o los bocadillos?

Trenza se volvió hacia los oficiales congregados y entonces todos se volvieron hacia Ulaam, esperando que tuviera una respuesta. Albergaban la necia asunción de que Ulaam era capaz de captar la compleja malla de motivaciones, lealtades y fracasos históricos que componían la siempre cambiante red de mi psique.

—En estos momentos es demasiado estúpido para haber hecho esto por su cuenta —dijo Ulaam—. ¿Os habéis fijado en que esas jarras que iba a tirar están marcadas con tiza?

Vale, sí, de acuerdo. Punto para Ulaam, supongo.

—La rata me aseguró que mi misión era absolutamente crucial —les dije—. Y también secreta. Así que, por favor, no se lo contéis a Trenza.

Al poco tiempo, Trenza fue a buscar a Huck a su camarote, el que antes utilizaba ella y le había asignado. Huck tenía su propia habitación. Es cierto que no había plata en ella, pero desde luego era mucho más de lo que obtenía jamás la mayoría de las ratas. Huck había estado haciendo una lista de todos los sombreros que poseía Trenza. La lista solo tenía un elemento, pero Huck pertenecía a la facción optimista de los ayudas de cámara ratunos. Y, además, estaba tan nervioso que le había hecho falta un pasatiempo.

La miró.

—¿Ha salido bien la prueba con las esporas de medianoche? —

preguntó, soltando el lápiz y correteando hacia ella—. Habría vuelto para verla. Debí hacerlo. Pero… no es obligación de un ayuda de cámara, ¿verdad? ¿Quedarse cerca de unas esporas de medianoche? Me dan escalofríos, Trenza.

—Eh…

Trenza no sabía que decir. Es una dolencia que jamás he conocido, pero por lo que cuentan puede dejarlo a uno bastante desmejorado.

—¿Trenza? —dijo Huck—. Me da la impresión de que deberías estar emocionada. Hasta entusiasmada. Desde luego aliviada. Pero…

—He descubierto —lo interrumpió ella— que nuestras reservas de comida están bajísimas. En algún momento hemos perdido la cuenta de lo que teníamos. Parece… que nos queda lo justo para llegar al mar Glauco, si damos ya media vuelta.

—¡Oh! —exclamó Huck—. Vaya, es una noticia horrible, pero supongo que, con todo lo que ha pasado, tampoco es tan raro que se nos haya escapado algo. Tenemos que poner rumbo al mar Glauco, reaprovisionarnos y luego…

Dejó la frase en el aire al mirarla a los ojos. Se derrumbó.

—Hoid ha cantado, ¿verdad?

—Se te da de maravilla interpretar las emociones humanas —dijo Trenza—. Para ser una rata.

—Bueno, las emociones son emociones —repuso él—. La especie no importa. Miedo, preocupación, ansiedad.

—¿Decepción? —preguntó ella—. ¿Esa emoción es igual para un humano que para una rata?

—Que yo sepa, sí —dijo Huck, y su voz se hizo cada vez más suave —. Lo siento, Trenza. No puedo permitir que te enfrentes a la hechicera. No puedo. De verdad que es por tu propio bien.

Ah, esas palabras.

He oído esas palabras. He dicho esas palabras. Las palabras que proclaman con descarada arrogancia: «No confío en ti para que tomes tus propias decisiones». Las palabras que fingimos que amortiguarán el golpe, cuando lo que hacen es añadir una capa de condescendencia al dolor preexistente. Como tierra a un cadáver.

Ya lo creo que sí. He pronunciado esas palabras. Las pronuncié con

otras dieciséis personas, de hecho.

—Me duele que no confíes en mí, Huck —dijo Trenza—. Pero ¿sabes? Aún me duele más que ahora yo no pueda confiar en ti.

—Lo entiendo —respondió él—. Mereces algo mejor.

Trenza le buscó una jaula. Parecía apropiado que volviera a meterlo en una, y Cuervo tenía unas cuantas del tamaño adecuado para las aves mensajeras.

Le encogió el corazón dejar a Huck allí dentro, acurrucado contra los barrotes, rechazando mirarla a la cara. Pero Trenza tenía una tripulación que proteger, y no podía arriesgarse a que Huck hiciera algo incluso más drástico para detenerlos. Ya le costaba bastante contener su frustración. ¡Con lo cerca que estaban! Y ahora tendrían que recorrer todo el mar Carmesí y volver a llenar la bodega.

Por las lunas, ¿podían permitirse un reabastecimiento? ¿Cómo iba a pagar a los tripulantes? ¿Iban a seguir siendo piratas? Y si al final encontraba a Charlie, ¿luego qué? ¿Disolvería la tripulación? ¿Entregaría el barco a Salay y regresaría a casa? Su empeño en encontrar a la hechicera le había permitido, hasta el momento, posponer la respuesta a esas preguntas. Los salarios no parecen tan acuciantes cuando esperas que te capturen y te transformen en tití la semana que viene.

Con esas ideas lastrándole los hombros, abrió la puerta y encontró a un grupo de Dougs esperando fuera.

A esas alturas, Trenza ya los conocía a todos en persona. La que estaba al frente, con el sombrero en la mano, era una mujer bondadosa que una vez le había contado que creía que las aves eran las almas de los muertos, cuidando de los marineros en sus travesías. Había sido un poco incómodo, teniendo en cuenta que esa noche Trenza les había preparado pastel de paloma, pero la Doug había dicho entre risas que eso también era una forma de ayudar.

Todos tenían alguna excentricidad como esa. Personalidades, sueños, vidas. Los seres humanos son como la costa de un continente. Cuanto más de cerca los miras, más detalles captas, y así hasta el infinito. Si no estuviera poniendo en práctica el triaje narrativo, te tirarías aquí toda la semana escuchando la historia de una Doug que

una vez se emborrachó tanto que terminó coronada como reina.

Ese día, por suerte para nosotros, actuaban en concierto y al servicio de la trama. Porque tenían una cosa que decirle a Trenza.

—Sigamos adelante, capitana —propuso la Doug que encabezaba el grupo—. Si no te importa. Mantengamos el rumbo y vayamos a salvar a ese hombre tuyo.

—Pero las provisiones… —dijo Trenza.

—Disculpad, capitana —dijo otro Doug—, pero podemos comer glauco una temporada.

—Exacto —convino otro—. Si hacerlo os ayuda, sobreviviremos unas semanas a base de malas hierbas.

—Un momento, ¿las enredaderas glaucas se comen? —preguntó Trenza.

Los Dougs se sorprendieron de que no lo supiera. Como podrías sorprenderte tú, porque ya se ha mencionado en la historia a modo de hábil presagio. Pero Trenza había estado distraída durante esa conversación y no se había enterado. Además, poca gente oriunda de las islas había tenido necesidad de saber que las enredaderas eran comestibles en teoría. Porque en las islas había comida mucho mejor que podía obtenerse con mucho menos peligro, suponiendo que se tuviera acceso a terreno de labranza o cubas de compostaje.

Hasta la familia de Trenza, con lo pobre que era, siempre había tenido alimentos normales que llevarse a la boca. En todo caso, es cierto que la gente podía sobrevivir comiendo enredaderas glaucas, suponiendo que estuvieran crecidas del todo, proceso que requería mojarlas durante un día entero. Proporcionaban unas pocas calorías y nutrientes. Si lo haces mucho tiempo sin ningún aporte proteínico, lo pasarás mal, pero era viable llegar a la isla de la hechicera y regresar alimentándose de enredaderas y las reservas que les quedaban.

Tras ella, Huck se miró los pies. Estaba comprendiendo que, al final, con su traición no había conseguido nada.

—Gracias —dijo Trenza a los Dougs.

—Capitana —dijo la de delante—, estuvimos un mes entero comiendo lo que cocinaba Fortín. Luego tú empezaste a preparar unas

cenas que no sabían como si las hubieran raspado de la suela de un zapato y… bueno, que podemos sobrevivir a un poco de glauco.

—Además —añadió otro—, merece la pena continuar. ¡Después de esto, seremos los únicos piratas de la historia que habrán robado a la mismísima hechicera!

Ya que hablamos de eso.

Trenza sabía que sus planes hacían aguas. De hecho, a medida que pasaba el tiempo iban haciendo cada vez más aguas mayores que menores. Por ejemplo, no podía estar segura de haber acertado la posición de la isla. E incluso si era correcta, no había ni la menor garantía de que sus estratagemas funcionasen. Era posible que no lograra superar las defensas de la hechicera.

Pero todos esos problemas eran secundarios comparados con el mayor de todos. Con el que acechaba como una sombra bajo el océano. Hasta entonces Trenza se había concentrado en llegar a la isla y entrar en la torre.

Y luego, ¿qué?

¿Cómo lunas iba a encontrar y rescatar a Charlie? ¿Cómo iba Trenza a ocuparse de la hechicera? Una parte del plan consistía en liarse a cañonazos con los siervos metálicos de la playa. Hacerlo armaría un revuelo y sin duda llamaría la atención.

¿Cómo iba Trenza, después de tanto escándalo, a llegar inadvertida a la torre para que…?

Para que Huck le abriese la puerta.

Su confianza flaqueó. Bueno, llevaba días flaqueando, como era de esperar teniendo en cuenta sus endebles cimientos. Pero en ese momento amenazó con derribarse del todo. Los planes que había trazado con los demás se basaban en que Huck les proporcionara acceso a la torre. Y saltaba a la vista que eso no iba a ocurrir.

Trenza estaba desolada, pero no se le ocurrió ninguna solución en los días siguientes. El barco navegó inexorable hacia el terrible mar de Medianoche hasta llegar a su límite. A ese lugar en que las esporas se entremezclaban como una cicatriz ulcerosa y negra por un lado. Como una extremidad que cae víctima de una necrosis completa.

Esporas negras, extendiéndose hacia el infinito. Trenza las contemplaba desde el alcázar, bajo un silencio antinatural cuando los Dougs se quedaron quietos y hasta las velas parecieron contener el aliento. Allí estaba. El mar de Medianoche.

Salay miró a Trenza.

—Suelta el ancla, timonel —dijo Trenza—. Ya es casi de noche. Prefiero no surcar ese mar a oscuras.

—Lo mismo digo —respondió Salay.

—Montemos guardia doble esta noche —sugirió Trenza—. No me apetece que nos pillen por sorpresa ni la lluvia ni nada que vaya a surgir de esa oscuridad.

Salay asintió, visiblemente incómoda.

Trenza empezó a bajar hacia su camarote, pero se detuvo.

—Salay, ¿sabes de algún barco que haya navegado por ese mar y vuelto sano y salvo?

—El rey glauco no deja de enviar flotas para intentar capturar a la hechicera —dijo Salay—. Algunos barcos sí que sobreviven al Carmesí. Eso es pura suerte, al fin y al cabo. Pero nunca he oído hablar de ninguno que regresara del mar de Medianoche. Entran en él y casi al momento los arrasan las oscuras creaciones de esporas repugnantes.

Trenza se estremeció. ¿De verdad creía que podría hacer aquello en lo que unos marineros capaces habían fracasado? ¿En qué estaba pensando? Pero ¿qué hacía allí, siquiera? Era un fraude como

capitana, una chica jugando a los disfraces.

Lo cierto es que Trenza se subestimaba —por favor, finge sorpresa —, dado lo lejos que había llegado teniéndolo todo en cuenta. Y también es cierto que numerosos miembros de la corte real no habían logrado sobrevivir a su primer encuentro en el mar de Medianoche. Pero recuerda que ya conoces al menos a un miembro de la corte real: era el joven atractivo del principio de la historia, el que tenía la mandíbula y el intelecto de un busto de mármol. Así que, en fin, es posible que el listón no estuviera muy alto.

Sea como sea, de repente Trenza se sintió muy poco segura de sí misma. Huyó abajo, al familiar pasillo de la cubierta media. Pasó por delante de su antiguo camarote y hasta sintió nostalgia de un par de semanas antes. De los tiempos en que se sentaba a leer sobre esporas mientras escuchaba las reconfortantes pisadas de arriba. Qué confiados habían sonado esos pasos. Aleatorios, pero a la vez rítmicos de algún modo. El compás de una canción que la tripulación entera conocía y cantaba al unísono.

Y ahora ella estaba al mando. La persona que inspiraba esa confianza a todo el mundo era *ella*.

Llegó a la puerta del camarote del doctor Ulaam, quien la dejó pasar después de una llamada rápida. Trenza lo encontró inspeccionándose la mano, a la que le había crecido un sexto dedo. Suspiró aliviada. Por fin una visión normal y tranquilizadora.

—¡Trenza! —saludó Ulaam, probándose un anillo en el dedo—. ¡Qué alegría que me visites! ¿Te has replanteado mi oferta?

—Gracias, pero no —dijo ella—. Les tengo bastante apego a todos los dedos de los pies.

—Como todo el mundo, querida. Para eso inventó el Padre los bisturíes. Pero te veo alterada. Ven, siéntate. Pondré agua a hervir.

Trenza tomó asiento mientras Ulaam utilizaba un aparato extraño que funcionaba como una plancha, pero sin fuego ni esporas que la calentaran. Colocó un hervidor encima, se volvió y la observó con los dedos de piel gris entrelazados, apoyándose en la encimera.

—Habla, por favor.

—Ulaam —dijo ella—, no puedo derrotar a la hechicera.

—No, claro que no puedes —respondió él.

—Pues los demás esperan que lo haga. Y… cada vez me temo más que voy a decepcionarlos.

—Ah, bueno —dijo Ulaam—. Con esa ansiedad sí que puedo ayudarte, ¿hummm? No es necesario ni suministrarte un sedante. No hay nada de que preocuparse.

—¿Ah, no? —preguntó ella—. ¿De verdad?

—Sí. Verás, nadie espera que derrotes a la hechicera. Creo que todo el mundo espera morir. ¡De modo que no vas a decepcionarlos, niña, cuando sin duda la hechicera asesine a toda la tripulación!

Trenza gimió.

—Era broma —señaló él—. A mí dudo que sea capaz de matarme, por mucho que crea que sí. Y aunque tuviera razón, te garantizo que no puede matar a Hoid, ni siquiera en su estado actual. Así que serán solo la mayoría de los tripulantes a los que asesine.

Trenza se notó mareada.

Debe señalarse que Ulaam no es precisamente famoso por su delicadeza; como ya he insinuado, su gente perdió algo cuando dejaron de verse obligados a imitar a verdaderos humanos. Puedo afirmar con conocimiento de causa que, sin esa carga, se han vuelto cada vez más ellos mismos a lo largo de las décadas.

Dicho eso, Ulaam es con mucho el mejor médico que he conocido jamás. Si te estresas con facilidad pero necesitas su ayuda, recomendaría pedirle que se cosa la boca antes de atenderte. Lo más probable es que le resulte una idea lo bastante novedosa como para probarla.

Ese día, sin embargo, comprendió que se había pasado. Incluso Ulaam, una criatura con los talentos empáticos de un emú enfurecido, podía percibir de vez en cuando la angustia emocional.

—Niña —dijo—, no…

—¿Cómo puedes hacerlo? —le espetó Trenza—. ¿Cómo puedes quedarte aquí sentado como si nada? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Ah! —dijo él—. Hum. Ja, ja. Bueno, tampoco hace falta que me saltes a la yugular. Si la idea es decapitarme, tengo varias sierras

adecuadas para…

—¡Los chistes no ayudan, Ulaam! —exclamó ella, levantándose.

No era un chiste, por cierto. De verdad tenía tres sierras. Ulaam dejó que Trenza caminara de un lado a otro y, cuando el hervidor empezó a silbar, no hizo ademán de sacarlo de su plancha.

Mientras Trenza andaba, reparó en algo. Ulaam había vuelto a mencionar a Hoid. Al babeante grumete. Ulaam era una criatura de extraños poderes, pero me veía a mí como alguien incluso más grandioso.

No era la primera vez que Ulaam decía algo así. Pero esa vez por fin le entró en la cabeza a Trenza. Respiró hondo.

—No debería haberte gritado —dijo—. Me has ayudado varias veces, Ulaam, contándome cosas cuando no tenías por qué. No tendría que enfadarme contigo por no hacer más. No… no sé lo que me pasa. Antes nunca me habría comportado así.

—Creo que quizá no te pase nada —respondió Ulaam—. A lo mejor deberías gritarme más a menudo. A veces olvido lo que me han contado sobre las tensiones que padecéis los mortales.

—Pero el caso es que tienes razón —dijo ella, cambiando de dirección en el pequeño camarote—. Sí que vamos a morir. ¡Esta misión es una locura! Ya era bastante malo cuando solo arriesgaba mi propia vida por Charlie. No puedo obligar a los demás a que me acompañen.

—No estás obligándolos, Trenza. —Ulaam por fin se levantó y se puso a preparar la infusión—. ¿No has visto cómo caminan de un tiempo a esta parte? ¿Cómo agachan la cabeza? Saben que en cierto modo son responsables por la gente a la que Cuervo mató.

»No estás forzándolos. Estás dándoles una oportunidad de reclamar su humanidad. Esa gente *quiere* intentar el rescate de tu amigo. Quieren demostrarse a sí mismos que, aunque no sean hombres y mujeres de singular valentía, al menos poseen una variedad de segunda mano.

Se volvió hacia ella, le puso una taza en las manos y le señaló la silla. Era una buena taza. De estaño, pero abollada con las respetables

cicatrices de un uso preferente y con el asa brillante por la caricia de los dedos. Trenza suspiró, aceptando el asiento y la infusión, aunque dejó la segunda en la mesa para que se enfriara un poco.

—Mira —dijo—, hasta Huck estaba dispuesto a actuar en mi contra. Quizá debería aceptar sus intenciones. Y aunque no lo haga, ya no puedo valerme de él para entrar en la torre. Así que la misión se ha ido al garete.

—Aún tienes la esencia de medianoche —respondió Ulaam—. Podrías crear un ser que se cuele en la torre y te abra la puerta.

—La torre está recubierta de plata —dijo Trenza—, así que no podría tocarla siendo una criatura de medianoche. Según Huck, al menos. No sé si es verdad, o en qué cosas de las que me ha contado puedo confiar, pero en todo caso tenemos un problema más grave. Ulaam, no puedo derrotar a la hechicera. Sabrá que voy hacia ella.

—Sospecho que ya está al tanto —dijo Ulaam—. Por lo que sé de ella, lo más seguro es que tenga ganas de ver cómo te enfrentas a sus defensas.

—¿Es… posible que lo que haremos la impresione tanto que suelte a Charlie?

—Improbable —respondió él—. Tu mejor esperanza es que le resultes entretenida y te devuelva al mundo con una maldición particularmente creativa.

—Entonces no hay esperanza.

—Bueno…

Trenza alzó la mirada.

—Se supone que debo permanecer neutral —dijo Ulaam— respecto a los actos de ciertos individuos como la hechicera. Pero hay alguien que nunca cumple esas normas. Viaja en este barco. Y tiene unos calzoncillos de color rojo brillante con lentejuelas.

—Hoid —dijo Trenza—. Ya habías mencionado que no es… lo que creo que es. ¿De verdad es un ser más poderoso que la hechicera?

—Bueno, esas cosas siempre han sido muy difíciles de evaluar. Pero diría que sí. Ojalá pudieras conocer al verdadero Hoid. Por gracioso que sea ver su actual encarnación en todo su esplendor, normalmente es muy distinto del hombre a quien conoces.

—¿Y ese hombre es… menos bochornoso?

—Bueno, en general es más bochornoso. Pero también bastante versado en ciertas cosas. Si hay alguien en este planeta capaz de derrotar a la hechicera y sacaros vivos a ti y a los tuyos, es él. No estoy de broma ni exagerando, Trenza. Cuando se lo propone, hay poca gente en todo el Cosmere que pueda influir en los acontecimientos como nuestro querido amigo de la ropa interior inadecuada.

Que sepas que ya tenía esos calzoncillos antes de la maldición, y no me arrepiento de la compra.

Trenza se paró a pensar en aquello. Luego por fin probó la infusión, lo cual era una demostración más que suficiente de su valentía. Yo nunca bebo nada que me haya dado Ulaam sin antes comprobar qué efecto tiene en las plantas de interior.

—Si es tan poderoso —dijo Trenza—, ¿cómo es que la hechicera terminó maldiciéndolo?

—No tengo ni idea —reconoció Ulaam—. Pero tampoco es tan sorprendente. Por capaz que sea, Trenza, a veces se excede de alguna manera. No importa lo poderosa que sea una persona; si se cree un poco más poderosa de lo que es en realidad, ese margen deja espacio para unos errores gigantescos. ¿Hummm?

Sí, en eso tenía razón.

—Sea como sea —prosiguió Ulaam—, creo que en este caso lo que le ocurrió no fue por accidente. Si tuviera que apostar dinero, o algo más valioso como mi conjunto favorito de uñas, diría que se dejó maldecir a propósito. Y que ahora está costándole más de lo que esperaba quitarse la maldición de encima.

—¿Y eso? —preguntó Trenza—. ¿Por qué iba a dejarse maldecir a propósito?

—Aún no me he decidido sobre eso —dijo Ulaam.

Trenza no las tenía todas consigo. Pero por desgracia, en esa ocasión Ulaam estaba en lo cierto. De verdad había pensado que ya lo tendría resuelto a esas alturas. Estaba demostrándose… más difícil de lo que había anticipado.

Por suerte, lo tenía cerca. Más cerca que nunca. Porque Trenza dio con la idea más crucial en ese preciso momento.

—Entonces… —dijo—, a lo mejor no tengo que derrotar a la hechicera. Tal vez baste con que encuentre la forma de que lo haga Hoid.

—Tal vez. Sí, tal vez, en efecto.

Trenza se despidió y fue a su camarote. Metió el brazo bajo la cama y sacó su colección de tazas. Hacía mucho que no las admiraba. La parte de Trenza que disfrutaba con ellas no había cambiado, pero… sencillamente, ya no tenía tanto tiempo como antes. Solo estaba utilizando la jarra grande metálica. Era la única que no se rompería al caer de la mesa con el vaivén del barco.

Aun así, las sacó una tras otra y las dejó en la repisa. Las últimas fueron las que Charlie le había enviado. Contempló en particular la de la mariposa volando sobre el océano. Al principio había supuesto que la mariposa estaba obligada a afrontar una situación tan terrible. ¿Por qué si no iba a sobrevolar las esporas?

Pero ya no lo veía así. Quizá era tan sencillo como que la mariposa sabía lo que quería y estaba dispuesta a intentar obtenerlo, por imposible que fuese.

No era una mariposa suicida. Era una mariposa resuelta.

Guardó las otras tazas, pero dejó esa fuera, junto con la jarra de

peltre. Eran sus dos preferidas. Una, un símbolo de determinación. La otra, un objeto práctico, sólido y pesado, casi un arma.

«Soy estos dos recipientes», pensó. Un lado funcional, un lado soñador. Opuestos. Aunque ambos servían al mismo objetivo. Era extraordinario.

Esa mariposa, sin embargo, había echado a volar sobre el océano en solitario. No había llevado consigo a toda una tripulación para que muriera. Trenza respiró hondo, se recogió el pelo, cogió la taza y la jarra de cerveza y salió a cubierta.

—Salay —dijo a la timonel—, he cambiado de opinión. Quiero que preparéis el esquife. Voy a llevármelo al mar de Medianoche. Yo sola.

Las objeciones llegaron en tromba.

—¿Tú sola? —dijo Salay—. Capitana, ¿qué luna te ha inspirado una idea tan lunática?

—Te acompaño —se ofreció Ann—. Puedo protegerte. ¡Tengo seis pistolas y, ahora, cuatro ojos para apuntar con ellas!

Hasta Laggart, que rondaba al fondo del grupo de oficiales, parecía preocupado.

Fortín se limitó a levantar su tabla.

¿Por qué?, preguntó.

—Quiero intentar el experimento con la esencia de medianoche —dijo Trenza—. Comprobar si de verdad puedo controlar o destruir a los monstruos, porque si no, ya no hay nada que hacer y todo esto es en vano. Lo haré sola, porque no hay motivo para llevaros a los demás. No hay nada que podáis hacer.

—Creo que es mala idea, capitana —objetó Salay, cruzándose de brazos—. No dejaré que navegues sola a otro mar.

—¿Acaso no soy la capitana? —preguntó Trenza—. ¿No puedo tomar esta decisión?

—Puedes —dijo Salay—. Pero no deberías.

La ironía es un concepto curioso. Me refiero en particular a su definición clásica, la de una decisión que lleva a un resultado opuesto al que se pretendía. Muchos filólogos condenan el mal uso casi constante que se hace de la palabra, superado solo en asesinato lingüístico por la forma en que algunas personas emplean el adverbio «literalmente» (cuyo uso es irónico).

No soy de los que se molestan cuando alguien usa mal las palabras. Me gusta que cambien de significado. La imprecisión del lenguaje es una característica positiva que ejemplifica a las mil maravillas un hecho característico de la existencia humana: que nuestras propias emociones, e incluso nuestras almas, también son imprecisas. Nuestras palabras, como nuestros corazones, son armas que aún están calientes de la fragua y adoptan nuevas formas a golpes cada vez que las blandimos.

Aun así, la ironía es una idea intrigante. Existe únicamente donde queremos hallarla, pues la clave de la verdadera ironía es la expectativa. La ironía debe percibirse para existir. La creamos de la nada al encontrarla. Pero al contrario que otras creaciones nuestras, como el arte, la ironía consiste en generar tragedia.

La ironía es inversión. Construcción y luego derrumbamiento.

Una ironía perfecta es algo hermoso.

Así que observa. Disfruta.

—No me permitiré haceros pasar por más penalidades —afirmó Trenza—. Esta próxima parte necesito hacerla sola.

Salay profirió un leve suspiro, de esos que se dan cuando intentas no gritar pero con algo tienes que entretener a los pulmones. Señaló hacia el lado con el mentón.

—¿Hablamos un momento en privado, capitana?

Trenza asintió y se apartaron de los demás.

—Tengo otra sugerencia —dijo Salay—. Llevamos el *Canto del cuervo* un poco más hacia el mar de Medianoche y navegamos por el límite. Intentamos atraer a un monstruo de esos. Lo envolvemos en esporas glaucas y lo izamos a bordo. Una vez hecho, regresamos al Carmesí y hacemos el experimento con calma.

—Demasiado peligroso —negó Trenza.

—¿Más peligroso que ir tú sola?

—Demasiado peligroso para todos vosotros —matizó Trenza—. Esto es algo que yo tengo que hacer, pero no puedo seguir dejando que os pongáis en peligro.

—Capitana —dijo Salay en tono más suave—. Trenza. Mi vida entera cambió cuando volviste de la guarida del dragón. Llevaba buscando a mi padre… una eternidad. Llevaba tanto tiempo manteniendo la esperanza que ya empezaba a marchitarse. Al final ya casi lo hacía solo porque me daba miedo dejar que muriera del todo.

»Ahora vuelve a florecer. Regada por ti, resucitada con tus cuidados. Mi padre está vivo. Y sé dónde está. Tengo que sobrevivir a lo que viene ahora para llegar hasta él.

—Pues vete —respondió Trenza en voz baja—. Tienes que vivir para salvarlo. No puedes arriesgarte.

—Necesito una buena tripulación para cruzar estos mares —dijo Salay.

—Esta es una buena tripulación.

—Lo era —repuso Salay—, y puede volver a serlo. Pero Trenza, ¿tú sabes lo que le hace al alma de una persona servir a alguien como Cuervo? Le sale una costra negra, como a una tostada dejada demasiado tiempo en el horno. —Señaló con la cabeza hacia la tripulación reunida en cubierta—. Te puse a ti al mando por varias razones. Una es que creo que serás buena capitana. Pero otra es que necesitan obedecer a alguien que pueda enderezar las cosas. Alguien que rechazara las exigencias de Cuervo. Ellos te necesitan *a ti*.

Trenza asintió, comprendiéndolo un pelín mejor. Que Salay se pusiera al mando se parecería un poco a que un equipo se tomara un descanso para reevaluar su estrategia. Entregar el barco a Trenza era como derribar el estadio para construir uno nuevo.

—Desde que llegaste a este barco —añadió Salay—, no has hecho más que intentar protegernos y ayudarnos. La tripulación lo sabe. Te seguirá. Yo te seguiré. Pero no puedo salvar a mi padre todavía. No puedo… salvarme a mí misma todavía. No hasta que os ayude a ti y a estos tripulantes. Así que estoy pidiéndote que me dejes ayudarte

ahora mismo.

—¿Por qué lo pides? —preguntó Trenza—. ¿Por qué no lo exiges?

Salay negó con la cabeza.

—Ya nos amotinamos contra Cuervo. No podemos permitirnos que esa clase de comportamiento se vea como lo normal. Tenemos que dejar claro que desobedecer a Cuervo fue un caso extremo, una excepción.

»Por tanto, te obedeceremos. En todo lo que mandes. Los otros oficiales y yo daremos ejemplo al resto, porque sabemos que si no lo hacemos… bueno, entonces es cuando las cosas en un barco pueden ponerse feas de verdad. Cuando las excepciones pasan a ser costumbre. Así que, si nos dices que te dejemos hacer esto tú sola, te dejaremos, Trenza. No nos queda más remedio.

Atrapó los ojos de Trenza con una de aquellas miradas llenas de implicaciones.

Cosa que nunca funciona tan bien como cabría pensar.

Porque Trenza había asimilado la lección equivocada. Había interiorizado la parte de ayudar a la tripulación. De protegerla. Por lo que se reafirmó.

—Gracias, Salay —dijo—. Y ahora, preparad el esquife. Iré yo sola al mar de Medianoche para comprobar allí mis hipótesis sobre controlar a los monstruos de esporas.

Esa vez el suspiro estaba acompañado de un gruñido reprimido a duras penas, como si Salay se hubiera tragado algo furioso y peludo.

Hablando de lo cual…

Trenza volvió a su camarote para recoger el sombrero antes de marcharse a hacer el experimento. Al entrar oyó una voz desde el rincón.

—Llévame contigo —dijo Huck.

Trenza se quedó muy quieta y luego se volvió hacia su jaula.

—Llévame —insistió él—. Os he oído hablar. Que sea dentro de la jaula si hace falta, pero llévame contigo, Trenza. En esa barca. Podrías necesitarme.

Estuvo a punto de no hacerle caso. Pero había algo en su voz… en

el tono, quizá, que… Trenza se caló el sombrero y titubeó un momento, pero entonces tomó una decisión. Al salir agarró la jaula de Huck por el asa que tenía arriba y la sacó a cubierta.

Y así, poco después, Trenza estaba en un bote de remos, rodeada en todas las direcciones por el mar de Medianoche. Acompañada solo por una rata enjaulada, un tonelete de agua y un par de tazas sueltas. Había llegado el momento de ver si era capaz de superar la primera línea defensiva de la hechicera. De ver si podía derrotar a los terribles monstruos de brea que deambulaban por el mar de Medianoche. Era una ocasión tensa, dramática… a la que por desgracia los terribles monstruos olvidaron asistir.

Seguro que llegarían de un momento a otro.

Trenza siguió a la deriva, sola en toda aquella negrura. El mar estaba templado, saturado de luz solar. De algún modo, parecía incluso más alienígena que el mar Carmesí. Trenza habría pensado que las esporas negras le resultarían más familiares. El mundo entero se volvía negro durante la mitad aproximada del día, sin excepción. Era un color natural.

Pero allí sentada, le dio la impresión de que su diminuto esquife pendía en un vacío. En una extensa nada. Ni siquiera el bullir que ondulaba las esporas la reconfortaba. Sonaba erróneo allí, en aquella noche constante. En aquella glotona extensión que devoraba hasta la luz solar.

Y el sol estaba poniéndose. Trenza volvió la cabeza y miró atrás anhelante, pero ya debía de llevar más de una hora remando. Lo demostraba el dolor en los brazos.

El *Canto del cuervo* ni siquiera era visible, ni tampoco el mar Carmesí. Estaba sola. Salvo por Huck, hecho un ovillo en su jaula, silencioso y aterrado a pesar de que le había exigido llevarlo con ella. Para pasar el rato, Trenza probó a escribir un poco en su cuaderno. Pero estaba demasiado inquieta, demasiado distraída. No era solo por pensar en la esencia de medianoche, sino por tener tan cerca las esporas. Arremolinadas y burbujeantes contra el casco de su barca.

Trató de contemplar el cielo, pero al subir la mirada el sol se zambulló tras la luna en el horizonte. La luna de medianoche, como

un agujero en la realidad.

Así que Trenza esperó. Existen pocas cosas peores que el tiempo tenso pero vacío. Un tiempo libre que no puede emplearse en nada siempre da la sensación de que la naturaleza está burlándose de ti.

Pero al cabo de un rato, Trenza captó movimiento.

La esencia de medianoche había llegado a una cercanía alarmante sin que Trenza se diera cuenta. Quizá fuese porque era negra en un mar negro, aunque el hecho de que se desplazara a través de las esporas también ayudaba a ocultar su presencia. Pero después de divisarla, Trenza pudo seguir su movimiento con facilidad, gracias a que reflejaba la luz de su lámpara como el aceite.

Se le trabó la respiración. Dejó de preocuparse por las esporas y se concentró únicamente en aquel horror que se aproximaba. ¿Qué clase de monstruo podía moverse a través de las esporas? ¿Bañarse en ellas? O… ¿nadar? ¿Era así como se decía?

Trenza conocía la palabra por una historia que le había contado Charlie, aunque la idea seguía pareciéndole sorprendente. ¿Había lugares con tanta agua que podías meterte en ella y no hacer pie? ¿No te hundirías y te ahogarías?

Se dijera como se dijera, era lo que estaba haciendo la criatura que se acercaba. A ti tal vez se te podría describir la esencia de medianoche como algo parecido a una anguila o una serpiente marina, aunque la mitad de larga que el *Canto del cuervo*. Pero claro, procedes de un mundo en el que hay cosas viviendo en el agua. Para Trenza era un concepto absolutamente ajeno, de modo que los movimientos de la bestia le resultaban antinaturales, perturbadores. Una columna vertebral no debería poder combarse así, como un cordel, doblándose en flexibles contornos.

Rodeó el esquife con aire depredador. Y confuso.

¿Qué hacía aquella humana sentada allí fuera en una barca tan pequeña? Pensarías lo mismo si estuvieras dando un paseo por el bosque y encontraras un filete recién hecho pasando el rato sobre un tocón. ¿Qué clase de truco era ese?

A día de hoy, aún no sé decir a ciencia cierta si la esencia de medianoche está viva o no. El vínculo Luhel es de los raros, eso desde

luego. En todo caso, para el contexto de esta historia, dejémoslo en que el ser que merodeaba alrededor del esquife era funcionalmente consciente. O como mínimo, había recibido un conjunto específico de mandatos que constituían una aproximación a la vida.

Y, por tanto, sabía que debía ser cauto. Eso dio a Trenza la oportunidad que necesitaba. Sacó una mano temblorosa de la barca y tocó aquella cosa cuando pasó nadando a su lado.

Eso fue, desde el punto de vista de la criatura, harto desconcertante. Allí estaba él, un monstruo de perversa creación, imbuido de un profundo odio a toda clase de vida. Había pasado toda su existencia buscando barcos y generando piernas para subir a bordo y consumir a quienes hubiera dentro. Al verlo, la gente hacía toda clase de ruidos, aunque todos terminaban en un doloroso gorgoteo. Ese era el sonido de un trabajo bien hecho, de una existencia plena.

La gente lo temía, no estiraba el brazo para tocarlo. Que lo hicieran vendría a ser como si un salchichón se levantara e intentara saltarte a la boca. No es que no te guste una rodaja de buen salchichón, pero al menos deberías tener que ganártelo.

Y, además, estaba el control mental.

Trenza lo había apostado todo a ser capaz de repetir lo que había hecho y apoderarse del control sobre aquella criatura.

Era un plan más factible que lo que cabría suponer. El caso es que la hechicera tenía demasiado mar que cubrir para prestar una atención individualizada a cada criatura. Las creaba en remesas y las enviaba al mar después de darles sus órdenes, manteniendo solo un control tenue. De hecho, si intentase dirigir de forma activa a todos aquellos seres, hasta ella tardaría bien poco en deshidratarse y morir.

Además de las órdenes, las criaturas tenían la medida justa de autoconciencia para tomar decisiones. Para elegir. Es un rasgo peligroso que incorporar a unos esbirros itinerantes, pero, de nuevo, la hechicera no tenía más opciones. Tenía que concederles una cierta autonomía, o serían incapaces de hacer el trabajo para el que los había diseñado.

Resumiendo: sí, el plan de Trenza podría haber funcionado.

Si hubiera estado germinando más de un par de semanas.

Trenza intentó asumir el control de la criatura como había hecho en el barco, presionando con la mente contra ella. El ser se irguió hasta emerger de las esporas, se alejó de su mano y la miró con ojos de medianoche. Llegó una sensación interrogativa a la mente de Trenza, como si aquella cosa… quisiera algo. Trató de ofrecerle agua, confiando en que fuese más de la que estaba dándole la hechicera.

El ser la rechazó. Naturalmente, la hechicera estaba al tanto de esa posibilidad. Comprendía la debilidad inherente que tenían sus creaciones. Y las había dotado de unos complejos mecanismos que les permitían identificar cualquier intento externo de control. Trenza tenía un talento tenaz y una determinación demostrable. Pero no dejaba de ser una novata.

Y la hechicera, debo resaltar, no lo era.

La criatura se encabritó con un siseo, abriendo la boca, anticipando el banquete. Trenza se arrojó al fondo de la barca, aterrorizada.

Momento en el que una voz pequeña y aguda habló.

—Detente —dijo Huck. Y luego, sonando reacio, añadió—: Llévanos con tu ama. Tengo… tengo paso franco.

La criatura meció la cabeza mientras los complejos conjuntos de órdenes que la guiaban convergieron en el propietario de esa voz. Alguien a quien le habían prohibido comerse. Alguien a quien debía llevar con su ama si se lo pedía.

Huck la rata había vuelto al lugar de su creación, como pretendía la hechicera.

La mañana siguiente, Trenza llegó a la isla de la hechicera.

Le habían permitido beber una vez e ir al servicio (un orinal) en el pequeño bote de remos. Pero por lo demás, había pasado la travesía entera apresada en bucles de la esencia de medianoche. Inmovilizada. Otros dos seres como el primero habían emergido de entre las esporas para empujar el esquife, a una velocidad increíble, hacia su destino.

Huck se había negado a responder a sus exigencias de explicaciones sobre lo que había hecho, o sobre por qué aquellas criaturas le hacían caso. Pero Trenza tenía sus sospechas.

Y así fue como, después de un viaje increíble, Trenza por fin llegó a la isla de la hechicera. La encontró más pequeña de lo que había imaginado, lo cual es extraordinario porque la isla natal de Trenza ya le resultaría pequeña a alguien de casi cualquier mundo. Por tanto, su sorpresa fue similar a si un niño de cuatro años comentara: «¿Sabes? Esperaba que mostrases más madurez».

Dado que los mares de esporas carecen de los silicatos finos derivados del coral refinado por procesos digestivos ictiológicos —sí, tus playas favoritas son caca de pez—, la isla de la hechicera era otro

mero montón de rocas que se alzaban sobre las esporas. En ese caso, el islote de piedra de color gris pizarra tenía una sospechosa forma circular y quizá algo menos de doscientos metros de diámetro.

Unos pocos árboles intentaban alegrar el paisaje pero fracasaban, tanto por su lejanía mutua como por no pertenecer a las especies adecuadas. Eran larguiruchos y retorcidos, con penachos de hojas que crecían solo en la misma punta de las ramas. Como si conocieran el concepto de «árbol» solo de oídas y estuvieran haciendo todo lo posible, dadas las circunstancias.

Trenza había pasado la travesía alternando entre odiar a Huck y odiarse a sí misma. La porción más generosa se la había servido en su propio plato. Sentada, envuelta en esencia de medianoche, observó atemorizada la isla mientras se acercaban. La esencia de medianoche, por cierto, parecía ya menos una anguila que un montón de enredaderas glaucas.

El esquife tenía una línea de plata en el casco y dejaba atrás una estela de esporas muertas que se iba disipando. La criatura tenía cuidado de no tocar la plata, pero, como Trenza había descubierto al mirar a través de los ojos de la rata de medianoche, podía acercarse a ella sin que la destruyera.

La esencia de medianoche había abierto la jaula y Huck iba en un asiento cerca de la proa del esquife. Las esporas crujían y susurraban mientras las dos criaturas de medianoche empujaban la pequeña embarcación siempre adelante.

—Ya habías estado aquí antes —dijo Trenza, articulando sus sospechas—. Todo eso de que te criaste en una comunidad de ratas era mentira, ¿a que sí?

—Sí —susurró Huck.

—Eres propiedad de ella —añadió Trenza—. Eres un familiar de la hechicera, o algo parecido. Siempre le has pertenecido.

—Sí —dijo él en voz aún más baja.

Cada respuesta impactaba en Trenza como una flecha. De las de punta dentada que duelen al entrar pero también desgarran y abren la carne al salir. De las que dan ganas de dejar donde están e ir por ahí con unas heridas que nunca sanarán, por miedo al dolor atroz de

sacarlas.

Incluso así, con lo mucho que dolía, Trenza se obligó a reconocer una cosa. Huck había hecho todo lo posible, excepto abandonar el barco en el último puerto, por impedir que Trenza llegara a la isla. Por protegerla de la hechicera.

Había mentido, sí, pero era evidente que la hechicera lo aterraba. Trenza no podía reprocharle demasiado sus actos después de estar llevándolo allí de vuelta, aunque fuese sin querer. Lo que sí podía hacer era reprocharse a sí misma los suyos.

Debería haber sido más lista, urdir otro plan. ¿Quizá haber aceptado el consejo de Salay y dejar que la tripulación la ayudara con el problema? Trenza estaba oscilando al borde de un precipicio al pensarlo.

El cambio tiene un aspecto ilusorio. Fingimos que los grandes cambios dependen de decisiones únicas, de momentos únicos. Y así es. Pero las decisiones y los momentos únicos, a su vez, llevan detrás toda una montaña de decisiones más pequeñas. No puede haber avalancha sin una montaña nevada, aunque empiece con un solo copo empezando a caer.

No se deben pasar por alto las montañas de minutos que se acumulan tras las decisiones importantes. Y eso era lo que le estaba ocurriendo a Trenza en ese preciso instante. La comprensión plena todavía no la iluminaba, pero ya se veía el resplandor en el horizonte.

Los monstruos de medianoche guiaron el bote siguiendo un rumbo extraño en su acercamiento a la isla, y Trenza pronto supo la razón. Había unas largas y serradas líneas de piedra asomando del mar, como bancos de arena con dientes. La hechicera había escogido su isla con conocimiento de causa, porque la ruta para acceder a ella era de lo más traicionera. La roca oculta era un campo de minas, semiocultas entre las bullentes esporas, apenas dejando atisbar su situación.

El acercamiento, pues, era casi imposible. Mientras el bote emprendía una secuencia de diestras maniobras, guiado por monstruos que conocían el camino gracias a un don mágico, a Trenza se le cayó el alma a los pies. Esa protección de la isla era información nueva para ella. Huck no les había dicho nada al respecto, quizá con

intenciones aviesas. (La verdad es que se le olvidó sin más, aunque sea irrelevante).

Si el *Canto del cuervo* hubiera llegado hasta allí e intentado atracar en la isla, sin duda las piedras le habrían hecho trizas el casco y lo habrían hundido en las esporas. Su misión de encontrar a la hechicera había estado condenada al fracaso desde el principio.

Al cabo de un tiempo la pequeña barca, esa única mota de color que resbalaba sobre el vacío, alcanzó la costa. Allí Trenza distinguió la legión de hombres metálicos dorados que formaban en ordenadas filas alrededor de la torre de la hechicera. Equipados con lanza y escudo, Trenza casi podía imaginarlos como tropas humanas con coraza y la visera del yelmo bajada… de no ser por lo antinatural que resultaba verlos absolutamente inmóviles.

Aparte de los árboles solitarios y los cien hombres de metal, la única otra cosa que había en la isla era la propia torre. A diferencia de la isla, la torre sí que era mucho más gigantesca de lo que Trenza había esperado. Ancha, alta y terminada en punta, Trenza era demasiado recatada para decir en voz alta a qué recordaba. Por supuesto, yo no sé lo que es el recato, así que al mencionarlo la hechicera me preguntó si quería que me partiera la cara con un enorme símbolo yónico.

Trenza había esperado que hubiera alguna forma de escapar cuando el esquife atracase, pero la criatura no dejó de aferrarla con fuerza. La levantó y la llevó fuera de la barca desde atrás mientras Huck saltaba a tierra. Desde el suelo de piedra, la rata se volvió hacia Trenza. Era la primera vez que la miraba a los ojos desde que habían subido al esquife.

Trenza le devolvió una mirada iracunda. Huck se vino abajo a ojos vistas, como una enredadera falta de agua. Sin embargo, al momento pareció animarse, como si decidiera algo.

—Sí. Sí, eso es —dijo—. No hago en absoluto lo que me pidió.

Dio un vistazo al monstruo y echó a correr hacia delante antes de que Trenza empezara a reprenderlo otra vez. Recorrieron el camino hasta la misma torre sin que los hombres metálicos intentasen impedirlo. Parecían estar durmiendo en ese momento, a juicio de Trenza. Eran meras estatuas.

La torre no tardó en apoderarse por completo de su atención. Era una visión asombrosa, con más plata junta en un solo lugar de la que Trenza había visto jamás. Era tantísima, de hecho, que destruiría las esporas a una velocidad increíble. Protección contra germinadores enemigos.

Había una puerta incrustada en el lado de la torre, al parecer también hecha de plata. Huck se irguió ante ella y, en voz muy alta, proclamó:

—Como me fue ordenado, he regresado a la torre con una cautiva que entregar a la hechicera. ¡Puerta mágica, ábrete, por favor! Hum, tenía entendido que…

La puerta se abrió por sí misma.

—Vale —dijo Huck—. Bien.

Entró correteando y entonces se detuvo, bajó la mirada hacia sí mismo y luego la elevó hacia Trenza. Sin saber muy bien lo que sucedería a continuación.

El monstruo de medianoche, que había adoptado la apariencia de un gran ciempiés con tentáculos por patas, soltó a Trenza y le dio un empujón hacia el interior de la torre. No podía ir tras ella por culpa de la plata, así que le arrojó algo. La jarra de peltre y la taza de la mariposa. La criatura las había traído porque las había encontrado en el esquife y no sabía si eran importantes o no.

Mientras Trenza las atrapaba con torpeza, la puerta se cerró. Apresándola dentro de la torre y dejándole una única opción.

Seguir adelante. Y afrontar su destino.

Trenza se tomó un momento para orientarse, inhalar una bocanada profunda, frotarse los brazos e intentar sacudirse de encima el contacto con aquella extraña criatura de medianoche. Pensó en atrapar a Huck, pero ya estaba a punto de desaparecer por una escalera ascendente, usando el estribo lateral como rampa.

Se quedó quieta de momento. Había entrado a un pasillo que era completamente metálico, con la única decoración de una alfombra roja que lo recorría por el centro como una lengua. La alfombra tenía símbolos bordados que una persona bien viajada identificaría como aónicos, pero que a ojos de Trenza parecían algún tipo de runa arcana. Tampoco iba tan desencaminada.

Las paredes, en vez de estar cubiertas de cuadros o tapices, tenían varios paneles que a Trenza le recordaron a la tabla de escribir de Fortín. Y aquí, muchos narradores describirían un pasillo como ese con palabras como «frío» y «estéril». Se debe sobre todo a asociaciones pasadas. Las luces de un apacible blanco puro, difuminadas a través de un filtro de plástico, quizá te recuerden a un edificio de oficinas, y el acabado metálico sin adornos, al quirófano de un hospital.

Pero para Trenza, el pasillo no era frío. No era estoico, ni lúgubre, ni adusto, ni ningún otro adjetivo que describa a un político en su juicio tras escapar del contenedor.

—Es bonito —susurró—. Qué limpio y radiante. Es como imagino el más allá.

Sus palabras resonaron por el pasillo. Entonces Trenza respiró hondo. Estaba allí. No había muerto. Tal vez… encontraría alguna manera de rescatar a Charlie. A pesar de todo. Estaba en el lugar que había tenido como destino durante la travesía entera, a fin de cuentas.

De modo que, raspando lo que le quedaba de resolución, echó a andar a zancadas y subió la escalera. Al llegar arriba, una puerta se abrió por sí misma deslizándose a un lado. Porque la hechicera tenía unas ideas muy específicas sobre cómo debía ser el interior de aquel tipo de navío.

La puerta daba a una enorme sala circular con puertas a los lados. La cámara tenía aspecto de que alguien pasaba mucho tiempo allí, decorada con la clase de objetos que armarían un buen embrollo si la hechicera tuviera que marcharse deprisa. Muebles, librerías. El suelo no dejaba de ser metálico, con un mapa del planeta inscrito, y las luces no dejaban de ser industriales, pero esa mujer lo había hecho quedar acogedor.

La propia hechicera estaba sentada tras su escritorio cerca de las estanterías de libros, con una gata blanca peluda en el regazo y distraída haciendo algo con su portátil. O quizá debería decir su «tabla de mirar mágica», que le permitía observar los acontecimientos del exterior y, de vez en cuando, echarse una partida a un juego de naipes místico para pasar el rato.

Su piel brillaba y tenía como una efervescencia plateada. Tendría algo más de cincuenta años, o, mejor dicho, esa había sido su edad cuando dejó de envejecer. Y había mejorado mucho desde el cascarón marchito que fue una vez. Era una mujer baja y algo regordeta, le gustaba llevar el pelo recogido en un moño por comodidad y aborrecía el maquillaje. Bueno, yo también lo haría, si literalmente resplandeciera. Su gente solía preferir ponerse ropa y otros adornos que no distrajeran de su luminosa naturaleza.

Aunque estaba muy muy lejos de casa, era extremadamente poderosa. Rotó en su silla, dejó su tabla mística en la mesa y echó a la gata de su regazo. El animal saltó al suelo y miró a Huck, que se encogió sobre el escritorio. La hechicera señaló y la gata anduvo contoneándose hacia la puerta, pasó al lado de Trenza y salió.

Trenza no le hizo mucho caso, fascinada como estaba por las distintas tablas de ver que había en la mesa. Una mostraba una visión del pasillo por el que Trenza había entrado. En otros paneles del escritorio había cosas como planos de la isla, pero en uno de ellos se veía la cubierta del *Canto del cuervo*.

—¡Ah! —dijo la hechicera, levantándose. Lanzó una mirada a Huck, que se acurrucó ante su intensidad—. Conque esta es ella. Tu ofrenda. La verdad es que no me impresiona. Está flacucha. ¡Y menudo pelo me trae! Chica, ya sé que tu planeta es más bien poco importante, pero al menos tu gente habrá inventado los cepillos, ¿no?

Trenza tragó saliva. A sus ojos, la mujer parecía una diosa. Era por la piel brillante. Ayuda mucho a dar una buena primera impresión. Llevo siglos envidiando ese aspecto, y ya hacía tiempo que quería adoptarlo.

De hecho, es de lo que trataba todo esto. Pero no adelantemos acontecimientos.

Trenza contuvo su asombro y juntó a toda prisa las piezas de su destartalado plan. Se irguió en toda su altura, aferró la taza y la jarra para que le dieran fuerza y habló.

—¡Hechicera! Has hecho preso a alguien a quien amo. Vengo a exigir su devolución.

—¿Exigir? —preguntó la mujer—. ¿Qué te hace pensar que puedes exigirme nada?

—Que os he derrotado —proclamó Trenza.

—¿Derrotado? —se sorprendió la mujer, divertida, y lanzó una mirada a Huck.

—He cruzado vuestro océano —dijo Trenza—, he atracado en vuestra isla, he rebasado a vuestro ejército de metal y he entrado en vuestra guarida. He superado las cuatro pruebas que pusisteis ante mí y he llegado a vuestra presencia.

—¡Ja! —exclamó la hechicera—. ¿Mis cuatro pruebas? Me encanta. Se nota que has estado escuchando a Hoid. Cuéntame, ¿qué tal está Ulaam?

—Eh… —Trenza miró a Huck, que estaba frotándose las patas—. Está… bien, mi señora. Parece feliz en el *Canto*, al menos.

—En todo este tiempo —dijo ella— no ha venido a verme ni una vez. Inteligente por su parte, supongo. Sabe que tengo una cuba llena de ácido reservada para él. Con su gente, es de las pocas formas de estar segura, ¿sabes? Eso o un buen fuego.

La hechicera fue paseando hacia Trenza por el centro de la sala circular, cruzando el mapamundi inscrito en el suelo. La gente de fuera llamaba al planeta Lumar, que es una traducción bastante buena del nombre que se le da en varios idiomas nativos. Trenza nunca había visto un mapa tan detallado, pero tenía mucho que asimilar, así que tampoco le dedicó demasiada atención.

La hechicera llegó justo delante de Trenza. Era evidente que no temía un altercado físico.

—De modo que —dijo Trenza—, como os he derrotado…

La mujer sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad creías que iba a funcionarte, chica? ¿Fingir que te has dejado capturar a propósito para superar mis defensas?

Trenza tragó saliva de nuevo y pasó a su idea de reserva.

—Eh… Hum… Quiero hacer un trato con vos. Tengo una pistola de bengalas. Dispara balas que crean explosiones de esporas.

—Sí, ya lo sabía —respondió la hechicera, haciendo un gesto hacia sus tablas de ver.

Una de ellas aún mostraba la cubierta del *Canto del cuervo*, y la imagen se bamboleaba, se movía… y tenía unos dedos a un lado, sujetándola…

«Es la tabla de Fortín —comprendió Trenza—. Es lo que se ve desde su tabla, mirando hacia fuera. La hechicera la estaba utilizando para espiarnos».

Y así era. Si hubiera estado en mi sano juicio, me habría dado cuenta siglos antes de que los protocolos de seguridad estaban desactivados por defecto, lo que hacía aquellos trastos bastante fáciles

de hackear. La hechicera había estado observando todo el tiempo, excepto el breve intervalo que Fortín había pasado entre una tabla y la otra. Luego había dejado de fijarse tanto en el *Canto del cuervo* después de que Trenza se marchara.

—Mi pistola es de creación propia —prosiguió Trenza—, desconocida para el mundo en los otros mares. Quiero ofreceros los diagramas. A cambio de que me devolváis a Charlie, el hombre al que amo.

—¿En serio? —replicó la hechicera—. ¿Crees que, con toda esta tecnología avanzada a mi disposición, puede interesarme tu pistola de esporas? ¿Una clase de arma que ya se manufactura en varios mares de este mismo planeta, pero que sencillamente aún no ha llegado al tuyo?

La determinación de Trenza ya llevaba un tiempo desmoronándose. En ese instante se derrumbó del todo. Miró a Huck y se sorprendió al ver que levantaba una pata hacia ella con el pequeño puño cerrado. Animándola.

Allí estaba pasando alguna otra cosa, comprendió Trenza. Algo a lo que aún no había echado el guante. Empezó a repasar los acontecimientos que la habían llevado hasta allí. Huck había estado en condiciones de exigir al monstruo de medianoche que llevase a Trenza a la isla. La hechicera parecía intrigada por ella y por su tripulación. Eran dignos de atención y vigilancia. ¿Por qué?

«Por Hoid —pensó Trenza—. Hoid puede vencerla. A quien estaba observando era a él».

¿Y cómo encajaba Huck en todo aquello? ¿Y qué hacía la hechicera charlando con Trenza en vez de encerrarla?

Trenza no había sabido qué esperar cuando se viese cara a cara con aquella mujer. Pero desde luego no era una conversación civilizada. Hizo que Trenza se sintiera horriblemente dubitativa.

La hechicera dio media vuelta y regresó hacia su escritorio.

—No, niña, no necesito tu tecnología, pero tú sí que me intrigas. Seslo, abre la celda del puente, por favor.

—Como desees —le respondió una voz monótona.

Era el espíritu que habitaba ese lugar y cumplía la voluntad de su

propietaria. Sí, como las mentes parlantes que habitan las naves que has visto aterrizar en tu planeta.

Una de las puertas que había a los lados de la cámara dio un chasquido audible y se abrió hacia fuera. Detrás de ella estaba Charlie.

Parecía un poco desmejorado. Llevaba puesto un traje formal, uno que Trenza ya le había visto cuando hacía apariciones públicas con su padre, pero estaba arrugado y tenía desgarrones en unos pocos sitios. Por lo demás, Charlie estaba justo como Trenza lo recordaba, con su pelo que no se le quedaba recto al peinarlo y su ancha sonrisa.

—Sabía que vendrías —dijo, corriendo hacia Trenza—. ¡Lo sabía! ¡Oh, Trenza, me has salvado!

En ese momento las emociones de Trenza eran complicadas. Como esa cuerda que siempre jurarías haber guardado bien enrollada, pero que sale del almacén pareciendo algo que se utilizó para inventar nuevos tipos teóricos de nudos capaces de plegar el espacio-tiempo.

Ahí estaba Charlie. Verlo era increíble. Puso a Trenza feliz, y también aliviada. Exultante, abrumada, emocionada, agradecida… sí, todo eso también. Las emociones que cabría esperar estaban todas presentes y contadas.

Pero Trenza también sentía una tristeza que no era capaz de explicar. (Ahora llegaremos a eso). Y, además, estaba confusa. Suspicaz. ¿Eso era todo? ¿De verdad iba a obtener lo que quería sin más?

—Te lo cambio —dijo la hechicera— por esa taza y esa jarra.

—¿Cómo, de veras?

—De veras —asintió la hechicera—. Déjalas en el estante de al lado de la puerta.

—¿Está… embrujado de algún modo? —preguntó Trenza.

—Ah, eso. Sí que debería interpretar el papel, ¿verdad? Ejem, ejem.

Bajo brillante bulbo,
con poderoso gesto culvo,
amplio, solemne y huidizo,
queda roto este hechizo.

Qué barbaridad. Hace esas cosas para chincharme.

Pero era precisamente la clase de cosa que esperaba oír Trenza. Sandeces arcanas, reconfortantemente místicas. Charlie se llevó una mano a la cabeza y luego se inclinó hacia ella y le dio un beso fugaz.

Eso retorció incluso más las emociones de Trenza.

—¿Lo has visto, rata? —preguntó la hechicera—. Te lo dije, ¿a que sí?

Huck, en la mesa, agachó la cabeza.

—Dilo —insistió la mujer—. Dilo, rata.

—Tenías razón —susurró él, casi inaudible.

Correteó por la mesa y bajó al suelo. Desapareció.

Trenza agarró sus emociones, les metió un poco de sentido común a bofetadas y las envió a formar en una fila ordenada. Ya habría tiempo después para ocuparse de ellas. De momento, tomó una decisión.

Era hora de marcharse. Cogió a Charlie de la mano, dejó la taza y la jarra en el estante junto a la puerta, salió corriendo y comenzó a bajar la escalera.

Charlie lo aceptó todo sin pegas y empezó a contarle una historia más bien tediosa sobre sus días de cautividad, con la que no te aburriré aquí. Sobre todo porque no tardó en pasar a otro tipo de comentarios.

—Ay, Trenza —dijo—. ¿Verdad que será estupendo volver a nuestra vida normal en la Roca? ¿A las empanadas, a limpiar ventanas y a la jardinería?

Y fue allí, al pie de la escalera, al oír esas preguntas de Charlie, cuando la tristeza lanzó el asalto sobre Trenza. Peleaba sucio, claro, como suele hacer la tristeza. Golpeaba a los riñones. O al corazón.

Charlie no parecía haber cambiado en absoluto. Eso era bueno. Trenza había temido que el cautiverio le hubiera dejado cicatrices mentales. Pero allí estaba, animado y excitable como siempre. Podría haberles dado lecciones a unos cachorritos sobre entusiasmarse como es debido. El Charlie de siempre. Igualito que antes.

Trenza era quien no estaba igualita que antes.

Había cambiado muchísimo en su tiempo fuera de la Roca. Descubrió que ya no le interesaban del mismo modo las empanadas, ni limpiar ventanas, ni siquiera las tazas. Le importaban las esporas, y lo

que podía hacer con ellas. Le importaba navegar, y su tripulación.

Todo eso… todo eso significaba que ya no podía ser de nuevo la misma persona de antes. Ella sí que tenía cicatrices.

¡Y ahí está la ironía! El propio viaje que había emprendido para lograr lo que quería la había transformado en una persona que ya no era capaz de disfrutar de esa victoria. Al escrutar los ojos de Charlie, las emociones de Trenza hicieron pasillo y se inclinaron ante su creciente sensación de melancolía. La coronaron reina.

En ese momento, mirando a Charlie a los ojos, pensó en alguien más. En alguien que no debería importarle, en teoría. Esto es algo en lo que las historias se equivocan demasiado a menudo. Fingimos que el amor es racional, cuando solo alcanzamos a ver las piezas, las motivaciones.

Charlie sonrió. Fue una sonrisa de lo más familiar. Perfectamente propia de él.

Trenza no se la creyó. Esa sonrisa había sido pasarse. Porque ella *conocía* a Charlie.

Dio media vuelta, corrió escalera arriba e irrumpió en la sala principal, sobresaltando a la hechicera mientras tomaba asiento de nuevo. Rebosante de una rebeldía eléctrica, Trenza gritó:

—¡Eso de ahí *no* es Charlie!

La hechicera titubeó.

—Te gusta atormentar a la gente —dijo Trenza, señalando a la mujer y avanzando hacia ella—. La sometes a las peores maldiciones que se te ocurren, hechas a medida para cada individuo y sus propósitos. No retuviste a Charlie aquí.

—¿Y qué crees que hice con él? —preguntó la hechicera.

—Transformarlo en rata —dijo Trenza.

¡Ja! Por fin.

Trenza siguió avanzando, paso a paso, hacia la hechicera.

—Cada vez que intentaba hacer hablar a Huck de este sitio, o de ti, se trababa. Le faltaban las palabras. Porque había un hechizo que le impedía decir nada que me revelase que era Charlie, maldecido.

—Si fuera así —dijo la hechicera—, ¿cómo es que pudo hablarte de las defensas de este lugar? Sé que lo hizo. Sé muchas cosas, niña.

Trenza se detuvo mientras se le desorbitaban los ojos.

—Porque cuando me dijo esas cosas… intentaba mantenerme lejos de este lugar. —Fijó la mirada en la hechicera—. Porque la forma de romper su maldición es que yo venga aquí, ¿verdad? ¡Por las lunas! ¡Al lanzarle la maldición estableciste que la única manera de deshacerla era que me trajese aquí, hasta ti! Por eso hizo todo lo posible por detenerme. Porque… porque me quiere.

La sala quedó en silencio a excepción de un sonido. Un sollozo agudo.

Trenza se acercó a la mesa y encontró a Huck la rata detrás. Huck la miró, con los ojos rojos. A diferencia del doble que la hechicera había entregado a Trenza, Huck estaba destrozado. Temblando y llorando,

hecho un ovillo.

Trenza se arrodilló.

—Charlie…

—Lo siento —susurró él—. No quería darle la razón. Me dijo que terminaría trayéndote aquí para que pudiera jugar contigo. Intenté no cumplir su profecía, pero soy un idiota, Trenza. Un idiota y un inútil. Mereces mucho más que esto. Mira todo lo que has hecho, y yo entretanto no he conseguido ni una sola cosa para que estés a salvo…

—Oh, Charlie —dijo Trenza con un hilo de voz, recogiendo al animal, acunándolo tembloroso y con los párpados apretados.

La mesa rodó de lado a un gesto casual y caprichoso de la hechicera, que se había situado en el mismo centro de la estancia. El falso Charlie había regresado a la puerta y el tejido de luz se había evaporado, revelando a una criatura que solo guardaba un leve parecido con un ser humano. Era reptiliana, con ojos dorados y una sonrisa dentuda.

Mi suposición es que la hechicera pretendía infiltrar a alguien en el *Canto del cuervo* para que se ocupara de mí de un modo más permanente. Sospecho que empezaba a preocuparse por nuestra apuesta. Y por el hecho de que una persona tan próxima a mí hubiera logrado entrar en su fortaleza, aunque fuese como cautiva.

La hechicera no mostró ninguna de esas emociones. En vez de eso, se deshizo de su aire amistoso. Sus ojos se volvieron duros como piedras. Sus labios se tensaron formando una línea. No le hacía ninguna gracia que Trenza no se hubiera tragado aquel engaño. Y había otra cosa que la molestaba. Algo que quizá te resulte evidente. Si no, se revelará dentro de un momento.

Trenza no hizo caso a nada de eso mientras acunaba a Charlie la rata. Era cierto que había intentado decírselo, varias veces. Al no poder pronunciar su nombre como Charlie, había probado con la forma abreviada «Chuck». Pero la maldición solo había permitido que le saliera «Huck».

—Charlie —susurró Trenza—. Me enviaste tazas.

Él la miró.

—Eso fue hace toda una vida, Trenza.

—Me encantan. Sobre todo la de la mariposa sobre el mar. Es como nosotros, Charlie. Volando por lugares a lo que nunca creímos que iríamos. Y la jarra de peltre. También es como nosotros, Charlie. Más fuerte y más directa de lo que deberíamos poder ser.

—Pero somos sus prisioneros —repuso él—. Por mi culpa, nos tiene a los dos. Me dijo… que la única forma de liberarme era traerle a la persona a quien amo y entregársela para que la maldiga. Dijo que me haría mirar. Por las lunas, qué suplicio ha sido ver que cada vez te acercabas más. Debería haberme tirado por la borda. Así nunca habrías sabido cómo entrar y…

Dejó la frase en el aire mientras Trenza lo levantaba ante ella y lo miraba a los ojos.

—Charlie —susurró—, esto es lo que quiero.

—Pero…

—¿Recuerdas lo que me dijiste? ¿Antes de separarnos?

—Siempre —susurró él—. Siempre… lo que quieras.

—Pues quiero esto —dijo Trenza—. Estar contigo.

Charlie la miró a los ojos y encontró en ellos fuerza suficiente para dos. Entonces ladeó la cabeza. A ambos se les había ocurrido lo mismo en ese preciso instante.

—Charlie —dijo ella—, si la manera de romper tu maldición era traer a la persona a quien amas con la hechicera, ¿por qué sigues siendo una rata? ¿Es porque… hay otra persona a la que amas?

—¡No! —exclamó él—. Eres tú. Pero…

—Es porque aún no te he maldecido —dijo la hechicera desde detrás de ellos—. Su tormento solo puede concluir cuando te entregue a mí con ese propósito específico.

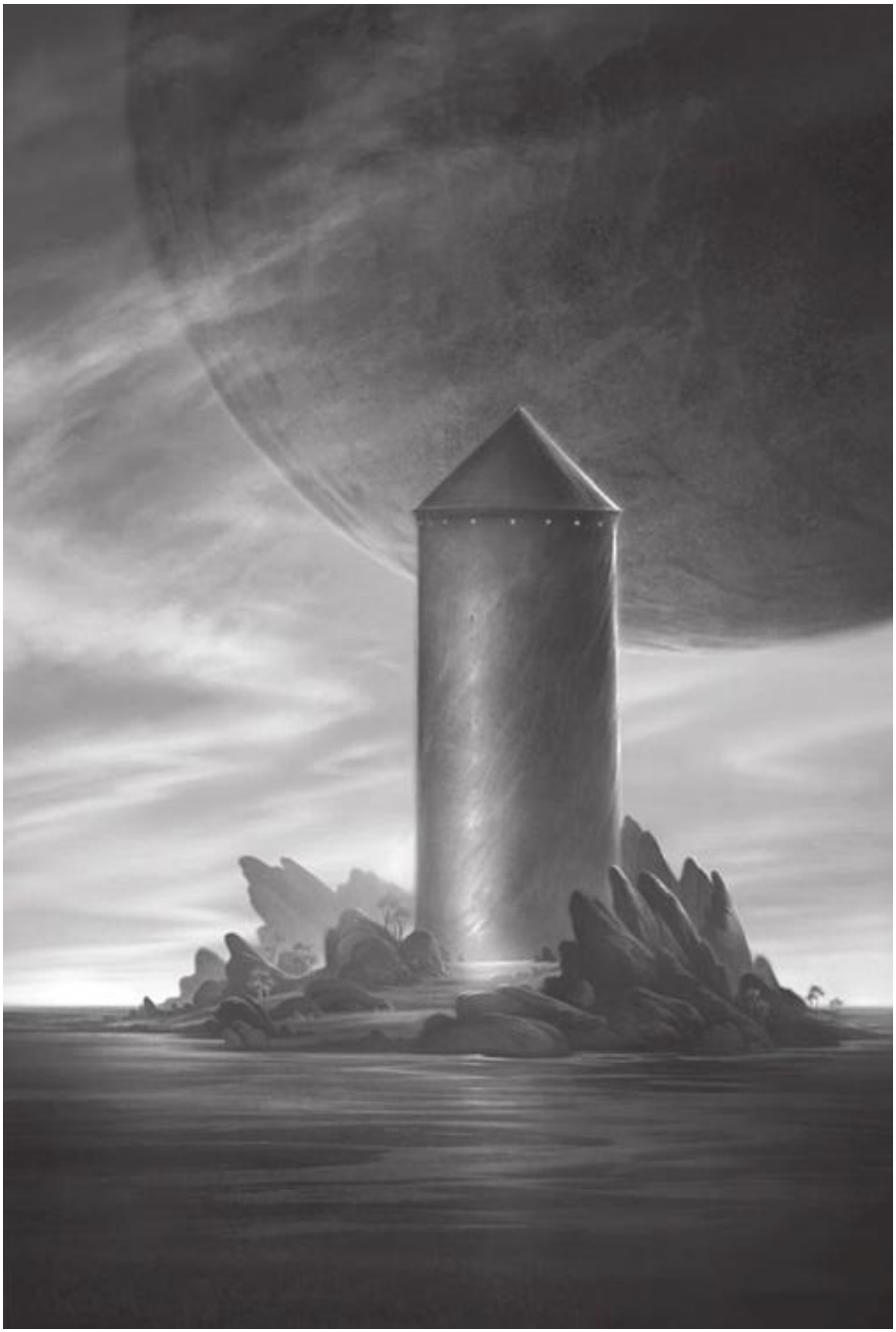
Trenza se levantó sosteniendo a Charlie en la palma de la mano y miró a la hechicera, que parecía ser una persona diferente. Misma firma. Distinta alma. Ya no había jugueteo jovial. Solo quedaba un monstruo frío. Según algunos estudiosos, cuando te conviertes en inmortal como la hechicera o como yo, tu alma se reemplaza por algo nuevo. Como en un proceso de fosilización.

En su caso, en lugar de alma, esa mujer tenía puro hielo. Mantenido frío y congelado por su corazón.

Sabiendo todo eso, Charlie, que también había estado cambiando un día tras otro durante el viaje, habló.

—Te equivocas —dijo en voz baja—. Aún soy una rata, y eso seguiré siendo. Porque para que mi maldición se deshaga, tengo que traer a Trenza a tu casa a cambio de mi libertad. Y he comprendido al entrar que no es lo que he hecho. La he traído, hechicera, pero no para intercambiarla. No para que la maldigas. La he traído para que te derrote.

—Extraordinario —replicó la hechicera—. No te maldije con la inteligencia de una rata, pero parece que la has adoptado por voluntad propia. No puede derrotarme una…



Apareció una luz roja en su escritorio.

Surgieron varias otras luces en la pared. Y luego otras más. La hechicera se volvió de golpe, sorprendida, y ordenó al alma de su edificio que le mostrara qué era lo que había disparado las alarmas. Apareció una gran pantalla en el aire junto a una pared, en la que se veía un barco surcando las bullentes esporas de medianoche.

Como decía, la hechicera no había prestado la suficiente atención. En caso contrario, lo habría visto venir.

Porque estaba llegando el *Canto del cuervo*.

Cómo podía ser?

Retrocedamos un día. Volvamos con la tripulación, que había estado esperando a que Trenza regresara sana y salva. El Doug que estaba de guardia en la cofa del palo mayor había visto mediante el catalejo que se llevaban a Trenza. Descendió a toda prisa para informar.

Eso puso a la tripulación en un brete. ¿Qué hacer? No iban a seguir al esquife por el mar de Medianoche, ¿verdad? Los mismos monstruos que se habían llevado a Trenza podían atacarlos también a ellos. Quizá deberían haber regresado a través del Carmesí hacia esporas más seguras. Era lo que Trenza había dicho que quería.

Así que los oficiales celebraron una reunión de emergencia. Y en ella se propuso una solución. La planteó Fortín.

Era su oportunidad de reivindicarse como el mayor cazador que su pueblo hubiera conocido jamás. Su oportunidad de cazar monstruos creados a partir de esporas de medianoche. Los demás escucharon el plan y salieron para exponérselo a los Dougs. La tripulación votó a favor casi por unanimidad, con la única excepción de Laggart.

En consecuencia, se internaron en el mar de Medianoche. Los

primeros monstruos aparecieron al cabo de solo un cuarto de hora. Tres de ellos subieron reptando a cubierta, inmunes del todo a las armas normales, buscando cuerpos cálidos y sangre que devorar. Buscando líquido, agua. Buscando muerte.

Pero lo que encontraron fue a un hombre corpulento de pie en el centro de la cubierta, rodeado por toneles de agua. Cada uno con un barrilete de esporas colgando encima de un cabo.

Bienvenidos, escribió a los tres monstruos mientras Ann decía las palabras en voz alta por si no sabían leer. **Tengo una oferta estupenda para vosotros.**

Los seres avanzaron deslizándose hacia Fortín, que se preparó para cortar el cabo que sostenía un barrilete.

Cuidado, advirtió Fortín a las criaturas mientras los Dougs se disponían a imitarlo. **Daremos toda el agua a esas otras esporas sin dejar nada para vosotros, si os precipitáis.**

Los monstruos de medianoche se detuvieron. No necesitaban las palabras, ya que eran capaces de sentir lo que la gente decía o qué intenciones tenía. Su esencia se extendía hacia los humanos para buscar el vínculo Luhel. Así que asimilaban de algún modo lo que decía Fortín.

Se comunicaron entre ellos meneando los tentáculos. Y Fortín… bueno, lo entendió. No porque conociera un segundo lenguaje de signos, sino por ese mismo vínculo. Las criaturas sí que anhelaban el agua. Pero en el barco había fuentes de sangre, y eso también les valía.

Os lo advierto, escribió, y señaló al resto de la tripulación, congregada pistola en mano al fondo del barco. **Si no paráis, se arrojarán por la borda y alimentarán con su agua a las esporas. A otras esporas. No a vosotros.**

Eso por fin afectó a las criaturas. Era un dilema. Había mucha agua. Pero… si no iban con cuidado… se quedarían sin nada.

Fortín metió la mano en un tonel de agua y habló con la otra por signos, que los seres comprendieron gracias al vínculo.

Puedo daros toda esta agua, les dijo. *Toda para vosotros tres.*

¿Cómo?, respondieron ellos, también por signos. *¿Qué debemos hacer*

para comer y beber y medrar y beber y beber y beber?

Protegernos, dijo Fortín, *mientras seguimos adentrándonos en este mar*.

Como te explicaba, utilizar criaturas mágicas conscientes de sí mismas como guardias tiene una pega. Era un proceso eficiente, sí, y permitía a la hechicera enviarlos en hordas aunque no pudiera prestarles mucha atención a todos.

Pero los éteres de medianoche son insaciables. Y negociar es un acto intrínseco en su naturaleza. Cumplir la voluntad de un ser humano a cambio de agua y forma. Eso los volvía extremadamente vulnerables a alguien que comprendiera la mecánica de su magia… y tuviera buena cabeza para los negocios.

Y así, usando la posición en el mapa que Trenza había obtenido de mí, el *Canto del cuervo* llegó a la isla solo media hora después que la propia Trenza. Dispuesto a rescatar a su capitana.

Su presencia proporcionó justo la distracción que Trenza necesitaba en esos momentos. Porque la hechicera tuvo que reaccionar a su llegada despertando de nuevo sus defensas. Empezó a gritar órdenes y dejó de hacer caso a Trenza y Charlie.

—Han venido a buscarme —dijo Trenza—. ¡Esos idiotas adorables tendrían que haberse marchado!

—¿Igual que tú tendrías que haberte marchado? —replicó Charlie —. ¿En vez de venir a buscarme a mí?

Trenza lo miró entre lágrimas, en la palma de su mano. Y llegó el primer temblor de la avalancha. Comprendió que la idiota era ella. No por acudir a salvar a Charlie, sino por intentar impedir que otros obedecieran a su corazón del mismo modo.

—Tenemos que hacer algo —susurró—. Hay que advertirles de las rocas que acechan bajo las esporas. Tiene que haber alguna forma de hablar con ellos.

Los dos desviaron la mirada hacia el escritorio de la hechicera, en particular hacia la tabla mágica que mostraba la imagen procedente de la de Fortín, muy parecida. Mientras la hechicera despertaba a sus tropas, Trenza y Charlie se apoderaron de la tabla y la estudiaron, intentando descubrir cómo manejarla.

—Eh… —dijo Charlie—. ¿Tabla? ¿Nos dejas hablar con la gente que

nos muestras, por favor?

—¡Videoconferencia activada! —exclamó la tabla, contenta de ser útil.

Fortín, que sostenía su propia tabla, se levantó de la silla. Llevaba toda la noche bebiendo agua y alimentando con ella a los tres monstruos por medio del vínculo. Así que estaba agotado y a la vez se sentía un poco raro, porque se había bebido varios toneles y no se notaba lleno en absoluto.

Pero había espabilado un poco al avistar la isla y había enviado a los monstruos de medianoche, ya del todo bajo su control al reforzarse el vínculo, al mar para combatir a otros que intentaban subir a bordo. Los suyos vencían en todos esos enfrentamientos, claro, ya que tenían muchísima más agua para regenerar el cuerpo a partir de las esporas que había alrededor si los herían.

Sea como sea, tenía un momento de calma. Durante el que pudo ladear la cabeza y fruncir el ceño cuando el dorso de su tabla, que solía escribir para él las palabras ajenas, pasó a mostrarle a Trenza y la rata, acurrucados cerca de la cámara en su lado.

—¿Fortín? —dijo Trenza—. ¿Nos ves?

Las palabras pasaron por la pantalla, tapándole un poco la imagen.

¡Os veo!, escribió, y el texto apareció bajo el de ellos pero visto desde el otro lado.

Fortín hizo señas a los demás y al cabo de un momento Ann y Salay estaban con él. Hasta yo me amontoné cerca de la tabla, curioso.

—¿Capitana? —dijo Salay—. ¡Capitana! ¿Estás bien?

—Estamos en la torre —susurró Trenza—. ¿Cómo habéis sobrevivido a las esporas? No, eso da igual ahora. Luego me lo contáis. Salay, tienes que ir con cuidado. El mar está lleno de rocas bajo las esporas. ¡Son de lo más traicioneras!

—Estaré atenta —respondió Salay—. Gracias.

—No tendríais que haber venido —dijo Trenza—. Si intentáis navegar por esas rocas, os hundiréis.

Los tres fruncieron el ceño. Entonces Salay le hizo una pregunta muy simple:

—¿Nos ordenas virar en redondo?

¿Lo hacía?

¿Podía?

¿Se atrevía?

En ese instante tomó la decisión. La piedrecita volcó y la avalancha del cambio que había estado creciendo en el interior de Trenza empezó a derrumbarse montaña abajo.

—No —susurró Trenza—. Por favor, ayudadme.

Los tres sonrieron de oreja a oreja. Yo me rasqué la cabeza. Porque había algo del lugar donde estaba Trenza, visible a su espalda, que me sonaba.

—Eso haremos —dijo Salay—. Vamos para allá.

—¡Que no os hagan daño! —exclamó Trenza.

—Capitana —dijo Ann—, vamos a salvarte. Porque lo mereces. Recuerda que una vez me dijiste algo que me hizo ver el mundo de una forma totalmente nueva.

—¿Qué fue? —preguntó Trenza.

—«Ten, pruébate estos anteojos».

Ann, escribió Fortín, **ese chiste ha sido casi tan malo como los que cuenta Hoid**.

—Pero es que no era un chiste —dijo Ann, dándose un golpecito con el dedo en las gafas—. Es verdad. Veo un nuevo mundo. Un mundo en el que ya no estamos condenados. Un mundo en el que tenemos futuro.

—Sabéis que no soy una máscara del rey —le recordó Trenza—. No puedo hacer que nos indulte.

—Ya buscaremos otra manera —dijo Ann mirando a los otros, que asintieron—. Porque cuando lleguemos a la mismísima hechicera y salgamos de ahí… bueno, supongo que, si hacemos eso, seremos capaces de lo que sea.

Los tres asintieron de nuevo mirando a Trenza, que se sintió abrumada. Por la lealtad que le mostraban, por su propia y demasiado pospuesta disposición a aceptar ayuda. Por…

Un momento.

Entre la avalancha de emociones que embargaban a Trenza, algo sobresalió. Algo provocado por el hecho de verme a mí, de pie junto a

los otros tres, intentando usar la lengua para hurgarme la nariz.

La asaltó una curiosidad, quizá podrías decir.

Una revelación, diría yo.

—Hoid —dijo Trenza—. Hoid no pudo señalarme el rumbo hacia la hechicera. Tuvimos que adivinar dónde estaba la isla señalando otros lugares que no fueran este. De todos los demás sí que podía hablar.

¿Y qué?, preguntó Fortín.

—Que di por sentado que era porque no podía hablar de su maldición —explicó Trenza—. Pero para resolver la maldición de Charlie, era necesario que regresara con ella. Si Hoid no pudo mostrarnos el camino hasta aquí, o al menos no a propósito, a lo mejor es porque su maldición también se resuelve trayéndolo con ella.

Trenza bajó la mirada al suelo.

Al mapa del mundo.

«Debes traerme a tu planeta, Trenza».

—Sí —susurró Charlie—. Hoid podía hablar de estar maldecido, a partir del momento en que supiste lo que le había pasado. También debería haber sido capaz de mencionar sin problemas a la hechicera y su isla. ¿Cómo es que no podía? Tiene que significar que hacerlo ayudaría a romper la maldición. Su forma de deshacerla debe de estar relacionada con que regrese a la torre de la hechicera. Que supere sus pruebas. ¡Trenza, tiene sentido!

Trenza alzó la mirada de nuevo hacia los demás, con los ojos cada vez más abiertos.

—Tenéis que traerlo aquí. A esta sala.

—¿Al grumete? —preguntó Ann, frunciendo el ceño.

—¿Capitana? —dijo Salay—. ¿Estás segura?

—Sí —respondió Trenza—. Por favor, traédmelo. Sé que es difícil, pero hacedlo, os lo ruego.

—Bueno, si es lo que ordenas… —dijo Salay.

—No lo hagáis porque lo ordene —repuso Trenza—. Hacedlo porque confiáis en mí.

Los otros asintieron. Confiaban en ella. Y menos mal, porque la hechicera acababa de reparar en lo que estaba haciendo Trenza. Con los ojos desorbitados de furia, la mujer ladró una orden que

interrumpió la comunicación. Movió las manos con brío en el aire y sus dedos dejaron rastros de luz mientras construía unas poderosas runas. Al completarlas con una floritura, un gran chorro de luz salió despedido de ellas, cruzó la sala, estampó a Trenza de espaldas contra la pared y la retuvo allí.

Sonaron un estallido y un golpetazo cuando la taza y la jarra cayeron del estante. La taza de la mariposa se hizo añicos. La jarra rebotó, con una abolladura nueva.

La hechicera dio la espalda a Trenza para seguir movilizando su ejército. Charlie, que había caído al suelo cuando Trenza dio contra la pared, se enderezó, correteó hasta ella y subió por su ropa. Trató de mordisquear las líneas de luz para liberarla. Funcionó más o menos tan mal como puedas imaginar.

—Charlie —susurró Trenza.

El roedor alzó la mirada hacia ella, frustrado por lo resistentes que podían ser unas líneas de luz brillante.

—Lo… lo siento, Trenza. No puedes confiar en mí. Soy un inútil. Ya estoy fracasando otra vez. No…

—Charlie —dijo ella—, hay una cosa que llevo tiempo queriendo decirte. Ojalá te la hubiera dicho antes, pero tendrá que ser ahora, aunque supongo que no podría haber peor momento. Te quiero.

—Yo siento lo mismo —respondió él—. También te quiero.

—Bien. Habría sido muy incómodo si resultara no ser el caso. —Trenza forcejeó un poco y miró hacia el *Canto del cuervo* en la pantalla, navegando hacia la isla—. Por favor, Charlie. No me gusta imponerme. Pero aunque atraviesen las defensas, no podrán entrar en la torre para rescatarnos.

Charlie lo entendió de sopetón.

—Puedo… puedo abrirles la puerta, Trenza. Eso puedo hacerlo.

—Si no es mucho pedir —dijo ella.

Sí, Trenza había cambiado. Pero hasta los mayores acontecimientos nos cambian solo un poquito de una vez, y ella seguía siendo Trenza.

Charlie miró hacia la puerta abierta de la sala, que llevaba a la escalera que descendía a la puerta exterior. Por donde merodeaba la gata de la hechicera.

—Puede que a Huck la rata le diera demasiado miedo —dijo—. Pero creo que tal vez Charlie el jardinero esté hecho de una pasta más fuerte. —Frotó el hocico en la mejilla de Trenza—. Gracias —añadió en voz más suave—. Por venir a rescatarme. Ojalá pudiera habértelo dicho antes.

Y saltó al suelo para emprender su misión.

La hechicera no estaba enfadada. Aún no.

Ni siquiera asustada. Aún no.

Sobre todo, estaba irritada. Y también algo preocupada. Había creído que me tenía controlado. Al verme empezar a surcar el Carmesí había prestado atención, pero no porque temiera que de verdad podría llegar a su torre, sino porque disfrutaba viéndome en apuros. Creía que tal vez acabaría ganándome que me enviaran al fondo del océano, y pensaba que sería una delicia contemplarlo.

Pero sin saber muy bien cómo, allí me tenía. Sin duda no podría superar sus defensas, no en un barco normal y corriente. Pero tampoco había creído que superaría el mar Carmesí ni que navegaría por el de Medianoche. La hechicera había pasado a creer que de algún modo, pese a mis enormes impedimentos, yo era el responsable de que el barco hubiera sobrevivido a tantos peligros. No comprendía que mi auténtica ventaja nunca ha sido mi intelecto fuera de la común.

Ha sido mi capacidad de encontrar a la gente adecuada y pegarme a ella.

En esos momentos estaba aferrado a la borda del *Canto del cuervo*,

arriba en el alcázar, cerca del puesto de la timonel. Había robado el diminuto sombrero pirata de Huck, pensando que no se lo merecía. Idea que, en términos estrictos, era errónea. ¿De verdad puede uno enfadarse con un pirata porque te dé una puñalada trapera?

A mí me quedaba mucho peor. Así que, por supuesto, me lo había sujetado con un alfiler. Tenía una sonrisa enloquecida en la cara, el viento en el pelo y los ojos como platos, porque se me había ocurrido que así tal vez se me secarían y podría dejar de parpadear.

Salay giraba la rueda del timón. Gritaba órdenes a los Dougs, que hacían su magia con las velas. La hechicera tenía una gran confianza en sus defensas. Estaba convencida de que no había nadie en el mundo capaz de serpentear por el paso entre las rocas y llegar a su isla.

No había contado con una mujer como Salay. Una mujer que navegaba con la última carta que le envió a su padre en el bolsillo y sabía que morir en aquel mar lo condenaría a seguir encarcelado por sus deudas para siempre. Una mujer que acababa de descubrir un propósito renovado en su vida. Una mujer que había apostado por Trenza y había obtenido como recompensa las vidas de toda la tripulación.

Una mujer que no se echaba atrás si estaba en juego la supervivencia de sus amigos. Reza por conocer a una mujer así al menos una vez en la vida. Y luego reza por apartarte de su camino lo bastante deprisa.

Se aferraba al timón mientras la madera gemía, su voluntad contra la de las esporas, y guiaba el barco entre las piedras. Sin parpadear. Esa parte me impresionaba.

—¿Por qué? —preguntó Ann, asida al pasamanos para subir la escalera hacia mí—. Hoid, ¿por qué tiene Trenza la extraña idea de que puedes salvarla?

—Probablemente —alcé la voz sobre el fragor de viento y espora— porque se me acaba de ocurrir que debería dedicarme a la pintura. ¡Y la hechicera temerá mi talento!

—Pero ¡qué irritante eres! —gritó Ann.

—¡Chorradas! —repliqué—. ¡Tu camarote, Ann! ¡Creo que le vendrían bien unos pocos detalles! O si no quieres tallar nada, quizá

unos cuadros de perros con sombrero. ¡Oh! —La miré, con ojos dementes mientras el barco trazaba una curva casi imposible y una oleada de esporas negras chocaba contra el casco a mi lado—. ¡Oh, qué idea más buena acabo de tener! Podría pintar los cuadros en *terciopelo*.

—En nombre del mismísimo trasero de la luna glauca, ¿por qué ibas a hacer algo así?

—Para que tengan textura al lamerlos, obviamente —respondí—. En serio, Ann, deberías pensar más en las cosas antes de hacer preguntas estúpidas.

Y es cierto que debería haberlo pensado antes. Quizá no estuviese haciendo una pregunta estúpida, pero hacer preguntas a un estúpido era casi igual de banal.

Salay estaba tan inmersa en su concentración que no oyó nada de lo que decíamos. Allá en la torre, la hechicera se sorprendió al ver que el barco se deslizaba entre las rocas, aproximándose cada vez más. Un barco en movimiento es algo extraño de controlar, como sin duda sabe tu gente. Muchas veces no consiste tanto en dirigir la nave como en cabalgar las olas, los vientos y las corrientes. Hace falta velocidad para maniobrar, pero el empuje siempre es tu enemigo y tu aliado a la vez. Si te falta, no puedes completar los virajes. Si te sobra, terminas besando las rocas.

Pero ese día el barco no parecía obedecer a ola ni a viento, a espora ni a bajío. El barco obedecía a Salay y, durante un breve y trascendente momento, no parecíamos estar en un barco en absoluto. Viajábamos sobre su fuerza de voluntad manifestada, esquivando rocas por centímetros, escorándonos tanto que a veces estaba convencido de que volcaríamos. Localizaba esas rocas por instinto, basándose en cómo se revolvían las esporas. Y lo hacía con la mirada siempre al frente, fija en su objetivo.

Para asombro de la hechicera, salimos de las rocas a la pequeña bahía de la isla. Negó con la cabeza, pasando de la irritación a una verdadera inquietud. Detrás de ella, Lacy la gata irrumpió en la sala chillando e hizo que un preocupado Charlie retrocediera a su interior. Hizo otro intento de llegar a la escalera, pero la gata se interpuso y lo

obligó a recular.

La hechicera dio otra orden y su grupo de hombres metálicos marchó hacia delante, listos para la batalla. Seguro que ellos pondrían fin a aquella farsa. Siempre habían sido su mejor forma de defensa.

—¡Cañonera! —gritó Salay en el barco—. ¡A las armas!

Se refería a Ann, que corrió a proa hacia su cañón. Por fin llegaba su oportunidad. La de dar, de un modo u otro, un espectáculo con espejuelos.

Llevaba practicando unos días, los suficientes para preocuparse. Ya no parecía ser sobrenaturalmente mala apuntando, pero eso no significaba que fuese buena. Y eso la angustiaba hasta lo indecible. Eso y que, a pesar de los años que llevaba soñando con ese día, de repente todo iba a depender de ella.

En la costa los hombres metálicos marchaban en hileras, obedeciendo al instante la orden de la hechicera. Eran una visión intimidante con su color de latón bruñido, sus dos metros quince de altura y sus lanzas de brillante punta. Las instrucciones que tenían, implantadas con meticulosidad por la hechicera al despertarlos con su aliento, eran complejas, cuidadosas y precisas.

Eran mucho mejores siervos que los exploradores creados a partir de esencia de medianoche. Al activarlos, crearían una barrera que impediría cualquier clase de atraque. Hasta desde la cubierta del barco, varilla de artillería en mano, Ann se daba cuenta de por qué las fuerzas del rey nunca habían logrado derrotarlos. Las balas de mosquete rebotaban, y las de cañón… bueno, esas quizá derribaran a una criatura e hicieran mella en el muro, pero el soldado no tardaría mucho en volver a levantarse.

Pero los diseños de Trenza sí que funcionarían contra ellos. Aun pensándolo, a Ann le tembló la mano al meter la varilla en el oído del cañón y disparar una bala. Los hombres de metal ni se inmutaron. En parte porque el cañonazo falló, atravesó un árbol, rebotó varias veces en la piedra y se perdió en las esporas a no mucha distancia.

Sudando la gota gorda por la tensión, Ann cargó otra bala. No se volvió para mirar a la tripulación. Sabía lo que estaban pensando. Que el problema de Ann no era solo la vista. Le pasaba alguna otra cosa.

Y así era.

Pero lo que le pasaba no era una mala suerte exagerada ni una maldición mística. Era algo mucho más prosaico, pero igual de pernicioso. Ann no fallaba el tiro solo porque tuviera mal la vista. Fallaba por culpa del *impulso*.

En la vida existe una fuerza contraria a la avalancha que Trenza estaba sintiendo. Siempre hay un opuesto. Un empujón por cada tirón, como dice siempre un viejo adversario mío. A veces los momentos de nuestra vida se amontonan y se transforman en una fuerza imparable que nos hace cambiar. Pero otras veces se convierten en una montaña imposible de coronar.

Todo el mundo falla el tiro alguna vez. Pero si te empiezan a conocer como la persona que no acierta, si lo interiorizas… bueno, de pronto cada fallo pasa a ser otra roca en el montón. Y cada acierto pasa desapercibido. Con el tiempo te conviertes en Ann: te tiembla el brazo, te chorrea el sudor por la cara, te aferran las zarpas invisibles pero muy reales del determinismo autocumplido. Y entonces empiezas a fallar no porque tengas mala puntería ni mala vista, sino precisamente porque te tiembla el brazo y te chorrea el sudor por la cara.

Y porque fallar es lo tuyo.

Amedrentada por lo que antaño amaba, Ann alzó la varilla hacia el lado del cañón. Una voz sosegada la interrumpió.

—Alto el fuego, tripulante Ann —dijo Laggart, con una mano en el viento de proa para mantener el equilibrio mientras entornaba los ojos hacia la costa.

Ann titubeó.

—Tres grados a popa y uno arriba, tripulante Ann —ordenó Laggart con voz tranquila y firme.

Vaciló solo un momento más antes de empezar a maniobrar el cañón como le indicaba Laggart. El barco siguió meciéndose con el escaso oleaje de la bahía, sin dejar de avanzar hacia la costa.

—Espera —dijo Laggart mientras Ann situaba la varilla de artillería en su lugar—. Espera. ¡FUEGO!

Una explosión de esporas y fuerza envió la bala de camino. Como

Ann había imaginado, impactó contra un hombre de acero en el pecho y lo derribó, pero no lo destruyó. Sin embargo, las enredaderas que surgieron de la bala atraparon y envolvieron a todos los hombres de metal que había cerca.

Lo cual los dejó completamente desconcertados. En el barco, Ann dio un paso hacia su montaña y la encontró bastante más pequeña de lo que había creído.

—Recarga y restablece —dijo Laggart.

—¡Recargando y restableciendo, señor! —exclamó Ann, moviéndose con una eficacia que habría impresionado a cualquier oficial naval.

—Dos grados arriba —dijo Laggart.

—¡Dos grados arriba! —repitió ella—. ¡Y uno a babor!

—Eso es —dijo Laggart sorprendido—. Y uno a babor. Ahora espera. Espera…

—¡Fuego! —gritó Ann al unísono con él.

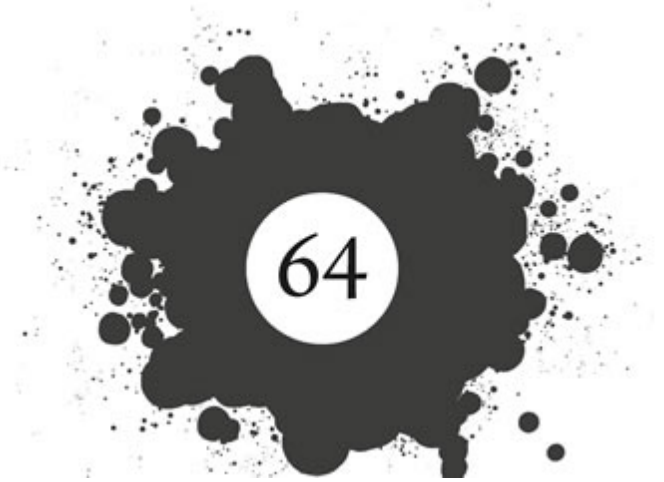
El disparo también acertó y atrapó a otro grupo de tropas metálicas.

—¡Recargando y restableciendo, señor! —bramó Ann antes de que Laggart pudiera darle la orden.

La siguiente bala salió en menos que canta un gallo. Miró a Laggart, jadeando.

—Un disparo de narices —dijo Laggart con un asentimiento—. De narices, cañonera asistente.

Y alzándose sobre la cima de su montaña, Ann se maravilló de lo diminuta que parecía de repente.



De vuelta en la torre, Trenza seguía atrapada.

Era humillante, sí, pero de algún modo… ¿también satisfactorio? En el sentido de que era lo que siempre había esperado que sucedería.

Desde el momento en que zarpó de la Roca, había estado anticipando un fracaso grandioso. No se había marchado porque creyera que le saldría bien, sino porque había que hacer algo. Y aunque en su misión habían salido mal muchas cosas, Trenza siempre se las había ingeniado para hacer que también salieran bien.

Sus repetidos éxitos habían sido tan constantes que la inquietaban. Igual que, si no paras de sacar seises, empiezas a temer que le pase algo al dado. Fracasar en ese momento, estar presa, inmovilizada, incapacitada para ayudar…

Bueno, tampoco es que la alegrase, pero una parte de ella sí sentía cierto alivio. Por fin había ocurrido. Lo raro era que hubiera tardado tanto. Trenza no era una máscara del rey ni una pirata. Era una limpiaventanas. Con un pelo que de verdad pedía a gritos que lo recogieran en una coleta, porque apenas veía nada a través de él. Por desgracia, las ataduras de la hechicera le retenían las manos contra la

pared bajo aquellas resplandecientes franjas de luz.

Entre los mechones alcanzó a distinguir el disgusto de la hechicera cuando los cañonazos paralizaron por completo a sus tropas. No debería haber ocurrido. Había diseñado a aquellos hombres para que resistieran el fuego de cañón. Los había diseñado para ser imparables. Podían salir marchando al mismo océano y hasta tenían garfios que les permitían trepar a bordo de los barcos, a menudo después de haberles agujereado el casco desde abajo con sus lanzas.

Eran inmunes a casi toda arma disponible para una cultura preindustrial. Temibles, destructivos, mortíferos.

Pero no sabían qué hacer con las enredaderas.

Incluso un constructo semiconsciente, como un soldado despertado, depende de sus instrucciones. Son mucho más versátiles que si obedecieran a un programa informático tradicional, pero por otro lado no están vivos del todo. Y aquellos individuos, enfrentados a unas enredaderas que les impedían moverse, estaban desconcertados.

Sus instrucciones les decían que no temieran las armas que blandieran los intrusos. Así que seguían intentando marchar hacia delante. Las balas de cañón seguían explotando entre ellos, haciendo que brotaran más enredaderas. Si se quedaban inmovilizados, los hombres de metal tenían orden de pedir apoyo. En general era una línea de programación más que adecuada.

Pero en ese caso sumió al grupo entero en el caos. Alternaban entre intentar avanzar hacia el barco, tratar de liberarse unos a otros y bloquearse mientras se esforzaban en decidir cuál de las dos cosas hacer si ninguna era posible.

En pocas palabras, las balas de cañón funcionaron.

Benditas lunas, *funcionaron*.

A pesar de su situación, Trenza no pudo evitar una sonrisa al ver cómo sus diseños incapacitaban a toda una legión de enemigos en teoría imparables.

Charlie le subió por la pierna y se agarró a sus pantalones mientras la gata merodeaba debajo. Resollaba de puro agotamiento.

—Estoy… teniendo algún problemilla con ese monstruo.

—No pasa nada, Charlie —dijo Trenza sin dejar de mirar el cañón

disparando.

—Eh —respondió él—, no llores. Hay una ley marítima que lo prohíbe.

—Lo siento —dijo ella mientras estallaba otra bala de cañón y las enredaderas se extendían como un impío híbrido de pulpo y bolsa de poda—. Es que… son una preciosidad.

Al poco tiempo la tripulación había desembarcado y corría más allá de las tropas inmóviles, en una carga liderada por Fortín que me transportaba en vilo. Fingiremos que de manera digna.

Pero si Charlie no abría la puerta, se quedarían fuera de la torre. Y la historia terminaría ahí.

Trenza miró a Charlie.

—Lo siento. Siento que al final nos hayan capturado. Es lo que decíamos que pasaría, ¿te acuerdas?

Él asintió.

—Pero, Trenza —dijo—, también recuerdo otra parte de esa conversación. Algo sobre una brillante armadura.

—No creo que hagan armaduras tamaño rata, Charlie.

Charlie vio algo en el suelo. Entornó los ojos.

—Tú distráela —dijo.

Hizo acopio de hasta la última brizna de valor que le quedaba; no era mucho, pero estando en un cuerpo tan pequeño, el valor (como la bebida) hace más efecto del que uno espera.

Charlie saltó. La gata echó a correr tras él de inmediato y recortó distancia mientras Charlie intentaba llegar a algo que había en el suelo cerca de la escalera.

Una gran jarra de cerveza hecha de peltre.

La hechicera estaba desviando su atención hacia las defensas de la torre. Es muy posible que se hubiera dado cuenta de lo que pasaba si Trenza no hubiera hecho lo que le dijo Charlie.

—Hechicera —dijo—, ¿has oído las historias que se cuentan? ¿Las de la afanosa doncella a la que capturan?

—¿Pensando en tu destino? —replicó la hechicera, que nunca dejaba pasar la ocasión de infligir un poco de desdicha—. ¿Pensando

en lo mucho que has viajado para terminar encadenada?

—Sí —dijo Trenza—. Y pensando que… bueno, que en realidad tampoco está tan mal.

—¡Que no está tan mal, dice! —exclamó la hechicera, caminando hacia ella, sin hacer caso al tintineo que sonaba a su espalda, como si algo metálico estuviera bajando peldaños—. ¡Querida, estás indefensa! ¡Querías salvar a tu amor, pero no puedes salvarte ni tú misma! Te creías una gran pirata y mírate, aquí estás. Al final de tu misión. Has terminado igual que todas las chicas de todas las historias. Necesitando que te rescaten.

Congela ese momento.

Imagínatelo: Charlie la rata, rodando en el aire dentro de una jarra de peltre, rebotando escalera abajo. Observado desde arriba por una

perpleja gata, la artífice del zarpazo que había enviado la jarra por la escalera.

Fortín, Ann y Salay llegando a la torre conmigo en volandas.

Trenza. Retenida por brillantes ataduras. Sostenida contra la pared.

Confiada.

—Esas historias siempre se saltan una cosa —dijo—. En realidad, el problema no es que nadie necesite que lo salven. Todos necesitamos ayuda alguna vez. Cuesta ser la persona que da problemas a los demás, pero el caso es que todo el mundo da problemas. ¿Cómo íbamos a ayudarnos entre nosotros si nadie necesitara ayuda jamás?

—Ah, pero tú… —respondió la hechicera, empezando a trazar runas en el aire—. Tú te vas a llevar una maldición de aúpa, eso tenlo claro. Esta me la guardaba para una ocasión especial. Tus próximas décadas van a ser un suplicio, niña.

Más abajo, una voz diminuta resonó en el pasillo.

—¡Puerta mágica, ábrete, por favor!

—La parte que se saltan las historias —dijo Trenza mientras las runas de la hechicera formaban una vibrante pared— es todo lo que viene antes. Verás, he descubierto que está bien necesitar ayuda. Siempre que hayas llevado tu vida como la clase de persona que merece que la rescaten.

La hechicera liberó su maldición, un chorro de luz y energía que envolvería a Trenza y la transformaría. Pero en vez de hacerlo, las runas explotaron en una cegadora lluvia de luz. Llenaron la sala con una energía que por un breve instante embotó toda posible sensación.

Al disiparse, me alzaba entre la hechicera y Trenza, con los oficiales importantes del *Canto del cuervo* a mi espalda y una pequeña rata sobre el hombro, con las manos abiertas por delante después de crear un escudo de luz Investido para proteger a Trenza. Estaba hecho de aones. Que ya era capaz de trazar. La mecánica quizá te aburriría. El resultado, sin embargo, fue espectacular.

Llevaba puesta una camisa de flores, pantalones cortos demasiado cortos y sandalias.

Con calcetines.

—Hola, Riina —dije—. Espero que tus últimos años hayan sido exactamente igual de encantadores que tú.

La mujer bajó las manos, boquiabierta.

—Sí, exacto —dije, y señalé mi vestimenta actual—. Ahora sé que este conjunto es espantoso. Comprendo que no es recomendable hablar de política cenando con los suegros. Y sé que tú, querida, eres la prueba viviente de que no hace falta tener ni la más mínima gracia para ser una payasa de remate.

Un profundo brillo palpitó bajo mi piel. Por fin.

Resulta que para hacer funcionar ese conjunto de poderes concreto, no basta con falsificar la Conexión. Es necesario que te inviten y te acepten en un grupo muy selecto. Mi única posibilidad había sido encontrar a una persona lo bastante lista para formar parte de ese grupo, lo bastante necia para dejarse manipular por mí y lo bastante sádica para ofrecer la pertenencia a cambio de la oportunidad de verme maldecido.

—Vete al carajo —masculló.

Mi maldición estaba deshecha. Mis sentidos, restaurados. Riina lo veía con tanta claridad como yo.

Había ganado.

—Excelente trabajo, grumete —dijo Trenza, todavía sujeta a la pared—. Después de esto, vamos a tener que ascenderte.

—Un momento, ¿hemos ganado? —preguntó Salay—. Hoid, ¿eres…? Esto… ¿Qué eres?

—La palabra «hechicero» tendrá que bastar —le dije—. He ganado la apuesta que hicimos.

—Espera, espera —dijo Charlie desde mi hombro—. ¿De verdad era una apuesta? ¿Dejaste que te maldijera por una simple apuesta?

—Venga, por favor —respondí—. ¿Acaso algo de lo que hemos hecho te parece simple?

La hechicera hizo un gesto que liberó a Trenza de la pared.

—Marchaos —dijo—. Antes de que cambie de opinión.

Fortín sostuvo a Trenza cuando dio un traspié, y ella se lo agradeció con un asentimiento. Entonces se volvió hacia la hechicera.

—Antes —dijo—, deshaz la maldición de Charlie.

—No puedo —respondió la hechicera—. Las maldiciones no se rompen a menos que sus condiciones se cumplan. Es imposible.

Trenza me miró interrogativa. En realidad sí que había formas de hacerlo, pero lo más probable era que la hechicera no fuese capaz de llevarlas a cabo. De modo que asentí. Sus palabras venían a ser ciertas.

Trenza respiró hondo y volvió a mirar a la hechicera mientras su rostro se volvía como de acero.

—No nos marchamos nosotros —dijo Trenza—. Te marchas *tú*.

—¿Disculpa? —restalló la hechicera.

—Has maldecido a gente que solo pretendía hablar contigo —dijo Trenza—. Has tomado prisioneros, robado a mercaderes y destruido flotas. Eres un azote en este mar. En este planeta. —Se irguió cuan alta era, en parte para amedrentar a la parte de ella que estaba conmocionada por su propia audacia—. Exijo que abandones este mundo. Vete y no vuelvas jamás.

—¡Anda ya! —exclamó la hechicera—. ¿Quién te crees que eres para venirme a mí con exigencias?

En respuesta, Salay y Fortín apuntaron sus pistolas hacia ella. Ann de algún modo desenfundó tres a la vez. Charlie gruñó. No es que diera mucho miedo, pero contribuir le hacía sentirse bien.

Trenza no se molestó en apuntar con nada. Me dio un codazo.

—Grumete —dijo—, tírale un rayo o lo que sea.

—¿Estás dándome órdenes? —pregunté en voz baja.

—Eres de mi tripulación, ¿verdad? —dijo ella, aunque al menos tuvo la decencia de sonrojarse un poco.

Suspiré y, por orden de mi capitana, di un paso adelante y alcé las manos. Miré a la hechicera a los ojos y supe lo que estaba pensando. Como a la mayoría de los suyos, se le daba muy bien una cosa que llamamos proyección riesgo/recompensa. Había ido a ese planeta porque en él no había nada que pudiera amenazarla. Pero entonces había encontrado a un dragón viviendo allí. Y luego había llegado yo.

Quizá hubiera sido capaz de derrotarme. Maldecirme de nuevo. Pero quizá *no* hubiera sido capaz. Incluso aunque solo tuviera una posibilidad entre cinco de perder, nadie vive mucho tiempo aceptando con frecuencia probabilidades del veinte por ciento de morir. Y Riina

llevaba viva mucho mucho tiempo.

Al cabo de un rato estábamos todos en la cubierta del *Canto del cuervo*, con la vista alzada hacia una titilante mota de luz que se desvanecía en el cielo. La torre se había ido, llevándose con ella a la hechicera.

Suelo tener ese efecto en la gente. Si pasas demasiado tiempo conmigo, es inevitable que acabes envidiando a quienes nunca me han conocido.

Detrás de nosotros, los Dougs empezaron a aullar y vitorear. Fortín sacó rodando un tonel de algo delicioso para beber, que había estado reservando para una ocasión como aquella. Ann decidió que los cañones del barco necesitaban nombres, para gran desdicha de Laggart. Salay se llevó la mano al bolsillo, y a la carta de su padre, y lo soportó todo por el momento. Incluso se permitió disfrutar de las celebraciones.

Trenza vino hacia mí, sosteniendo a Charlie. Que seguía siendo una rata.

—¿No hay… nada que puedas hacer? —me preguntó—. ¿No hay forma de romper la maldición?

Los dos me miraron con esperanza en los ojos.

—No puedo deshacer la maldición —respondí—. No en mi nivel actual de habilidad con las artes. Nadie puede.

—Vaya —dijo Charlie.

—Pero tal vez —añadí, inspeccionando las runas que distinguía a su alrededor— sí que pueda modificar los parámetros un poquito…

EPÍLOGO

Cinco meses más tarde, un barco llegó a la Roca que no era una roca. Ese barco golpeó contra el muelle en la maniobra de amarre, dado que su nuevo aprendiz de timonel no tenía mucha experiencia. El padre de Salay parecía avergonzado, pero ella se limitó a sonreír y darle unos consejillos.

El barco no era el *Canto del cuervo*. La tripulación había decidido que le vendría bien empezar de cero su nueva vida, y además la capitana quería tener unos pocos camarotes más. Así que después de recibir sus indultos, habían vendido el viejo barco y comprado otro. Con un nombre nuevo.

La dueña salió a cubierta del *Dos tazas* vestida con una larga guerrera de capitana y un sombrero con pluma. Hizo unos signos con la mano hacia el timonel, de los que Fortín había estado enseñando a los tripulantes. Resulta que es útil por muchos motivos poder comunicarse por signos en un barco: puedes hablar con los marineros de las jarcias o transmitir instrucciones al timón sin necesidad de

hacerte oír sobre el ruido de las esporas o del viento. En ese caso, Trenza dio la enhorabuena al timonel por su primera maniobra de atraque. Con golpes o sin ellos.

Después de eso, Trenza fue hasta la regala y dio un sorbo de su taza. Que tenía una mariposa y, por supuesto, habían vuelto a pegar después de hacerse mil pedazos. A la capitana no le importaban las junturas. Las tazas con muescas, o abolladuras, o incluso grietas, tenían su historia. A ella le gustaba en particular la que contaba aquella taza.

Llegaron el supervisor del puerto y la inspectora real, y Salay les entregó enseguida un despampanante edicto real que detallaba la importancia de aquel navío. Detener por sí solos a la hechicera había valido a Trenza y su tripulación alguna cosilla más aparte del perdón. Y también estaba el asunto de la capacidad exclusiva que tenían para comerciar cruzando los mares Carmesí y de Medianoche, que abría nuevas oportunidades en aguas antaño lejanas. Todas las personas que había a bordo de ese barco se hicieron, al cabo de unos años, inmensamente ricas. (Y yo las conocí cuando eran solo Dougs).

El rey, por supuesto, había fingido que aquello era lo que pretendía desde un principio. Que siempre había creído en Charlie y en la novia que había elegido. Si te suena un poco a hipocresía… bueno, preferimos llamarlo política.

Mientras el supervisor y la inspectora releían el edicto, Charlie por fin salió a cubierta.

Humano por completo de nuevo.

La maldición había afirmado que debía llevar a la persona a quien más amara a casa de la hechicera, para entonces condenarla, a cambio de liberarse. Mis modificaciones permitieron que bastase con que llevara a esa persona amada a su propia casa, para entonces versarla, a cambio de liberarse. Una rima decente, razonable y *consonante*.

Trenza había dejado a Charlie en su camarote a petición suya, para que pudiera transformarse en privado. Y en ese momento lo vio salir dando zancadas, sosteniendo el poema que había escrito para ella, con una sonrisa estúpida en la cara.

Esa le encantaba.

Ah, y lo único que llevaba puesto era un diminuto sombrero de pirata. Cuando llegó junto a ella, Trenza se inclinó hacia él.

—Amor mío —susurró—, ropa. Los humanos llevamos *ropa*.

Él miró hacia abajo.

—No será fácil acostumbrarme —dijo—. Hum… disculpa.

Sí, permanecieron juntos. Los dos habían cambiado en sus viajes, pero de manera complementaria. Trenza siguió siendo capitana y una experta germinadora, mientras que Charlie resultó ser un ayuda de cámara excepcional y un narrador y músico pasable para el barco: en efecto, un hombre bien versado.

Con unos cuantos consejos míos, al final resultó no ser tan aburrido. Te contaré en secreto que tú tampoco lo eres. Si alguien te dice lo contrario, es porque intenta devaluarte. No confíes en esa persona. Sabe que no se te podría permitir de otro modo.

La tripulación se dispuso a desembarcar, emocionada por un permiso en tierra firme, aunque fuera en la Roca. Todos hicieron su aparición excepto Laggart, que estaba en el calabozo por haber iniciado una pelea de taberna en el último puerto.

Te alegrará saber que he seguido la pista a la tripulación con los años y hasta él ha mostrado cierta evolución. Empieza a dar la impresión de que, en vez de seguir la tradición familiar y ser un repugnante revoltijo de miserias hasta hacerse matar, va de camino a convertirse en… bueno, en otra cosa que no sea eso.

Mientras Charlie se vestía, Trenza leyó el poema que le había escrito, los versos que habían roto la maldición.

Es solo para ella. Lo siento.

Al alzar la mirada, vio algo que la entusiasmó. Sus padres bajaban de casa hacia el puerto, seguidos por su hermano pequeño. La madre de Trenza había pasado casi todas las noches desde su partida buscando alguna señal en el mar, pero incluso teniendo las cartas que Trenza había podido enviarle más adelante, nunca había creído del todo que su hija regresaría. Ninguno lo había creído, hasta que la vieron allí de pie.

Trenza bajó con paso firme al muelle y luego al suelo de piedra que tan familiar había sido para ella, salado y negro. Qué curioso, lo raro

que se le hacía aquel lugar. ¿Cómo era posible que algo diera una sensación a la vez conocida y ajena? Pero cuando su familia llegó y la abrazó, descubrió que aquello sí que le resultaba deliciosamente conocido. Nada ajeno en absoluto.

Llevaban su equipaje. Y tenían su camarote preparado. Trenza los acompañó hasta la pasarela del barco, pero entonces los interrumpió el duque, que llegaba por fin. Con la cara roja. Ceño en ristre. Solo tenía uno, había decidido Trenza. Porque aunque hacía falta una sonrisa para cada ocasión, los ceños no requerían variedad.

—¿Qué es esto? —exigió saber, dándose un golpe con el edicto en la palma de la mano—. ¿Qué has hecho?

—He rescatado a tu hijo. Al de verdad. No a esa barbilla andante con un vocabulario de seis palabras.

—¡Me refiero a qué has hecho a esta isla! —vociferó el duque, señalando las palabras del rey—. ¿Cómo que puede marcharse quien quiera? La isla se quedará despoblada del todo en cuatro días.

—Lee la siguiente parte —dijo Trenza, y tras darle un sorbo a su infusión, dio media vuelta sin esperar respuesta.

El duque tuvo que leerlo varias veces para que le entrara en la cabeza. El rey había proclamado que se pagaría un generoso estipendio a todo aquel que viviera y trabajara en la Roca durante veinte años. Si tienes la suerte de encontrar empleo en Punta de Diggen, te jubilarás con unos ahorros considerables.

Pero te advierto que, de un tiempo a esta parte, escasean los puestos libres. Nadie quiere marcharse. La cerveza es estupenda, la compañía aceptable y la paga… bueno, compensa todo lo demás.

Trenza regresó a la cubierta de su barco y se reunió con un recién ataviado Charlie. Señaló con el mentón hacia su padre, en el muelle.

—¿Quieres saludar?

—No, gracias —dijo Charlie—. ¿Le has dejado la carta de mi madre?

(La duquesa, por cierto, se había mudado unos meses antes lejos de la isla y, lo más importante, de su marido. Resulta que enviar a tu único hijo a una muerte segura no lleva a tener un matrimonio sano).

—Está en el montón —respondió Trenza—. Terminará

encontrándola, si se molesta en leer las demás. Anda, mira, ya frunce el ceño otra vez.

—Para él la vida es más fácil así —dijo Charlie—. Solo tiene que mantener una expresión. —Rodeó a Trenza con los brazos y le puso la cabeza en el hombro—. Será un incordio dejar de tener pelo, pero las otras ventajas desde luego compensarán la pérdida.

—Me pregunto —comentó ella distraída, apoyando la mano en la de Charlie mientras la abrazaba— si hay alguna ley marítima que prohíba a una capitana salir con su ayuda de cámara. ¿Qué dirá la gente?

—La gente dirá —respondió él con voz suave— que es un hombre con muchísima suerte.

No se quedaron mucho tiempo. Solo el suficiente para cargar algunas provisiones y para que Trenza diera las gracias otra vez a quienes la habían ayudado a escapar hacía tantos meses.

Y entonces el barco zarpó para surcar el océano con una chica y una rata a bordo.

La rata, al final, en realidad no era una rata. En más de un sentido.

La chica, como quizá hayas descubierto, en realidad no era una chica. Era una mujer hecha y derecha, tuviera la edad que tuviera.

El océano, en cambio, sí que era como espero que ahora lo imagines. Siempre que lo imagines verde esmeralda, compuesto de esporas y ofreciendo unas posibilidades infinitas.

FIN

POSFACIO

Estoy convencido de que esta campaña de Kickstarter será un hito definitorio de mi carrera. Por eso es curioso recordar lo humildes que fueron sus principios.

Como suele suceder conmigo, este libro nació al combinar unas cuantas ideas. Las historias surgen de los puntos de fricción entre pensamientos, como montañas emergiendo por movimientos tectónicos. Supongo que la primera idea para esta novela es evidente: quería hacer una narración en formato largo con la voz de Hoid.

Algún día escribiré la historia de origen de Hoid, y quería ganar fluidez y práctica en redactar desde su punto de vista. No creo que esta voz, la forma en que Hoid cuenta una historia como esta, sea la que termine utilizando para su propio relato; esa voz tendrá que ser más cruda, menos caprichosa. Sin embargo, prefería empezar por un libro que diera la sensación de estar contado por él, una versión larga de cosas como «Vela Errante» o «El perro y el dragón».

Por tanto, sabía que esta novela tendría un pie en lo fantasioso. No buscaba un cuento de hadas, pero sí algo colindante. Y, al mismo tiempo, no quería que fuese demasiado infantil. Buscaba algo que fuera a gustar a mis lectores, un cuento de hadas para adultos, por así decirlo. De modo que mi mente derivó hacia el increíble libro *La princesa prometida*, de William Goldman. Es lo más cercano que conozco al tono hacia el que apuntaba. (Aunque *Buenos presagios*, de Neil Gaiman y el difunto sir Terry Pratchett, es otro buen ejemplo de lo que pretendía lograr).

Durante el confinamiento por la COVID-19, puse la película de *La princesa prometida* a mi familia. En ese momento no sabía que terminaría escribiendo este libro; de hecho, ni siquiera estaba pensando en hacerlo. Solo trasteaba con ideas al fondo de mi mente, como acostumbro. Lo normal es que tarden años o incluso décadas en

madurar.

La película aguanta el tipo de maravilla, por supuesto, aunque tiene una cosa que siempre me ha molestado. La princesa de la que tanto el libro como la peli toman su título… no hace gran cosa. Mi esposa, Emily, se fijó en lo mismo y tras la película hizo un comentario en la línea de: «¿Cómo habría sido esa historia si Buttercup hubiera salido a buscar a Westley, en vez de darlo por muerto al instante?».

Y ahí estaba mi semilla. La idea que empezó a culebrear y a crecer como un éter glauco en mi cerebro.

Ah, sí, debería mencionar los éteres. Llevaba años pensando en un mundo donde la gente navegara por océanos hechos de algo distinto al agua. (Los océanos no-líquidos son un tema al que mi cerebro no deja de regresar). Empecé haciendo que la gente se limitara a deslizarse por la superficie, tirados por cometas. No funcionaba, pero entonces recordé el proceso de fluidización, por el que la arena se convierte en algo parecido a un líquido cuando se hace pasar el aire por ella desde abajo. Eso fue lo que me llevó a mis océanos.

Pero cuando establezco un elemento como ese en una ambientación, siempre quiero que resulte más relevante que un mero intercambio de sustancia. Si tienes un océano de esporas pero se comporta exactamente igual que si fuese de agua, ¿para qué cambiarlo? Es una imagen atractiva, sí, y a veces basta con eso. Pero yo buscaba algo que tuviera un efecto real en la trama.

Así que volví a una idea que tuve hará unos veinticinco años, la de un conjunto de elementos primordiales conocidos como éteres. Ya había dado pistas sobre su existencia en el Cosmere, mediante menciones o insinuaciones en otras novelas. Me pareció que había llegado el momento de introducirlos, junto con su explosivo potencial. Oiréis hablar más de los éteres en el futuro, ya que este no es el planeta principal en el que se originan.

La idea de que esos océanos estuvieran compuestos de esporas que reaccionan al agua de formas peligrosas me proporcionó el gancho perfecto que necesitaba para el mundo en el que transcurre la historia. Y de pronto, tenía tres piezas. Un sistema de magia, que suscitaba una ambientación entera. Un tono, el de un cuento narrado por Hoid. Y

una trama: la misión de salvar a un ser querido que desaparece en el mar.

Pero ¿y el personaje? Bueno, en este caso hice lo mismo que muchas otras veces. Empecé a escribir. Exploré quién iba a ser esa joven. Me gusta descubrir a los personajes y construir la historia en torno a sus decisiones.

Lo más probable es que no debiera hacer lo que hice, empezar a escribir este libro en secreto. No se lo dije a nadie, y hasta guardaba los archivos en un lugar oculto de la nube donde mi equipo no puede verlos. Pero quería algo que fuera solo para mi esposa y para mí. Algo que compartir con ella sin preocuparme de fechas de entrega ni expectativas. Solo quería escribir, libre de restricciones empresariales y esperanzas de los lectores. Me apetecía ver dónde me llevaba la historia y construir algo como lo hacía tiempo atrás, antes de verme limitado por tantas ataduras.

Lo mantuve escondido durante casi dos años, compartiéndolo solo con Emily. Pero ahora os lo he entregado también a vosotros. Espero que hayáis disfrutado del viaje y me acompañéis también en los siguientes tres proyectos… cada uno de los cuales es único a su propia manera.

BRANDON SANDERSON

DESCUBRE EL UNIVERSO DE

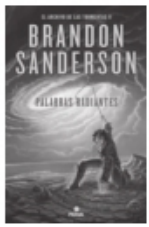
BRANDON SANDERSON

NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN)

La saga imprescindible para los fans de la fantasía actual

EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

La saga épica que marcará un antes y un después en los amantes de la fantasía



ESCUADRÓN

La serie juvenil para los lectores de la ciencia ficción

SIEMPRE HAY OTRO SECRETO

Las dos obras clave para entender el Cosmere

En pleno océano había una chica que vivía sobre una roca.
El océano no era como el que te has imaginado.
La roca tampoco era como la que te has imaginado.
La chica, en cambio, quizá podría ser como la que te has imaginado...
Siempre que la hayas imaginado reflexiva, de hablar suave y demasiado aficionada a coleccionar tazas y vasos

BRANDON SANDERSON

(Lincoln, Nebraska, 1975) es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI, con veintitrés millones de lectores, y el autor más prolífico del mundo. Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sanderson es autor de la brillante saga Nacidos de la Bruma (Mistborn), formada por *El Imperio Final*, *El Pozo de la Ascensión*, *El Héroe de las Eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad*, *Brazales de Duelo* y *El metal perdido*. Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* una magna y descomunal decalogía, El Archivo de las Tormentas, que continuó con *Palabras radiantes*, *Juramentada* y *El Ritmo de la Guerra* (además de la novela corta *Esquirla del Amanecer*). Con la serie Escuadrón (*Escuadrón*, *Estelar*, *Citónica* y *Escuadrón Cielo*), Sanderson se acerca, también, a los lectores de la ciencia ficción. Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso e impresionante jamás escrito en fantasía épica.

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. *Curso de escritura creativa* es el libro que recoge sus valiosos consejos.

Título original: *Tress of the Emerald Sea*

Primera edición: enero de 2023

© 2023, Dragonsteel Entertainment, LLC
Editado por Peter Ahlstrom
Publicado por acuerdo con JABberwocky Literary Agency Inc.,
a través de Yañez, parte de International Editors' Co S. L. Literary Agency
© Dragonsteel Entertainment, LLC, por los símbolos y las ilustraciones interiores de Howard Lyon
Brandon Sanderson®, The Stormlight Archive®, Mistborn®, Cosmere®, Reckoners®,
Dragonsteel Entertainment® y el logo $ son marcas registradas de Dragonsteel Entertainment, LLC. Todos los derechos reservados
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Manu Viciano, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir de la cubierta original de Dragonsteel Entertainment, LLC
Ilustración de portada: © Howard Lyon

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18037-82-5

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: penguinlibros
Twitter: @NovaCiFi
Instagram: @PenguinLibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Trenza del mar Esmeralda

Ilustraciones

Agradecimientos

Primera Parte

1. La chica
2. El jardinero
3. El duque
4. El hijo
5. La novia

Segunda parte

6. La inspectora
7. El padre
8. La polizona
9. La rata
10. El germinador
11. La ladrona
12. El cuervo

Tercera parte

13. El grumete
14. Los dougs
15. El pañolero
16. El cadáver

17. La carpintera
18. El otro cadáver
19. El cañonero
20. La timonel
21. La pirata

Cuarta parte

22. Los idiotas
23. La cañonera asistente
24. El maldecido
25. La presa
26. La francotiradora
27. La comeesporas
28. El perfecto oyente
29. El familiar
30. La máscara del rey
31. La esencia de medianoche
32. La liberadora
33. La mentirosa
34. El albañalero

Quinta parte

35. La amante del té
36. El explorador
37. La erudita
38. La aprendiz
39. La criadora de pollos
40. La cocinera

41. La filósofa
42. El guía
43. La virtuosa
44. El caído
45. La protectora
46. El informador
47. El poeta
48. La pesadilla
49. La mártir
50. La asesina
51. El dragón
52. El sacrificio
53. La superviviente

Sexta parte

54. El ayuda de cámara
55. El hipócrita
56. El traidor
57. El experto en moda incomprendido
58. El monstruo
59. La prisionera
60. La hechicera
61. El hombre
62. El cazador
63. La navegante
64. La heroína

Epílogo

Posfacio

Descubre el universo de Brandon Sanderson.

Sobre este libro

Sobre Brandon Sanderson

Créditos